Alexandra David-Néel

MAGOS Y MISTICOS DEL TIBET



Annotation

«Inmediatamente después de la publicación del relato de mi viaje a Lasa, un gran número de personas manifestaron, bien mediante artículos referentes a mi libro, bien particularmente, el deseo de conocer cómo me destinaron a vivir entre los lamas y, por otra parte, informarse sobre las doctrinas y las prácticas de los místicos y los ocultistas del Tíbet.

»Intento satisfacer aquí su sana curiosidad. De todos modos, esta tarea comporta algunas dificultades, dado el poco espacio de que dispongo.

»Con el fin de responder a dos preguntas de cariz tan diferente como las que se me han formulado, he relatado al principio las circunstancias que me pusieron en contacto con el mundo religioso lamaísta y el de brujos de todo tipo que gravitan a su alrededor.

»Después, me he dedicado a agrupar algunos rasgos sobresalientes referidos a las teorías ocultas o místicas y a las prácticas de entrenamiento psíquico de los tibetanos. Cada vez que he encontrado en lo más hondo de mis recuerdos un hecho con él relacionado, lo he incluido en su debido lugar. No se trata, pues, de un diario de viaje, ya que el tema no se presta a ello en lo más mínimo.

»Igualmente, no hay nada más lejos de mi mente que la idea de hacer un curso de magia o de predicar cualquier doctrina sobre fenómenos psíquicos. Mi objetivo ha sido simplemente dar una idea de la forma en que se contemplan algunos hechos que entran en el campo de los estudios psicológicos en uno de los países menos conocidos del mundo.»

Alexandra David-Néel

Magos y místicos del Tíbet

Alexandra David-Néel

Traducción de Joseph M. Apfelbaume

PRÓLOGO

Para muchos occidentales, el Tíbet sigue siendo un enigma. El «país de las nieves» es para ellos la cuna de lo misterioso, de lo fantástico y de lo imposible.

Los lamas, los magos, los brujos, los nigromantes y los ocultistas de toda clase que pueblan esas elevadas mesetas espléndidamente aisladas del resto del mundo, debido tanto a la naturaleza como a la voluntad de aquellos hombres, son gentes a quienes se atribuyen poderes sobrehumanos.

Por ello, los relatos más inverosímiles se aceptan como verdades indiscutibles. Diríase que, en ese país, plantas, animales y gentes pueden sustraerse a su antojo a las leyes más firmes de la física, la química, la fisiología y hasta del simple sentido común.

Así pues, es natural que los científicos, acostumbrados a la disciplina rigurosa del método experimental, sólo hayan prestado a esos relatos una atención despreocupada y divertida, como la que se otorga a los cuentos de hadas.

Tal era mi estado de ánimo hasta el día en que tuve la suerte de conocer a la señora Alexandra David-Neel.

La famosa y valiente exploradora del Tíbet reúne todas las condiciones físicas, morales e intelectuales que desearíamos ver juntas en un solo observador para tratar semejante tema. Aunque lo que digo se oponga a su sentido de la modestia, tengo interés en afirmarlo.

La señora David-Neel entiende, escribe y habla corrientemente todas las lenguas del Tíbet. Ha vivido catorce años seguidos en «el país de las nieves» y en sus regiones vecinas. Profesa el budismo y ha sabido captarse la confianza de los más grandes lamaístas.

Su hijo adoptivo es un auténtico lama.

Esta célebre exploradora se ha sometido al adiestramiento psíquico que ella misma nos relata. En resumen, la señora David-Neel, según nos afirma ella misma, se ha convertido en una perfecta asiática, reconocida como tal por los propios orientales, cosa de mayor importancia aún para la exploración de un terreno vedado, hasta aquel momento, a los observadores extranjeros.

Sin embargo, esta asiática, esta perfecta tibetana, ha sabido mantenerse occidental, aunque una occidental seguidora de Descartes y de Claude Bernard, practicando la duda filosófica del primero, que debe ser, según el segundo, la guía de todo sabio.

Sin ideas preconcebidas y no siguiendo doctrina o dogma especial alguno, la señora David-Neel ha podido observar las cosas del Tíbet con entera libertad y objetividad.

En una de las conferencias que le pedí para mi cátedra del Colegio de Francia (que fue la de Claude Bernard), la señora David-Neel afirmó: «Todo aquello que de cerca o de lejos tenga afinidad con los fenómenos psíquicos y con la acción de las fuerzas físicas en general, ha de ser estudiado y sistematizado como una ciencia. No hay en todo ello milagros, nada sobrenatural, nada que engendre y alimente la superstición. El adiestramiento psíquico, razonado y conducido científicamente, puede lograr interesantes resultados. Por ello, los datos adquiridos por dicho adiestramiento, aun cuando éste se realice empíricamente y basado en teorías a las que no siempre podemos asociarnos, constituyen documentos útiles de nuestro estudio».

Por eso mismo, advertimos que el determinismo científico está tan alejado del escepticismo como de la ciega credulidad.

Los estudios de la señora David-Neel interesarán tanto a los orientalistas, como a los psicólogos y a los fisiólogos.

Doctor d’Arsonval

Miembro de la Academia de Ciencias
y de la Academia de Medicina,
Profesor del Colegio de Francia,
Presidente del Instituto General Psicológico

INTRODUCCIÓN

Recién publicado el relato de mi viaje a Lasa, un gran número de personas demostró gran interés, ya fuese por artículos dedicados a mi libro o por motivos particulares, por saber cómo había conseguido vivir entre los lamas y en informarme, además, sobre las doctrinas y las prácticas de los místicos y de los ocultistas del Tíbet.

Con este libro intento satisfacer su amable curiosidad. Sin embargo, la tarea ofrece algunas dificultades por el poco espacio de que dispongo. Para responder a las dos preguntas de índole distinta que se me han hecho, he relatado primero las circunstancias que me han puesto en contacto con el mundo religioso lamaísta y con el de los ocultistas de todo género que gravitan en torno suyo.

Después, he intentado reunir cierto número de hechos sobresalientes que se refieren a las teorías ocultas y místicas y a las prácticas de adiestramiento psíquico de los tibetanos. Siempre que he encontrado en mis recuerdos algo que se le refiera, lo he narrado en su lugar correspondiente. No se trata, pues, de un diario de viaje, ya que el tema no se presta a ello.

En el curso de las investigaciones que he llevado a cabo, el dato obtenido un día no se completa a veces hasta que no han transcurrido varios meses e incluso años. Sólo presentando la síntesis de los datos adquiridos en distintos sitios se puede aspirar a dar una idea exacta de este asunto.

No obstante, me propongo volver a tratar, en una obra más técnica, la cuestión del misticismo y de la filosofía de los habitantes del Tíbet.

Hemos transcrito los nombres tibetanos fonéticamente, en general, como en el *Viaje de una parisiente a Lasa*. Aquellos

casos en los que se menciona la ortografía tibetana harán ver cuánto se aleja de la pronunciación correcta. Nótese, asimismo, que toda *g*, hasta delante de una *e* o una *i*, tiene sonido de *gue, gui*. Así, por ejemplo, *gelong* se pronuncia *guelong*.

1. HIMALAYA

«... Entonces estamos de acuerdo. Le dejo a Dawasandup como intérprete. Seguirá nuestra misma ruta.»

¿Es un hombre el que me habla?... Este personaje tan pequeño, de cutis amarillento, vestido con traje de brocado de color naranja, con una estrella de diamantes que centellea sobre su gorro, ¿no es más bien un genio que ha descendido de las montañas vecinas?...

Se le llama lama reencarnado y príncipe heredero de un trono himalayo, pero por ahora dudo de su realidad. Probablemente va a desvanecerse, como un espejismo, con su séquito abigarrado y su montura con gualdrapa de paño amarillo. Forma parte de la magia en que vivo, o en que creo vivir, desde hace dos semanas. Este nuevo episodio encaja perfectamente en el mundo onírico; dentro de un momento me despertaré en la cama, en cualquier parte, en un país que no frecuentan los genios ni los lamas reencarnados vestidos con túnicas irisadas, donde los hombres usan vulgares chaquetas y los caballos, de tamaño natural, no se envuelven en telas color de sol.

Un redoble de timbales me sobresalta; los oboes inician un aire melancólico en tono menor. El genio monta en su resplandeciente caballo; señores y lacayos de la escolta saltan sobre sus caballos.

—La espero —repite el príncipe lama, sonriendo graciosamente.

Escucho mis propias palabras como si fueran ajenas y le prometo llegar dos días después a su capital, y la singular cabalgata se aleja, precedida por los músicos.

Con los últimos sones de la plañidera melodía, que se apagan a lo lejos, empieza a desvanecerse la especie de encantamiento que me retiene inmóvil. Doy un paso. No, no

he soñado; toda esta escena es real. Estoy en Kalimpong, en el Himalaya, y junto a mí se encuentra el intérprete puesto a mi disposición desde que llegué.

¿Cómo me hallaba en aquel lugar? Ya lo he dicho antes.[1] En aquella época, el Dalai Lama se vio obligado por razones políticas a refugiarse en territorio británico, y su estancia en la frontera india me pareció una ocasión única para verle y obtener datos sobre el género de budismo que prevalecía en el Tíbet. Son muy pocos los extranjeros que se han acercado al monje rey, retirado en su ciudad santa, en el «país de las nieves». Incluso en el destierro, no resultaba fácil abordarle; hasta mi visita, se negó repetidamente a conceder audiencia a ninguna mujer que no fuese tibetana. Fui la primera con quien hizo una excepción, e intuyo que he sido la única.

Al abandonar Darjiling, una fresca mañana primaveral, en que la montaña se envolvía en nubes rosadas, estaba muy lejos de imaginar los increíbles sucesos que conllevaría mi visita. Creía tan sólo que se trataría de una charla interesante, cuando en realidad me embarcaba en una serie de peregrinaciones que habrían de retenerme en Asia durante diez largos años.

Cuando pienso en el comienzo del largo camino recorrido, el Dalai Lama aparece en mi recuerdo como el señor generoso que, al pie de las murallas que rodean sus dominios, descubre al viajero y le señala la dirección a seguir para entrar en su mansión.

Aquella dirección me fue indicada en tres palabras: «Aprenda el tibetano».

Si hemos de creer a sus vasallos, que le llaman *thamstehed mkyenpa* (el Omnisciente), el soberano del Tíbet sabía, al darme aquel consejo, cuál había de ser el resultado, y me guiaba no sólo a Lasa, su capital prohibida, lo que no hubiera significado gran cosa, sino también hacia

los inasequibles maestros místicos y magos desconocidos que se ocultan en su país maravilloso.

En Kalimpong, el lama rey ocupaba una gran casa que pertenecía al ministro del raja de Bután. Para que la residencia adquiriese cierto majestuoso aspecto, había simulado una avenida con dos hileras de altas cañas de bambúes, plantadas desde el camino, con una banderola en cada una donde figuraba escrito: *¡Aum mani padmé hum!*, o sea «el caballo del aire», rodeado de fórmulas mágicas. Creo que en aquel tiempo aún no se había inventado el estandarte tibetano: un león de oro sobre fondo rojo.

La corte del soberano en el destierro era numerosa y los servidores superaban la centena. Generalmente, todo aquel mundo se abandonaba a la placidez del dulce *far niente* y al encanto de charlas interminables, reinando la tranquilidad en torno a la mansión del gran lama. Pero en cuanto llegaba un día de fiesta o de recibo, aparecía por todas partes una gran cantidad de dignatarios y de servidores, ruidosa y llena de afán. Llenaban las puertas, se asomaban a todas las ventanas, se esparcían en torno, apresurándose, agitándose, vociferando, tan idénticos los unos a los otros la mayor parte de las veces con sus vestidos mugrientos, que cualquier extranjero habría cometido, fácilmente, lamentables confusiones. ¡Cuán lejos estaban el decoro, la etiqueta y el lujo del Pótala! Los que han llegado a ver, a la orilla del camino, aquel campamento donde el soberano del Tíbet aguardaba a que sus vasallos le reconquistasen el trono, no pueden suponer lo que es la corte de Lasa.

La expedición británica que penetró a viva fuerza en territorio prohibido, exhibiéndose en su capital a pesar de los encantamientos y de las brujerías de los magos más célebres, hizo, quizá, comprender al Dalai Lama que los bárbaros extranjeros eran sus amos por la fuerza. Los diversos inventos que fue conociendo durante un recorrido

por la India, pudieron convencerle también de la habilidad que tenían para adueñarse de la materia y darle forma. Pero respecto a la inferioridad mental de los blancos su convicción era inquebrantable, en lo que no hacía más que compartir la opinión común de todos los asiáticos, desde Ceilán a los confines septentrionales de Mongolia.

Una occidental empapada de las doctrinas budistas era algo inconcebible para él. Si hubiese desaparecido mientras hablaba, no se hubiese sorprendido; al contrario, io que le sorprendía era la realidad de mi persona.

Rendido a la evidencia, al fin, el Dalai Lama quiso informarse sobre mi maestro. Debía tenerlo y únicamente podía ser un asiático. Aún se sorprendió más cuando le aseguré que, antes de nacer yo, ya habían traducido al francés el texto tibetano de uno de los libros budistas más apreciados por los lamas.[2]

Como era un hecho que admitía con dificultad, le restaba importancia: «Si algunos extranjeros han aprendido, de verdad, nuestro idioma —decía— y leído nuestros libros sagrados, su mensaje se les ha escapado».

Al decir esto me ofrecía una excelente ocasión para presentarle mi demanda. Me apresuré a aprovecharla: «Precisamente —le contesté— porque temo que algunas doctrinas religiosas del Tíbet hayan sido mal interpretadas, me atrevo a dirigirme a usted para que me las aclare».

Mi respuesta agradó al Dalai Lama: no sólo me dio explicaciones orales sobre las preguntas que le hice, sino que más tarde me entregó un memorial desarrollando algunas de aquéllas.

El príncipe de Sikkim y su escolta habían desaparecido; sólo me restaba cumplir mi promesa y preparar el viaje a Gangtok. No obstante, otra idea bullía en mi cabeza.

Había presenciado la víspera la bendición del Dalai Lama a los peregrinos, tan diferente de una bendición papal en Roma.

Mientras que el papa da la bendición a la multitud con un solo gesto, los tibetanos, más exigentes, quieren recibir cada uno su bendición particular. Los lamaístas tienen maneras de bendecir que corresponden al grado de admiración del lama que bendice por aquel a quien otorga su bendición. Poner las dos manos sobre la cabeza de alguien es el modo más cortés. Con menos cortesía, una sola mano roza la cabeza, y en esto hay matices, como el contacto con dos dedos o con uno solo.

Y por último, queda la bendición dada rozando la cabeza con una especie de plumero compuesto de un mango del que cuelgan cintas de seda de diversos colores.

Advertiremos que en este modo de bendición siempre hay contacto, directo o indirecto, entre el lama y los fieles. ¿Por qué es necesario dicho contacto? Porque, según los lamaístas, la bendición no consiste tan sólo en invocar la misericordia de Dios sobre las personas o las cosas, sino en infundirles la fuerza saludable que emana del lama.

El número considerable de gente que acudía a Kalimpong para sentir el roce de las cintas del plumero empuñado por el Dalai Lama me dio una idea de su gran prestigio. El desfile duró algunas horas y advertí que la procesión de devotos no estaba compuesta sólo de lamaístas indígenas. Se encontraban entre ellos muchos nepaleses y bengalies pertenecientes a sectas hindúes. Me fijé en varios que llegaban como simples espectadores que, repentinamente, sentían una especie de atracción oculta que les obligaba a reunirse corriendo al piadoso rebaño.

Mientras contemplaba aquella escena, descubrí a un individuo sentado en el suelo, algo retirado, cuya pelambre enmarañada se arrollaba en forma de turbante a usanza de algunos ascetas de la India. Sin embargo, el hombre no tenía rasgos indios y llevana un hábito monástico lamaico,

mugriento y hecho jirones. El indigente tenía una pequeña alforja a su lado y contemplaba a la multitud con expresión que se me antojó burlona.

Se lo mostré a Dawasandup, preguntándole si tenía idea de quién era aquel Diógenes himalayo.

—Debe de ser un *naldjorpa*[3] (viajero) —me contestó, y como notase mi curiosidad por saber más, el complaciente traductor fue a hablar. Volvió muy serio—. Ese lama —me dijo— es un butani,[4] un asceta peripatético. Vive unas veces acá, otras allá en cuevas, en casas abandonadas o bajo los árboles del bosque. Estará aquí unos días y se aloja en el pequeño monasterio vecino.

Después de la partida del príncipe con su cabalgata, recordé al vagabundo. Disponía de tiempo; ¿no podría ir hasta la *gompa* (monasterio) en que se alojaba? Tal vez le encontrase. ¿Por qué parecía burlarse del gran lama y de sus fieles? Sería interesante averiguarlo.

Comuniqué mi deseo a Dawasandup, que se ofreció a acompañarme. Partimos a caballo y llegamos pronto a la *gompa*, que era, sencillamente, una casona de labranza. En el *Iha kang* (sala donde están las estatuas de los dioses) encontramos al *naldjorpa* sentado en un almohadón, delante de una mesa baja, acabando de comer. El encargado del templo nos trajo otros almohadones y nos ofreció té.

Se trataba de conversar con el asceta errante, muy poco dispuesto a ello, porque con la boca llena de arroz, sólo contestó con un ligero gruñido a nuestros amables saludos. Mientras yo buscaba una frase para romper el hielo, aquel buen hombre se echó a reír pronunciando algunas palabras. Dawasandup parecía sentirse disgustado.

—¿Qué dice? —pregunté.

—Disculpe —contestó el intérprete—, estos *naldjorpas* emplean, a veces, un lenguaje rudo... No sé si debo traducir...

—Por favor —repliqué—. Estoy aquí para tomar nota de todo y especialmente de las cosas más inusuales.

—Entonces..., perdóneme, dice: «¿Qué viene a hacer aquí esta majadera?».

No me extrañó demasiado el tono grosero de la pregunta. También en la India ciertos *sannyasins* (ascetas) fingen insultar cuando se les visita.

—Contéstele —dije a Dawasandup— que he venido a preguntarle por qué se burlaba de los que recibían la bendición del Dalai Lama.

—Llenos de importancia todos ellos y dándose importancia por lo que hacen —masculló el *naldjorpa* entre dientes—. Insectos que se agitan en la m...

El inicio de la conversación era de lo más curioso.

—Y usted —le repliqué—, ¿se encuentra a salvo fuera del estercolero?

Rió con grandes carcajadas.

—Tratar de evitarlo es hundirse cada vez más. Me revuelco en él como un puerco. Lo digiero y lo transformo en arena de oro, en arroyo de agua clara. Mi tarea es fabricar estrellas con excrementos caninos.

Decididamente, mi interlocutor gustaba de las comparaciones escatológicas. Sería su manera de presumir de superhombre.

—En fin —dije—, los piadosos laicos deben estar en lo cierto al aprovecharse de la presencia del Dalai Lama para obtener su bendición. Son buenas gentes sencillas cuyo espíritu no puede llegar a doctrinas más elevadas...

El *naldjorpa* me interrumpió.

—Para que la bendición sea eficaz —dijo— hace falta que quien la otorga posea la fuerza transmisora. Puede emplearla de diferentes modos. ¿Por qué, si la tiene, el precio protector (Dalai Lama) necesita soldados para combatir a los chinos o a cualquier otro enemigo? ¿No puede rechazar del Tíbet a quien no le agrada y cercar el país con una muralla invisible e infranqueable? El

Padmasambhava (gurú nacido en el loto) tenía aquel poder, y su bendición llega siempre a quienes le adoran, aunque vive ahora en la región lejana de los *rakchasas*. Yo sólo soy un humilde discípulo, y sin embargo...

El humilde discípulo me pareció loco y, sobre todo, no poco vanidoso, porque su «sin embargo» iba acompañado de una mirada que decía bastante sobre el pensamiento final de la inacabada frase.

Mi intérprete se sentía a todas luces molesto. Sentía por el Dalai Lama una gran admiración y no le agradaba aquella crítica. Por otro lado, el hombre capaz de «fabricar estrellas con excrementos caninos» le inspiraba cierto temor supersticioso.

Propuse que nos fuésemos, pero al saber por el encargado del templo que el lama continuaba su viaje al día siguiente, alargué algunas rupias a Dawasandup diciéndole que se las ofreciese para proveerse en su camino.

El regalo disgustó al *naldjorpa* y lo rechazó, con el pretexto de que ya tenía más provisiones de las que podía llevar. Dawasandup creyó acertado insistir y se adelantó con la intención de dejarle el dinero sobre la mesa. No le salió bien. No había dado tres pasos cuando le vi vacilar, retroceder e irse de espaldas contra la pared, como si le hubiesen empujado violentamente. Al mismo tiempo lanzó un grito y se llevó la mano a la boca del estómago.

El *naldjorpa* se levantó y salió de la estancia burlándose.

—He recibido un formidable puñetazo que me ha echado para atrás —dijo Dawasandup—, El lama está enojado, ¿cómo calmarle...?

—Vámonos — dije—. El lama nada tiene que ver en lo que ha pasado. La causa puede ser cualquier desarreglo en el funcionamiento del corazón. Hará bien en visitar a un médico.

El intérprete, pálido y acongojado, no replicó y regresamos sin que lograse disipar sus temores.

Al día siguiente, de madrugada, Dawasandup y yo partimos para Gangtok.

El camino de herradura que seguíamos se adentraba en el Himalaya, tierra sagrada que la tradición hindú puebla de sabios, ascetas, autores de prodigios y dioses. Las estaciones estivales fundadas al margen por los extranjeros apenas han cambiado su aspecto. La selva virgen recobra sus derechos a pocos kilómetros de los grandes hoteles, donde se baila al son del jazz. Flotando entre las nieblas errantes, un extraño desfile de árboles, envueltos en largas lianas de un verde lívido, esboza gestos inquietantes ante los viajeros. En la jungla exuberante, desde los valles hasta los altos picos cubiertos de nieves perpetuas, todo el país se ve envuelto por una atmósfera de misterio indecible.

En este marco propicio, la hechicería reina soberana entre las poblaciones pseudobudistas y de los médiums: *benpos*, paos, buntingos y yabas de ambos sexos hacen llegar los mensajes de los dioses y de los muertos hasta las más pequeñas aldeas.

Durante el viaje, pernoctamos en Pakyong, y al día siguiente llegamos a Gangtok, que me recibió a pocos kilómetros del pueblo capital con una formidable tormenta de granizo desencadenada repentinamente.

Según los tibetanos, los fenómenos meteorológicos se deben a los demonios o a los magos. El pedrisco es una de sus armas favoritas. Emplean los primeros para trastornar la marcha de los peregrinos que se dirigen a los lugares santos, y los lamas taumaturgos para impedir el acceso de los inoportunos a sus retiros y para ahuyentar a los discípulos candidatos poco constantes.

El supersticioso Dawasandup me confesó, algunas semanas más tarde, que había consultado con un *mopa* (adivino) sobre el asunto del huracán tan imprevisto en el día radiante de mi llegada.

El oráculo había declarado que los dioses locales y los santos lamas no me eran hostiles, pero que, sin embargo, me costaría gran trabajo permanecer en el «país de la religión» (perífrasis para designar el Tíbet).

Fuese casualidad o clarividencia, el *mopa* no se equivocaba. El futuro le dio la razón.

El príncipe heredero de Sikkim, S. A. Sidkeong Namgyal, era lama verdadero, abad de un monasterio de la secta de los *khagyudkarma* y, además, *tulku*,[5] considerado como la reencarnación de su tío, lama de santa memoria.

Según costumbre, había tomado el hábito religioso desde muy niño en el monasterio del que era jefe nato y donde había pasado una parte de su juventud.

Luego, las autoridades británicas le dieron la preferencia, en lugar de su hermano mayor, como sucesor eventual del maharaja, su padre, y el residente inglés le sacó del monasterio confiándole a un hindú britanizado para que le sirviese de tutor y de maestro. Completaron su educación, no del todo homogénea, una corta temporada en la universidad de Oxford y un viaje alrededor del mundo bajo la tutela de un diplomático.

Sidkeong *tulku* hablaba perfectamente el inglés y no tan bien el tibetano, su lengua materna. Se expresaba con corrección en indostano y un poco en chino. La villa privada que mandó construir en los jardines del palacio paterno se parecía a una linda casa de campo inglesa, flanqueada por un templo tibetano. El interior respondía a su aspecto exterior: muebles de estilo inglés en el piso bajo, y en el primer piso, oratorio y salón tibetanos.

El joven príncipe era de espíritu abierto. Se Interesó en seguida por mis investigaciones y, con gran afán, intentó ayudarme.

Consagré el primer tiempo de mi permanencia en Sikkim a visitar los monasterios diseminados por los bosques. Me impresionaron mucho por su situación, generalmente maravillosa, sobre montañas escalonadas. Como eran de construcción rústica, los imaginaba habitados por monjes dedicados a la contemplación, que despreciaban las ambiciones y las luchas del mundo y cuyos días transcurrían en la quietud y en meditaciones profundas.

Pero la realidad no respondía a la apariencia. La mayor parte de los religiosos de Sikkim son simples aldeanos, poco cultos, que no sienten el menor deseo de ilustrarse ni siquiera sobre el budismo que profesan. Por otra parte, no tienen momentos de ocio. Los monasterios son pobres, sin la menor renta que repartir entre sus miembros, y también carecen de bienhechores ricos. Por eso, los *trapas* (religiosos del clero inferior) se ven obligados a trabajar, ya que no cuentan con subsidios regulares ni con donaciones que les aseguren la existencia.

Es necesaria la explicación acerca del término *trapa*, que acabo de emplear y que seguiré empleando.

Los autores extranjeros denominan lamas, indistintamente, a todos los miembros del clero. No es lo mismo en el Tíbet. Sólo los dignatarios eclesiásticos tienen derecho al título de lama (superior): así los *tulkus*, los sacerdotes de monasterios importantes y los religiosos que poseen altos grados universitarios. Todos los otros monjes, aun cuando hayan recibido ordenación mayor (la de *gelong*), no son más que *trapas* (discípulos). No obstante, por cortesía se acostumbra a dar el título de lama, al dirigirles la palabra, a todos los religiosos de edad madura y cultos.

Algunos *trapas* de Sikkim, considerados como sabios por sus colegas, eran capaces de celebrar ciertos ritos religiosos. Enseñaban los recitados litúrgicos a novicios que pagaban sus lecciones con donativos en especie y un poco de dinero, pero con frecuencia otros les pagaban

sirviéndoles de criados, A pesar de eso, el ejercicio sacerdotal era la fuente principal de ingresos de todos los frailes.

El budismo ortodoxo, ya se sabe, prohíbe todos los ritos religiosos. Los lamaístas eruditos admiten de buen grado su inutilidad en lo referente a la iluminación espiritual, que sólo puede ser alcanzada por el esfuerzo intelectual. Sin embargo, la mayoría de ellos preconizan ciertos modos rituales para otros fines, como la curación de enfermedades, la prosperidad material, el dominio de los seres maléficos y la dirección del espíritu de los difuntos en el más allá.

La principal misión eclesiástica de los monjes montañeses del Himalaya era la de proceder a los funerales religiosos. Debo decir que la cumplían con gran celo y hasta con una prontitud que casi rozaba con el agrado.

Los ritos funerarios se componen de uno o dos banquetes que la familia del difunto ofrece a todos los miembros del monasterio del que era feligrés. Además, se ofrecen honorarios, en dinero y en especie, a los *trapas* que ofician en la casa mortuoria. Ya he dicho que el clero aldeano de estas montañas, de ordinario, es pobre y ayuna. Así que, a veces, es difícil reprimir en esta gente primitiva un cierto placer cuando la muerte de algún ricachón del terruño les promete días de abundancia.

Los hombres ya maduros saben disimular generalmente sus sentimientos, pero los niños novicios que cuidan de los rebaños en el bosque son de una ingenuidad divertida.

Un día que estaba sentada merendando cerca de unos frailecillos pastores, oímos, debilitado por la distancia, el sonido prolongado de un instrumento de viento.

En un abrir y cerrar de ojos, los chicos, que jugaban juntos, se quedaron inmóviles, atentos, escuchando. El mismo sonido se repitió. Los niños comprendieron.

—Las caracolas —dijo uno de ellos.

—Alguien ha muerto —añadió otro.

Después permanecieron silenciosos mirándose, con los ojos brillantes, sonriendo como cómplices.

—Vamos a comer carne —murmuró uno de los chicos.

Sin embargo, en ciertas aldeas, el sacerdote lamaísta tiene que sufrir la competencia del hechicero. De ordinario, esto no acarrea enfrentamientos; ambos, la mayor parte de las veces, si tienen fe en sus métodos, tienen también fe en los de su vecino. Aun cuando el lama sea más respetado que el *ben* (hechicero) —sectario de la antigua religión de los aborígenes— o que el mago *ngagspa* —asimilado al clero oficial—, se considera a estos últimos más hábiles cuando hay que tratar con los demonios que, de modo diferente, perjudican a un ser viviente o al espíritu de un difunto.

Un hecho fortuito hizo que descubriese cómo el lama oficiante extrae el espíritu del cuerpo de los moribundos y lo dirige hacia el buen camino en el otro mundo.

Regresaba aquel día de una excursión por el bosque cuando oí un grito breve y agudo que no se parecía al de ningún animal conocido. Minutos más tarde, el mismo grito se repitió dos veces seguidas. Avancé quedamente en la dirección de donde provenía.

Pronto divisé una cabaña oculta en un pliegue del terreno. Escondiéndome tras un matorral, pude observar lo que pasaba sin que me viesen. Estaban allí sentados en el suelo, bajo los árboles, dos monjes, con los ojos bajos, en actitud de meditar.

—*¡Hik!* —exclamó uno de ellos, con una voz muy especial.

—*¡Hik!* —repitió el otro algunos momentos después.

Y continuaron así, sin hablar ni moverse, espaciando sus gritos con largos intervalos de silencio. Observé que parecían emitir aquel grito con gran esfuerzo, como si lo sacasen del fondo de las entrañas. Después de haberlos observado durante algún tiempo, vi que uno de ellos se

llevaba la mano a la garganta con expresión de dolor en el rostro. Volvió la cabeza y escupió un hilillo de sangre.

Su compañero le dijo algunas palabras que no pude escuchar. El monje se dirigió a la cabaña sin responderle. Vi entonces que del pelo le salía una larga paja que se mantenía erguida sobre la cabeza. ¿Qué significaba aquel adorno? Aprovechando que uno de los dos *trapas* había entrado en la cabaña y el otro me volvía la espalda, me escabullí.

En cuanto encontré a Dawasandup le interrogué. ¿Qué hacían aquellos dos hombres? ¿Por qué daban aquel extraño grito?

—Ese grito —me explicó mi intérprete— es una exclamación ritual que el lama oficiante profiere junto al que acaba de morir, con el fin de desprender su espíritu del cuerpo y hacerlo salir por un hueco que esta sílaba mágica produce en la bóveda del cráneo. Sólo el lama que haya recibido de un maestro competente el don de articular ese *hik* con la entonación y la fuerza psíquica que requiere es capaz de actuar con éxito. Cuando oficia al lado de un cadáver añade *¡fet!* tras el *¡hik!*, pero debe guardarse de pronunciar ese *fet* cuando ejercita únicamente la práctica del rito, como los monjes que usted ha visto. La combinación de estos dos sonidos arrebata, inevitablemente, el espíritu del cuerpo y, por consiguiente, el lama que los pronunciase correctamente moriría con rapidez. El peligro no existe cuando está oficiando, porque obra entonces como procurador, en lugar del muerto, prestándole su voz, de modo que el efecto de las sílabas mágicas lo siente el muerto y no el lama.

Cuando un maestro competente les ha conferido el poder psíquico de atraer el espíritu fuera de su cuerpo, los discípulos tienen que ejercitarse en emitir correctamente el *¡hik!* Se conoce que han alcanzado su objeto si la paja, hincada en el cráneo, permanece tiesa, sin caerse, durante todo el tiempo que quieran. En efecto, la pronunciación

correcta de *hik* produce un pequeño orificio en la bóveda del cráneo y la paja se inserta en él. El agujero es mucho más ancho cuando se trata de un muerto. Llegan a poder introducir el dedo meñique.

Dawasandup se interesaba mucho en las cuestiones relativas a la muerte y a la supervivencia de un *espíritu*. A los cinco o seis años de estas explicaciones, tradujo una obra clásica tibetana sobre las peregrinaciones de los difundos en el más allá.[6]

Algunos funcionarios británicos y algunos orientalistas extranjeros han hecho uso de los servicios de Dawasandup, reconociendo su talento. Sin embargo, tengo motivos para creer que siempre desconocieron su verdadera personalidad, que disimulaba muy bien.

En cierto modo, Dawasandup era, de verdad, ocultista y hasta místico. Cultivaba las comuniones secretas con las *dakinis*[7] y con los dioses amenazantes; todo lo que se relacionaba con el mundo misterioso de los seres generalmente invisible le atraía irresistiblemente. Tenía también tendencia al *mediumnismo*; pero la necesidad de trabajar le impedía cultivarlo como hubiera deseado.

Nacido en Kalinpong, descendía de butanis y de sikkimeses, gentes de las montañas y de los bosques. Le admitieron como becario en la escuela superior de Darjiling para muchachos de origen tibetano. Entró, después, en el servicio británico de la India, donde le nombraron intérprete en Base Duar, localidad situada en la frontera sur de Bután.

Allí encontró al lama que fue su guía espiritual y por el que sentía gran respeto. He conseguido imaginármelo tal cual debe ser, por cuanto de él me ha contado Dawasandup. Me ha parecido igual a muchos otros que he conocido: algo docto, algo supersticioso, pero por encima de todo, bueno y caritativo.

Le diferenciaba de sus colegas la circunstancia de haber tenido como *gurú* (director espiritual) a un verdadero santo

cuya muerte merece ser relatada.

Era un ermitaño que se dedicaba a la contemplación mística en un sitio apartado, en Bután. Uno de sus discípulos vivía con él y le servía.

Pero un buen día, cierto bienhechor del ermitaño fue a visitarle y le dejó una pequeña suma de dinero para que comprara provisiones para el invierno. El discípulo, aguijoneado por la codicia, asesinó al viejo maestro y huyó con el dinero.

El lama, dejado por muerto, volvió en sí. Lleno de sablazos, sus heridas eran graves y el anciano sufría atrozmente. Para sustraerse a aquella tortura se absorbió en la meditación.

Los místicos tibetanos alcanzan una concentración de pensamiento que suspende la sensibilidad física y la atenúa considerablemente.

Otro discípulo del lama, que fue a verle algunos días después, lo encontró inmóvil, envuelto en una manta. Llamaron su atención el olor que desprendían las llagas, ya infectadas, y la manta llena de sangre. Interrogó a su maestro. El anacoreta le contó lo que había pasado; y como el hombre quisiera ir corriendo al monasterio más próximo en busca de un médico, se lo prohibió.

—Si se enteran del estado en que me encuentro buscarán al culpable —dijo—. Como no puede estar muy lejos, lo encontrarán, y probablemente será condenado a muerte. No puedo permitirlo. No diciendo lo que ha sucedido tiene más tiempo para escapar a sus perseguidores. Algún día volverá, quizá, a sentimientos mejores y, en todo caso, no seré la causa de su muerte. Ahora no me hables más, déjame solo y márchate. Mientras estoy meditando no sufro, pero en cuanto recobro la conciencia del cuerpo los dolores que padezco son intolerables.

Ningún discípulo oriental discute una orden de tal naturaleza. Comprende el espíritu que la dicta. El hombre se

arrodilló a los pies de su *gurú* y se retiró. Algunos días después el ermitaño moría solo en su cueva.

Aun cuando Dawasandup admirase mucho la conducta de aquel santo lama, tales alturas morales le parecían demasiado elevadas para alcanzarlas. Lo confesaba con humildad. Lo que le atraía de un modo irresistible, ya lo he dicho, era el trato con los seres del mundo oculto para lograr poderes supernormales. Su sueño era ver prodigios y llegar a hacerlos. Tenía todas las aspiraciones de un mago, pero carecía de la ciencia y de la fuerza moral para realizarlas.

La bebida, pasión muy frecuente entre sus compatriotas, fue la maldición de su vida. Alimentaba en él una disposición a encolerizarse, y por ello estuvo a punto de convertirse en asesino.

Mientras permanecí en Gangtok pude ejercer cierta influencia sobre él. Conseguí que me prometiese abstenerse por completo de bebidas fermentadas, prohibidas a todos los budistas; pero para perseverar en esta resolución era preciso una energía mayor de la que tenía mi intérprete. No podía resistir a los que a su alrededor opinaban que beber firme y dejar caer la razón en el fondo del vaso era el deber de un fiel discípulo de Padmasambhava.[8]

Cuando conocí a Dawasandup había dejado el servicio del Gobierno para ejercer las funciones de primer maestro director de la escuela tibetana de Gangtok. En el papel de profesor era inenarrable.

Los trabajos particulares de traducciones u otras cosas, las visitas y las largas conversaciones con los lamas, el oficio de los ritos ocultos y, sobre todo, el gusto por la lectura, a la que debía su erudición, le impedían ocuparse de la escuela, y a menudo parecía olvidarse de su existencia. Dondequiera que fuese, hasta en el lugar más recóndito de su casa, llevaba un libro, y absorto en él, se sentía embargado por una especie de éxtasis que le hacía

perder durante horas y horas la noción del sitio en que se hallaba. Llegaba a pasarse un mes entero sin poner los pies en la sala donde daba clase, abandonando a sus escolares en manos de un segundo maestro que, a su vez, imitaba la negligencia del jefe siempre que le era posible.

Los muchachos, libres, no hacían más que jugar y deambular por los bosques próximos a la escuela, olvidando lo poco que habían aprendido.

Sin embargo, un buen día Dawasandup aparecía ante ellos con la faz tan severa como la del juez de los difuntos, y los muchachos temblaban con toda su alma, porque sabían por experiencia lo que les esperaba.

Primero tenían que formar fila delante del examinador. Éste hacía una pregunta a uno de los dos escolares del extremo de la fila. Si el discípulo no contestaba, o contestaba mal, el compañero que estaba junto a él podía responder, y si lo hacía satisfactoriamente, se le ordenaba dar un fuerte bofetón al primero y ocupar su sitio.

El desgraciado que había recibido el bofetón era interrogado otra vez, y si de nuevo permanecía mudo o contestaba mal, el tercero de la fila debía administrarle otro sopapo y quitarle el sitio, a condición de mostrarse más sabio.

Cualquier chiquillo desgraciado, atontado por el castigo sucesivo, podía encontrarse en el último puesto de la fila después de haber recibido doce cachetes. Sucedía frecuentemente que algunos escolares, compañeros de fila, eran incapaces de recitar la lección. En ese caso, el más sabio del grupo distribuía solo todos los sopapos, y si todos resultaban igualmente ignorantes, Dawasandup se encargaba del castigo general.

Algunos chicos vacilaban al pegar fuerte a un amigo y se contentaban con fingirlo. No les valía, porque Dawasandup vigilaba. «Amiguito —decía riendo cruelmente—, no sabes hacerlo. Acércate, voy a enseñarte». Y ¡pam!, la mano enorme caía sobre la mejilla del chico, que veía las estrellas

y que, para no tener que soportar una nueva demostración, tenía que abofetear a su condiscípulo con vigor capaz de dejar satisfecho a su terrible maestro.

A veces el castigo no tenía que ver con las lecciones. En aquella bendita escuela, donde desconocían toda disciplina, el espíritu de inventiva y nada trivial de Dawasandup descubría por todas partes faltas a reglas sin formular que surgían con intermitencia. Entonces cogía un bastón *ad hoc*, ordenaba que el condenado extendiese el brazo abriendo la mano y, en la palma, el muchacho recibía, dando aullidos, los palmetazos que su verdugo fijaba. Si no extendía la mano, el infeliz recibía los golpes en la cabeza.

Mientras maniobraba con su bastón, Dawasandup ejecutaba una especie de danza, saltando a cada golpe que daba y emitiendo un sonoro *¡han!*, como es costumbre de ciertos leñadores. Y de esta manera, con la participación forzada del desgraciado chiquillo, a quien el dolor hacía patalear y retorcerse, el castigo adquiría el aspecto de un baile diabólico.

He visto tales escenas cuando llegaba al colegio sin que me esperasen y, además, los chicos, familiarizados conmigo, me informaban ampliamente.

Al cabo de unos días o de unas semanas de aquella actividad profesional, Dawasandup dejaba de nuevo a sus discípulos.

Podría narrar muchas otras cosas concernientes a mi bravo intérprete, hasta ciertas historias divertidas, como los cuentos de Boccaccio. No sólo era maestro de escuela, ocultista y letrado; también sabía desempeñar otros roles. Pero haya paz para su memoria, no quiero denigrarle. Tal y como yo lo he conocido, Dawasandup era una personalidad interesante que había adquirido gran erudición por su esfuerzo y su perseverancia. Siempre me alegré de haberle encontrado y reconozco cuánto le debo.

Añado que Dawasandup es el autor del primero y único diccionario, hasta ahora, anglotibetano, y que terminó sus

días siendo profesor de tibetano en la universidad de Calcuta.

Me llevé una gran alegría cuando el príncipe *tulku* me anunció que un verdadero tibetano, doctor en filosofía de la célebre universidad monástica de Trachilhumpo,[9] vendría a la *gompa* de Enché, cerca de Gangtok, y que muy pronto también volvería a su país natal otro lama originario de Sikkim que había cursado sus estudios en el Tíbet.

Al cabo de poco tiempo tuve ocasión de conocer a los dos hombres, reconocidos letrados.

El primero, Kuchog[10] Chos-dzed, pertenecía a la familia de los antiguos reyes del Tíbet. Por razones políticas había estado encarcelado durante bastante tiempo y atribuía el precario estado de su salud a los alimentos envenenados que, según creía, le dieron durante su reclusión.

El príncipe de Sikkim, que estimaba mucho a los letrados, acogió con entusiasmo al refugiado. Para proporcionarle medios de existencia, y al mismo tiempo para que los monjes jóvenes sacasen provecho de su ciencia, le nombró abad del monasterio de Enché, con la obligación de enseñar la gramática a unos veinte novicios.

Kuchog Chos-dzed era un *gelug pa*, es decir un miembro de la secta reformada fundada por Tsong Khapa (hacia 1400) y llamada familiarmente secta de los *bonetes amarillos*.

Los autores extranjeros, que describen las prácticas religiosas de los *bonetes amarillos* como totalmente opuestas a las de los *bonetes rojos*, habrían rectificado su error al ver que un sacerdote *gelug pa* estaba al frente de una secta roja y salmodiaba los oficios con sus monjes.

Ignoro si puedo clasificar entre los místicos al lama de Enché y si se dedicaba normalmente a la meditación, pero era asombroso como erudito. Su memoria era como una

biblioteca milagrosa en la que cada libro estuviese siempre dispuesto a abrirse en la página necesaria al menor gesto. Citaba a docenas los textos sin el menor esfuerzo. En el Tíbet esto no es excepcional, pero lo era la comprensión perfecta de los matices más sutiles de los textos que poseía Kuchog Chos-dzed.

Ya fuese por discreción o por orgullo instintivo de su nobleza, mayor y más antigua que la de su tutor, el lama de Enché rara vez visitaba al príncipe, y eso sólo cuando tenía que comunicarle algún asunto del monasterio que dirigía. A veces venía a mi casa, pero, en general, era yo quien subía a la *gompa*, situada sobre la cresta de una montaña que dominaba Gangtok.

Después de varias charlas, el lama, desconfiado como todos los orientales, se valió de una graciosa estratagema para probar la extensión de mis conocimientos del budismo y el grado de comprensión de sus doctrinas.

Un día que fui a visitarlo, me presentó una hoja de papel llena de preguntas y, con la mayor cortesía, me invitó a contestarlas inmediatamente.

Las cuestiones a tratar eran abstractas y habían sido escogidas con premeditación para desconcertarme.

Superé la prueba con honra y el examinador quedó satisfecho. Me confesó entonces sus dudas acerca de que yo fuese budista, como afirmaba y, sin poder desenmarañar los motivos, el temor de que mi afán por interrogar a los lamas escondiese intenciones ocultas.

Desde entonces me pareció completamente tranquilo, demostrándome mucha confianza.

El segundo lama, que llegó poco tiempo después, volvía del monasterio de Tulung Tserpug, situado en la región de Lasa«Estudió allí en su juventud y regresó, más tarde, como secretario del jefe de la secta de los *karmapas* (la secta más importante de los *bonetes rojos)*.

Le llamaban Bermiak Kuchog (señor de Bermiak) porque era hijo de un gran señor de aquel lugar, de los excasos

miembros de la nobleza de Sikkim que pertenecía a la raza de los aborígenes: *los lepchas*.

Había recibido, como Kuchog Chos-dzed, la ordenación mayor de *gelong*, y era soltero. Ocupaba una habitación en el palacio, a título de capellán del maharajá.

Casi todas las tardes atravesaba los jardines para dirigirse a la villa del príncipe heredero, y allí, en la sala amueblada a la inglesa, conversábamos largamente sobre las cosas desconocidas en Occidente.

Recuerdo, con gusto, aquellas charlas donde empecé a descorrer el velo que nos oculta el auténtico carácter del Tíbet y de su mundo religioso.

Sidkeong *tulku*, que siempre usaba trajes irisados, presidía sentado en un diván con una mesita delante, y yo lo hacía *vis à* vis, sentada en una butaca. Frente a nosotros colocaban un pequeño tazón de fina porcelana china sobre pie de plata, cubierto con una tapa en forma de pagoda, adornada de corales o de turquesas.

A cierta distancia del príncipe, el señor de Bermiak, majestuoso con su túnica monástica y su toga granate oscuro, colocaba otra butaca, una mesita y un tazón con platillo de plata, pero sin tapa. En cuanto a Dawasandup, presente muchas veces, se sentaba a la manera oriental a nuestros pies (en Oriente se dice «en forma de loto»), y su tazón, puesto sobre el tapiz, no tenía ni planillo ni tapa. Así lo prescribía la etiqueta tibetana, muy complicada y muy estricta en la categoría de las tapas, tazas y asientos de diferente altura que corresponden a cada huésped.

Mientras conversaba Bermiak Kuchog, disertador y erudito, nos servían con gran abundancia el té tibetano, color de rosa marchita, sazonado con manteca y sal. Los tibetanos ricos tienen a su alcance a cualquier hora una taza llena. La expresión corriente en el Tíbet para señalar a las gentes que viven en la opulencia es la siguiente: «Sus labios están siempre húmedos de té o de cerveza». Por

respeto a mi ortodoxia budista sólo aparecía el té en aquellas reuniones.

Lo traía un sirviente joven en una enorme tetera de plata. Circulaba con ella llevándola a la altura del hombro. Luego la inclinaba hasta nuestras tazas, con los gestos estudiados y precisos del oficiante que celebra un rito. Las maderas olorosas que ardían en un rincón del cuarto le llenaban de un perfume distinto de los inciensos de la India que yo había tenido ocasión de aspirar durante mis viajes. Otras veces, una melodía lenta y grave, hondamente melancólica, nos llegaba, debilitada por la distancia, desde la capilla de palacio... Y el lama de Bermiak continuaba conversando, describiendo la vida y las meditaciones de los sabios y de los metafísicos que habían vivido o que vivían en la tierra prohibida, cuya frontera estaba tan próxima.

Debo a Kuchog Chos-dzed y a Bermiak Kuchog el haberme iniciado en la fe de los lamaístas y en las creencias que se refieren a la muerte y al más allá, y que son tan poco conocidas.

Como el primero de estos lamas era miembro de la secta de *bonetes amarillos* y el segundo pertenecía a una de las secta de *bonetes rojos*, al oír a los dos tenía la seguridad de que mis informes representaban la opinión admitida en general, y no tal o cual doctrina perteneciente a una secta y rechazada por las restantes. Además, en los años siguientes tuve numerosas ocasiones de interrogar a otros lamas de las distintas regiones del Tíbet. Para facilidad del lector, hago a continuación un resumen de las diversas informaciones.

La muerte y el más allá

Generalmente, los profanos imaginan que los budistas creen en la reencarnación y hasta en la metempsicosis. Se trata de un error. El budismo enseña que la energía que produce la actividad mental y física de un ser es causa de la

aparición de nuevos fenómenos mentales y físicos cuando este ser ha sido disuelto por la muerte.

Existen teorías sutiles sobre el tema, y los místicos del Tíbet, más que otros budistas, parecen haber logrado un punto de vista más profundo de la cuestión. No hace falta insistir para comprender que sólo un número selecto de ellos entienden los conceptos filosóficos. En cuanto a las masas, aunque repitan el credo ortodoxo —«Todos los agregados son transitorios, no existe ningún "yo" en el individuo—, permanecen fieles a la creencia más simple de una entidad indefinida que, revistiendo formas diversas, peregrina de mundo en mundo.

Sin embargo, los lamaístas difieren mucho de sus correligionarios de los países del sur: Ceilán, Birmania, etc., y explican las condiciones de esta peregrinación de modo muy particular. Según ellos, transcurre un lapso de tiempo más o menos grande entre el momento de la muerte y aquel en que el difunto renace en una u otra de las seis especies de seres animados reconocidos por ellos.

Estas seis especies son, respectivamente: 1) los dioses; 2) los no dioses, especies de titanes; 3) los hombres; 4) los no hombres, que comprenden los genios, espíritus, hadas, etc., de carácter amable unos y malhechores otros; 5) los animales, y 6) los *yidags*, seres monstruosos perpetuamente torturados por el hambre y la sed, y los habitantes de purgatorios distintos que soportan crueles sufrimientos.

Ninguna de estas situaciones es perpetua. La muerte llega para todos, tanto para los dioses como para los desgraciados que gimen en los purgatorios, y a la muerte sigue el renacer, sea en la misma clase de seres o en una clase distinta.

La creencia popular asegura que el difunto renace en condición más o menos feliz, por sus buenas o malas acciones. Los lamas, mejor informados, enseñan que el hombre o cualquier otro ser, desarrolla por sus actos y sus

pensamientos afinidades que le conducen con toda naturalidad hacia una condición de existencia en relación con ellas. Por último, otros dicen que un ser modifica la naturaleza de la sustancia de que se compone por sus actos y, especialmente, por su actividad mental, y puede transformarse a sí mismo en dios, en animal, en condenado, etcétera.

Tales teorías son, hasta aquí, casi iguales a las que admiten la mayor parte de los budistas. Los lamaístas son más originales en lo que sigue.

Es necesario advertir que la importancia otorgada por algunas sectas budistas mahayanistas al saber hacer y a la habilidad es mucho mayor en los lamaístas.

«El que sabe lo que hay que hacer, vivirá confortablemente hasta en el infierno.» Este es un refrán muy popular en el Tíbet. Nos muestra mejor que cualquier otra explicación la opinión de los lamaístas a propósito de lo que denominan *thabs*, el *método*.

Mientras que la mayor parte de sus correligionarios creen que la suerte de los difuntos depende, matemáticamente, de su moral, los lamaístas suponen que el «que sabe lo que hay que hacer» puede modificar y hasta mejorar su suerte *post mortem* y renacer en la mejor condición posible.

Digo *lo mejor posible* porque, a pesar de su mucha confianza en los efectos de la habilidad, creen también que el peso de los actos pasados posee fuerza considerable, tanto que, a veces, todos los esfuerzos del difunto y hasta los de cualquier taumaturgo iniciado que se interese por él son inútiles para retener el *espíritu* que se precipita hacia un renacimiento miserable.

Más adelante daremos un ejemplo de ello.

Partiendo de la idea de que el *método*, el saber hacer, es siempre de interés esencial, los lamaístas juzgan que al arte de bien vivir habría que añadirle el de bien morir y saber desenvolverse en el más allá.

Los iniciados deben conocer lo que les espera cuando mueren, y los contemplativos ven y experimentan de antemano las sensaciones que acompañan a la muerte. No se sorprenderán ni se turbarán cuando la personalidad presente se disgregue y *aquello* que ha de proseguir su camino, entrando conscientemente en el más allá, eche a andar con pleno conocimiento de los caminos, de los senderos y de los lugares adonde conducen.

¿Qué es *aquello* que sigue su camino cuando el cuerpo es ya cadáver? Es una de las múltiples *conciencias* que distinguen los lamaístas: la conciencia del *yo* o, según otra expresión, «el deseo de vivir».

Designaré con el nombre de *espíritu* al viajero cuyas peregrinaciones vamos a seguir en el más allá. Aunque este término no representa bien lo que los letrados expresan con las palabras *yid ky rnampar chespa*, tiene la ventaja de ser familiar a los occidentales y, además, he de emplearlo por no encontrar otro similar en los idiomas europeos.

Ya he comentado que los iniciados son capaces de conservar el espíritu lúcido durante el acontecimiento de la disgregación de su personalidad y de pasar de este mundo al otro plenamente conscientes de lo que les sucede. Así que no necesitan ninguna ayuda en su última hora y es inútil la celebración de ritos religiosos tras su muerte.

No sucede igual para el vulgo, y por vulgo se entiende aquí cualquiera, religioso o laico, que no posee la ciencia de la muerte. Y son la gran mayoría.

El lamaísmo no deja abandonados a estos ignorantes a sí mismos. Mientras agonizan, y después de que han expirado, un lama les enseña lo que no han aprendido durante su vida. Les explica la naturaleza de los seres y de las cosas que se les aparecen, les tranquiliza y, sobre todo, no cesa de indicarles la buena dirección que han de tomar.

El primer cuidado del lama que asiste a un moribundo es tratar de impedirle que se duerma, que pierda el sentido o que entre en coma. Le señala la pérdida sucesiva de las

diferentes *conciencias* que animaban sus sentidos: conciencia del ojo, conciencia de la nariz, de la lengua, del cuerpo, de la oreja, es decir, la pérdida gradual de la vista, del olfato, del gusto, del tacto, del oído. El pensamiento debe permanecer alerta y activo al suceso que se desarrolla en el cuerpo ya insensible. Se trata de proyectar el espíritu fuera de su cuerpo por la bóveda del cráneo, porque si se escapase por otro conducto vería grandemente comprometido su bienestar futuro.

Los iniciados capaces de provocar por su cuenta la ascensión del espíritu a la cúspide de la cabeza, pronuncian, cuando sienten su fin próximo, el *¡hik!* y el *¡fet!* liberadores. Pueden así suicidarse y se dice que algunos lo hacen.

El espíritu, desprendido de la carne, emprende una peregrinación peculiar. Aun cuando la creencia popular haga de ésta un viaje real a través de lugares reales, poblados de seres igualmente reales, los lamaístas más instruidos la consideran como un desfile de visiones subjetivas, un sueño que el mismo espíritu crea, bajo la influencia de sus tendencias diversas y de su actividad pasada.

Algunos afirman que el espíritu, inmediatamente después de su *desencarnación*, tiene la intuición, pasajera como el rayo, de la suprema realidad. Si es capaz de alcanzar aquella luz, se libera definitivamente de la *ronda* de los renacimientos y de las muertes sucesivas. Ha llegado a ser *nirvana*.

Es un caso extraño. En general, el espíritu se deslumbra con aquella claridad súbita. Retrocede, arrastrado por falsas concepciones, por su apego a la existencia individual, al *yo* y a los placeres de los sentidos. O se le escapa por completo el significado de lo que se le aparece, así como al hombre absorto en sus problemas se le escapan los hechos que se producen a su alrededor.

El difunto vulgar, que ha entrado en el más allá durante un desvanecimiento, no se hace cargo inmediato de su situación cuando recobra la conciencia. Durante varios días

habla con las personas que viven en su antigua casa y encuentra muy extraño que nadie le conteste ni se dé cuenta de su presencia.

Un lama del monasterio de Litang (Tíbet oriental) me contó que varios muertos habían hecho saber por los *paos* (mediums) que se esforzaban en usar cosas de su pertenencia, como coger el arado para ir a labrar los campos, o descolgar sus ropas, que pendían de un clavo, para vestirse. Viendo que no podían realizarlo, se irritaban.

En ese caso el espíritu del muerto está desorientado. ¿Qué ha pasado? Se fija en un cuerpo inerte, igual al suyo, rodeado de lamas. ¿Es posible que haya muerto?

Pretenden las buenas gentes que, para asegurarse de ello, el *desencarnado* debe dirigirse a una tierra arenosa y mirar la huella de sus pies. Si ve que dicha huella tiene los pies vueltos, es decir, con el talón hacia adelante y los dedos hacia atrás, no puede quedarle ninguna duda: está muerto y bien muerto.

Pero, se dirá, ¿qué clase de *espíritu* es el que tiene pies? Éstos no pertenecen al espíritu, sino al cuerpo etéreo al que aún está unido.

Los tibetanos, como los antiguos egipcios, creen en el *doble*. En vida, en estado normal, el doble permanece estrechamente unido con el ser material. Pero ciertas circunstancias pueden desunirlo y entonces le es posible mostrarse lejos del cuerpo material o, invisible, realizar diversas peregrinaciones.

La separación del cuerpo y de su *doble* se realiza involuntariamente en algunos hombres, y los que han practicado el aprendizaje *ad hoc* pueden efectuarlo a voluntad, según los tibetanos. No obstante, la separación no es completa: hay un lazo que une a ambos y persiste, más o menos tiempo, después de la muerte. A la destrucción del cadáver sigue, generalmente, la del *doble*, pero no necesariamente, y en ciertos casos puede sobrevivirle.

Se encuentran en el Tíbet gentes que han permanecido en estado letárgico más o menos tiempo y que luego describen los lugares que aseguran haber recorrido. Unos se han limitado a visitar países habitados por hombres, pero otros relatan peregrinaciones a los paraísos, a los purgatorios o al *bardo*, la región intermedia donde el espíritu vaga después de la muerte, mientras espera su reencarnación.

Estos singulares peregrinos son llamados *delogs*, que significa «vuelto del más allá». Si los relatos de los *delogs* difieren en cuanto a los lugares recorridos y a las peripecias del viaje, coinciden, generalmente, en describir las impresiones del seudomuerto como muy placenteras.

Cierta mujer que unos años antes estuvo inerte durante una semana, a quien encontré en un pueblo de Tsawarong, contaba que le había sorprendido agradablemente la ligereza y agilidad de su nuevo cuerpo, que podía moverse con rapidez inusitada.

Sólo era preciso su deseo de trasladarse a un lugar para que se encontrase allí inmediatamente; podía cruzar los ríos caminando sobre el agua, pasar a través de los muros, etc. Sólo una cosa le era imposible: romper un cordón, casi impalpable, que la unía con su antiguo cuerpo, al que veía perfectamente, inmóvil sobre el lecho. Aquel cordón, aunque se alargaba indefinidamente, era un estorbo para moverse. Decía que «se enredaba».

También un hombre *delog*, que mi hijo adoptivo vio en su juventud, describía su estado de manera similar.

Como el *delog* no es un auténtico difunto, nada prueba que las sensaciones que experimenta durante el período letárgico sean iguales a las de los muertos reales. Pero los tibetanos no se preocupan de tal distinción.

Cuando un moribundo da el último aliento, se le amortaja con sus ropas al revés (el delantero del traje hacia atrás), luego se le ata en postura de buda, con las piernas

cruzadas, o si no con las rodillas dobladas tocando el pecho. Después, en los pueblos, se coloca generalmente el cuerpo en un caldero. En cuanto se llevan el cadáver, el caldero, contaminado por los líquidos que produce la putrefacción, se lava sin gran esmero y allí mismo preparan el té o la sopa para los que asisten a los funerales.

En el Tíbet, los funerales se celebran tarde. La gran altitud de las provincias centrales y septentrionales impide la descomposición, pero en los valles cálidos, de clima húmedo, los cadáveres, conservados durante una semana o más, despiden un olor nauseabundo. Este detalle, sin embargo, no quita el apetito a los *trapas*, que continúan dando consejos al difunto, señalándole el camino que ha de seguir y el que ha de evitar en el más allá. Comen frente al muerto y *con él*, ya que el principal oficiante le invita directamente con la siguiente frase: «¡Fulano: que tu espíritu venga inmediatamente aquí y se alimente!».

Los cuerpos son incinerados en la parte del Tíbet que tiene bosques. En las vastas regiones desnudas del centro y del norte, donde no hay más combustible que el estiércol de los rebaños, sus habitantes los abandonan a los animales de presa, sea en lugares reservados para ello, cerca de los pueblos, o en cualquier parte de las montañas cuando se trata de nómadas o de gente que vive en lugares solitarios. En cuanto al cuerpo de los grandes dignatarios religiosos, se momifica a veces por un procedimiento doble: salazón y cocimiento en manteca. Estas momias se llaman *mardong*. Las encierran en un mausoleo de plata maciza, adornado con piedras preciosas, empaquetadas en vestiduras y con el rostro dorado. En algunas de esas tumbas hay un espejo, colocado frente a la cabeza del muerto, que permite contemplar su faz dorada. Otros grandes lamas son sencillamente incinerados con manteca y conservan su osamenta en ricas sepulturas. Todos los monumentos funerarios tibetanos imitan las *stupas* de los antiguos budistas, en forma de *cherten*.

Los lamaístas, influidos por las ideas búdicas sobre la excelencia de actos caritativos, ven en los funerales la ocasión de la dádiva suprema. El difunto deseaba —por lo menos se supone que lo deseaba — que su cuerpo sirviese, como último don, para alimentar a los atormentados por el hambre.

La obra titulada *Guía del espíritu del muerto en el más allá*[11] se expresa de la siguiente manera:

1) El cuerpo es transportado a la cima de una montaña. Allí despedazan sus cuatro miembros con un cuchillo bien afilado. Colocan en el suelo las entrañas, el corazón y los pulmones. Los pájaros, los lobos y los zorros se hartan.

2) Se arroja el cuerpo a un río sagrado. La sangre y los humores se disuelven en las azuladas aguas. Los peces y las nutrias se comen la carne y la grasa.

3) Queman el cuerpo. La carne, los huesos y la piel se convierten en un montón de cenizas. Los *tisas*[12] se nutren con su olor.

4) Ocultan el cuerpo bajo tierra. Los gusanos chupan la carne, los huesos y la piel.

Las familias que tienen medios de retribuir a los lamas repiten a diario el oficio fúnebre durante seis semanas, aproximadamente, después de los funerales. Más tarde construyen una efigie con varitas de madera que sostienen los vestidos de) difunto. Una hoja de papel representa la cabeza. A veces se dibuja el retrato del fallecido, pero lo más corriente es comprar esas hojas impresas en los monasterios. Hay dos modelos: uno con la imagen de un hombre, otro con la de una mujer. Bajo la imagen se deja un espacio en blanco, para escribir, a mano, el nombre del difunto o de la difunta.

De nuevo se celebra la ceremonia religiosa, y al final, el lama quema la hoja de papel que representa a la persona del muerto. Las ropas del maniquí forman parte de sus honorarios.

Después de la incineración simbólica los lazos que unían al muerto con los vivos se consideran definitivamente rotos.

Los tibetanos se muestran en extremo deseosos de evitar todo género de relaciones con los difuntos. Los aldeanos, sobre todo, emplean un lenguaje en extremo conciso para despedirlos.

Justo antes de sacar el cadáver de la casa, cuando se le está sirviendo la última comida, un miembro anciano de la familia le dirige un sermón.

—Escucha, Fulano —le dice—. Eres un muerto. Admítelo. Ya no tienes nada que hacer aquí. Come abundantemente por última vez; tienes que emprender un largo viaje, has de atravesar varios puertos, toma fuerzas y no regreses nunca.

Aún he oído otro discurso más curioso.

Después de haber repetido muchas veces al difunto que ya no pertenecía a este mundo y que se le rogaba no volviese, el orador prosiguió:

—Pagdzin: te comunico que un incendio ha destruido tu casa. Se han quemado todas tus pertenencias. Habías olvidado una deuda y tu acreedor se ha llevado a tus dos hijos como esclavos. En cuanto a tu mujer, se ha marchado con otro marido. Guárdate, pues, de regresar, porque te daría mucha pena ver tanta miseria.

Escuché, admirada, la lista de aquellas calamidades extraordinarias.

—¿Cómo han ocurrido tantas desgracias? —pregunté a uno de los presentes.

—No ha pasado nada — me contestó el hombre sonriendo maliciosamente—. La casa y el ganado están intactos. La mujer está muy tranquila con sus hijos. Lo que se dice es para desconsolar al muerto y que no se le ocurra regresar a su casa.

La treta parece demasiado inocente por parte de gentes que reconocen en el *doble* la facultad de ver lo que pasa en nuestro mundo.

También el lama exhorta al muerto en términos litúrgicos, mucho más elegantes que los que emplean los aldeanos, para que prosiga su camino sin mirar atrás, pero esta recomendación se le hace para su mayor bien, mientras que el vulgo sólo piensa en evitar la presencia oculta de un fantasma que juzga amenazador.

Mientras se verifican todas estas ceremonias, el *espíritu* camina a través del *bardo*. Uno después de otro, se ofrecen a su mirada seres luminosos, de magnífica belleza, y otros de formas horrorosas. Caminos iluminados diferentemente y multitud de extrañas visiones. El espíritu vaga entre las apariciones, que le espantan por igual, desorientado y enloquecido. Si consigue escuchar y seguir los avisos que le dirige el lama oficiante, puede entrar consciente en el más allá, como iniciado precavido, y aventurarse en el camino que le conduzca a renacer entre los dioses. Pero los que en vida no han aprendido lo que es el *bardo* y penetran en él absortos por el pesar de abandonar la vida, no pueden aprovecharse de los consejos que reciben. Tal vez ni los oigan.

De este modo dejan escapar la ocasión de ser *hábiles*, de sustraerse por el *saber hacer* al rigor matemático de las consecuencias de sus actos. Se dejan atrás los caminos de la felicidad. Se les ofrecen matrices humanas o de animales, y, engañados por la alucinación, las ven bajo el aspecto de grutas, de palacios, donde se adentran creyendo hallar agradable reposo. Han fijado ellos mismos la índole de su renacimiento. Uno será perro y otro hijo de padres distinguidos entre los humanos.

Según otras creencias, la gran masa de los que no han alcanzado la iluminación espiritual *post mortem* —apoderándose del sentido de la visión que se les presenta inmediatamente después de muertos— avanza, como un rebaño asustado, a través de la fantasmagoría del *bardo*, hasta el tribunal de *Chindjé*, juez de los muertos. Éste examina sus actos pasados en el espejo que los refleja, o los

pesa bajo la clase de cantos negros y de cantos blancos, y según la proporción en que predomine el bien o el mal, señala en qué mundo ha de renacer el espíritu y las condiciones particulares del renacimiento: belleza o fealdad física, dones intelectuales, situación social de los padres, etcétera.

Nadie puede salvarse por *habilidad* ante este juez justo e inflexible. Por lo demás, el *saber hacer* sólo puede ejercitarse en el límite que permite la fuerza de los actos anteriores. He indicado ya que ilustraría esta parte con una anécdota tibetana divertida.

Un gran lama *tulku*[13] había pasado su vida holgazaneando. Aunque tuvo excelentes maestros en su juventud, aunque poseía una considerable biblioteca heredada de sus antepasados, aunque había estado siempre rodeado de eruditos ilustres, apenas sabía leer. Y el lama falleció.

En aquel tiempo vivía un hombre extraño, taumaturgo y filósofo de ruda catadura, cuyas excentricidades, groseras a veces —exageradas por sus biógrafos—, han alimentado numerosos cuentos rabelesianos muy apreciados en el Tíbet.

Dugpa Kunlegs —que así se llamaba— estaba de viaje, según su costumbre vagabunda, cuando, al llegar cerca de un arroyo, se encontró con una muchacha que iba a sacar agua.

Sin decir nada, se echó sobre ella tratando de violarla. Ella era fuerte y Dugpa Kunlegs ya viejo; la muchacha se defendió con tal vigor, que consiguió escaparse y corrió a la aldea para narrarle a su madre lo sucedido.

La buena mujer se quedó absorta; las gentes del país eran de buenas costumbres, de nadie podía sospecharse; el miserable debía de ser extranjero. Pidió a su hija la descripción minuciosa del vil personaje.

Mientras escuchaba los detalles requeridos, la madre reflexionaba. Recordaba haber encontrado en una peregrinación al *dubotb*[14] Dugpa Kunlegs, y la filiación que le daban correspondía perfectamente con la de aquel santo incomprensible y excéntrico. Dugpa Kunlegs había pretendido abusar de su hija, no cabía duda.

La aldeana reflexionó. Pensó que los principios que rigen la conducta del común de los hombres no pueden aplicarse a quienes poseen conocimientos supernormales. Un *dubtob* no tiene que considerar ninguna ley moral ni de otra clase; consideraciones superiores y fuera de lo vulgar dictan sus acciones.

—Hija mía —le dijo—, el hombre que has visto es el gran Dugpa Kunlegs. Cuanto hace está bien hecho. Vuelve al arroyo, prostérnate a sus pies y haz lo que quiera.

La muchacha volvió y encontró al *dubtob* sentado en una piedra, ensimismado en sus pensamientos. Posternándose, se declaró servidora suya y se excusó por haberse resistido, ya que no le conocía.

El santo se encogió de hombros.

—Hija mía —le dijo—, las mujeres no me inspiran el menor deseo. Pero el gran lama del monasterio vecino ha muerto como un ignorante, después de una vida indigna, desperdiciando todas las ocasiones de instruirse. He visto en el *bar do* su espíritu errante, arrastrado hacia un renacimiento malo y, por caridad, intenté proporcionarle un cuerpo humano. Pero la fuerza de sus malas obras no lo ha consentido. Has huido de mí y, mientras estabas en el pueblo, aquel burro y aquella burra que puedes ver en el prado se han apareado. El gran lama renacerá en breve bajo la forma de pollino.

La mayor parte de los difuntos son corteses con el deseo expresado categóricamente en los funerales y no se presentan al recuerdo de los vivos. De modo que estos últimos suponen que su suerta es ya definitiva y favorable.

Sin embargo, ciertos muertos no son tan discretos. Se aparecen con frecuencia en sueños a sus parientes o a sus amigos. En sus antiguas viviendas se producen incidentes extraños. Según los tibetanos, tales hechos significan que el difunto es desgraciado y pide ayuda.

En estos casos se puede consultar a los lamas adivinos. Indican los ritos a celebrar, las limosnas a distribuir y los libros santos que conviene leer para el bienestar del desaparecido.

De todas formas, en semejante circunstancia, algunas gentes vuelven a las prácticas de la antigua religión del país, especialmente en las regiones fronterizas.

Creen que el difunto mismo debe ser escuchado. Para eso se necesita un médium, *pao* o *pamo* (hombre o mujer), que preste su cuerpo al espíritu del muerto y hable por él. Las sesiones espiritistas en el Tíbet no se parecen a las de occidente; no es preciso ni la oscuridad ni el silencio; a veces incluso se verifican al aire libre. El médium no está dormido ni inmóvil; al contrario, se agita, frenéticamente.

Comienza por una salmodia, acompañándose con un tamboril y una campanilla y ejecutando una especie de paso de danza, lento primero, más rápido después, hasta que empieza a temblar convulsivamente. Ya ha tomado posesión de él un ser del otro mundo: dios, genio, demonio o espíritu de un muerto. Entonces se pone frenético y canta, con voz entrecortada, lo que el personaje invisible quiere comunicar a los presentes. Es muy difícil entender las palabras entrecortadas que pronuncia el *pao* o el *pamo*, y como es de importancia capital saber quién habla por su boca y recoger las instrucciones que da por su mediación, para escucharlas atentamente escogen a los hombres más inteligentes del pueblo.

Durante las sesiones sucede que distintas deidades o espíritus se apoderan, sucesivamente, del médium. A veces, este último, impulsado por aquéllos, se arroja sobre uno de los asistentes y lo muele a golpes. No ofrecen resistencia a

la corrección inesperada. Los tibetanos imaginan que tiene la propiedad de expulsar un espíritu maligno que el apaleado llevaba dentro sin sospecharlo y que el espíritu que anima al médium ha descubierto.

Los muertos que sufren en el otro mundo se limitan generalmente a relatar sus infortunios.

—En mi camino —dijo uno de ellos durante una sesión a la que yo asistía— tropecé con un demonio que me arrastró a su casa. Me ha hecho su esclavo, me trata duramente y me obliga a trabajar sin descanso. ¡Tened piedad de mí! ¡Liberadme para que pueda alcanzar el «paraíso de la gran beatitud»!

La madre del hombre a quien se atribuía el mensaje, su mujer y sus hijos lloraban con gran desconsuelo.

Las familias que reciben tales súplicas sólo piensan en liberar al pobre difunto. El asunto es complicado. Se trata, primero, de ponerse en comunicación con el demonio y de negociar con éste el rescate del cautivo.

Con frecuencia el intermediario elegido es un *ben* (brujo). Informa a la familia del prisionero que su dueño demoniaco exige, para libertarlo, el sacrificio de un cerdo o de una vaca.

Después de haber ofrecido la víctima, el *ben* entra en trance. Se supone que su espíritu, o su *doble*, se dirige a la mansión del demonio.

Viaja; el camino es largo, difícil, erizado de obstáculos: las contorsiones del brujo lo indican; pero a diferencia del *pao*, permanece sentado y se limita a mover la cabeza y el busto. De sus labios surge un manantial de palabras que narran la peripecia que ha iniciado. El brujo consigue su objetivo: se apodera del espíritu y quiere llevárselo. El demonio ha recibido el rescate estipulado, pero generalmente obra de mala fe y trata de retener a su esclavo. El *ben* lucha con él, se le ve retorcerse, jadear, dar gritos.

La familia y los amigos del muerto siguen con ansiedad las fases del drama y manifiestan su alegría cuando el hechicero, exhausto, declara que ha tenido éxito y que ha podido llevar el espíritu a un grato lugar.

No siempre da resultado el primer intento. He asistido a varios ensayos de salvamento en los que el hechicero, después de esfuerzos inauditos, declara que el demonio le ha arrancado otra vez el espíritu. En tal caso hay que empezar de nuevo.

Cuando se confía a un lama el cuidado de librar al *espíritu* de la esclavitud, no se ofrece sacrificio alguno por su redención y los ritos que se celebran no tienen carácter de negociaciones. El lama, docto en ritual mágico, se considera con poder suficiente para obligar al demonio a soltar a su presa.

Los habitantes del Tíbet, influidos por el budismo, han renunciado a sacrificar bestias, pero no ocurre lo mismo entre los tibetanos establecidos en el Himalaya, que sólo tienen un ligero barniz de lamaísmo y son, realmente, auténticos chamanistas.

Respecto al destino del espíritu en el más allá, el vulgo tiene creencias muy distintas de las de los lamas letrados, y más aún de las de los místicos contemplativos. Estos últimos consideran, en primer lugar, los variados episodios del viaje al *bardo* como visiones puramente subjetivas. Creen que la índole de éstas depende de las ideas que hayamos fomentado en nuestra vida; los paraísos, los infiernos, el juez de los muertos se aparecen a los que han creído en ellos.

Un *gomtchen* (anacoreta contemplativo) del Tíbet oriental me contó la siguiente historia sobre dicho tema:

Cierto artista pintor se ocupaba, principalmente, en decorar interiores de iglesias. Pintaba, entre otros personajes, los seres fantásticos con cuerpo humano y

cabeza de animal que aparecen como vasallos del juez de los muertos. Mientras trabajaba, su hijo, muy niño aún, permanecía a su lado y se divertía viendo aparecer aquellas formas monstruosas en los frescos. Sucedió que el niño murió, y al penetrar en el *bardo*, tropezó con los seres terribles cuyas figuras le eran familiares. En vez de asustarse se echó a reír, «¡Oh! —dijo—, os conozco a todos: mi papá es el que os fabrica sobre la pared.» Y quiso jugar con ellos.

Un día pregunté al lama de Enché cuáles podrían ser las visiones subjetivas *post mortem* de algún materialista que considerase la muerte como el aniquilamiento total.

—Quizá ese hombre —me contestó el lama— tendría visiones relacionadas con las creencias de su niñez o las de su medio. Examinaría y analizaría lo que se le apareciese según el grado de inteligencia y de lucidez que tuviese en aquel instante, mientras se le representaban las objeciones y los hechos que, en vida, le indujeron a negar su realidad. Podría llegar a la conclusión de que todo era un puro espejismo. Un hombre menos intelectual, en quien la creencia en la nada es más bien el resultado de la indiferencia y de la abulia que el del razonamiento, no tendría apariciones. Lo cual no impediría que la energía nacida de sus acciones anteriores siguiese su curso y se manifestase con nuevos fenómenos. En términos familiares, no sería obstáculo para el renacimiento del materialista.

Numerosos cuadernillos llenos de notas confirmaban lo que había trabajado desde mi llegada a Sikkim. Ya era hora de tomarme vacaciones. Se acercaba el verano, y la temperatura, más suave, invitaba a emprender un viaje al norte del país.

Decidí tomar un buen camino de herradura que conducía a los pueblos tibetanos de Gangtok, Kampa Dzong y Jigatzé. Iba ascendiendo gradualmente desde Dikchu, aldea

enterrada en el junco tropical a orillas del Tista, y remontaba un afluente de dicho río hasta su cauce a través de paisajes admirables. A unos 80 kilómetros de Gangtok y a 2.400 metros de altura, pasa el camino por la villa de Latchen, que ocupa un lugar importante en la historia de mis experiencias misticolamaístas.

Aquella pequeña aglomeración de montañeses semicultivadores, semipastores, pertenece a la última parte septentrional del Sikkim, en el camino que sube a la frontera tibetana. Un humilde monasterio encaramado en la montaña domina las casitas de los aldeanos. Al día siguiente de mi llegada fui a visitarle. Pero viendo que el templo no ofrecía nada interesante pensaba retirarme, después de una visita rápida, cuando en el espacio luminoso de la puerta abierta se perfiló una sombra y en el umbral surgió un lama.

Digo un lama, pero, en realidad, aquel hombre no llevaba hábito monástico, aunque tampoco vestía como los laicos. Sus ropas se componían de un faldón blanco hasta los pies y de un chaleco granate, por cuya sisa, muy abierta, salían las amplias mangas de la camisa amarilla.

Un rosario compuesto de rodajas grisáceas,[15] entremezcladas con cuentas de coral, le colgaba del pecho; de sus orejas pendían grandes argollas de oro y turquesa y una gruesa trenza le llegaba a los talones.

Aquel singular personaje se limitó a mirarme sin hablar y no me atreví a iniciar la conversación con las pocas palabras de tibetano que conocía en aquella época. Le saludé y me fui.

El muchacho que me servía de cocinero y de intérprete en todas las cosas del viaje y de mis criados, me esperaba en la terraza del monasterio. En cuanto vislumbró al lama, que bajaba detrás de mí, se arrodilló tres veces y le pidió su bendición.

El gesto me intrigó; en aquel muchacho no eran usuales tales muestras de respeto y casi no veneraba más que al príncipe *tulku* y a Bermiak Kuchog.

—¿Quién es ese lama? —le pregunté mientras regresabamos al bungalow que nos servía de alojamiento.

—Es un gran *gomtchen* —me contestó—. Lo supe, durante su visita al templo, hablando con uno de los frailes. Ha pasado muchos años solo en una cueva, allá arriba en la montaña. Hace milagros; los demonios le obedecen. Dicen que puede matar a las gentes a distancia y volar en el aire...

«He aquí un hombre fascinante», pensé.

La biografía del asceta Milarespa, que leí con Dawasandup, y todo cuanto había oído sobre la vida de los ermitaños, sus singulares doctrinas y los prodigios que hacen, habían excitado mi curiosidad. Ahora se trataba de aprovechar aquella ocasión y hablar con uno de ellos. Pero ¿cómo? El muchacho sólo hablaba el dialecto del Sikkim y, por supuesto, desconocía los términos filosóficos de los tibetanos. No podría traducir mis preguntas.

La situación me preocupaba y me excitaba. Dormí mal, con sueños incoherentes. Me veía rodeada de elefantes, apuntándome con sus trompas erectas, que emitían los sonidos de las trompetas tibetanas. Aquel concierto singular me despertó. Mi cuarto estaba rodeado de sombras. No veía a los elefantes, pero escuchaba la música. Después de algunos instantes de atención, reconocí aires religiosos. Los lamas tocaban en el atrio del templo. ¿A quién dedicaban aquel concierto nocturno?... Pasara lo que pasase, quise intentar la entrevista con el *gomtchen*. Le pedí audiencia y, al día siguiente, volví al monasterio con el muchacho.

Se llegaba a la habitación del lama por una escalerilla de caracol que conducía a una *loggia* pequeña, decorada con frescos. Mientras esperábamos que nos invitasen a entrar me entretuve examinándolos.

Sobre uno de los muros, un artista ingenuo, de imaginación muy superior a su talento de dibujante, había

representado las penalidades de los purgatorios poblándolos con una multitud variopinta de demonios y de condenados de fisonomía muy cómica. En mitad del cuadro, la lujuria recibía su castigo. Un hombre desnudo, casi esquelético, se hallaba enfrente de una mujer, también desnuda. La hermosa era puro vientre y se parecía mucho a ciertos huevos de Pascua, con dos pies y cabeza de muñeca. El libertino y la ninfa encargada de torturarle exhibían órganos sexuales de dimensiones exageradas. Olvidando el lugar adonde sus pasiones le habían conducido, el incorregible pecador atraía a la infernal criatura y ésta le abrazaba, mientras las llamas que escupía su boca lamían al lastimoso amante.

En cuanto a la pecadora, tirada sobre un triángulo de púas, sufría las caricias, infligidas por un diablo verde, con su cola simiesca y dentada como una sierra, en tanto que otros monstruos de la misma especie acudían con intención evidente de suplantar a su camarada.

El *gomtchen* ocupaba una especie de capilla cuyo techo se apoyaba sobre pilares de madera de color rojo. Sólo una ventana pequeña le daba luz. Al fondo de la pieza, el altar servía de biblioteca, según costumbre tibetana. El incienso, mezclando su aroma con el de té y manteca, ardía sobre una mesita; los cojines y los tapices que formaban el asiento del maestro estaban deshilacliados y deslucidos, y la estrellita de oro de la lámpara del altar resplandecía, al extremo del cuarto, mostrándolo vacío y polvoriento. Traté inútilmente de formular algunas preguntas sobre asuntos que ya conocía por mis instructores, los lamas de Gangtok. Pero hubiera necesitado a Dawasandup; el pobre muchacho que me servía de intérprete no sabía ni pizca de filosofía. Incapaz de encontrar las palabras para expresar los términos, cuyo sentido se le escapaba por completo, permanecía mudo y atontado.

Tuve que abandonar la empresa, y durante largo tiempo, el lama y yo permanecimos sentados, en silencio.

Al día siguiente me marché de Latchen, siguiendo hacia el norte.

El camino, hasta allí encantador, se tornó maravilloso. Las azaleas y los rododendros conservaban aún su adorno primaveral. Diríase que un torrente irisado envolvía el valle lanzando al asalto de las pendientes vecinas sus ondas purpúreas malva, amarillas o de nítida blancura, y las cabezas de los conductores aparecían a lo lejos, entre los matorrales, como nadadores en un mar de flores.

Aquellos jardines de ensueño empezaban a aclararse unos kilómetros después; a poco, sólo quedaban a ras de tierra unas cuantas manchas rosadas indicando el lugar donde las matas de azalea luchaban con la altura. El sendero penetraba en la región de los paisajes fantásticos, precursores de las altas gargantas.[16] En el profundo silencio de aquel desierto se escuchaba el murmullo cristalino del agua pura y fría de los arroyos. A veces, en la orilla de un lago, algún pájaro de áureo copete contemplaba muy serio el paso de nuestra caravana. Subíamos continuamente bordeando heleros gigantescos, entreviendo aquí y allá valles misteriosos ocultos entre las nubes, y de repente, al salir de la niebla, sin transición, surgió la meseta tibetana, inmensa, desnuda, radiante, bajo el sol centelleante del Asia central.

Más tarde recorrí la región comprendida en la otra vertiente de los montes lejanos que aquel día limitaban el horizonte. He visto Lasa, Jigatzé, el desierto de hierba con sus lagos inmensos como el mar; Kham, país de los caballeros salteadores y de los magos; los bosques inexplorados de Po y los valles formidables de Tsarong, donde florece el granado; pero nada ha conseguido aminorar el recuerdo de aquella primera visión del Tíbet.

Después de algunas semanas de buen tiempo comenzó a nevar. Las provisiones se agotaron. Los conductores y los criados estaban nerviosos y se peleaban entre sí: un día tuve que separar, a latigazos, a dos hombres que se disputaban a cuchilladas el sitio junto al fuego.

Hice algunas excursiones rápidas por tierra tibetana y dejé la frontera. La región que divisaba era suelo prohibido y, además, no me hallaba equipada para un largo viaje.

Pasé otra vez por Latchen, volví a ver al *gomtchen* y plativersé con él sobre su ermita, que, según me dijo, estaba situada a un día de marcha subiendo por la montaña y donde había permanecido diecisiete años. El chico podía traducir fácilmente los detalles que el lama le suministraba en dialecto local. No me aventuré a mencionar a los demonios que el rumor público le adjudicaba como siervos. Sabía que el joven intérprete era demasiado supersticioso para traducir semejantes preguntas y, seguramente, el lama tampoco las hubiese contestado.

Regresé a Gangtok molesta por haber perdido la ocasión de averiguar cosas interesantes; desolada, también, por alejarme del Tíbet y sin sospechar las consecuencias singulares que tendría mi viaje.

Algún tiempo después, el Dalai Lama abandonó Kalimpong. Sus tropas habían vencido a los chinos y regresaba triunfante a Lasa. Fui a despedirme de él en una aldea situada bajo el puerto de Jelep.

Habiendo llegado anticipadamente a la casa donde debía alojarse, me encontré con algunos nobles personajes de la corte de Sikkim en gran apuro. Eran los encargados de preparar la mansión temporal del lama rey, pero como sucede siempre en oriente, las cosas más indispensables aparecieron más tarde: no estaban puestos ni los muebles, ni las cortinas, ni los tapices, y el ilustre viajero llegaba de un momento a otro.

¡Qué tumulto en aquel chalet donde amos y criados se agitaban enloquecidos! Me entretuve en ayudarlos y

coloqué los almohadones que servirían de cama al Dalai Lama. Me aseguraron que me traería fortuna en esta vida y en la siguiente.

¿Fue aquel acto el que me permitió, después, llegar hasta Lasa...?

Hablé una vez más con el soberano del Tíbet. Su pensamiento estaba completamente distraído por la política. Sin embargo, aún dio la bendición con su plumero de cintas a los que desfilaron ante él, pero se veía que su espíritu volaba ya al otro lado del puerto fronterizo, absorbido en organizar y en aprovechar la victoria.

En el otoño siguiente me fui de Sikkim a Nepal, luego estuve casi un año en Benares.

Ya había pasado allí una larga temporada en mi primera juventud y volví con gran gozo. Amablemente acogida por los miembros de la sociedad de teosofía, acepté la oferta de un alojamiento en su hermoso parque. Aquella casa austera cuadraba armoniosamente con la atmósfera mística de Siva, la ciudad santa, y respondía a mis gustos. Reanudé el estudio de la filosofía védica, abandonando un tanto el lamaísmo, porque no veía el modo de conocerlo más a fondo; y no pensaba, ni por un momento, en marcharme de Benares, cuando, por un conjunto de circunstancias que nunca he logrado desentrañar, me encontré un buen día en el tren, dirigiéndome hacia el Himalaya.

I

2. EL MONASTERIO DE PODANG

En Gangtok me encontré con Bermiak Kuchog; el lama de Enché estaba en el Tíbet, en Jigatzé, y no volvió hasta varios meses después. Dawasandup era intérprete del representante británico en la conferencia política sinotibetana que tenía lugar en la India. El maharajá había fallecido, sucediéndole su hijo Sidkeon *tulku*, que consagraba mucho menos tiempo a los estudios religiosos. Mis planes de viaje no podían realizarse; todo se ponía en contra de mis deseos.

Todo estaba en contra mío. Me obsesionaban seres invisibles, incitándome a dejar el país, insinuando que no me permitirían avanzar en el estudio del lamaísmo ni tampoco, materialmente, sobre la tierra del Tíbet. Y una especie de clarividencia me hacía ver, a un tiempo, aquellos enemigos desconocidos triunfantes con mi retirada y gozándose de haberme expulsado.

Atribuí tales sucesos a un estado febril y a neurastenia producida por mis contrariedades y por fatiga mental. Algunos lo hubieran atribuido al efecto de causas ocultas. Por más que hice, no pude dominar aquella inquietud penosa, cercana a la alucinación. Los sedantes no me producían el menor efecto. Pensé que sería eficaz un cambio.

Mientras buscaba un lugar donde establecerme, sin abandonar el Himalaya, el príncipe de Sikkim, anticipándose a mis deseos, me ofreció alojamiento en el monasterio de Podang, situado a unos 15 kilómetros de Gangtok, entre bosques que las nubes envuelven la mayor parte del tiempo.

La habitación se componía de una inmensa pieza situada en un ángulo, en el primer piso del templo, con una cocina

gigantesca donde debían dormir mis dos sirvientes, según costumbre tibetana.

Toda la luz del cielo penetraba en mi cuarto por dos orificios enormes. Igual hospitalidad se concedía al viento, a la lluvia y al granizo por dos aberturas que había a cada lado de las dos ventanas, cuyos marcos, demasiado estrechos, sólo tocaban el muro en sentido vertical.

En un extremo de aquella estancia coloqué mis libros en el saliente de la pared, desplegué la mesa y la silla plegables: era mi *gabinete de trabajo*. En otro rincón colgué de las vigas la tienda y coloqué mi cama de campaña: era el *dormitorio*. El centro del cuarto, demasiado ventilado, quedó como una especie de plaza pública donde recibía a mis visitantes los días de buen tiempo.

En Podang me encantaba la música religiosa, que escuchaba dos veces al día: por la mañana, antes del alba y por la noche, a la puesta del sol. La orquesta era muy reducida. Se componía de dos *gyalings* (especie de oboes), dos *ragdongs* (gigantescas trompetas tibetanas de tres a cuatro metros de largo) y dos timbales.

Preludiaba una campana de sonido grave, repicando según un ritmo especial de los templos de oriente. Después de un silencio, los *ragdongs* tronaban largamente en sordina. Luego, los *gyalings* entonaban solos una frase pausada, emocionante en su simplicidad. La repetían con variaciones sostenidas por las notas bajas de los *ragdongs*, a los que se sumaban al final los timbales, imitando el temblor del trueno lejano.

La melodía, en tono menor, fluía tersa, como las aguas de un río profundo, sin tropiezo, sin brillo, sin pasión. De ella emanaba una sensación de angustia invencible, como si todo el dolor de los seres que peregrinan de mundo en mundo, desde el comienzo de los tiempos, se exhalase en un lamento desesperado de fatiga infinita.

¿Qué músico genial, a pesar suyo, había encontrado aquel *leitmotiv* de la miseria universal, y cómo, con orquesta tan

dispar, hombres que no tenían el menor sentido artístico llegaban a dárselo con aquel fervor desgarrador?

Era un misterio que no hubieran podido explicarme. Había que contentarse con escucharles mientras miraba amanecer tras las montañas u oscurecerse el cielo al crepúsculo. Además de los oficios cotidianos, en Podang tuve ocasión de asistir a ciertos ritos anuales referentes a los demonios. Volví a presenciar éstas, más adelante, en el Tíbet, donde se desarrollan con gran pompa, pero a mi modo de ver el brillo disminuye el carácter pintoresco que tienen a la sombra de los bosques himalayos. La brujería pierde crédito cuando se muestra en pleno día y entre la multitud.

Primero, los *trapas* sacaron al aire a Mahakala, que durante el resto del año permanece encerrado en un armario con ofrendas y encantamientos.

No hay un solo monasterio lamaísta que no tenga, entre sus templos, un habitáculo para los antiguos dioses autóctonos y para los importados de la India. Estos últimos han decaído mucho al entrar en el «país de las nieves». Los tibetanos, inconscientemente irreverentes, los han transformado en demonios y hasta los tratan duramente.

Mahakala es la más célebre entre todos los dioses desterrados. Su personalidad original es una forma de Siva en su función de destructor del mundo.

Convertido en simple espíritu malhechor, es esclavo de los lamas magos, que le obligan a prestar servicios de todo género y, en ocasiones, no se privan de castigarle.

Una leyenda popular dice que el gran jefe de la secta de los *Karmapas* había obligado a Mahakala a ser su siervo. Sucedió que, hallándose en la corte del emperador de China, el lama no fue grato a dicho soberano, quien le mandó atar por la barba a la cola de un caballo.

Arrastrado por el animal, en peligro de muerte, el lama llamó en su ayuda a Mahakala. Y como no respondiese inmediatamente, el lama logró separar la barba de su rostro gracias a una fórmula mágica. Al levantarse, vio a Mahakala

que había llegado tarde para ayudarle y, enojado, le abofeteó con tal fuerza que la mejilla del pobre diablo permanece hinchada, desde entonces, a pesar de los siglos transcurridos.

Por supuesto, los *trapas* de Podang no tenían talla para permitirse tales libertades. Mahakala les inspiraba verdadero pánico.

Entre ellos circulaban relatos de siniestros prodigios, como en los demás monasterios. Tan pronto el armario donde se suponía encerrado a aquel terrible personaje rezumaba sangre, como, al abrirlo, se encontraban restos macabros: cerebros o corazones humanos, cuya procedencia sólo podía explicarse por intervención misteriosa.

Fuera de su morada, la máscara que representaba a Mahakala se colocaba en el antro oscuro, junto al templo reservado a sus congéneres. Dos novicios eran sus guardianes, repitiendo constantemente la fórmula mágica que impedía su fuga. Con frecuencia, durante el curso de la noche, los pobres muchachos, mecidos por aquella salmodia monótona, luchaban temblando contra el sueño, persuadidos de que el diablo, para liberarse y hacer de ellos las primeras víctimas, aprovecharía su más leve desfallecimiento.

En los pueblos próximos, los lugareños se inquietaban por aquella apariencia de libertad otorgada a Mahakala. Cerraban temprano las puertas de las casas y las madres recomendaban a los muchachos que no estuvieran fuera después de la puesta del sol.

Los lamas atraían a los personajes tenidos por demoníacos, que se suponía deambulaban por el país para causar males, y con sus encantamientos les obligaban a entrar en una especie de graciosa jaula de madera liviana con hilos de colores. Luego, aquel lindo domicilio salía solemnemente del monasterio y era arrojado a una hoguera con sus prisioneros.

Pero los diablos, afortunadamente para los magos que viven de ellos, son inmortales, y al año siguiente había que celebrar el mismo rito.

Por aquel tiempo llegó al Tíbet un lama letrado que pertenecía a una familia notable de Sikkim. Venía como sucesor de su hermano, recientemente fallecido, abad de Rhumteck, y la costumbre exigía que mandase celebrar, en varias *gompas* de su secta, los oficios religiosos requeridos para asegurar el bienestar del difunto en el más allá.

Yo había conocido a este último, hombre excelente, casado con dos mujeres, siempre jovial, que no se preocupaba por la filosofía y apreciaba en su justo valor el buen coñac francés, del que consumía varias botellas al día.

Muy rico para aquel país, compraba numerosos objetos cuyo uso desconocía. Robusto, alegre y de recia contextura, apareció un día tocado con un sombrerito para niño de tres años, adornado con una cinta rosa.

El nuevo abad, llamado generalmente Peu Kuchog (señor del Tíbet), porque vivía casi siempre en dicho país, en nada se parecía a su hermano. Hasta en Lasa gozaba de fama distinguida y se le consideraba como un gramático de mérito. Había recibido la ordenación mayor y permanecía soltero, cosa rara entre el clero del Himalaya.

Los ritos fúnebres que presidió duraron una semana entera. Tiempo feliz para los *trapas* de Podang, que se aprovisionaron bien y recibieron las liberalidades del heredero.

Peu Kuchog procedió, después, a la bendición anual de las dependencias del monasterio. Escoltado por un coro de *trapas* que salmodiaban las letanías de los buenos deseos, recorría las galerías echando al pasar grano bendito en cada habitación. Unos puñados de cebada, arrojados con graciosa sonrisa, y el deseo *Trachi chog* (que la prosperidad sea), azotaron la tienda *dormitorio* y se desparramaron sobre la mesa y los libros de mi gabinete de trabajo.

¡Prosperidad, prosperidad!... Con aquellos exorcismos y bendiciones el monasterio tenía que ser la sucursal del «paraíso de la gran santidad».

Sin embargo, aún no era bastante para la tranquilidad de los monjes. Dudaban, en secreto, de sus poderes ocultos y hasta de los del gran gramático. Unos cuantos diablos podían eludir el exterminio y esconderse, dispuestos a reanudar sus fechorías...

Un día apareció el *gomtchen* de Latchen revestido con sus ropajes de magia negra: tiara de cinco lados, collar de rodajas de cráneo, delantal de huesos humanos tallados y calados, puñal mágico al cinto.

De pie, al aire libre, cerca de una hoguera, esbozaba gestos con el cetro *dordji* y apuñalaba al vacío susurrando en voz baja encantamientos.

Ignoro a qué demonios invisibles daba la batalla, pero fantásticamente iluminado por las llamas danzantes, parecía ser uno de ellos.

Las medicinas que tomé resultaron eficaces. Los microbios de la fiebre me dejaron en paz, destruidos por el cambio de ambiente; la fatiga cerebral, atenuada por espectáculos nuevos, y quizá también los seres conscientes del mundo oculto, vencidos por mi voluntad en no ceder ante ellos.

De todos modos, durante mi permanencia en Podang se produjo un hecho extraño. Sidkeong *tulku*, convertido en maharajá, anhelaba que sus vasallos abandonasen las supersticiones para practicar el budismo ortodoxo. Con ese objeto había hecho venir a un monje de la escuela filosófica del sur, para predicar en *misión*, combatiendo las costumbres antibudistas, como la brujería, el culto de los *espíritus* y la costumbre de tomar bebidas fermentadas. El religioso, llamado Kali Kumar, se dedicaba a su tarea por aquel entonces.

El maharajá lama, como abad de Podang, tenía allí un departamento para habitarlo en las pocas ocasiones en que oficiaba a la cabeza de sus monjes. Vino a pasar dos días durante mi temporada en el monasterio.

Tomábamos juntos el té, al caer la tarde, hablando de la misión de Kali Kumar y de otras medidas a adoptar para iluminar a los montañeses, víctimas de supersticiones antiguas.

—Es imposible —dije— saber exactamente lo que ha sido el Padmasambhava histórico que predicó en el Tíbet, pero lo que es evidente es que los tibetanos *bonetes rojos* de Sikkim han hecho de él el protagonista de relatos que fomentan la borrachera y prácticas absurdas y perniciosas. Han fabricado un espíritu malo que veneran en los altares bajo su nombre... Igual que usted — añadí sonriendo y señalando una estatuilla del gran mago entronizada al fondo, con una lámpara de altar encendida a sus pies.

—Sería preciso... —continué.

Corté la frase comenzada. Materialmente se me interrumpía. No obstante, nadie había hablado; el silencio era absoluto, pero sentía vivamente la presencia de una fuerza hostil en el cuarto... Un tercer interlocutor, invisible, intervenía en nuestra charla.

—Nada de lo que intentéis tendrá éxito —decía—. Las gentes de este país me pertenecen... Soy más fuerte que vosotros...

Estupefacta, escuchaba aquella voz que no producía el menor sonido. Me preguntaba a mí misma si no sería sencillamente el eco de las dudas respecto a la reforma proyectada, cuando el maharajá respondió a lo que yo *no había dicho*. Argumentó con el oponente invisible de sus planes.

—¿Por qué no he de tener éxito? —preguntó—. Es posible que se necesite mucho tiempo para transformar las ideas de los aldeanos y del clero inferior. Los diablos que alimentan

no se resignarán fácilmente a morir de hambre, pero a pesar de eso, podré con ellos.

Bromeaba, aludiendo a los sacrificios de animales que los hechiceros ofrecen a los malos espíritus.

—Pero yo no he dicho... — empecé.

No seguí. Se me ocurrió que, a pesar de la valiente declaración de guerra que el príncipe acababa de hacer a los demonios, no estaba enteramente libre de supersticiones y que era mejor silenciar ante él lo ocurrido.

No quiero que tal opinión prevalezca respecto a las creencias supersticiones de Sidkeong *tulku*. Probablemente se hallaba más libre de ellas de lo que yo pensaba. He aquí un ejemplo:

Según su horóscopo —y los tibetanos tienen entera fe en tal presagio—, el año en que murió era peligroso para él. Para ahuyentar las influencias adversas, varios lamas, el *gomtchen* de Latchen entre ellos, le ofrecieron celebrar ceremonias a tal efecto. Les dio las gracias y, categóricamente, rehusó su ministerio, diciendo que si tenía que morir se sentía capaz de pasar a otra vida sin sus ritos, sencillamente.

Me parece que dejó reputación de impío. Por otra parte, en cuanto murió, se abolieron todas las innovaciones y las reformas religiosas que instituyó. Se acabaron las predicaciones y la prohibición de tomar cerveza en los templos. Un lama anunció al clero de la zona que prevalecerían, de nuevo, las antiguas costumbres.

El enemigo invisible triunfaba, según su predicción.

Aunque tenía mi cuartel general en Podang, no renuncié del todo a mis viajes por el país. En uno de ellos, conocí a dos *gomtchens* del Tiber oriental, establecidos desde hacía poco en el Himalaya.

Uno de ellos vivía en Sakyong y por eso le llamaban: Sakyong *gomtchen*. No es de buen gusto en el «país de las

nieves» pronunciar el nombre de las gentes. Aquellos que no se tratan como inferiores se les designa con algún título.

El *gomtchen* era de hechura pintoresca y de espíritu abierto. Frecuentaba los cementerios y, durante meses, se encerraba en su casa para practicar ritos mágicos. Como su colega de Latchen, no usaba el hábito monástico de rigor, y en vez de llevar el pelo rapado, lo enrollaba sobre la cabeza al modo de los *yoguins* de la India.

No siendo laico, llevar el pelo largo en el Tíbet es uno de los signos distintivos de los ascetas ermitaños y de los místicos contemplativos llamados *naldjorpas*.

Hasta entonces mis charlas con los lamas habían versado, principalmente, sobre las doctrinas filosóficas del budismo mahayanista con las que tiene relación el lamaísmo. Sakyong *gomtchen* hacía poco caso de ellas y apenas las conocía.

Tenía predilección por las paradojas: «El estudio —decía— es inútil para llegar a la sabiduría; casi constituye un obstáculo. Es inútil todo cuanto se cree saber. Realmente, no se *sabe* más que las propias ideas, pero las causas que las provocan son inaccesibles. Cuando tratamos de aprehenderlas sólo volvemos a tomar la idea que nos hacemos de aquellas causas».

¿Comprendía bien lo que decía o repetía lo que había leído o lo que había oído expresar?

Requerido por el príncipe *tulku*, Sakyong *gomtchen* emprendió también una jira de predicaciones. Tuve ocasión de verle sermonear. Digo *verle* en vez de *oírle* porque apenas pude entender todo lo que decía en tibetano. En aquel papel de apóstol aparecía realmente superior. Su palabra vehemente, sus gestos, las distintas expresiones de su rostro eran de orador nato, y las caras espantadas, llenas de lágrimas, de su auditorio me garantizaban la impresión que producía.

El *gomtchen* de Sakyong es el único budista a quien he visto predicar de manera tan teatral. El modo ortodoxo

excluye los gestos y los gritos, considerando que no son oportunos para exponer una doctrina que apela a la razón sosegada.

Un día le pregunté:

—¿Qué es la liberación suprema (*tharpa*), el nirvana?

—Es la ausencia de toda creencia, de toda imaginación, la cesación de la actividad que crea los espejismos —me respondió.

—Usted debería ir al Tíbet para ser iniciada por un maestro del «sendero directo» —me dijo otro día—; está demasiado ligada a las doctrinas de los *nien teus* (budistas de los países del sur, Ceilán, etc.). Intuyo que tiene aptitud para apoderarse de la enseñanza secreta.

—¿Y cómo podría ir al Tíbet? —repliqué—. No admiten extranjeros.

—¡Bah! -exclamó—. Hay muchos caminos que conducen al Tíbet. Todos los lamas no habitan U y Tsang (provincias centrales, con Lasa y Jigatzé por capitales). Es posible encontrar a los más sabios en mi país.

Nunca se me había ocurrido ir al Tíbet por China y, aun aquel día, lo que me insinuó el *gomtchen* no halló eco en mi pensamiento. Sin duda no había sonado mi hora.

El segundo *gomtchen* que conocí era de carácter introvertido y de una frialdad que daba cierto matiz altanero a las fórmulas de cortesía requeridas por la costumbre. Le llamaban Daling *gomtchen* por la misma razón que a su colega; Daling era el nombre del lugar de su residencia.

Usaba siempre el hábito de los monjes regulares con el aditamento de pendientes de marfil y un *dordji* de plata, adornado con turquesas, que le atravesaba el moño.

El lama pasaba todos los veranos retirado, en la cresta de una montaña llena de árboles, donde le habían construido una cabaña.

Poco antes de su llegada, sus alumnos y los aldeanos del contorno le llevaban víveres para tres o cuatro meses. Después tenían prohibición formal de acercarse. Era fácil

que respetasen la soledad del *gomtchen*. Las gentes del país no dudaban de que practicase ritos terribles para hacer caer en la celada a los demonios y obligarles a renunciar a sus malos propósitos contra los bienes y las personas que le honraban. Le tranquilizaba aquella protección que les concedía, pero por un lado temían, si se aventuraban cerca de la cabaña del *gomtchen*, encontrarse con algún demonio atraído y, por otra, les incitaba a ser prudentes el misterio que rodea siempre la conducta y el carácter de los anacoretas *naldjorpas*.

Por poco inclinado que se sintiese el lama a contestar a mis preguntas, el expreso deseo del príncipe, a quien debía su puesto de abad en el pequeño monasterio de Daling, le obligaba a salir de su reserva.

En las conversaciones que sostuvimos, uno de los temas que abordé fue el de la alimentación permitida a un budista.

—Si conviene interpretar por sofismas —dije— la expresa defensa de matar, ¿puede en rigor un budista comer carne o pescado?

El lama, que, como la mayoría de los tibetanos, no era vegetariano, expuso teorías que más tarde volví a oír en el Tíbet, y que no carecen de cierta originalidad.

—La mayor parte de los hombres —me dijo— comen como los animales, para saciarse, sin reflexionar en aquel acto y en sus consecuencias. Estos necios hacen bien en prescindir de alimentación animal. Otros, al contrario, se dan cuenta de que los alimentos materiales que ingieren al comer un animal, se transforman. Saben que su asimilación arrastra la asimilación de otros elementos psíquicos que tienen. El que adquiere esos conocimientos puede, por su cuenta y riesgo, contraer dichas asociaciones y esforzarse por sacarle resultados útiles a la víctima del sacrificio. Lo importante es saber si los elementos animales que absorbe darán nueva fuerza a la animalidad en el hombre o si éste será capaz de transmutar en fuerza inteligente y anímica la sustancia que

ha de pasar del animal a él y renacer bajo la forma de su propia actividad.

Pregunté, entonces, si lo que me explicaba era el sentido esotérico de la creencia, popular entre los tibetanos, de que el lama puede enviar al «paraíso de la gran beatitud» a los espíritus de los animales que se matan para su despiece.

—No espere —me replicó— que pueda contestarle en pocas palabras. Es un tema complicado. Como nosotros, los animales tienen múltiples *conciencias* y, lo mismo que sucede en nosotros, todas éstas no siguen la misma ruta después de la muerte. El ser viviente es mezcla y no unidad... Pero para comprender estas doctrinas es preciso haber sido iniciado por un maestro competente.

Tal declaración servía frecuentemente para que el lama pusiese punto final a sus explicaciones.

Un día en que el príncipe Daling lama y yo conversábamos en el bungalow de Kewzing, la charla recayó sobre los ascetas místicos. El *gomtchen*, con impresionante entusiasmo concentrado, nos habló de su maestro, de su sabiduría, de su poder supernormal. Sidkeong *tulku* se dejó influir por aquella veneración profunda que nos transmitía el lama.

En aquella época le preocupaba un asunto de índole privada: proyectos de boda con una princesa birmana.

—Siento mucho —me dijo en inglés— no poder consultar con esa gran *naldjorpa*. Seguramente me daría buenos consejos.

Luego, dirigiéndose al *gomtchen*, repitió en tibetano:

—Es una lástima que su maestro no esté aquí. Necesitaría mucho conocer la opinión de un sabio tan lúcido como él.

No obstante, calló la pregunta que hubiera deseado hacer y la índole de sus preocupaciones.

El *gomtchen* se informó, con su habitual frialdad:

—¿El asunto es serio?

—Importantísimo —contestó el príncipe.

—Quizá pueda recibir el consejo que desea —dijo el lama.

Pensando que enviaría una carta con algún mensajero iba yo a advertirle lo largo de semejante viaje, cuando me llamó la atención el aspecto de su fisonomía.

Había cerrado los ojos y palidecía rápidamente; su cuerpo se ponía rígido. Quise acercarme creyendo que se sentía mal, pero el príncipe, que le estaba observando como yo, me retuvo, murmurando:

—No se mueva. A veces los *gomtchens* entran de repente en trance. No hay que intervenir; eso podría hacerle mucho daño y hasta matarle.

Así pues, permanecí sentada mirando a aquel hombre que seguía inmóvil. Poco a poco se modificaron los rasgos de su rostro; se le arrugó la cara, adquiriendo una expresión que nunca le había visto. Abrió los ojos y el príncipe hizo un gesto de terror.

El que nos miraba no era el lama de Daling, sino otro hombre que no conocíamos. Movió los labios, haciendo un esfuerzo, y dijo, con voz distinta a la del *gomtchen*:

—No tema. Jamás tendrá que resolver esa cuestión.

Luego volvió a cerrar lentamente los ojos, sus rasgos cambiaron de nuevo y tornaron a ser los del lama de Daling, que recobró, poco a poco, el sentido.

Esquivó nuestras preguntas y se retiró en silencio, vacilante y como muerto de fatiga.

—Su respuesta no tiene el menor sentido —dijo el príncipe.

Casualidad o no, el porvenir demostró, desgraciadamente, que lo tenía. El problema que angustiaba al joven maharajá se refería a su prometida y a una unión clandestina con una muchacha de la que había tenido un hijo, y con la que no quería romper al casarse. En efecto, jamás tuvo que preocuparse de su conducta respecto a las dos mujeres: murió sin realizar el casamiento proyectado.

Tuve ocasión de echarles un vistazo a dos ermitaños muy especiales, de los que no he vuelto a encontrar en el Tíbet,

donde los indígenas son más civilizados que los del Himalaya, aunque el hecho parezca sorprendente.

Volvía yo con el príncipe lama de una excursión a la frontera del Nepal, cuando sus sirvientes, sabiendo que le gustaba enseñarme las «curiosidades de orden religioso» del país, le señalaron, en una montaña cercana a la aldea donde habíamos pernoctado, la presencia de dos anacoretas. Aquellos hombres, según los aldeanos, se ocultaban obstinadamente, con mucha habilidad, tan bien que nadie había conseguido verles hacía muchos años. Las provisiones que les suministraban depositábanse, de tarde en tarde, en el sitio convenido, debajo de una roca, de donde las recogían al anochecer. En cuanto a las cabañas que se habían construido, nadie conocía su situación exacta, ni trataba de descubrirla.

Si los anacoretas deseaban no ser vistos, la gente del país temía quizá más encontrarse con ellos. Sentían temor supersticioso y evitaban atravesar los bosques que habitaban.

Sidkeong *tulku* no temía a los sortilegios. Mandó a sus criados que ojearan la montaña con algunos aldeanos, y trajesen a ios ermitaños a su presencia, sin violentarles, prometiéndoles una dádiva de su parte y sin perderles de vista para evitar que huyesen.

La cacería fue accidentada. Los dos anacoretas, sorprendidos en su retiro, trataron de huir, pero acosados por unos veinte hombres fueron apresados.

Tuvieron que emplear la fuerza para hacerles entrar en el pequeño templo donde estábamos con algunos lamas, entre ellos el *gomtchen* de Sakyong, y una vez allí nadie pudo hacerles salir de su mutismo.

Nunca había visto fisonomías tan curiosas como las de aquellos dos individuos. Estaban horriblemente sucios y apenas cubiertos de harapos; el pelo largo, enmarañado, les cubría el rostro y sus ojos lanzaban chispas encendidas.

Mientras miraban a todas partes, como bestias recién enjauladas, el príncipe hizo traer, ostensiblemente, dos grandes cestos de mimbre llenos de provisiones: manteca, té, carne, harina de cebada, arroz, y les explicó que serían para ellos, pero no salieron de su mutismo feroz, a pesar de tan agradable perspectiva.

Uno de los aldeanos dijo entonces que cuando los ermitaños se habían establecido en el país, creyó entender que habían hecho voto de silencio.

Su Alteza, en un acceso de despotismo muy oriental, replicó que bien podían siquiera haber saludado según la costumbre y haber guardado cierta compostura. Yo veía que su cólera aumentaba, y para evitar mayores disgustos a los anacoretas, le rogué que les permitiese marchar. Se resistía, pero insistí.

Mientras tanto, había mandado traer de mi equipaje dos sacos de azúcar cristalizada, sabiendo cuánto les gusta a los tibetanos, y puse uno en cada cesto.

—Abran la puerta y que esos animales se vayan —ordenó por fin el príncipe.

En cuanto vieron la salida libre, los ermitaños se arrojaron sobre los cestos y los cogieron. Uno de ellos sacó rápidamente algo de entre sus harapos, hundió su mano de uñas como garras en mi peinado y los dos desaparecieron, ligeros y raudos como corzos.

Encontré en el pelo un pequeño amuleto que mostré a los que me rodeaban, y más tarde se lo enseñé a varios lamas expertos en la ciencia de los encantamientos. Todos me dijeron que el amuleto no era maléfico; al contrario, me aseguraba la compañía de un diablo que me serviría, librándome de los peligros del camino.

Tenía que mostrarme a gusto. Probablemente el ermitaño se dio cuenta de que había intercedido para que no le retuviesen con su compañero y su extraño regalo fue un testimonio de agradecimiento.

La última excursion que hice con el príncipe lama me llevó otra vez al norte del país. Volví a ver Latchen y su *gomtchen*. Pude esta vez hablar con él, pero rápidamente, porque paramos un solo día en Latchen, ya que queríamos alcanzar el pie del Kintchindjinga.[17]

Por el camino acampamos cerca de un precioso lago en el valle desolado de Lonak, no lejos de la garganta más alta del mundo: la garganta de Jongson (7.300 metros de altura), donde se unen las fronteras del Tíbet, del Nepal y de Sikkim. Permanecimos después unos días al lado de gigantescos montones de rocas formando como pozos de donde emergen las cumbres cubiertas de heleros del Kintchindjinga. Sidkeong *tulku* me dejó entonces para volverse a Gangtok, burlándose de mi afición a las altas regiones solitarias, que me incitaba a proseguir sola el viaje. Le veo, esta vez, vestido no con sus vestiduras de genio de *Las mil y una noches*, sino un traje de alpinista occidental. Antes de desaparecer detrás de un pequeño promontorio de rocas se volvió, agitando el sombrero:

—Hasta pronto —gritó desde lejos—; no se eternice.

Nunca le volví a ver. Murió unos meses después en Gangtok, misteriosamente, mientras yo estaba en Latchen.

El valle de Lonak se hallaba tan cerca del Tíbet que me fue imposible resistir el deseo de atravesar una de las gargantas que llevan a dicha región. La más cómoda y accesible era la de Nago (5.450 metros de altura). Salvo un poco de nieve que cayó cuando nos poníamos en marcha, tuvimos tiempo hermoso, pero nublado.

El paisaje que se divisaba desde lo alto de la garganta casi no se parecía al que yo había visto en toda su luminosidad gloriosa dos años antes. Como entonces, las inmensas soledades se extendían desde la base del monte a otros montes sombreados, indistintos en la lejanía; pero el crepúsculo, velándolas de un gris violáceo, las tornaba más misteriosas y quizá más soberanamente atrayentes aún.

Me hubiera contentado con vagar, sin objetivo, por aquella tierra extraordinaria, pero tenía uno. Antes de marchar de Gangtok una persona cercana al príncipe me había recomendado que visitara el monasterio de Cherten Nyima.

—Las *gompas* que usted ha visitado en Sikkim —me dijo— no se parecen nada a las del Tíbet. Si no puede usted ir más lejos vaya a ver, por lo menos, la de Cherten Nyima, que le dará una idea aproximada de un monasterio tibetano.

Me dirigía, pues, al monasterio de Cherten Nyima.

Este último justifica plenamente el nombre de *gompa* (morada de la soledad) que se da a los monasterios en lengua tibetana. Es imposible imaginar nada tan verdaderamente *solitario* como aquella tebaida lamaísta. No sólo está deshabitada la región en que se encuentra, sino que su altitud la convierte en un desierto. Curiosas erosiones que forman elevados acantilados, un amplio valle que sube hacia un lago de montaña, cumbres nevadas, un arroyo de agua cristalina que se desliza sobre el lecho de piedras gris malva, gris verdoso o rosadas, forman, en tomo a la ermita, un paisaje mineral de majestad y serenidad indecibles.

Las leyendas y los milagros parecen hallarse en su marco natural rodeadas de tal escenario, y Cherten Nyima tiene bastantes. Primero, su mismo, nombre, «Relicario del sol», se debe a que un *cherten* con reliquias preciosas se trasladó milagrosamente por los aires desde la India hasta esta montaña.

Tradiciones antiguas cuentan también que Padmasambhava, apóstol del Tíbet, escondió en los alrededores de Cherten Nyima ciertos manuscritos de doctrinas místicas que juzgaba inoportuno dar a conocer en su época (siglo VIII, ya que los tibetanos de entonces no tenían la menor cultura intelectual. El maestro preveía que, mucho tiempo después de que hubiese dejado este mundo, lamas predestinados a descubrirlos por sus vidas anteriores

los sacarían a relucir. Se dice que varias obras han sido halladas en aquella región y los lamas siguen todavía buscando más.

Según los tibetanos, existen ciento ocho manantiales, fríos o calientes, en los alrededores de Cherten Nyima. No todos son visibles; muchos de ellos sólo pueden serlo para «aquellos cuyo espíritu es particularmente puro». Aseguran que los deseos expresados junto a estos manantiales, depositando una ofrenda donde brota el agua y después de haber bebido un trago, se cumplen indefectiblemente.

Toda la región está erizada de *tcheudo* (ofertas de piedras), que consisten en piedras levantadas y en *cairns*. Esos monumentos primitivos han sido erigidos por los peregrinos en homenaje a Padmasambhava y se dice que son indestructibles.

El monasterio, que en tiempos remotos debió de tener alguna importancia, está ahora en ruinas. Al igual que sucede en, otras partes del Tíbet, hay que atribuirlo al efecto de la decadencia de antiguas sectas que no se han adherido a la reforma de Tsong Khapa, cuyos discípulos forman ahora el clero del Estado. Sólo encontré cuatro religiosas de la secta de los *gningma* (antiguos), que conservaban el celibato sin haber recibido las órdenes religiosas y sin llevar hábito monástico.

Entre los muchos ejemplos de extraordinaria paradoja que ofrece el Tíbet, siempre me ha asombrado la serena valentía de aquellas mujeres. Pocas europeas o americanas se atreverían a vivir en pleno desierto, en pequeños grupos de cuatro o cinco compañeras y hasta completamente solas. Bien pocas se atreverían, bajo tales condiciones, a emprender viajes que duran meses, quizá años, a través de una región de altas cumbres solitarias donde merodean los bandidos y las fieras.

Y aquí advertimos la conducta singular de las tibetanas. Conocen aquellos peligros reales, a los que añaden el temor imaginario a legiones de malos espíritus que toman mil

formas extraordinarias, hasta la de una planta endemoniada que crece al borde de los precipicios, agarra a los caminantes con sus ramas espinosas y los arrastra al abismo.

Sería natural que razones tan poderosas las retuviesen en sus aldeas, pero pese a ellas se encuentran en más de un lugar comunidades con menos de doce miembros, que viven en conventos aislados, situados algunos a gran altura y bloqueados por las nieves durante ocho meses al año.

Otras mujeres viven como ermitañas en grutas, y numerosas peregrinas marchan solas a través del inmenso Tíbet con una mochilita a la espalda.

Visitando los *Lhakangs* («casas de los dioses», donde están sus estatuas) que todavía quedaban en las dependencias desplomadas del monasterio, descubrí una colección de estatuillas de tierra, de variado colorido, figurando las apariciones sucesivas que surgen en torno a los espíritus de los muertos cuando atraviesan el *bardo*. A sus pies, en actitud reflexiva de Buda, presidía Dordji Chang desnudo, con el cuerpo celeste, símbolo del espacio, es decir, en místico, el vacío.

Me sorprendió una de las monjas al explicarme su significado:

—Todos esos no son nada —dijo señalándome los personajes de formas mágicas.

—¿Cómo lo sabe? —le pregunté, sospechando que la buena mujer no había encontrado ella sola aquella teoría.

—Mi lama me lo ha explicado —contestó.

—¿Quién es su lama?

—Un *gomtchen* que vive cerca del lago Mo-te-tong.

—¿Viene algunas veces?

—No, nunca. El lama de Cherten Nyima vive en Tranglung.

—¿Es también *gomtchen*?

—No, es *ngagpa* (mago). Vive con su familia. Es muy rico y hace toda clase de prodigios.

—¿Cuáles?

—Puede hacer caer la lluvia y el granizo o retenerlos a su antojo. Puede curar o enfermar a las gentes, aun a distancia.

Y escuche lo que hizo hace unos años: era la época de la recolección y el lama pidió a los aldeanos que segaran y almacenaran su grano (servicio obligatorio en muchos casos). Algunos dijeron que almacenarían la cosecha, pero después de haber puesto la suya a salvo. Como el tiempo era incierto, los campesinos temían el pedrisco, que suele caer en esa época del año. Y muchos se empeñaron en segar su cebada primero, en lugar de rogar al lama que protegiese la cosecha mientras trabajaban para él.

»Entonces el lama recurrió a su magia. Celebró un rito, llamó a sus divinidades protectoras y animó unas *tormas*[*], En cuanto acabó, las *tormas* emprendieron el vuelo y, viajando por el aire como los pájaros, entraron dando vueltas en las casas de los que no habían obedecido en seguida, causando muchos estragos. En cambio, las *tormas* pasaron sin penetrar en la vivienda, ante la puerta de los que se habían puesto a segar inmediatamente los campos del lama.

»Nadie se atreve a desobedecer al lama desde entonces.

¡Oh!, ¿por qué no podría hablar con aquel mago lanzador de tortas vengadoras al espacio? Sentí muchas ganas de hacerlo. Tranglung no estaba muy alejado de Cherten Nyima. Decían las monjas que un día de marcha bastaría... Pero ese día de marcha era en territorio prohibido, donde acababa de aventurarme una vez más. ¿Hubiera sido prudente seguir, hacerme ver en otra aldea? ¿No me expondría a que me expulsasen de Sikkim?

No podía pensar en lanzarme, a través del Tíbet, a un viaje tan serio para el que no estaba preparada, y puesto

que sólo se trataba de una simple visita al hechicero, juzgué más prudente no comprometer la continuación de mis estudios tibetanos en el Himalaya.

Decidí, pues, regresar después de haber hecho un regalo a las religiosas y de haberles dejado otro para el lama de Tranglung.

El azar me fue propicio. Dos años después conocí al mago y me invitó varias veces a Tranglung.

El otoño se aproximaba y la nieve había invadido las gargantas; bajo la tienda, las noches eran duras. Volví a pasar la frontera y sentí el placer de la casa y el de sentarme frente a una gran hoguera.

La casa era uno de esos bungalows que construye la administración británica para uso de viajeros extranjeros en todos los caminos de la India y de los países limítrofes que están bajo su control. Gracias a ellos se puede emprender fácilmente viajes que, en caso contrario, serían verdaderas expediciones.

El bungalow de Thangu se alzaba en un bonito paraje solitario, rodeado de bosques, a unos 30 kilómetros al sur de la frontera tibetana y a 3.600 metros de altura.

Me hallaba tan a gusto allí, que demoraba la partida, sin apresurar el regreso a Gangtok o a Podang. Ya no me quedaba mucho que aprender de los lamas que había tratado. Quizá en tiempo normal hubiese dejado el país para ir a China o al Japón, pero la guerra, que había comenzado en Europa cuando yo me marchaba a Cherten Nyima, hacía un poco aventurados los viajes por el mar surcado de submarinos. Pensaba dónde establecerme durante el invierno, cuando me enteré, poco después de mi llegada a Thangu, de que el *gomtchen* de Latchen estaba en su ermita, a medio día de marcha del bungalow.

Inmediatamente decidí ir a visitarle. La excursión sería interesante. ¿Qué quería decir aquella gruta que él llamaba de la «clara luz» y su manera de vivir? Tenía gran curiosidad por saberlo.

Cuando fui a Cherten Nyima despedí el caballo, efectuando el viaje a lomo de *yak* (especie de buey de pelo largo). Pensaba alquilar un animal en Latchen para volver a Gangtok. Viéndome sin montura, el guardián del bungalow me propuso dejarme una de su pertenencia. El animal — decía — era de pie seguro y treparía perfectamente por el sendero escarpado que conducía a la gruta del *gomtchen*. Acepté y a la mañana siguiente me encontré montada sobre la pequeña bestia, no muy fea, de pelo rojo.

Los caballos tienen bocado y rienda, pero los *yaks* no, y cuando uno los monta las manos quedan libres. Como me había acostumbrado a aquello, empecé a ponerme los guantes sin demasiada atención, sin pensar que, no conociendo el carácter de la cabalgadura que montaba por primera vez, hubiera debido sostener las riendas. La bestia debía de ser caprichosa, porque mientras yo seguía soñando, el animal se empinó sobre las patas delanteras dedicando una coz a las nubes. El efecto fue instantáneo. Proyectada, caí a tierra, afortunadamente en una zona cubierta de césped, al pie del sendero. Con el tremendo golpe que me di, perdí el conocí» miento.

Cuando lo recuperé sentí un fuerte dolor en los riñones y me fue imposible enderezarme.

El caballo rojo, después de cocear, no se había movido; tan manso como un cordero, con la cabeza vuelta hacia donde yo estaba, miraba con gran interés a las gentes que me rodeaban afanándose por llevarme a mi cuarto.

El guardián del bungalow estaba desolado por mis lamentos.

—Este caballo —decía— jamás se ha comportado así. Le aseguro que no es nada vicioso. ¿Cómo, si no, me hubiera permitido ofrecérselo? Lo monto desde hace varios años. Va usted a ver, quiero hacerlo trotar un rato.

Por la ventana podía ver al bicho, siempre inmóvil, imagen de dulzura.

Su amo se acercó, le habló, lo tomó de la brida, puso el pie en el estribo y saltó, no sobre la silla, como era su intención, sino por el aire, arrojado por otra coz del caballo. Con menos suerte que yo, se dio contra las piedras.

Corrieron a levantarlo. Se había herido en la cabeza y sangraba mucho, pero por fortuna no tenía nada roto.

—Nunca, nunca se ha portado así este caballo —repetía gimiendo, mientras le llevaban a su casa.

¡Qué extraño! — pensaba yo, toda dolorida y echada en mi cama.

Mientras meditaba sobre aquellas manifestaciones tan raras de un caballo que todos consideraban mansísimo, se presentó mi cocinero.

—¡Oh!, reverenda señora —dijo—, esto no es natural. Me he informado por el criado del guardián; éste me ha dicho la verdad: su caballo siempre ha sido manso. El *gomtchen* debe de tener la culpa de lo que sucede. Los diablos le acompañan... No vaya a su ermita... Le ocurrirá algo malo. Vuélvase a Gangtok, yo iré a buscarle una silla de mano si no puede montar a caballo.

Otro de mis sirvientes encendió palitos de incienso y una lámpara. Yongden, que no tenía entonces más que quince años, lloraba en un rincón.

Toda aquella escena hacía pensar que mi situación era angustiosa. Me eché a reír.

—Vamos, no estoy muerta —les dije—. Los demonios nada tienen que ver en el asunto. El *gomtchen* no es un mal hombre. ¿Por qué he de temerlo? Que sirvan la comida temprano y luego a dormir todos. Mañana decidiremos.

Dos días después, el *gomtchen*, informado de mi accidente, me enviaba una yegua negra para que fuese a verlo.

El trayecto se efectuó sin novedad. Por caminos de cabras, serpenteando pendientes de arboledas, alcancé un hermoso claro al pie de una vertiente recia y desnuda, rodeada de una arista despedazada de rocas negruzcas.

Bajo ésta, algunas banderolas flotantes señalaban el lugar de la ermita.

El lama salió a la mitad del camino para darme la bienvenida y me llevó, no a su casa, sino a otra ermita situada debajo de la suya, a un kilómetro de distancia. Había hecho traer un gran puchero de té con manteca y había encendido fuego en mitad de la habitación. Pero como la palabra *habitación* podría inducir a error sobre el género de alojamiento que se me ofrecía, voy a explicarme.

No se trataba de una casa, ni de un chalet, sino de una cueva de pequeñas dimensiones, cerrada por un muro de piedras secas en el que dos orificios de unos veinte centímetros cuadrados hacían de ventanas. Unas tablas, cortadas con hacha y unidas con tiras de corteza blanda, formaban la puerta. Las *ventanas* permanecían abiertas.

Había salido tarde de Thangu y cuando llegué a la ermita era de noche. Mis criados colocaron las mantas sobre la roca desnuda y el *gomtchen* les llevó a dormir a una choza que se encontraba pegada a su gruta.

Cuando me vi sola, salí de mi antro. La noche era oscura. Sólo distinguía del paisaje la mancha blancuzca de un helero, destacándose sobre el fondo en sombra al extremo del valle, y en lo alto los picos sombríos que parecían alcanzar el cielo estrellado. Más abajo se extendía un precipicio de tinieblas del que subía el murmullo de un torrente lejano. No me atreví a aventurarme en la oscuridad, porque el sendero sólo tenía la anchura precisa para poner los pies y lindaba con el vacío. Exploraría el terreno al día siguiente.

Entré de nuevo y me acosté. Apenas me había envuelto en las mantas, parpadeó la llama de la linterna y se apagó. Los criados se habían olvidado del petróleo. No encontré fósforos, y como desconocía la forma de aquella habitación prehistórica opté por quedarme quieta temiendo tropezar con algún saliente de la roca.

El aire frío empezó a soplar por las *ventanas* y las rendijas de la puerta.

Una estrella vino a contemplarme desde el orificio abierto frente a mi lecho.

—¿Estás bien? —me decía—. ¿Qué piensas de la vida de ermitaño?

Me desdeñaba con su pequeño centelleo burlón, ¡de veras!

—Sí, estoy bien —contesté—, mejor que bien..., encantada, y siento que la vida de ermitaño, libre de todo lo que llaman bienes y placeres del mundo, es estupenda.

Entonces la estrella cesó en su burla. Brilló más, se ensanchó, iluminó la cueva... y

> *Sea yo capaz de morir en esta ermita*
> *y estaré satisfecho de mí*.*

dijo, citando en tibetano los versos de Milarespa. Y su voz se tornaba más grave, como dudando.

A la mañana siguiente me encaminé a la ermita del *gomtchen*.

Era también una caverna, pero más amplia y mejor arreglada que la mía. Un muro de piedras, con sólida puerta, cerraba el espacio sobre la gruta que formaba la roca. Aquella primera pieza hacía de cocina. Al fondo, la entrada natural daba acceso a una gruta minúscula, especie de corredor estrecho, que era el cuarto del *gomtchen*. Como el nivel era más alto que el de la cocina, se subía por un escalón de madera, y una pesada cortina multicolor disimulaba la entrada. La habitación no tenía ningún respiradero para ventilarse. Hubieran podido penetrar el aire y la luz a un tiempo por una grieta de la roca, pero estaba tapada con un vidrio.

El mobiliario se componía de unos cuantos cofres de madera, apilados detrás de la cortina que servía como fondo a la cama, formado con unos almohadones amplios y duros colocados en el suelo, y ante los cuales se hallaban dos mesas bajas, colocadas de extremo a extremo: simples tablas pintadas de colores vivos, montadas sobre unos pies y adornadas con esculturas. Sobre una pequeña arca, al fondo de la gruta, se veían unas estatuillas y las ofrendas habituales. Cuadros sin marco, como los *kakemonos* japoneses, cubrían completamente las paredes rocosas, y bajo uno de ellos se disimulaba el armario en el que los lamas de sectas tántricas tienen prisionero a un diablo. En mi primera visita no me lo enseñaron.

Afuera, dos cabañas construidas contra la roca servían como depósito de alimentos.

Como se ve, la vivienda del *gomtchen* no carecía de cierta comodidad.

Aquel nido de águilas dominaba un paraje romántico y completamente solitario, que tenía su historia. Los indígenas pretendían que lo habitaban los malos espíritus. Contaban que algunos de ellos, que se habían aventurado por tales parajes detrás de los rebaños o como leñadores, tuvieron encuentros fantásticos, a veces de fatales consecuencias.

Los ascetas del Tíbet suelen escoger semejantes lugares para establecer sus ermitas. Por una parte, los consideran propicios al entrenamiento espiritual, y por otra estiman (al menos el pueblo les atribuye tales sentimientos) que podrán ejercer sus poderes supranormales para el bien de los hombres y de los animales, ya sea con virtiendo a los demonios malhechores, ya sea impidiéndoles hacer daño.

Diecisite años antes, el lama que los indígenas llamaban *djoo gomtchen (señor gomtchen)* vino a establecerse en aquella caverna. Poco a poco, los lamas del monasterio de Latchen habían hecho mejoras hasta convertirla en la pequeña estancia que acabo de describir.

Primero, el ermitaño vivió en absoluta reclusión: los campesinos o los pastores que le abastecían depositaban las ofrendas a la puerta de la ermita y se retiraban sin verle. Por lo demás, el lugar era inaccesible durante tres o cuatro meses del año, porque la nieve bloqueaba los valles que conducían allí.

A medida que fue cumpliendo años, conservó a su lado a un chico que le servía, y cuando yo me instalé en la caverna de más abajo, trajo a su compañera, porque pertenecía a la secta de *bonetes rojos*, que no hacen voto de celibato.

Pasé una semana en mi caverna, visitando todos los días al *gomtchen*. Su charla era amena pero lo que más me interesaba era poder observar la vida cotidiana de un ermitaño tibetano.

Algunos raros europeos, como Csöma de Köros o los reverendos padres Huc y Gabet, han vivido en monasterios lamaístas, pero ninguno ha residido cerca de los anacoretas, suficiente para no querer alejarme de la vecindad del *gomtchen*, pero además deseaba hacer por mí misma la experiencia de la vida contemplativa según los métodos lamaístas.

Mas no dependía de mi voluntad, necesitaba el consentimiento del lama. Sin obtenerlo, sería inútil vivir en las proximidades de su cueva: se encerraría y yo no podría ver más que un muro de roca tras el cual «pasaba algo». No era ése mi proyecto.

Presenté, pues, la demanda al lama al uso oriental, rogándole que me instruyese en su doctrina. Alegó, en contra, la poca ciencia que poseía frente a los sabios lamas que yo había cultivado, así como la inutilidad de quedarme en aquella región tan inhóspita sólo por escuchar a un necio.

Al fin, cediendo a mi empeño, se avino, no a admitirme como discípula, sino a que probase una temporada de noviciado.

Cuando le daba las gracias, me interrumpió:

—Espere —me dijo—, pongo una condición. Tiene que prometerme que, sin mi permiso, no regresará a Gangtok ni hacer ninguna excursión al sur.[18]

La aventura, excitante y singular, me entusiasmaba.

—Prometido —contesté sin vacilar.

Junto a mi cueva construyeron una cabaña de tablas, rústicamente cortadas con hacha, como la del *gomtchen*. Los montañeses de aquella región ignoran el uso de la sierra y no querían aprenderlo, por lo menos en esa época. También hicieron otra cabaña, unos cientos de metros más allá, con un cuartito aparte para Yongden y alojamiento para los sirvientes.

Tuve que agrandar mi eremitorio, no sólo por sibaritismo. Era imposible que fuese yo misma a buscar agua o combustible a la montaña, porque no podía con aquella carga hasta mi vivienda. Yongden, sacado hacía poco de la escuela donde estaba interno, tampoco tenía aptitud para tales menesteres. Así pues, era indispensable que alguien se ocupase de esos y otros trabajos, y necesitábamos amplia provision de víveres y sitio para almacenarlos durante el crudo y largo invierno que se aproximaba.

Hoy no tendría tantas dificultades, pero entonces estaba iniciándome como anacoreta y mi hijo adoptivo no había empezado su aprendizaje de explorador.

Transcurrieron los días. Llegó el invierno y, según lo imaginamos, cubrió todo el paisaje con su manto de nieve pura y bloqueó los valles que conducían a la montaña. El *gomtchen* se encerró para pasar una larga temporada de retiro. Yo hice lo mismo. Colocaban una sola comida diaria a la entrada de mi cabaña, detrás de la cortina. El muchacho que la dejaba y recogía después los platos vacíos, se retiraba en silencio, sin verme. Era el régimen de los cartujos, sin la distracción que ellos tienen con los oficios religiosos.

Un día apareció un oso a la caza de alimento, y después de las primeras manifestaciones de extrañeza y desconfianza, se acostumbró a esperar la comida que le arrojaban. Por fin, a primeros de abril, uno de los chicos, al divisar en el claro que dominábamos cierto punto negro, exclamó: «¡Un hombre!», del mismo modo que los antiguos marineros dirían: «¡Tierra!». Estábamos libres del bloqueo y llegaron cartas de Europa escritas cinco meses antes.

Encanto de los rododendros en flor, trescientos metros más abajo. Primavera himalaya brumosa, escalar de cimas grandiosas y desnudas, largas correrías por los valles solitarios con sus pequeños lagos transparentes.

Soledad, soledad siempre y mayor cada vez. Con vida tan contemplativa, el espíritu y los sentidos se afinan, observando y reflexionando continuamente. ¿Se convierte uno en visionario o, más bien, ha estado ciego hasta entonces?

Algunos kilómetros más allá, al norte, por encima de las más alejadas cumbres del Himalaya, que las nubes de la neblina india no pueden traspasar, el sol resplandece y el cielo azul se extiende sobre la alta meseta tibetana. Pero aquí, el verano es corto, lluvioso y frío. Ya en septiembre las nieves se acomodan tenaces en torno y pronto nuestra prisión anual vuelve a empezar.

¿Qué aprendí durante aquellos años de retiro? Sería difícil explicarlo con detalle y, sin embargo, llegué a tener una serie de conocimientos.

Además del estudio de la lengua tibetana con gramáticas, diccionarios y práctica de conversación con el *gomtchen*, leía con él las vidas de los ascetas tibetanos. Frecuentemente interrumpía la lectura para contarme hechos que había presenciado, semejantes a los del libro.

Me describía gentes que había tratado, sus conversaciones y sus actos. Penetraba con él en ermitas de ascetas, en palacios de lamas opulentos; viajaba por los caminos, teniendo curiosos encuentros.

Así iba conociendo el propio Tíbet, sus costumbres, el pensamiento de sus pobladores. Ciencia preciosa que había de serme tan útil más adelante.

No me había hecho la ilusión de que el aprendizaje de ermitaña llegase a ser para mí puerto definitivo. Militaban varios motivos exteriores en contra del deseo que sentía de quedarme, soltando para siempre el absurdo fardo de ideas, cuidados y deberes rutinarios que llevaba a la espada. Bien sabía que la personalidad de anacoreta que había adquirido sólo podía ser un episodio en mi vida viajera y que todo lo más sería la antesala de una liberación próxima, y muchas veces contemplaba, afligida y casi con terror, el sendero del valle que, serpenteando, desaparecía en la montaña. Por él se iba al mundo misterioso tras las cimas lejanas, a su fiebre, a su agitación, a su miseria; y pensando que me conduciría otra vez al *gehena*, un sufrimiento indecible me atormentaba.

Aparte de mayores consideraciones, la imposibilidad de retener por más tiempo a mis sirvientes en aquel desierto me obligaba a pensar en la marcha. Pero antes de alejarme otra vez del Tíbet, quería visitar uno de los grandes centros religiosos, Jigatzé, que no estaba muy lejos de la ermita.

Muy cerca de aquella ciudad se encuentra el famoso monasterio de Trachilhumpo, sede del gran lama a quien los extranjeros llaman el Trachi Lama. Los tibetanos le llaman *Tsang pentchén rimpotché*, es decir, el «precioso sabio de la provincia de Tsang». Se le considera avatara de Eupagmen, el buda místico de la «luz infinita», y también de Subhuti, principal discípulo del Buda histórico. Desde el punto de vista espiritual, tiene el mismo rango que el Dalai Lama, pero en este mundo el espíritu cede el paso, a veces, a la potencia temporal, y el Dalai Lama, rey absoluto del Tíbet, es el amo.

Por temor a las consecuencias que pudiera traer, postergué la excursión a Jigatzé hasta que fue un hecho mi

partida del Himalaya. Mis previsiones se realizaron totalmente.

De la ermita fui primero al monasterio de Cherten Nyima, que ya conocía. Desde allí me trasladé a Jigatzé, llevando por compañero a Yongden y a un monje como criado, íbamos los tres a caballo, con nuestro equipaje al estilo tibetano, en grandes sacos de cuero pendientes de cada lado de la silla. Las dos pequeñas tiendas y los víveres iban a lomos de una muía.

El trayecto no es largo. Se efectúa cómodamente en cuatro días, pero yo quería viajar con mucha calma, para ver mejor todo lo que pudiera interesarme en el camino, para *absorber* por los sentidos y por el alma cuanto fuese posible de aquel Tíbet, en cuyo centro iba, por fin, a penetrar y que no volvería a ver nunca.

A raíz de mi permanencia en Cherten Nyíma conocí a un hijo de aquel lama taumaturgo que enviaba tortas volantes a sus ovejas desobedientes y que me había invitado a ir a verte si las circunstancias me llevaban por aquellos parajes.

Las circunstancias surgieron. El camino directo de la ermita a Jifatzé no pasaba por Tranglung ni por Cherten Nyima, pero, como ya he dicho, me encantaba vagar, aprovechar la ocasión —que era única— para aquella escapada al país prohibido. Al anochecer llegamos a Tranglung. El pueblo no se parecía nada a los de los tibetanos del Himalaya. Era sorprendente semejante contraste a tan corta distancia. No solamente las altas casas de piedra eran distintas de las casitas de madera y ramas de los aldeanos de Sikkim, sino el clima, el aspecto del suelo, las fisonomías de sus habitantes, todo era diferente. Estaba de verdad en el Tíbet. Encontramos al mago en su oratorio —una amplia habitación sin ventanas, por cuyo techo entraba un poco de luz—, distribuyendo encantamientos a varios hombres que estaban junto a él. Los encantamientos revestían formas sorprendentes, como cabecitas de cerdo modeladas en barro, pintadas de rosa,

con briznas de lana. Los aldeanos escuchaban atentamente el discurso interminable del lama sobre la manera de usar adecuadamente aquellos objetos.

Cuando se retiraron, el dueño de la casa me invitó con amable sonrisa a tomar té, e iniciamos una conversación que se prolongó durante largo rato. Ardía en curiosidad por interrogar al lama sobre el milagro de las «tortas volantes», pero preguntarle directamente era faltar a las reglas de la etiqueta. Tenía que esperar una ocasión que no se presentó ni aquel día ni al siguiente.

En cambio, intervine en un drama doméstico, y hasta me consultaron sobre el modo de resolverlo. ¡Qué privilegio tratándose de un verdadero hechicero!

Como en muchas familias de U y de Tsang, existía la poliandria en el hogar del lama. El día del casamiento de su hijo mayor, en el acta de casamiento constaban los nombres de sus hermanos pequeños, a quienes la chica también aceptaba por esposos.

Como ocurre en la mayoría de los casos, los *novios* eran entonces mozalbetes a quienes, naturalmente, no consultaron. Pese a ello, se encontraban legalmente casados. El brujo tenía cuatro hijos. No me dijeron cómo tomaba el segundo la cooperación que había de prestar a su hermano; probablemente, la cosa marchaba bien por ese lado. En aquellos días estaba de viaje, lo mismo que el tercer hermano, al que yo había conocido.

Este tercero era el que interrumpía la quietud de la casa paterna. Mucho más joven que sus hermanos, ya que sólo tenía veinticinco años, se oponía a asociarse al cumplimiento de los deberes conyugales para con la esposa colectiva. Y, desgraciadamente para la dama, el tercer marido honorario era mucho más seductor que los dos primeros. No sólo seductor por su belleza física —aunque lo era—, sino por su condición social, su elocuencia, su saber vivir y, a no dudarlo, por varias otras cualidades que no logré descubrir.

En tanto que los dos hijos mayores del hechicero eran laicos, colonos ricos e influyentes, pero sin el prestigio que tiene el clero en el Tíbet, el tercer marido recalcitrante era lama. Más aún: un casi *naldjorpa* iniciado en doctrinas ocultas, que usaba el tocado de cinco caras de los místicos tántricos y el faldón blanco de los *respas*, expertos en *tumo*, que pueden sentir calor, sin fuego, con las temperaturas más bajas.

Y era aquel esposo de categoría quien la menospreciaba. La mujer colectiva no podía resignarse a renunciar a él y a soportar la afrenta de su desdén, tanto más cuanto que cortejaba a una joven de un pueblo vecino, con quien pensaba casarse, cosa que no le prohibían; pero, según la ley del país, aquel casamiento significaba para el contrayente la pérdida de sus derechos a la herencia paterna. Incumbiría, pues, al joven crear un nuevo hogar y mantener a su familia por sus propios medios, algo a lo que parecía conformarse, contando para ello con su profesión de hechicero.

Pero si se establecía por «su propia cuenta», ¿no haría una competencia peligrosa a su padre? Aunque no me lo confesase, comprendía que el lama pensaba en el perjuicio que podría causarle aquella obstinación en no contentar a una mujer de cuarenta años, sana, robusta y nada fea. Yo no podía juzgar sobre este último punto, porque los rasgos de la dama desaparecían bajo una capa de grasa y de negro de humo que la convertían en una auténtica negra.

—¿Qué hacer, qué hacer? —gemía la anciana madre.

Me faltaba experiencia para dar un consejo útil. También en occidente hay damas con varios maridos y los líos consiguientes, pero, en general, tales casos no requieren consultas familiares, y en mis expediciones sólo me había tocado aconsejar a los maridos de varias mujeres cuyo hogar carecía de paz.

Insinué que ya que la poligamia era legal en el Tíbet, el joven lama podría quizá permanecer con su familia si le

permitían llevar a la esposa de su agrado.

Tuve la fuerte de que el hábito reverenciado de ermitaña que yo llevaba impusiese un poco a la mujer de los múltiples consortes, porque quería pegarme.

¡Oh, reverenda dama! —exclamó la anciana madre llorando—, usted ignora que mi nuera ha querido enviar a sus criadas a casa de la muchacha para que la atacasen y la desfigurasen; nos ha costado mucho conseguir que cambiase de opinión. «¡No hay que pensar en semejante cosa! Actos así deshonrarían a las gentes de nuestra clase social.

No sabiendo qué decir, declaré que había llegado la hora de la meditación nocturna y pedí permiso para retirarme al *Ihakhang*, oratorio del lama, quien me había hecho el honor de cedérmelo para pasar la noche.

Al levantarme, mis ojos tropezaron con los del hijo menor de la familia, muchacho de dieciocho años, marido número cuatro. Sentado en un rincón, miraba a su esposa con una media sonrisa burlona.

—Ya puedes prepararte, amiga —decía aquella sonrisa—; no han terminado tus desengaños; te esperan otros.

Seguimos adelante, vagando de aldea en aldea, pasando la mayor parte de las noches en las casas de los aldeanos en lugar de acampar. No traté de disimular mi identidad, como lo hice después, durante mi viaje a Lasa; pero nadie sospechaba mi nacionalidad extranjera o no daban la menor importancia a este aspecto.

Pasé cerca del monasterio de Patur, que me pareció grandioso comparado con los de Sikkim. Nos dieron de comer muy bien en una sala oscura, invitados por un funcionario, en compañía de varios eclesiásticos.

Nada era nuevo para mí, salvo la arquitectura de los pesados edificios con muchos pisos; sin embargo, comprendía que todo cuanto había visto del lamaísmo en Sikkim no era más que un pálido reflejo. Había imaginado, vagamente, que más allá del Himalaya el país se tomaría

salvaje, y empezaba a comprender lo contrario: entraba en un pueblo completamente civilizado.

Nos fue muy difícil vadear el río Tchi Tchu, muy crecido por las lluvias y el deshielo, a pesar de la ayuda de tres indígenas que pasaron nuestros animales de uno en uno.

Cuando, ilusionada por las descripciones de nuestro criado, me disponía a encontrar más allá de Kuma, cerca de las fuentes termales, baño caliente y campo grato bajo el cálido sol, se nos vino encima una súbita tormenta que nos obligó a armar nuestras tiendas a toda prisa antes de llegar a aquel paraíso. Primero sufrimos un pedrisco de granizo, y luego la nieve comenzó a caer tan espesa, que pronto nos llegó a media pierna. Más tarde, un arroyo vecino anegó nuestro campamento, y pasé casi toda la noche, que yo había soñado tan en calma, en pie sobre el minúsculo islote que se conservaba medio seco bajo mi tienda, inundada por agua cenagosa.

Unos días más tarde, en un recodo del camino, mis ojos, que miraban a un borracho tendido en el polvo, recibieron al levantar la mirada el choque de una visión imprevista. En la claridad azulada del atardecer, el enorme monasterio de Trachilhumpo surgía con su masa blanca, coronada de tejados dorados, donde se apagaban los últimos reflejos del sol poniente.

Había llegado a la meta.

Tuve una idea singular. En vez de buscar alojamiento en una de las posadas de la ciudad, mandé al criado a casa del lama encargado de acoger a los monjes, a los visitantes o a los estudiantes de la provincia de Kham. ¿Qué podría interesarle a una viajera extraña, desconocida, y qué razón tenía ella para reclamar sus buenos oficios? No me lo pregunté, obedeciendo sólo a un impulso que a primera vista parecía descabellado, pero que dio excelentes resultados.

El alto funcionario envió a un *trapa* a conseguir dos habitaciones para mí en la única casa cercana al

monasterio, donde me instalé.

Desde el día siguiente empecé las diligencias protocolarias para obtener audiencia del Trachi Lama. Tuve que suministrar detalles de mi identidad y salí del paso con la mayor naturalidad diciendo que mi país se llamaba París.

¿Qué París? Existe un lugar denominado Phagri (que se pronuncia parí) al sur de Lasa. Expliqué que *mi* París estaba situado a *mayor* distancia y al oeste, pero que se podía llegar sin atravesar el mar, de modo que yo no era una *filing* (extranjera). Literalmente, hacía un juego de palabras, porque ésta significa alguien de otro continente o isla, de un sitio separado por la solución de continuidad ocupada por el océano.

Había estado mucho tiempo cerca de Jigatzé para no ser conocida, y el hecho de haber vivido como *gomtchenma* me daba cierto prestigio. Me concedieron audiencia inmediatamente y la madre del Trachi Lama me acogió como invitada.

Visité el monasterio hasta en sus menores detalles, y como pago de bienvenida, ofrecí el té a los varios miles de monjes que allí residían.

Los años transcurridos y la costumbre de frecuentar y de vivir en las *lamaserías* han debilitado mis impresiones, pero en el momento de visitar Trachilhumpo, todo cuanto vi me produjo fuerte emoción. En los templos, en los vestíbulos, en los palacios de los dignatarios, reinaba un lujo desmesurado, del que ninguna descripción puede dar idea. Por todas partes abundaban el oro, la plata, el jade: sobre los altares, en las tumbas, en el decorado de las puertas, en los objetos rituales y hasta en los de uso doméstico de los lamas ricos.

¿Debo decir que admiraba aquel fasto? No. Lo encontraba bárbaro y pueril, obra de gigantes poderosos con alma de niños. Aquel primer contacto me hubiera desilusionado si no hubiese tenido presente la visión de las soledades quietas donde se ocultan los ascetas meditabundos, los que

desprecian todas aquellas banalidades que constituyen la grandeza de las masas.

El Trachi Lama estuvo encantador conmigo, colmándome de atenciones cada vez que le veía. Bien sabía él dónde se hallaba *mi* París y pronunciaba la palabra *France* con el acento francés más puro.

Le agradaba mi interés por el estudio del lamaísmo y de todo lo relacionado con el Tíbet y estaba dispuesto a facilitarme los estudios. ¿Por qué no me quedaba en Jigatzé?, me preguntó.

—¡Ah! ¿Porqué?...

Mucho lo deseaba, pero sabía que el Trachi Lama no tenía suficiente autoridad para asegurarme la permanencia allí. Me propuso, sin embargo, que yo misma escogiese un alojamiento. Podía vivir con su madre en un convento de monjas o en una ermita que levantaría para mí. Tendría como maestros a los mejores gramáticos, a los letrados más famosos, y podría interrogar a los anacoretas de las montañas.

Quizá si entonces hubiese estado tan libre de ligaduras como he conseguido quedarme después de mi viaje a Lasa, hubiese aprovechado la protección que se me ofrecía, en Jigatzé o en cualquier sitio más apartado, pero no esperaba dicha oferta. Tenía parte de mi equipaje, de mis notas, de mis fotografías, en casa de unos amigos y parte en mi ermita. ¿Por qué hemos de considerar esas cosas como indispensables? No era lo bastante libre para renunciar a ellas; también había, que tener en cuenta la horrible cuestión económica. Yo no había llevado más dinero que el necesario para el viaje y me parecía imposible llegar a recibir en el Tíbet el que tenía en la India.

¡Ah, cuántas cosas me quedaban todavía por asimilar y qué transformación moral tenía que sufrir antes de convertirme, con tanta alegría, en lo que había de ser años más tarde: un caminante a través del Tíbet!

Tuve ocasión de ver a los maestros que educaron al Trachi Lama: al profesor de letras y al que le inició en las doctrinas místicas; también a un místico contemplativo, guía espiritual del Trachi Lama, muy respetado por todos y que, según decían, terminó su vida milagrosamente.

Durante mi visita a Jigatzé estaban terminando el templo que el Trachi Lama levantaba al futuro buda Maitreya, encarnación de toda bondad. Vi la estatua inmensa colocada en un vestíbulo rodeado de galerías que permitían a los fieles dar la vuelta, en el piso bajo, al nivel de los pies y, sucesivamente, en el primero, segundo y tercer pisos, al nivel de la cintura, de los hombros y de la cabeza. De momento, unos veinte orfebres trabajaban en las alhajas que habían de adornar al gigantesco Maitreya, transformando para aquel uso las que las damas de la aristocracia de Tsang, con la madre del Trachi Lama a la cabeza, habían regalado.

Pasé días encantadores en los distintos palacios del Trachi Lama. Hablé con gentes de caracteres muy diferentes. Pero sobre todo, viví en una beatitud paradisiaca, tan sólo turbada por el pensamiento fatal de la marcha.

Al fin llegó el aciago día. Cargada de libros, de notas, de regalos y con el vestido de lama graduado —especie de diploma de doctor *honoris causa* de la universidad de Trachilhumpo— que me había dado el Trachi Lama, desapareció de mi vísta el gran monasterio en aquel mismo recodo del camino donde había surgido poco tiempo antes.

Después fue a Nartan, a visitar la mayor de las imprentas lamaístas. Es asombroso el número de planchas grabadas para la impresión. Ordenadas en estantes, llenan un inmenso local. Los impresores, embadurnados de tinta hasta el codo, trabajan sentados en el suelo; en otros cuartos, los monjes recortaban el papel según el formato requerido para cada obra. Toda la labor se hace pausadamente, entremezclada con la charla y con las abundantes tomas de

té y manteca. ¡Qué contraste con el trepidar de nuestras imprentas!

Sin embargo, aunque monástica, la imprenta era siempre obra «del mundo», y no era eso precisamente lo que despertaba mi curiosidad en el Tíbet.

Me trasladé a la ermita de un *gomtchen* que tuvo la bondad de invitarme. En un paraje árido y desolado, sobre la vertiente norte de una montaña que se elevaba cerca del lago Mo-te-tong, la casa del ermitaño era una gran cueva con sucesivos aditamentos que le daban el aspecto de un pequeño castillo. El actual habitante de la ermita era el sucesor de su maestro, que, a su vez, había reemplazado a su padre espiritual.

La sucesión de tres generaciones de lamas magos en aquel lugar había acumulado suficiente cantidad de elementos confortables —regalos de gente de la zona— para que la vida transcurriese apaciblemente.

Se entiende que hablo desde el punto de vista de un tibetano habituado a vivir junto a un ermitaño desde temprana edad.

Mi huésped no conocía nada del mundo, fuera de su caverna. Su maestro le había habitado durante treinta años, y él también se había emparedado a la muerte de aquél.

Con esto de emparedarse quiero decir que la fortaleza no tenía más entrada que una puerta, que el lama parecía ignorar. Las dos piezas inferiores, construidas bajo la roca, recibían luz de un patio interior cercado por un muro de piedras que interceptaba la vista. Encima se encontraba la habitación particular del lama, a la que se entraba por una escalera y una trampilla. Aquel cuarto daba sobre una terracita igualmente cercada por muros, de manera que el recluso podía hacer algún ejercicio o sentarse al sol sin que le viesen desde afuera y sin divisar otra cosa que el cielo.

Hacía quince años que vivía de tal forma.

A esta reclusión, mitigada por las visitas que recibía, el *gomtchen* añadía, por austeridad, la práctica de no echarse

nunca para dormir. Pasaba las noches en un *gamtis*, especie de cajón cuadrado en el cual se duerme sentado con las piernas cruzadas.

Después de algunas charlas interesantes con el lama, me despedí de él.

El residente británico me había enviado una carta mediante unos aldeados de Sikkim, con la orden de abandonar el suelo tibetano, cosa que no había hecho, deseando terminar mi viaje como fue proyectado; pero el viaje tocaba a su fin y estaba dispuesta a dejar el Himalaya, ya que, al iniciarlo, había previsto las consecuencias que podía traer una excursión prolongada en tierra prohibida. Camino de la India recibí otra carta comunicándome mi expulsión de Sikkim.

3. MONASTERIO DE KUM-BUM

Cuando dejé Jigatzé y mi ermita volví a atravesar el Himalaya, bajando hacia la India.

Con gran pesar abandoné aquella región mágica, donde durante varios años llevé una existencia increíble y cautivadora. Desde aquella antesala del Tíbet no he hecho más que entrever las doctrinas y las prácticas curiosas que los cenáculos místicos del «país de las nieves» ocultan a los profanos.

Mi temporada en Jigatzé me reveló también el Tíbet escolástico de los letrados, sus universidades monásticas, sus inmensas bibliotecas. ¡Cuántas cosas me quedan aún por conocer! Y me voy...

Estancia en Birmania. Retiro en las montañas Sagain, cerca de los Kamatangs, monjes contemplativos de la secta budista más austera.

Estancia en el Japón, en la quietud profunda del Tofokuji, monasterio de la secta Zen, que agrupa, desde hace muchos siglos, a la aristocracia intelectual del país.

Estancia en Corea, en Panya-an (monasterio de la sabiduría), eremitorio escondido en pleno bosque, donde algunos pensadores solitarios viven una vida de tranquilo ascetismo, sin pasión.

Cuando me dirigía allí para solicitar mi admisión temporal, las lluvias torrenciales acababan de echar abajo el camino. Los monjes de Panya-an reparaban la brecha. El monje encargado de recomendarme, de parte de su abad, se paró delante de uno de los trabajadores, tan lleno de barro como sus compañeros, le saludó profundamente y le dirigió unas palabras. El *peón caminero*, apoyado en su pala, me contempló atentamente durante un instante, luego inclinó

la cabeza en signo de asentimiento y reanudó su trabajo sin volver a ocuparse de mí.

—Es el superior —dijo mi guía—. Le permite quedarse.

Al día siguiente me ofrecieron una celda completamente vacía. Mi manta, extendida en el suelo, me servía de cama, y la maleta, de mesa. Yongden compartía la habitación, también sin muebles, de un novicio de su edad.

El programa diario se componía de ocho horas de meditación, divididas en cuatro partes; ocho horas de estudio y de trabajo manual y ocho horas dedicadas a las comidas, al sueño y a los recreos a gusto de cada cual.

Por las mañanas, antes de las tres, un monje daba la vuelta al edificio golpeando un instrumento de madera para despertar a sus hermanos, y todos se dirigían a la sala común, donde se sentaban, con la cara vuelta hacia la pared, para meditar durante dos horas.

¿Qué decir de la austeridad de la comida? Arroz y algunas legumbres cocidas en agua..., y las últimas escaseaban muchas veces, de modo que la comida se componía sólo de arroz.

El silencio no era obligatorio, como en la orden trapense, pero los monjes sólo cambiaban una frase breve de vez en cuando. No sentían la necesidad de hablar ni de gastar su energía en gestos externos. Su pensamiento se adhería a los problemas íntimos, y sus ojos, como los de las imágenes del Buda, miraban «al interior».

Estancia en Pekín, tan lejos del barrio extranjero que ir allí es un verdadero viaje. Aún me hospedo en otro monasterio: Pe-ling-sse, antiguo palacio imperial.

Y he aquí que regreso a la tierra que me atrae poderosamente. Hace muchos años sueños con Kum-Bum, sin haber considerado nunca la posibilidad de ir. Sin embargo, el viaje llega a decidirse. Tengo que atravesar toda China hasta su frontera oeste.

Se organiza una caravana, a la que me agrego: dos lamas *tulkus*[19] y su acompañamiento, que regresan a su país; un comerciante chino de la provincia lejana de Kansu y algunos anónimos con el deseo de aprovechar la protección que significa ir en grupo numeroso a través de un país peligroso.

Viaje sumamente pintoresco. Mis compañeros de ruta constituyen ya, por sí mismos, un motivo de asombro.

Nuestro gigantesco jefe de caravana invitó un día, en la posada que ocupábamos, a unas hetairas chinas. Pequeñitas, con pantalones de raso verde claro y chaquetas rosa. Entran, como una familia de Pulgarcitos, en la habitación del otro lama. Es un *ngagspa* que apenas pertenece al clero, y está casado, de la secta muy heterodoxa de magos. Con la puerta abierta, se organiza un áspero y ruidoso regateo. Los términos, cínicos e ingenuos a un tiempo, son traducidos al chino por su impasible intérprete secretario. Negocio hecho por cinco piastras. El invididuo se queda con una de las muñecas toda la noche y no la despacha hasta las diez de la mañana.

Otro día el mismo gigante se pelea con un oficial chino. Los soldados del puesto cercano, armados, invaden la posada. El lama llama a sus criados, que corren a coger sus armas. El posadero se echa a mis pies, suplicándome que intervenga para evitar una batalla.

Con la ayuda del comerciante, compañero de viaje, que sabe el tibetano y me sirve de intérprete, convenzo a los soldados de que es indigno de ellos prestar la menor atención a salvajes de la «tierra de prados». Después demuestro al guerrero lama que un hombre de su rango no puede alternar con vulgares soldados.

Renace la calma.

Tuve ocasión de conocer la guerra civil y el bandolerismo. Trato de ser enfermera bondadosa y de cuidar a los heridos, faltos por completo de auxilio.

Una mañana veo, horrorizada, un ramillete de cabezas cortadas colgadas a la puerta de mi posada. Mi plácido hijo adoptivo se inspira en ellas para exponerme consideraciones filosóficas sobre la muerte.

El camino empieza a ser impracticable; combaten delante de nosotros. Se me ocurre que podemos alejarnos de los combatientes dando un rodeo para alcanzar Tungschow.

Al día siguiente de mi llegada rodean la ciudad. Contemplo los asaltos, que se verifican con escalas, y veo a los asaltantes arrojar una lluvia de piedras desde las murallas. Me parece vivir en uno de aquellos viejos cuadros que representan las guerras de antaño.

Aprovecho el día de tormenta, en que los *ejércitos* están resguardados, para huir. Carrera en la noche; llegada a la orilla de un río tras el cual estaremos a salvo. Llamamos al barquero que ha de pasarnos en su barcaza. La respuesta es un tiroteo desde la otra orilla.

Recuerdo agradable de un té en casa del gobernador de Shensi. El enemigo cerca la ciudad. Nos sirven el té soldados con revólver al cinto y el fusil en bandolera, dispuestos a replicar al ataque que puede producirse de un momento a otro. Sin embargo, los invitados comen con calma, con esa gracia cortés y aparente serenidad, fruto de la vieja educación china. Intercambiamos pensamientos filosóficos sirviéndonos de intérprete uno de los funcionarios, que habla muy bien el francés. Cualesquiera sean los sentimientos que en aquel instante agiten el espíritu del gobernador y de los hombres de su partido, los rostros permanecen impenetrables; su charla es la de unos eruditos a quienes agrada el juego exquisito de cambiar ideas sutiles sin apasionamiento.

¡Qué fina y admirable es esta raza china, a pesar de todos los defectos que se le puedan reprochar!

Por fin, salgo del tumulto. Estoy en Amdo. Ocupo en el monasterio de Kum-Bum una casita que depende del

palacio del lama Pegyai... Mi vida tibetana comienza de nuevo.

¡Homenaje al Buda!
En el lenguaje de los dioses,
en el de los nagas, de los diablos y de los hombres,
en el lenguaje de todos los seres, de todos los que existen,
¡proclamo la doctrina!

Con la caracola en la mano, en pie, en el techo terraza del vestíbulo de la asamblea, algunos muchachos recitan esa fórmula litúrgica, y todos a una empuñan sus instrumentos. Resuena un mugido especial, cuyas continuas olas, subiendo y bajando, en *crescendo* y *decrescendo*, van y vienen lentamente sobre el monasterio adormecido.

Aún es de noche. Con sus numerosas casas bajas y blancas, la *gompa* silenciosa semeja un cementerio, y la silueta de los músicos, envueltos en la toga lamaísta, bajo el cielo estrellado, hace pensar en enviados de otro mundo que vienen a despertar a los difuntos.

La llamada sonora se extingue. Por las ventanas de los palacios que habitan los dignatarios eclesiásticos se entrevén luces movedizas, y de los humildes hogares del bajo clero ascienden los rumores. Se abren las puertas, el ruido del pataleo acelerado se oye en todas las calles de la ciudad monástica: los lamas se dirigen al oficio matutino.

Cuando llegan al peristilo del vestíbulo el cielo comienza a palidecer: amanece.

Quitándose las botas de fieltro, que dejan afuera, a un lado y a otro, los religiosos se prosternan apresuradamente en el umbral mismo de la puerta grande o en el atrio, según

sean profesos o novicios, y todos se dirigen rápidamente a su puesto.

En Kum-Bum y en otros monasterios mayores se reúnen, a veces, miles de monjes. Multitud maloliente y desharrapada, entre la que sobresalen especialmente los suntuosos vestidos con casacas de paño de oro que llevan los grandes lamas, y los mantos de los jefes elegidos, que gobiernan la *gompa*, adornados con piedras preciosas.

Cuelgan gran cantidad de banderas del techo, de las galerías y a lo largo de los altos pilares, suspendiendo sobre la asamblea un verdadero pueblo de budas y de divinidades, mientras los frescos que cubren las murallas la aprisionan entre las cohortes de héroes, santos y diablos en actitudes bondadosas o terribles.

Al fondo del amplio vestíbulo, detrás de varias hileras de lámparas de altar, las estatuas doradas de los grandes lamas difuntos y los relicarios de oro y plata con gemas, que contienen sus cenizas o sus momias, brillan suavemente.

Todos estos personajes pintados, esculpidos o materialmente representados por sus restos, y que tienen a los religiosos bajo sus miradas persuasivas o imperiosas, dominándolos en número, amplían singularmente el cuadro de la reunión. Los antepasados y las divinidades parecen mezclarse con los hombres; una atmósfera mística envuelve a las gentes y a las cosas, velando los detalles vulgares, idealizando actitudes y gestos.

Por mucho que reconozcamos la mediocridad intelectual y moral de tantos de los monjes allí presentes, el golpe de vista de la asamblea misma es profundamente impresionante.

Todos están sentados con las piernas cruzadas al modo oriental; los dignatarios sobre sus respectivos tronos, cuya altura es diferente, según la categoría del lama, y la masa del bajo clero en largos bancos cubiertos de tapices, casi al nivel del suelo.

La salmodia comienza en tono de bajo profundo y con ritmo muy lento. Campanillas, *gyalings* de voz plañidera, trompetas enormes y atronadoras, tamboriles, minúsculos unos y gigantescos otros, marcan el compás del coro y acompañan, de vez en cuando, el canto llano.

Los niños iniciados, colocados al extremo de los bancos, cerca de la puerta, apenas se atreven a respirar. Saben que el *tchetimpa* de los cien ojos está pendiente del menor parloteo o del mínimo gesto juguetón, y temen al vergajo colgado al alcance de su mano, en el pilar donde apoya su alto sitial.

Aquel instrumento no se destina sólo a los chicos; todo miembro del monasterio —excepto los dignatarios y los viejos— puede tener ocasión de trabar conocimiento con él.

He presenciado algunas flagelaciones de este tipo, una de ellas en una *gompa* de la secta de los *sakyapas*.

Cerca de mil monjes se hallaban reunidos en el vestíbulo, y la salmodia y la música habituales llenaban la sala de severa armonía, cuando tres miembros del coro empezaron a comunicarse algo por gestos. Se creían suficientemente ocultos, sin duda, por los religiosos que tenían delante, para que las ojeadas que se echaban y el ligero movimiento de sus manos pasase desapercibido al vigilante en jefe. Pero es probable que los dioses protectores de las *lamaserías* concedan a dichos funcionarios una vista superdesarrollada. Aquél había descubierto a los culpables. Se levantó inmediatamente.

Era un *khampa* gigantesco, de tez oscura; de pie, sobre las gradas de su trono, parecía una estatua de bronce. Descolgó majestuosamente su fusta; luego, con mirada y porte terribles, como sólo se puede uno imaginar al ángel exterminados avanzó a grandes pasos por el vestíbulo.

Al llegar cerca de los delincuentes, los cogió, uno a uno, por el pescuezo, levantándolos del banco.

No teniendo posibilidad de escapar al castigo, los monjes, resignados, se abrieron paso por entre las filas de sus

compañeros y fueron a prosternarse con la frente en el suelo.

Resonaron sobre la espalda de cada uno algunos latigazos, y el gran vigilante regresó a su puesto con la misma adusta majestad.

Únicamente la falta de compostura se castiga inmediatamente en medio de la asamblea. Los castigos por faltas consideradas graves o cometidas fuera del coro se aplican en un lugar especial y después de información y de juicio a cargo de las autoridades judiciales del monasterio.

Un intermedio, muy apreciado por todos los monjes, corta el oficio tan largo: se sirve el té. Lo traen en grandes cubetas de madera, hirviendo y sazonado con manteca y sal al estilo tibetano. Los destinados a la distribución recorren varias veces las filas llenando los tazones que les alargan.

Todo religioso debe llevar, al ir a las asambleas, su tazón personal, que esconde bajo la túnica hasta el momento de emplearlo.

No se admite ningún tazón de porcelana ni de plata. Los religiosos han de beber en simples escudillas de madera. Puede observarse en esta regla la pobreza que el budismo primitivo ordena a los religiosos. Pero los taimados lamas eluden hábilmente las observaciones que no les agradan.

Las escudillas de los más viejos son, en efecto, de madera, pero fabricadas con raras esencias o con lúpulos que crecen en algunos árboles, cuyas venas forman bonitos dibujos. Algunos de esos tazones cuestan hasta setenta rupias (unos setecientos francos al cambio actual).[20]

Con el té diario reparten, algunos días, puñados de *tsampa*[21] y un trocho de manteca; otras veces reemplazan el té por sopa. También ocurre que la comida gratuita se compone de té, sopa y un pedazo de carne cocida.

Los peregrinos laicos ricos, o los lamas opulentos, invitan a menudo a banquetes de esta clase a los miembros de los monasterios más prestigiosos.

En tales ocasiones, montañas de *tsampa* y pellas de manteca, cosidas en tripas de cordero, llenan las cocinas y las desbordan, y más de cien corderos caen, a veces, en los calderos gigantes donde se confecciona la sopa gargantuesca.

Aunque como mujer me estaba prohibido participar directamente en aquellos ágapes monstruosos en Kum-Bum y en otros monasterios, me enviaban, siempre que lo deseaba, un puchero lleno del principal manjar del día.

Así fue como conocí cierto plato mongol hecho con cordero, arroz, dátiles chinos, manteca, queso, leche cuajada, azúcar cande, jengibre y diferentes especias, todo cocido junto. Y no fue ése el único plato de su ciencia culinaria con que me obsequiaron los *chefs* lamaístas.

Algunas veces, durante las comidas, se verifica un reparto de dinero. En semejantes ocasiones, la generosidad de los mongoles es mucho mayor que la de los tibetanos. He visto quien dejaba, durante su visita a Kum-Bum, más de diez mil dólares chinos.[22]

Así, día tras día, en los crudos amaneceres invernales como en los tibios del estío, durante todo el año, se celebraban aquellos extraños maitines en numerosas *gompas* dispersas por inmensos territorios, de los que el Tíbet es sólo una mínima parte.[23] Todas las mañanas, los chicos, medio despiertos, se encuentran junto a sus mayores, bañados en aquella extraña atmósfera mental, mezcla de misticismo, de gula y de avidez por las limosnas.

Aquel comienzo del día puede aclararnos el carácter de la vida monástica lamaica. En él hallamos las asociaciones heterogéneas que la asamblea matutina deja presentir: filosofía sutil, mercantilismo, espiritualidad elevada, persecución encarnizada de placeres mundanos. Elementos diversos, tan estrechamente mezclados, que en vano se esfuerza uno por separarlos completamente.

Los novicios, educados entre tales corrientes de influencias contrarias, ceden a una u otra, según sus tendencias y la dirección de sus guías.

La educación clerical tibetana consigue una pequeña selección de letrados, gran número de holgazanes torpes, de amables y joviales gozadores de la vida y pintorescos vagabundos, más algunos místicos que pasan su vida en las ermitas del desierto en continua meditación.

Sin embargo, la mayor parte de los miembros del clero tibetano no pertenecen clara y exclusivamente a una u otra de estas categorías. Más bien llevan ocultos, en potencia al menos, cada uno de esos caracteres. Es evidente que la pluralidad de personajes en un solo individuo no es exclusiva de los lamas del Tíbet, pero la poseen en alto grado, y por eso sus discursos y su conducta son continua fuente de sorpresas para el observador.

El budismo lamaísta es muy distinto del que se encuentra en Ceilán, en Birmania, en Siam y hasta del que existe en China y Japón. Los lugares que escogen los tibetanos para construir sus casas descubren, en parte, la interpretación particular que han dado a la doctrina budista.

Asentados en cumbres que azota el viento, los monasterios del Tíbet muestran una fisonomía agresiva, que parece desafiar, desde los cuatro puntos del horizonte, a enemigos invisibles. Otras veces ofrecen, escondidos en los altos valles solitarios, la apariencia inquietante de laboratorios sospechosos que manipulasen fuerzas misteriosas.

Esta doble apariencia corresponde a cierta realidad. Aun cuando desde hace tiempo los monjes de todas clases vuelven sus pensamientos a su negocio o a otros cuidados vulgares, en su origen las *gompas* no fueron edificadas por hombres tan terrenales.

La dura conquista de un más allá del mundo conocido por nuestros sentidos, la adquisición de conocimientos trascentales, el perseguir las experiencias místicas, la

maestría en las fuerzas ocultas, fueron el objeto de la construcción de aquellas fortalezas que reinan entre las nubes, y de aquellas ciudades enigmáticas ocultas en el laberinto de las montañas.

Hoy en día, sin embargo, debemos buscar a los místicos y a los magos fuera de los monasterios. Para evitar una atmósfera demasiado impregnada de preocupaciones terrenas, han emigrado a lugares más retirados, de acceso difícil, y el descubrimiento de ciertas ermitas está erizado de dificultades. Digamos que, salvo excepciones, todos los ermitaños han comenzado su vida como novicios en una orden religiosa regular.

Los muchachos destinados por sus padres al estado clerical son conducidos a un monasterio cuando tienen ocho años y confiados a un monje pariente o amigo de su padre. Por lo general, el tutor del niño es su primer maestro, y muchas veces el pequeño novicio no tiene otro.

Pero los padres ricos que pueden pagar las lecciones de un letrado religioso, suelen dejar a su hijo interno en casa de alguno de éstos, o hacen un arreglo para que el muchacho reciba sus lecciones con regularidad. También, algunas veces —sobre todo cuando el novicio pertenece a la nobleza—, puede vivir en la casa de un dignatario eclesiástico, y este último vigila sus estudios con más o menos dedicación.

Los jóvenes novicios son mantenidos por sus padres, que envían al tutor las habituales provisiones de manteca, té y carne.

Además de alimentos sustanciales, los tibetanos ricos mandan también a sus hijos ciertas golosinas, como queso, carne y frutas secas, azúcar, pasteles de melaza, etcétera.

Ese tesoro tiene un papel importante en la vida de los monjecillos felices que lo poseen. Les permite numerosos cambalaches; y con un puñado de albaricoques, duros como una piedra, o con algunos minúsculos pedazos de cordero

seco, consiguen diversos servicios de sus compañeros pobres y golosos.

Los hijos de gentes sin ningún recurso son *geyogs*,[24] es decir, que pagan las lecciones que reciben trabajando como sirvientes en casa de su tutor. No hay que decir que, en tales casos, las lecciones son breves e infrecuentes. El maestro, que generalmente es iletrado o casi iletrado, sólo puede enseñar a los muchachos que tiene bajo su custodia a repetir de memoria fragmentos de recitados litúrgicos cuyo sentido desconoce y mutila horriblemente.

Muchos *geyogs* no aprenden absolutamente nada. No es que el trabajo mercenario que les encargan sea pesado y absorbente, sino que la indiferencia natural de su edad les impide solicitar lecciones que no les son impuestas y pasan largas horas de hocio jugando con compañeros de su misma clase.

El novicio admitido en un monasterio recibe, sea cual fuere su edad, parte de las rentas[25] de éste, así como los donativos que ofrecen los piadosos fieles.

Si le gusta el estudio, al crecer puede solicitar ser admitido en una de las cuatro escuelas de enseñanza superior que hay en todos los monasterios. En cuanto a los novicios que pertenecen a pequeños monasterios sin escuelas, obtienen fácilmente permiso para estudiar en otro lugar.

La enseñanza monástica lamaica comprende las siguientes materias:

Filosofía y metafísica, enseñadas en la escuela de *Tsen gnid*.

Ritual, magia y astrología, enseñadas en la escuela de *Gyud*.

Medicina, enseñada en la escuela de *Men*.

Escritura sagrada y reglas monásticas, enseñadas en la escuela de *Do*.

La gramática, aritmética y otras ciencias se aprenden fuera de las escuelas con profesores particulares.

Algunos días los estudiantes de filosofía sostienen discusiones públicas con sus camaradas.

Las controversias van acompañadas de gestos rituales que las hacen pintorescas y animadas. Hay maneras especiales de arrollarse el largo rosario al brazo, de dar palmadas y de golpear con el pie al hacer una pregunta. Hay otras, rigurosamente reglamentadas, de dar un salto al contestar a su adversario o al oponerle otra pregunta.

Así, incluso cuando las frases que se cambian pertenecen casi siempre a las obras clásicas y, sobre todo, hacen honor a la memoria de quien las recita, los gestos y los batimanes de los controversistas crean la ilusión de un debate apasionado.

Pero no hay que deducir de lo precedente que todos los miembros de las escuelas filosóficas sean loros. Entre ellos se encuentran letrados eminentes y sutiles pensadores que, aun siendo capaces de recitar durante horas pasajes de obras innumerables, son también aptos para discutir el sentido de tales pasajes y exponer los resultados de sus propias meditaciones.

Un hecho digno de señalarse es que, en las justas oratorias solemnes, el monje proclamado vencedor se pasea alrededor de la asamblea cabalgando sobre el adversario vencido.

La escuela de ritual mágico es, en casi todas partes, la más suntuosa de las instituciones escolásticas del monasterio, y sus miembros graduados, llamados *gyud pas*, son muy estimados. Se les confía el cuidado de proteger a la *gompa* a que pertenecen, de asegurarle la prosperidad y de ahuyentar las penalidades.

Los miembros de las dos grandes escuelas de *Gyud* que existen en Lasa desempeñan el mismo oficio a favor del Estado entero y de su soberano, el Dalai Lama.

Los *gyud pas* se encargan asimismo de honrar y de servir a los dioses autóctonos y a los demonios, cuya amistad o neutralidad han conseguido prometiéndoles culto perpetuo y subvenir a sus necesidades. Finalmente, son ellos también los que, gracias a su poder mágico, retienen cautivos a ciertos seres adustos y malvados, imposibles de domesticar.

Aunque por no encontrar otro término más apropiado en nuestra lengua debamos llamar *monasterios* a las *gompas*, es difícil —exceptuando el celibato observado por los religiosos y el hecho de que las *gompas* tengan bienes indivisos— encontrar el menor parecido entre ellas y los monasterios cristianos.

En lo que concierne al celibato, digamos en seguida que sólo la secta reformada de los *gelugs pas* (familiarmente llamada secta de los *bonetes amarillos*) impone indistintamente el celibato a todos sus religiosos. En las diferentes sectas de *bonetes rojos* el celibato sólo es obligatorio para los *gelong*, es decir, para los monjes que han recibido ordenación mayor. Los lamas casados tienen fuera del monasterio una vivienda que ocupan con su familia y, además, alojamiento en el monasterio al que pertenecen. En épocas de fiestas religiosas, o cuando desean pasar algún tiempo de retiro para meditar o cumplir prácticas de devoción, viven en este último. No se admite que las mujeres vivan con su marido en el recinto de la *gompa*.

Los monasterios lamaístas se destinan a albergar gentes que persiguen un objeto de orden espiritual. Ese objeto no está ni estrictamente definido ni es impuesto o común a todos los habitantes de una *gompa*. Las aspiraciones de cada religioso, humildes o elevadas, permanecen ocultas, y es libre de llegar a realizarlas por los medios que prefiera.

Las únicas reglas que rigen en la *gompa* se relacionan con el orden y el decoro que los religiosos deben observar, tanto en el interior del monasterio como en el exterior, y la asistencia regular a las diversas reuniones. Estas últimas no

constituyen un culto público del que cada participante espere sacar provecho alguno, espiritual o material. Cuando los huéspedes de las *gompas* se reúnen en las asambleas, es para oír la lectura de una especie de orden del día que emana de las autoridades del lugar, y luego para leer o repetir de memoria, salmodiándolos, pasajes de las escrituras canónicas. Se supone que esas recitaciones dan óptimos resultados, como alejar las calamidades y las epidemias, atraer prosperidad, y dichos resultados, oficialmente, los persiguen a favor del país, de su soberano o de los bienhechores del monasterio.

Se celebran también las ceremonias rituales con vistas a fines extraños a los oficiantes. Los tibetanos llegan a creer que los celebrantes no pueden obtener el menor provecho personal, y hasta el más capaz de los *gyudpas* tiene que recurrir a un colega cuando desea beneficiarse.

Las prácticas mágicas tienen por objeto algo personal; la meditación y todos los ejercicios místicos se cumplen privadamente. Nadie, a no ser el maestro espiritual del religioso, tiene derecho a inmiscuirse en tales asuntos. Nadie tampoco lo tiene para pedir cuentas a un monje lamaísta de sus opiniones religiosas o filosóficas. Puede pertenecer a cualquier doctrina o ser absolutamente escéptico; esto sólo le concierne a él mismo.

En los monasterios tibetanos no hay ni iglesia ni capilla. Los *Iha khangs* (casas de los dioses) que se ven, son como otros tantos domicilios particulares de los dioses y de los héroes más o menos históricos. El que lo desea hace una visita de cortesía a las estatuas de aquellos personajes, enciende lámparas o quema incienso en su honor, los saluda tres veces y se va. Durante esas breves audiencias, los visitantes imploran, con frecuencia, favores, pero algunos se limitan a una muestra de respeto desinteresado, sin demandar ayuda.

Tampoco se solicita ninguna gracia delante de las imágenes de Buda, porque los budas han pasado más allá

del mundo de los deseos y, en verdad, más allá de todos los mundos, si bien se pronuncian votos, se expresan deseos y se toman resoluciones.

Así, por ejemplo, el visitante pensará: «Ojalá pueda, en esta vida y en las siguientes, tener los medios de distribuir limosnas en cantidad y contribuir a la felicidad de muchos seres». O bien: «Querría ser capaz de entender con toda claridad la doctrina de Buda y de amoldar mi conducta a ella».

Más numerosos de lo que se imagina son quienes practican el rito de ofrecer una lamparilla encendida y elevarla ante la estatua de Buda, pidiendo la iluminación del espíritu. Aun cuando la mayoría de ellos no se esfuercen en conseguirla, permanece vivo entre los tibetanos el ideal místico de la salvación por la sabiduría.

A la libertad espiritual completa de que goza el religioso lamaísta responde la libertad material, casi idéntica.

Los miembros de los monasterios no viven en comunidad, sino cada uno en su casa o en su departamento, y cada cual según sus medios. No es obligatoria la pobreza, como lo era en el budismo primitivo. Hasta diré que desaprobarían al lama que la practicase. Sólo los ermitaños pueden permitirse la *excentricidad*.

Sin embargo, la renuncia, en la forma que la India —y quizá sólo la India— lo ha entendido, no es un ideal extraño a los tibetanos.[26] Tienen perfecta conciencia de su grandeza y están siempre dispuestos a rendirle tributo. Escuchan, con el más profundo respeto y la mayor admiración, las historias de los «hijos de buena familia» que abandonan su lujoso hogar para llevar la vida de ascetas mendigos, y especialmente la historia de Buda, que abandonó su categoría de príncipe reinante. Pero estos relatos, que se refieren a hechos acontecidos en tiempos lejanos, son para los oyentes casi como de otro mundo, que no tiene relación con aquel en que viven sus opulentos y venerados lamas. Es

posible ordenarse en cualquier grado de orden religiosa sin ser miembro efectivo de un monasterio, pero es un hecho que se produce pocas veces y sólo cuando el candidato está en edad de escoger, por sí mismo su camino y piensa vivir como ermitaño.

La admisión en la *gompa* no da derecho a ser alojado gratuitamente. Cada monje debe construirse una vivienda o comprarla si está libre, a menos que herede alguna de un familiar o de su maestro.

Los religiosos pobres alquilan, para ser propietarios, una o dos habitaciones en casa de un colega más holgado. Los estudiantes, o los letrados que no tienen medios, o los viejos monjes necesitados, reciben a menudo alojamiento gratuito en las amplias viviendas de los lamas opulentos.

Quienes carecen de recursos, y necesitan no sólo cobijo, sino alimento diario, entran al servicio de los grandes lamas o solicitan un empleo en oficinas o en el servicio particular de funcionarios electos de la *gompa*. Su situación depende de sus conocimientos. Algunos pueden ser redactores, pasantes, ayudantes contables; otros palafreneros o cocineros. Los que llegan a ser intendentes de un *tulku* pueden hacer fortuna.

Los monjes letrados, de familias pobres, se ganan también la vida como profesores. Aquellos que tienen dotes artísticas, pintan cuadros religiosos. El oficio es bueno, y los monasterios con escuela de bellas artes atraen a muchos estudiantes. Las funciones de capellán residente en casa de los lamas opulentos o de los laicos ricos están muy solicitadas. Para concluir, la práctica libre del arte de adivino y de astrólogo, los horóscopos, las ceremonias religiosas celebradas en las familias, son otros tantos recursos para los *trapas* que tienen que buscarse el sustento.

Los lamas médicos se crean envidiables situaciones si demuestran su habilidad con suficiente número de curas en casos graves y tratándose de personajes ilustres. La

profesión médica es suficientemente lucrativa hasta con menos éxito.

No obstante, de todas las carreras, la más atractiva para muchos monjes es la de los negocios. La mayoría de los novicios que al madurar no experimentan aspiraciones religiosas ni deseo de estudiar, buscan salida en el comercio. Si no tienen fondos suficientes para establecerse, se colocan de secretarios, cajeros, agentes o simples criados de los negociantes.

Se permiten algunas transacciones comerciales en los monasterios; en cuanto a los *trapas* que tienen entre manos asuntos verdaderamente importantes, pueden pedir licencia — hasta de varios años— a las autoridades del monasterio y viajar con su caravana o montar negocios donde quieran.

Todos los monasterios comercian en grande, vendiendo y cambiando productos de sus dominios, a los que hay que añadir las grandes colectas que se llaman *kartik*, que tienen lugar a intervalos regulares unas, ocasionalmente las otras.

Los monasterios menos importantes envían a los monjes a recoger limosnas por las regiones cercanas, pero en los grandes monasterios el *kartik* es una verdadera expedición. Grupos de *trapas*, al mando de dignatarios eclesiásticos, marchan del Tíbet a Mongolia, pasan meses recorriendo el país y regresan como podrían hacerlo los guerreros vencedores de otros tiempos; arreando ganado y cientos de caballos cargados de objetos de toda especie ofrecidos por los fieles.

Hay una costumbre singular, que consiste en confiar por algún tiempo —con frecuencia durante tres años— cierta suma de dinero o de mercancías a un funcionario del monasterio. Este funcionario tiene que hacer trabajar el capital confiado de manera que sus ganancias le permitan atender a ciertos gastos fijados. Por ejemplo, tendrá que suministrar la grasa necesaria para las lámparas de un templo, o habrá de ofrecer cierto número determinado de comidas a los miembros de la *gompa*, o si no, correrán de

su cuenta los gastos de conservación de edificios, la acogida de los invitados, el mantenimiento de los caballos u otras cosas.

El depositario del capital confiado ha de restituirlo íntegramente cuando expire el período establecido. Si se trata de mercancías perecederas, ha de suministrar otras exactas y en igual cantidad. Si la suerte le ha acompañado en el tráfico y sus beneficios son mayores que la suma de gastos, mejor para él: la diferencia a su favor le pertenece. Pero si no ocurre así, está obligado a restituir la herida hecha al capital inicial, porque éste, en cualquier caso, ha de quedar intacto al pasar a manos de los depositarios siguientes.

Administrar un monasterio es tan complejo como administrar una ciudad. Además de la población de varios miles de religiosos que viven en su recinto, la *gompa* extiende su protección sobre gran número de colonos y semisiervos entre quienes administran justicia. Funcionarios elegidos por el consejo del monasterio se ocupan de todos los asuntos temporales, con la ayuda de un personal de oficina y de un pequeño cuerpo de policía.

Los policías, llamados *dobdobs*, merecen atención especial. Son reclutados entre los atléticos matachines incultos, con mentalidad de asalariados, que la voluntad paterna ha introducido de pequeños en la ciudad monástica, cuando el cuartel hubiese sido lugar más apropiado para ellos.

Valientes, con la descuidada temeridad de los brutos, siempre a caza de riñas y de malas acciones que ejecutar, esos chuscos truculentos tienen sabor de rufianes de la Edad Media. El uniforme que les acompaña, en líneas generales, es la suciedad. Piensan que la mugre aumenta el aire marcial del hombre. Un valiente no se lava nunca. Es más, se ennegrece la piel con el hollín grasiento del fondo de las marmitas hasta transformarse en negro del todo. El *dobdob* está a veces harapiento, pero otras él mismo

destroza el hábito monástico porque así aumenta su terrible aspecto. Lo primero que hace, cuando tiene un traje nuevo, es ensuciarlo; lo exige la tradición. Por mucho que valga el tejido, el *dobdob*, amasando manteca en sus manos mugrientas, la aplica en espesa capa sobre el vestido que estrena. La suprema elegancia de aquellos caballeros consiste en que el vestido y la toga, por efecto de la mugre sabiamente creada y mantenida, adquieran una pátina oscura con reflejo de terciopelo, y se mantengan de pie, tiesos como una armadura de hierro.

El árbol milagroso de Tsong-Khapa

El monasterio de Kum-Bum debe su nombre y su fama a un árbol milagroso. De las crónicas de Kum-Bum he sacado los detalles siguientes sobre el asunto.

En 1555, el reformador Tsong-Khapa, fundador de la secta de los *gelugs pas*, nació en Amdo (nordeste del Tíbet), en el sitio donde se levanta hoy Kum-Bum.

Poco después de su nacimiento, el lama Dubtchen Karma Dordji profetizó que el destino del niño sería extraordinario y encargó que permaneciese en perfecto estado de limpieza el sitio donde su madre diera a luz. Un poco más tarde, un árbol comenzó a crecer en aquel lugar.

Conviene saber que, aun en nuestros días, la tierra removida sirve de suelo en la mayoría de las viviendas de Amdo y que los indígenas se acuestan en el suelo sobre almohadones o tapices. Este hecho explica la leyenda que atribuye el nacimiento del árbol a la sangre derramada durante el parto y cuando fue cortado el cordón umbilical.

Al principio, el arbolito no tenía ningún dibujo en sus hojas, pero su origen milagroso lo convirtió en objeto de culto. Un monje construyó una cabaña al lado y fue el punto de partida del amplio y rico monasterio actual.

Muchos años más tarde, Tsong-Khapa había iniciado ya su obra de reforma cuando su madre, separada de él desde

largo tiempo atrás, deseó verle y le envió una carta llamándole a su país.

Tsong-Khapa se hallaba entonces en el Tíbet central. Durante el curso de una meditación mística comprendió que su viaje a Amdo no sería provechoso, y se limitó a escribir a su madre. Al mismo tiempo que su carta, entregó al mensajero dos ejemplares de su retrato, uno para su madre y otro para su hermana, más una imagen de Gyalwa Sengé,[27] señor de la ciencia y de la elocuencia, patrón de los letrados, y varias imágenes de Demtchog, divinidad del panteón tántrico.[28]

En el momento en que el enviado de Tsong-Khapa entregaba los objetos a la familia del reformador, este último, ejerciendo desde lejos su poder mágico, hizo aparecer en las hojas del árbol milagroso las imágenes de las divinidades. La impresión era tan perfecta, dice el texto que examino, que el más hábil artista no hubiese dibujado nada más puro.

Además de las imágenes, otras impresiones y las *Seis Escrituras* (es decir, la fórmula en seis sílabas *¡Aum mani padmé hum!*) aparecieron en las ramas y en la corteza del árbol.

El nombre del monasterio Kum-Bum (cien mil imágenes) se debe a aquel prodigio. En la narración de su viaje, los reverendos padres Huc y Gabet afirman haber visto las palabras *¡Aum mani padmé hum!* inscritas en las hojas y en la corteza del árbol. Insisten particularmente sobre el hecho de que las letras, en vías de formación y muy débilmente dinstinguibles, aún aparecían en las hojas nuevas y bajo la corteza cuando se levantaba un poco.

Es necesario preguntarse: ¿qué árbol vieron aquellos dos viajeros?

Las crónicas del monasterio relatan que, después del milagro de la aparición de las imágenes, se envolvió el árbol

en una pieza de seda (un *vestido*) y luego se construyó un templo en derredor.

¿Aquel templo era a cielo abierto? La expresión que se emplea en el texto, *cherten* no apoya este supuesto, porque un *cherten* es un monumento acabado en forma de aguja, y *cerrado*.

El árbol, falto de aire y de luz, tenía que morir. Y como la construcción del *cherten* en tomo al árbol data —según las crónicas— del siglo XVI, los padres Huc y Gabet sólo hubieran podido contemplar la armazón del árbol original.

La descripción de los padres indica, sin embargo, que se trata de un árbol en estado de vida latente.[29]

Las crónicas mencionan también que el árbol milagroso permanecía idéntico en invierno y en verano y que el número de sus hojas era siempre el mismo.

Por otra parte, leemos que en cierta época se oyeron ruidos anormales en el interior del *cherten* que resguardaba el árbol. El abad del monasterio entró, limpió él mismo el terreno alrededor del árbol y encontró, junto a este último, cierta pequeña cantidad de líquido, que bebió.

Estos detalles parecen indicar una especie de recinto cerrado donde no se entra habitualmente, mientras que el milagro de conservar sus hojas en invierno (el género al que pertenece el árbol es de hojas caducas) parece referirse a un árbol vivo.

Es difícil orientarse entre tales paradojas.

Actualmente, un *cherten* relicario, de doce a quince metros de altura —que dicen encierra el árbol original—, se levanta en medio de un templo techado de oro. Me aseguraron, sin embargo, cuando vivía en Kum-Bum, que ese relicario era de construcción relativamente reciente.

Frente al templo hay un retoño del árbol milagroso. Está rodeado por una balaustrada y es objeto de cierta veneración. Otro árbol, más vigoroso, también nacido del

árbol prodigioso, se halla en el jardincillo que precede al templo de Buda.

Recogen las hojas caídas de estos dos árboles para distribuirlas entre los peregrinos.

Quizá los padres Huc y Gabet se hayan referido a uno de esos dos árboles. Los viajeros que pasan por Kum-Bum ignoran, generalmente, la historia y hasta la existencia del árbol encerrado en el relicario.

Algunos extranjeros que habitaban en Kansu (provincia china en cuya frontera está situado Kum-Bum) me aseguraron que habían leído *Aum mani padmé hum* en las hojas de los dos árboles vivos.

En cambio, los peregrinos lamaístas y los monjes del monasterio (unos tres mil hombres) no descubren generalmente nada de particular y hasta se muestran incrédulos en lo que se refiere a las visiones de los extranjeros sobre este tema.

Pero la actitud moderna no es la de las crónicas, que relatan que todas las gentes de Amdo vieron los signos milagrosos impresos en el árbol cuando aparecieron hace algunos siglos.

Los «budas vivientes»

Fuera de los funcionarios elegidos que ejercen autoridad en los monasterios o administran sus bienes temporales, el clero tibetano se compone de una aristocracia eclesiástica cuyos miembros se denominan lamas *tulkus*. Son aquellos a quienes los extranjeros llaman erróneamente *budas vivientes*.

Los *tulkus* constituyen la mayor singularidad del lamaísmo y por ella se distingue claramente de todas las demás sectas búdicas. Por otra parte, la existencia en la sociedad tibetana de aquella nobleza religiosa frente a la nobleza

laica y la preponderancia de la primera sobre la segunda son, igualmente, un hecho especialísimo del Tíbet.

Puede decirse que la naturaleza de los *tulkus* no ha sido nunca bien definida por los escritores occidentales y que no han sospechado lo que verdaderamente era un *tulku*.

Aunque se admitía desde hace largo tiempo en el Tíbet la existencia de avataras de deidades o de otras poderosas personalidades, la aristocracia de los *tulkus* no se desarrolló en su forma actual hasta después de 1650.

En aquella época, el quinto gran lama de la secta de los *gelups pas*, llamado Lobzang Gyatso, había sido instituido como soberano del Tíbet, por un príncipe mongol, y reconocido como tal por el emperador de China. No obstante, aquellos honores no le bastaban, y el ambicioso lama se concedió a sí mismo una dignidad más alta, haciéndose pasar por la emanación o *tulku* de Tchenrezigs, alto personaje del panteón mahayanista. Al mismo tiempo, establecía al maestro que le había instruido y que le demostraba paternal afecto como gran lama del monasterio de Trachilhumpo, declarando que era un *tulku* de Eupamed, buda místico de quien Tchenrezigs es hijo espiritual.

El ejemplo del lama rey fomentó la creación de los *tulkus*. Rápidamente, todos los monasterios algo importantes consideraron cuestión de honor tener a la cabeza la reencarnación de un personaje célebre.

Estas pocas palabras sobre el origen de las dos dinastías más ilustres de los *tulkus* —la del Dalai Lama, avatara de Tchenrezigs, y la del Trachi Lama, avatara de Eupamed— serán suficientes para comprender que no se trata, en este caso, según creen muchos extranjeros, de avataras del Buda histórico.

Analicemos ahora el modo en que los lamaístas entienden la naturaleza de los *tulkus*.

Según creencia popular, un *tulku* es la reencarnación de un santo o de un sabio difunto, o bien la encarnación de cualquier otro ser no humano: dios, demonio, etcétera.

El número de *tulkus* de primera categoría es mucho más numeroso. La segunda sólo cuenta con algunos avataras de personajes míticos, como el Dalai Lama, el Trachi Lama, la dama-lama Dordji Fagmo y, de rango inferior, los *tulkus* de ciertos dioses autóctonos, como Pekar, cuyos *tulkus* desempeñan funciones de oráculos oficiales.

Los *tulkus* de dioses, diablos y de hadas aparecen especialmente como héroes de leyendas; sin embargo, algunos personajes, hombres o mujeres, gozan actualmente, como tales, de cierta celebridad de terruño. La mayor parte de ellos son *ngagspas*, magos o hechiceros, al margen del clero regular.

Aquí y allá se encuentra un *tulku* laico, como el rey de Ling, considerado reencarnación del hijo adoptivo del célebre héroe Guesar de Ling.

Las mujeres que encaman *Kandomas* (hadas), pueden, indiferentemente, ser religiosas o mujeres casadas.

Esta última clase de *tulkus* no tiene lugar en la aristocracia eclesiástica, al lado de las otras dos. Puede creerse que su origen viene de la antigua religión del Tíbet, independientemente del lamaísmo.

Aunque el budismo original niegue la existencia de un alma permanente que transmigra, y considere esta teoría como el más pernicioso error, la mayoría de los budistas han vuelto a caer en la antigua creencia hindú que se refiere al *jiva* (el *yo*) que periódicamente «cambia su cuerpo usado por un nuevo cuerpo, como arrojamos un vestido usado para ponernos otro nuevo».[30]

Cuando se considera al *tulku* como la encarnación de una divinidad o de una personalidad mística que coexiste con él, la teoría del *yo* cambiando su vestidura camal no explica su naturaleza. Pero la mayoría de los tibetanos no mira tan allá y, prácticamente, todos los *tulkus*, hasta los de seres sobrehumanos, son considerados como la reencarnación de su antecesor.

El antecesor de una descendencia de *tulkus* se llama *Ku Kong ma*. Pertenecen, generalmente, al orden religioso, aunque tal condición no sea absolutamente precisa.

Entre las excepciones podemos citar al padre y a la madre del reformador Tsong-Khapa. Ambos tienen su sede en el monasterio de Kum-Bum, Él lama que se supone reencarnación del padre de Tsong-Khapa se llama Aghia Tsang. Es señor y propietario nominal del monasterio. Cuando yo residía en Kum-Bum era un muchacho de diez años.

La madre del reformador se encarna en un niño varón que llega a ser el lama Tchangsa-Tsang.

En semejantes casos los *tulkus* de laicos se incorporan al clero, salvo raras excepciones.

Existen religiosas *tulkus*, santas o deidades. A propósito de esto hay que hacer notar una particularidad: son generalmente abadesas de monasterios de hombres y no de conventos de mujeres, a no ser que vivan como anacoretas. Esto no les obliga, por otra parte, más que a ocupar su trono abacial durante los oficios, en las fiestas solemnes. Viven en su palacio particular con sus sirvientas laicas y religiosas. La administración efectiva de todos los monasterios, sea quien fuere el señor nominal, se confía a funcionarios elegidos por los monjes.

Es con frecuencia causa de regocijo para el observador ver la manera extraña como la inteligencia o las santas disposiciones parecen perderse durante el curso de la sucesión de encarnaciones. No es raro encontrar un hombre completamente estúpido residiendo como el avatara supuesto de un pensador ilustre, o ver a un materialista epicúreo reconocido como el de un místico célebre por su austeridad.

La reencarnación de los *tulkus* no tiene nada que pueda parecer extraño a gentes que creen en un *ego* que transmigra periódicamente. Según esta creencia, cada uno de nosotros es *tulku*. El *yo* encarnado en nuestra forma

presente ha existido en el pasado en otras formas. La única particularidad que ofrecen los *tulkus* es que pasan por ser reencarnaciones de personalidades eminentes y que pueden, en ciertos casos, escoger y dar a conocer sus futuros padres y el lugar donde han de renacer. No obstante, ciertos lamas ven una gran diferencia entre la reencarnación del común de los hombres y la de quienes están iluminados espiritualmente.

Los que no han practicado ningún entrenamiento mental —dicen—, que viven como bestias, cediendo inconscientemente a sus impulsos, pueden ser asimilados a un hombre errando a la ventura, sin seguir ninguna dirección definida.

Por ejemplo, divisa un lago al este, y como tiene sed, el deseo de beber le empuja a ir hacia esa parte. Cuando está cerca siente olor a humo,[31] que despierta en él la idea de una casa o de un campamento. Sería placentero, piensa, beber té en lugar de agua y tener donde guarecerse durante la noche. Deja, pues, el lago antes de llegar a la orilla, y como el olor viene del norte, dirige hacia allí sus pasos. Mientras va caminando, antes de ver alguna casa o alguna tienda, se le presentan los fantasmas amenazadores. Horrorizado, el vagabundo huye a toda prisa hacia el sur. Cuando juzga que está bastante lejos de los monstruos para no temer nada de ellos, se para. Entonces pasan otros vagabundos de su calaña. Alaban los encantos de cualquier país bendito, tierra de abundancia y de alegría, adonde se encaminan. Lleno de entusiasmo, el hombre errante se les agrega, dirigiéndose al oeste. Y, una vez más, en este camino, otros incidentes le harán cambiar de rumbo sin haber entrevisto siquiera el reino de la felicidad.

Y así, cambiando continuamente de dirección toda su vida, aquel loco no alcanzará nunca su meta.

La muerte le sorprenderá en el curso de sus descabelladas peregrinaciones, y las fuerzas antagónicas, nacidas de su

actividad desordenada, se dispersarán. No habiéndose producido la suma de energía[32] necesaria para determinar la continuación de una misma corriente, ningún *tulku* puede formarse.

Por el contrario, el hombre iluminado se compara a un viajero que sabe adonde quiere ir y está bien informado de la situación geográfica del sitio que ha escogido como objetivo y de los caminos que ha de seguir. El espíritu, enteramente absorto en su tarea, ciego y sordo a los espejismos y a las tentaciones que se le presentan a cada lado del camino, no se aparta para nada de su ruta. Este hombre dirige las fuerzas engendradas por su concentración del pensamiento y por su actividad física. En el camino la muerte puede disolver su cuerpo, pero la energía psíquica de la que éste ha sido a la vez creador e instrumento, permanece coherente. Obstinándose hacia el mismo fin, se provee de un nuevo instrumento material, es decir, de una nueva forma, que es el *tulku*.

Aquí se presentan varios puntos de vista. Algunos lamas creen que la energía sutil que subsiste después de la muerte del que la engendró —o alimentó si es ya *tulku* que pertenece a descendencia de encarnaciones— atrae hacia sí y agrupa elementos simpáticos, y de este modo se convierte en la simiente de un nuevo ser. Otros dicen que el haz de fuerzas *desencarnadas* se une a un ser ya existente cuyas disposiciones físicas y mentales, adquiridas en vidas pasadas, permiten una unión armoniosa.

Es obvio advertir que pueden hacerse objeciones a tales teorías, pero el objeto de este libro consiste únicamente en presentar los puntos de vista corrientes entre los místicos del Tíbet y no en discutirlos.

Añadiré que cualquiera de las teorías mencionadas cuadra con numerosas leyendas antiguas tibetanas cuyos héroes determinan, por un acto de voluntad, la naturaleza de su renacimiento y la carrera de su avatara futuro.

Pese a lo que acabamos de decir con respecto al papel que desempeña la intención consciente y perseverante en la continuación de una descendencia de *tulkus*, no hay que creer que la formación de la nueva personalidad se efectúa arbitrariamente. La fe en el determinismo está hondamente arraigada en el espíritu de los tibetanos, hasta en el de los pastores más brutales de la estepa, para permitir que tal idea nazca.

Literalmente, el término *tulku* significa «la forma creada por procedimiento mágico». Según los letrados y los místicos tibetanos, debemos considerar a los *tulkus* como fantasmas, como emanaciones ocultas, títeres fabricados por un mago para servir a sus intenciones.

A favor de esta idea, citaré la explicación que me dio el Dalai Lama.

Como ya he dicho en el primer capítulo del presente libro, en 1912, cuando el Dalai Lama vivía en el Himalaya, le hice varias preguntas relacionadas con las doctrinas lamaístas. Me contestó primero oralmente. Luego, para evitar confusiones, me pidió una lista de nuevas preguntas sobre los puntos de vista que aún me pareciesen oscuros, y estas respuestas me fueron entregadas por escrito. De aquel documento extraigo lo siguiente:

«Un *bodhisatva* —dijo el Dalai Lama— es la base de donde pueden surgir innumerables formas mágicas. La fuerza que engendra, por perfecta concentración de pensamientos, le permite exhibir, simultáneamente, un fantasma igual a sí mismo en millares de millones de mundos. Puede crear no solamente formas humanas, sino otra clase cualquiera, hasta objetos inanimados, como casas, cercados, bosques, caminos, puentes, etcétera. Puede generar fenómenos atmosféricos, así como la bebida de la inmortalidad que apaga toda sed. (Esta expresión —me explicó— ha de ser entendida literalmente y en sentido simbólico.) De hecho —concluyó el Dalai Lama—, su poder de crear formas mágicas es ilimitado.»

La teoría sancionada por la más alta autoridad lamaísta oficial es idéntica a la que se encuentra enunciada en las obras budistas mahayanistas. Se citan diez clases de creaciones mágicas como factibles de ser producidas por los *bodhisatvas* (seres que, en la jerarquía espiritual, se encuentran a un grado inferior de distancia de Buda).

Lo que se dice de la manera en que un buda puede producir formas mágicas se aplica a cualquier otro ser humano, divino o demoniaco. No hay más que una diferencia en el grado de poder y este último depende exclusivamente de la fuerza de concentración del espíritu y de la *calidad* del espíritu mismo.

En los *tulkus* de personalidades míticas que coexisten con su creador, sucede que se venera a los dos por separado, lo que prueba una vez más que los tibetanos no creen que el personaje, divino o no divino, esté encamado completamente en su *tulku*. Así, mientras el Dalai Lama, que es el *tulku* de Tchenrezigs, vive en Lasa, se dice que el propio Tchenrezigs, reside en Nankai Potala, isla cercana a la costa china. Eupagmed, del que Trachi Lama es *tulku*, habita en el paraíso occidental: Nub Dewatchen.

Los hombres pueden coexistir también con su progenitura mágica. Se cuentan ejemplos de tal hecho en las leyendas tibetanas, a propósito del rey Srong-bstan Gampo, del jefe guerrero Guesar de Ling y de otros personajes.

Actualmente, cuentan que cuando el Trachi Lama huyó de Jigatzé, dejó en su lugar a un fantasma idéntico a sí mismo, que se comportaba como él tenía costumbre de hacerlo, engañando a cuantos le veían. Cuando el lama se encontró seguro más allá de la frontera el fantasma se desvaneció.[33]

Las personalidades mencionadas más arriba son *tulkus*, pero estas circunstancias no impiden la producción de formas mágicas, según los lamaístas. Dichas formas nacen unas de otras, y existen nombres especiales que se aplican

a las emanaciones de segundo y tercer grado. Por lo demás, nada se opone a que la serie pase del tercer grado.

Sucede también que un mismo difunto se multiplica *post mortem* en varios *tulkus* reconocidos de modo oficial, que existen simultáneamente. Por otra parte, ciertos lamas pasan por ser a un tiempo *tulkus* de varias personalidades. Así, el Trachi Lama es no sólo el *tulku* de Eupagmed, sino también el de Subhuti, discípulo del Buda histórico. Lo mismo el Dalai Lama que es, a la vez, avatara del mítico Tchenrezigs y de Gedundup, discípulo y sucesor del reformador Tsong-Khapa. Antes de proseguir, es interesante recordar que la secta de los gnósticos, en el cristianismo primitivo, consideraba a Jesús como *tulku*. Sus adeptos sostenían que el Jesús que había sido crucificado no era un hombre natural, sino un fantasma creado por un ser espiritual para representar ese rol.

Algunos budistas compartían la misma opinión en lo que se refiere a Buda. Según ellos, éste, que habitaba el paraíso Tuchita, no abandonó su morada celeste, sino que creó un fantasma que apareció en la India y fue Gautama, el Buda histórico. A pesar de las diversas teorías, más o menos sutiles, relacionadas con los *tulkus*, que circulan entre los sabios, aquéllos son considerados prácticamente como verdaderas reencarnaciones de sus predecesores, y las formalidades que preceden a su reconocimiento oficial se cumplen en consecuencia.

A menudo, un lama que es ya *tulku* predice en su lecho de muerte la región donde ha de renacer. Hasta añade ciertos detalles que conciernen a sus futuros padres, a la situación de su vivienda, etcétera.

Dos años después de la muerte de un lama *tulku*, generalmente su intendente en jefe y los otros funcionarios de su casa comienzan la búsqueda de su reencarnación. Si el difunto lama ha hecho predicciones o dejado instrucciones sobre las pesquisas que han de hacer, los investigadores se inspiran en ellas. A falta de indicaciones,

consultan con un lama astrólogo y clarividente, que señala, en términos a veces confusos, el país donde ha de encontrarse el niño y las señales para reconocerle. Si se trata de un *tulku* de alta estirpe, se consulta a uno de los oráculos del Estado; esta consulta es obligatoria en las reencarnaciones del Dalai Lama o del Trachi Lama.

Algunas veces se encuentra rápidamente un niño que responde a la descripción del adivino. En otros casos pasan años sin descubrir ninguno. Esto es un motivo grave de tristeza para los fieles laicos del lama. Aun más pesarosos se hallan los monjes de su monasterio, porque este último, privado de su venerado jefe, no atrae tan gran número de piadosos bienhechores, y son escasos los festines y los donativos que ofrecen. Sin embargo, mientras devotos y *trapas* se lamentan, quizá algún intendente bribón se regocija secretamente, porque durante la ausencia del amo legítimo administra sus bienes sin comprobante efectivo, y esta circunstancia le proporciona con frecuencia el medio de hacer fortuna.

Cuando descubren un niño que responde a grandes rasgos a las condiciones prescritas, consultan nuevamente a un lama adivino, y si se declara a favor del candidato, éste se somete a prueba del siguiente modo: cierto número de objetos personales del difunto lama se mezclan con otros semejantes, y el niño tiene que señalar los primeros, testimoniando así que reconoce las cosas que le pertenecieron en su anterior existencia.

En ocasiones, varios niños son candidatos a la sede vacante por fallecimiento del *tulku*, Se han reconocido en todos ellos signos igualmente convincentes; cada uno reconoce, sin error, los objetos que han pertenecido al lama muerto. O también los lamas astrólogos y adivinos no se ponen de acuerdo en la elección y designan candidatos diferentes.

Semejantes casos se presentan especialmente cuando se trata de la sucesión de uno de esos grandes *tulkus* que

reinan en monasterios importantes y de vastos dominios. Muchas familias desean entonces que uno de sus hijos ocupe el trono del señor fallecido.

Se permite a menudo que los padres del joven *tulku* vivan en el recinto del monasterio hasta que aquél pueda prescindir de los cuidados de la madre. Más adelante ponen a su disposición una confortable vivienda en los terrenos del monasterio, pero fuera de éste, y se les provee en abundancia de todo lo necesario para una existencia agradable. Si el monasterio no posee vivienda especial para los padres de su gran *tulku*, o si se trata de un *tulku* que no es señor de *gompa*, se mantiene confortablemente al padre y a la madre del niño elegido mientras vivan y en su propio país.

Los grandes monasterios cuentan, a veces, más de cien *tulkus* entre sus miembros, además de su señor. Suelen poseer, no sólo la suntuosa morada de su sede oficial, sino otras en distintos monasterios, así como dominios en algunos sitios del Tíbet o de Mongolia.

De hecho, ser pariente próximo, aun del menor de los *tulkus*, siempre es un lazo ventajoso para despertar la codicia en el corazón de cualquier tibetano. Por eso se tejen numerosas intrigas en torno a las sucesiones de los *tulkus*, y entre las poblaciones belicosas de Kham o de la frontera septentrional estas competencias apasionadas dan lugar a conflictos sangrientos.

Traen y llevan, de punta a punta del Tíbet, innumerables leyendas sobre los niños *tulkus*, para probar su identidad, relatando incidentes de la vida pasada. Hallamos en ellas la mezcla habitual del Tíbet: superstición, astucia, elemento cómico y hechos desconcertantes.

Podría narrarlas a docenas, pero prefiero limitarme a relatar dos en las que he tomado parte.

Junto al palacio del lama *tulku* Pegyai, donde yo me hospedaba, se encontraba la vivienda de otro *tulku* llamado

Añai-Tsang.[34] Habían transcurrido siete años desde la muerte de Añai-Tsang sin descubrir su *reencarnación*. No creo que su ausencia afligiese demasiado al intendente de la casa. Administraba los bienes del lama, y los suyos parecían prosperar satisfactoriamente.

Y sucedió que, durante un recorrido comercial, el intendente entró en una granja para beber y reposar. Mientras la dueña de la casa le preparaba té, sacó del bolsillo una tabaquera de jade y se disponía a administrarse una toma cuando un chiquillo, que hasta entonces había estado jugando en un rincón de la cocina, le paró, colocando su manecita sobre la tabaquera y preguntando con tono de reproche:

—¿Por qué usas mi tabaquera?

El intendente quedó como fulminado. Verdaderamente, la preciosa tabaquera no le pertenecía. Era la del difunto Añai-Tsang. No había tenido precisamente intención de robarla, pero se encontraba en su bolsillo y la usaba a diario.

Se quedó indeciso, tembloroso, mientras el pequeño le miraba con la cara súbitamente cambiada, severo y amenazador, no teniendo ya nada de una fisonomía infantil.

—Devuélvemela inmediatamente —ordenó—. Me pertenece.

Lleno de remordimientos, aterrorizado y confuso, el monje supersticioso se prosternó a ios pies de su amo reencarnado.

Algunos días después vi llegar al niño, con gran boato, a su morada. Traía un vestido de brocado amarillo y montaba una soberbia jaquita negra que el intendente llevaba de la brida.

Cuando el cortejo entró en palacio, el niño hizo una observación.

—¿Por qué tomamos a la izquierda para llegar al segundo patio? —preguntó—. La puerta está a la derecha.

No sé por qué razón la puerta que estaba entonces de aquel lado había sido tapiada después de la muerte del lama y otra la reemplazaba.

Los monjes admiraron la nueva prueba de la autenticidad de su lama, y éste fue conducido a su departamento privado, donde iban a servir el té.

El muchacho, sentado sobre una pila de almohadones, miró la taza de jade, con un platillo de esmalte y una tapa de turquesas, que estaba colocada ante él.

—Que me den la mayor taza de porcelana —ordenó —.

Y describió minuciosamente un tazón de porcelana china, mencionando el dibujo que lo adornaba. Ninguna persona había visto aquel tazón. El intendente y los monjes procuraban convencer respetuosamente al joven lama de que no había ninguno semejante en la casa.

En aquel momento, aprovechando mis buenas relaciones con el intendente, entré en la estancia. Conocía la historia de la tabaquera y tenía curiosidad por ver de cerca a mi extraordinario vecinito.

Le ofrecí, según la costumbre del Tíbet, un chal de seda y algunos obsequios. Los recibió sonriendo gentilmente, pero con aire preocupado y siguiendo el curso de sus pensamientos a propósito del tazón.

—Buscad mejor; lo encontraréis —aseguró.

Repentinamente, recobró la memoria y añadió otras explicaciones sobre un cofre pintado de tal color que se encontraba en tal sitio, en un cuarto donde guardaban los objetos poco usados.

Los monjes me habían puesto al corriente de lo que se trataba y permanecí en la habitación del *tulku* deseosa de ver lo que sucedería.

Menos de media hora más tarde se descubría el tazón con su plato y tapadera en una caja que estaba en el fondo del cofre descrito por el niño.

Ignoraba por completo la existencia de esa taza —me aseguró después el intendente—. El lama mismo o mi

antecesor la habrían puesto en el cofre, que no *contenía* ningún otro objeto de valor y que estaba cerrado desde hacía muchos años.

Fui también testigo del descubrimiento de un *tulku* en circunstancias mucho más fantásticas que las anteriores. El suceso acaeció en una pobre posada de una aldehuela, no lejos de Ansi (en el Gobi).

El largo camino que se extiende desde Pekín a Rusia, atravesando todo un continente, está cruzado en aquella región por pistas que van desde Mongolia al Tíbet. Así que al llegar a la posada a la puesta del sol, me contrarió, sin extrañarme, encontrarla invadida por una caravana de mongoles.

Los viajeros parecían excitados por algún incidente extraordinario. No obstante, con su cortesía habitual, acrecentada al ver los hábitos religiosos lamaístas que usábamos Yongden y yo, los mongoles desalojaron un cuarto para nosotros y nuestros acompañantes y dejaron sitio en la cuadra paralas bestias.

Mientras permanecía rezagada con mi hijo, mirando a *los* camellos echados en el patio, se abrió la puerta de uno de los cuartos, y un muchacho alto, de rostro agradable y pobremente vestido con un traje tibetano, se paró ante el umbral preguntándonos si éramos tibetanos. Respondimos afirmativamente.

Entonces, un lama anciano, que por su porte nos pareció el jefe de la caravana, apareció detrás del joven y nos dirigió también la palabra en tibetano.

Como siempre ocurre en encuentros semejantes, cambiamos preguntas y respuestas concernientes al país de donde veníamos y aquel adonde nos dirigíamos.

El lama nos dijo que había proyectado ir a Lasa por Sutchu y el camino de invierno, pero que tal viaje era ya inútil y que regresaba a Mongolia, Los sirvientes ocupados en el patio dieron su conformidad a aquella declaración meneando la cabeza como si estuvieran enterados.

Hubiera querido averiguar por qué habían cambiado de idea aquellas gentes, pero el lama se retiraba a su cuarto y me pareció descortés seguirle para pedirle una explicación.

Sin embargo, ya más tarde, por la noche, cuando se informaron por nuestros criados de quiénes éramos, los mongoles nos invitaron a tomar té con ellos y escuchamos toda la historia.

El guapo muchacho era nativo de la lejana provincia de Ngari, en el sudoeste del Tíbet. Parecía un tanto visionario. Por lo menos, los occidentales le hubiesen juzgado así, pero estábamos en Asia.

Desde su infancia, Migyur —tal era su nombre—, estaba obsesionado por la peculiar idea de que *no se hallaba donde debiera estar*. Se sentía extranjero en su pueblo, en su familia... Veía en sueños paisajes que no existían en el Ngari: soledades arenosas, tiendas redondas de fieltro, un pequeño monasterio sobre una colina. Incluso despierto, las mismas imágenes subjetivas se le aparecían, sobreponiéndose a los objetos reales que le rodeaban, velándolos y creando en torno suyo un espejismo perpetuo.

Apenas contaba catorce años cuando huyó de su casa, incapaz de resistir al deseo de alcanzar la realidad de sus visiones. Desde entonces había vivido como un vagabundo, trabajando de cuando en cuando para ganar el sustento, mendigando las más de las veces, errante, sin poder contener su agitación y establecerse en algún sitio fijo. Por el momento, llegaba de Aric, al norte del desierto de los prados.

Camino adelante, según su hábito, sin rumbo, había llegado unas horas antes frente a la posada donde acampaba la caravana. Vio a los camellos en el patio, franqueó la puerta sin saber por qué, se encontró frente al viejo lama... y, entonces, con la rapidez del rayo, el recuerdo de hechos anteriores iluminó su memoria.

Vio a aquel lama muchacho y se vio a sí mismo, lama ya anciano. Los dos viajaban por aquel mismo camino, de

vuelta de una larga peregrinación a los santos lugares del Tíbet, regresando a su monasterio, enclavado en la colina.

Recordó todas aquellas cosas al jefe de la caravana con los más minuciosos detalles sobre su vida en el lejano monasterio y muchas otras particularidades. Y resultó que el objeto de la expedición de los mongoles era, precisamente, para rogar al Dalai Lama que les indicase el medio de descubrir al *tulku* señor de su monasterio, cuya sede no se ocupaba desde hacía más de veinte años, a pesar de cuantos esfuerzos se habían hecho para descubrir su reencarnación.

Aquellas gentes supersticiosas casi llegaban a creer que, por efecto de su omnisciencia k el Dalai Lama había conocido su intención y, en su enorme bondad, les había hecho tropezar con el lama reencarnado.

El vagabundo de Ngari fue sometido inmediatamente a la prueba habitual, y, sin equivocarse ni vacilar, sacó de un saco, donde estaban mezclados con otros análogos, los objetos que pertenecieron al difunto lama.

Los mongoles ya no dudaban sobre la legitimidad de su *tulku*.

Al día siguiente la caravana volvía sobre sus pasos, alejándose al lento caminar de sus grandes camellos y desapareciendo por el horizonte en las soledades del Gobi. Con ella marchaba el nuevo *tulku* hacia su extraño destino.

4. LOS «DEMONIOS»

El Tíbet es el país de los demonios. Si tuviéramos que hacer caso de leyendas y creencias populares, pensaríamos que el número de éstos es mucho mayor que el de la población humana. Adoptando mil formas distintas, esos seres maléficos viven en los árboles, en las rocas, en los valles, en los lagos, en los manantiales. Persiguen a los hombres y a los animales para arrebatarles el *soplo vital* y saciarse. Vagan, por gusto, a través de las estepas y de los bosques, y el viajero corre el peligro de topar súbitamente con uno de ellos en cada recodo del camino.

Esto hace que los tibetanos se vean forzados a comerciar con los malos espíritus. El lamaísmo oficial se encarga de domarlos, de convertirlos, de hacer de ellos criados sumisos y, si son indóciles, procurar que no perjudiquen o exterminarlos. Los hechiceros hacen competencia en su arte a los lamas regulares, pero, en general, persiguen otro fin, tratando de dominar a uno o más diablos para emplearlos en asuntos nefastos. Si no tienen suficiente poder para obligarlos a descender, se hacen súbditos de ellos y obtienen su ayuda con zalamerías.

Sin embargo, aparte del lama que practica los ritos mágicos ortodoxos, tal como se enseñan en los colegios monásticos de *gyud*, y de los hechiceros dedicados a la magia negra, los místicos tibetanos patrocinan cierto género de comercio con los demonios que proviene del entrenamiento psíquico. Este comercio consiste en encuentros provocados voluntariamente por el discípulo, sea para desafiar a los espíritus demoniacos, sea para darles limosna.

Podríamos afirmar que, a pesar de su aspecto grotesco y hasta repulsivo, dichos ritos tienden a fines útiles o

elevados, como librar del miedo, despertar sentimientos de extrema caridad, conducir al desprendimiento total de sí mismo y, finalmente, a la iluminación espiritual.

El más fantástico de ellos, denominado *tched*[35] («cortar», «suprimir»), es una especie de *misterio* macabro desempeñado por un solo actor: el oficiante. Ha sido tan sutilmente combinado para aterrar a los novicios que se ejercitan, que algunos se vuelven locos o mueren súbitamente durante la celebración.

Antes de que se le confiera la iniciación, sin la que *tched* no se puede practicar con fruto, el discípulo ha de someterse a varias pruebas preparatorias. Éstas varían según el carácter y el grado de inteligencia de cada cual.

Sucede frecuentemente que los iniciados, convencidos de la existencia objetiva de millares de diablos, visitan a un lama místico sin sospechar siquiera las doctrinas que profesa, y movidos por su ingenua piedad, ruegan que les dirija en el camino espiritual.

Los maestros místicos excluyen de su sistema educativo las largas demostraciones que se refieren a la verdad y al error. Se contentan con suministrar a los discípulos ocasiones de instruirse por sí mismos observando ciertos hechos y experimentando sensaciones que despierten sus meditaciones. Para librar a un novicio crédulo y cobarde del miedo a los demonios, emplean procedimientos que pueden causar risa, pero que son realmente bárbaros y espantosos, dado el espíritu de aquellos a quienes van dirigidos. Un muchacho que yo conocía fue enviado por su maestro —lama de Amdo— a una torrentera solitaria y muy oscura, con fama de estar frecuentada por seres maléficos. Tenía que atarse por sus propias manos a una roca; luego, al llegar la noche, debía evocar y desafiar a las deidades sanguinarias más feroces, esas que los pintores tibetanos representan sorbiendo los sesos de los hombres y devanando sus visceras.

Por mucho terror que sintiese, tenía orden de resistir al deseo de desatarse para huir y de permanecer en el mismo sitio hasta después de la salida del sol. Puede decirse que esta práctica es clásica y sirve de estreno en el sendero místico a muchos novicios tibetanos.

A veces, se manda al discípulo estar atado durante tres días y tres noches y hasta más tiempo, ayunando, luchando con el sueño, con el hambre y la fatiga, que tan fácilmente engendran alucinaciones.

Durante mi viaje de incógnito a Lasa, un viejo lama de Tsarong relató a Yongden el trágico resultado de un ejercicio semejante. Por supuesto que la «distraída mamá» que yo representaba entonces no perdió una palabra de la historia. En su juventud, aquel lama y su hermano pequeño, llamado Lodeu, habían abandonado el monasterio para agregarse a un asceta extranjero de la región, establecido temporalmente como ermitaño en una montaña denominada Fagri, no lejos de Dayul, sitio de peregrinación muy conocido.

El anacoreta ordenó al más joven de los hermanos que fuese a un sitio frecuentado, según decían, por Thags-yang, demonio que se aparece, generalmente, bajo la forma de tigre y a quien se atribuyen los feroces instintos de esa fiera, y que se sujetase por el cuello a un árbol.

Así atado, como la víctima al poste del sacrificio, el hombre debía imaginarse que era una vaca puesta allí como ofrenda propiciatoria a Thags-yang. Concentrando todos sus pensamientos en aquella idea y mugiendo de vez en cuando para penetrarse mejor del papel, alcanzaría —si su concentración del pensamiento era poderosa— un estado de trance, en el que, perdiendo conciencia de su personalidad, se sentiría vaca en peligro de ser devorada.

Debía continuar el ejercicio durante tres días y tres noches consecutivos. Transcurrieron cuatro días sin que el novicio volviese. El quinto día por la mañana el anacoreta dijo al discípulo que estaba con él:

—La noche pasada he tenido un sueño extraño. Ve a buscar a tu hermano.

El monje partió para el lugar a donde le enviaron.

Un espectáculo horrible le aguardaba: el cadáver de Lodeu, despedazado y a medio devorar, permanecía aún en parte atado al árbol, mientras restos ensangrentados yacían por las malezas de los alrededores.

Horrorizado, el hombre reunió los restos fúnebres en su toga monástica y se apresuró a regresar para ver a su maestro.

Al llegar, encontró vacía la cabaña que servía de vivienda al ermitaño y sus seguidores. El lama se había marchado llevando con él todos sus bienes: dos libros religiosos, algunos objetos rituales y su bastón de viaje coronado de un tridente.

—Creí volverme loco —decía el viejo tibetano—. Más aún que el descubrimiento del cuerpo me espantaba aquella fuga inexplicable. ¿Qué había soñado el maestro? ¿Conocía el triste destino de su discípulo? ¿Por qué había desaparecido?

Sin poder adivinar más que el pobre monje las razones de la huida del lama, imaginé, sin embargo, que al ver que su discípulo no regresaba, temería cualquier accidente como el ocurrido. Había tenido, quizá, una de esas premoniciones misteriosas que se dan en sueños y, prudentemente, quiso evitar la ira de la familia de la víctima.

Respecto a la muerte del muchacho podía explicarse de un modo natural. Las panteras abundan en aquella región; los leopardos también. Precisamente había encontrado yo uno en el bosque pocos días antes de oír la historia.[36] Uno de ellos hizo presa en él antes de que tuviese tiempo de desatarse para tratar de defenderse y quizá atraído por los mismos mugidos del muchacho.

Sin embargo, la opinión del monje y de los que le escuchaban era distinta. Según ellos, el mismo demonio

tigre se había apoderado de la ofrenda imprudentemente ofrecida. Decían que el joven discípulo ignoraba, probablemente, las palabras y los gestos mágicos para protegerse. Y por eso su maestro era culpable de haberle hecho afrontar la presencia del demonio tigre sin armarle con las enseñanzas y la iniciación necesarias.

Sin embargo, allá en el fondo de su espíritu, el hermano, herido en su afecto, escondía un pensamiento más terrible que murmuraba en voz baja y temblando.

—¡Quién sabe si aquel lama extranjero no era el mismo demonio tigre, metamorfoseado en hombre para atraer a su víctima! —explicaba—. No podía cogerla bajo su apariencia de hombre, y de noche, mientras yo dormía, volviendo a tomar su figura de tigre, satisfizo su voracidad.

Un silencio profundo siguió a las palabras del anciano. Había debido de contar muchas veces el espeluznante episodio de su lejana juventud, pero la historia impresionaba siempre a los oyentes.

¿No era de actualidad? Thags-yang, y tantos otros de su especie, ¿no continuaban rondando en torno a los hombres y a los animales poco protegidos contra sus artimañas?

Un soplo de angustia estremecía a la familia reunida en la gran cocina, que iluminaban las llamas del hogar. Una mujer miró instintivamente las hojas de papel pegadas en la pred, que llevaban los signos mágicos protectores, como para verificar que estaban allí. El abuelo fue a asegurarse de que la lámpara de la ofrenda vespertina ardía sobre el altar, en el cuarto de al lado, y el perfume del incienso que encendió fue esparciéndose por la casa.

Por numerosos que supongamos los accidentes misteriosos procedentes de la práctica de esta clase de ritos, son, a pesar de todo, excepcionales. Así pues, parece lógico que después de frecuentar durante algún tiempo los lugares embrujados, después de haber desafiado a los

demonios, de ofrecerles su cuerpo como pasto, el discípulo llegue a dudar de los seres que no se manifiestan.

He interrogado a varios lamas sobre este punto.

—Esa incredulidad —me dijo uno de ellos, un *geché* de Dirgi—[37] ocurre a veces. Puede considerarse como uno de los fines a que aspiran los maestros místicos, pero si el discípulo lo alcanza antes del tiempo útil, se priva de los frutos de la parte de entrenamiento destinada a hacerle intrépido. Los maestros místicos —añadió— no darían su aprobación al novicio que profesase una incredulidad simplista, ya que ésta es contraria a la verdad. El discípulo debe comprender que los dioses y los demonios existen realmente para los que creen en su existencia y que poseen el poder de hacer el bien y el mal a los que les rinden culto o les temen. Por otra parte, son muy pocos los que llegan a la incredulidad durante la primera parte del entrenamiento espiritual. La mayoría de los novicios ven, realmente, apariciones espantosas.

Como varios ejemplos habían probado que la opinión era fundada, no me atreví a contradecirla. La noche y los lugares especiales escogidos para los coloquios con los demonios bastan, por sí solos, para producir alucinaciones. Pero ¿deben clasificarse entre las alucinaciones todos los fenómenos notados por los celebrantes de tales ritos? Los tibetanos lo niegan.

Tuve ocasión de comentar con un ermitaño de Ga (Tíbet oriental) llamado Kuchog Wantchen los casos de muerte súbita ocurridos durante las evocaciones de espíritus maléficos.

Aquel lama no me parecía supersticioso y creí que aprobaría mis manifestaciones cuando le dije:

—Fue el miedo quien mató a los que fallecieron. Sus visiones son la objetivación de sus propios pensamientos. Los demonios no matarán nunca a los que no creen en ellos.

Con gran sorpresa mía, el anacoreta replicó en tono singular:

—Según usted, basta también no creer en la existencia de los tigres para estar seguro de no ser devorado por uno de ellos si nos ponemos a su alcance. —Y continuó diciendo—: Opérese consciente o inconscientemente, la objetivación de las formaciones mentales es un procedimiento enigmático. ¿Qué sucede con dichas creaciones? ¿No podría ocurrir que, como los niños nacidos de nuestra carne, esos hijos de nuestro espíritu escapen a nuestra intervención y que al cabo de algún tiempo, o súbitamente, lleguen a vivir su propia vida?

»También hemos de considerar que si no es posible engendrar éstos, otros poseen el mismo poder, y que si tales *tulpas* (criaturas mágicas) existen, no es extraordinario que tengamos contacto con ellos, sea por la voluntad de sus creadores o porque nuestros propios pensamientos o nuestros actos producen las condiciones requeridas para que esos seres manifiesten su presencia y su actividad.

»Como comparación, imagine un río y, un poco alejada de la orilla, una zona de tierra seca donde usted vive. Los peces no se aproximarán nunca a su habitación. Pero abra un canal entre la orilla y el sitio que habita, y al extremo del canal coloque un estanque. Entonces, con el agua que fluye y llena éste último, los peces vendrán del río y podrá usted verlos nadar ante sus ojos.

»Hay que guardarse de abrir *canales* a la ligera. Pocas gentes sospechan lo que contiene el gran fondo del mundo, que taladran sin consideración.

Y con menor gravedad, concluyó:

—Es preciso saber defenderse contra los *tigres* de quienes somos padres y también contra los que otros engendran.

Ideas semejantes han guiado la elección de los sitios adecuados para la celebración de *tched*. Se prefieren los cementerios o sitios salvajes capaces de inspirar pavor si

gozan de una leyenda terrorífica o si cualquier suceso trágico ha tenido lugar en ellos.

La razón de esa preferencia es qué el efecto de la ceremonia no depende sólo de los sentimientos despertados en el espíritu del celebrante por las macabras palabras litúrgicas o por la decoración natural impresionante ante la cual las pronuncia. Se trata, sobre todo, de poner en movimiento las fuerzas misteriosas o los seres conscientes que, según los tibetanos, existen en tales lugares, sea como resultado de los actos verificados o por la persistente concentración de pensamiento de numerosos individuos sobre hechos imaginarios.

En la representación del *tched*, que he comparado a un drama a cargo de un solo actor, sucede como éste, por objetivación, autosugestión o —como creen los tibetanos— por irrumpir en la escena personajes que pertenecen al mundo oculto, se encuentra, a veces, rodeado de colegas que se ponen a representar, en la pieza, papeles imprevistos. Este hecho se considera excelente para que el ejercicio resulte más eficaz a los novicios, pero los nervios de algunos no resisten tan intensivo tratamiento y entonces se producen los incidentes mencionados: locura o muerte súbita.

El que quiera celebrar *tched* debe aprender su papel de memoria, como todo actor. Después tiene que ejercitarse en danzar con cadencia, dibujando formas geométricas con sus pasos, luego dar media vuelta sobre un pie, golpear el suelo con el talón y saltar a compás. Ha de saber también blandir varios instrumentos rituales, tocar el tamboril y una trompeta hecha de un fémur humano.

No es fácil tarea y me he sofocado más de una vez durante mi aprendizaje.

El lama instructor que preside las evoluciones se parece, vagamente, a un maestro de *ballet*. Pero no le rodean sonrientes bailarinas con malla rosa; los bailarines son jóvenes ascetas, demacrados por las austeridades, vestidos

con trajes harapientos, con la cara sucia, iluminada por ojos extasiados, duros y enérgicos. Piensan que se preparan a una empresa llena de peligros, y el pensamiento del espantoso banquete, en el que han de ofrecerse como pasto a los demonios hambrientos, les obsesiona.

En tales condiciones, aquel *ensayo*, que podría ser divertido, se torna lúgubre.

Sería muy largo dar aquí una traducción *in extenso* del texto *tched*. Contiene largos preliminares místicos durante los cuales el oficiante *pisotea* todas las pasiones y crucifica su egoísmo. Sin embargo, la parte esencial de la ceremonia consiste en un banquete que podemos describir someramente así:

El celebrante sopla en el *kangling* (trompeta hecha con un fémur humano), convidando a los demonios a la fiesta que se prepara.

Imagina[38] una divinidad femenina que personifique su propia voluntad. Este dios se lanza de su cabeza por la bóveda del cráneo, con un sable en la mano. De un tajo rápido, le corta la cabeza. Luego, mientras se reúnen tropas de glotones en golosa espera, separa sus miembros, lo desuella y le abre el vientre. Las visceras se le escapan, la sangre corre a raudales, y los repugnantes convidados muerden, despedazan y mascan ruidosamente, mientras el oficiante lo excita a la limpieza con palabras litúrgicas:

«Durante inconmensurables períodos de tiempo, en el curso de repetidas existencias, seres innumerables me han prestado —a expensas de su bienestar y de su vida— alimentos, vestidos y todo género de servicios para mantener mi cuerpo saludable y ágil, para defenderlo contra la muerte.

»Hoy pago mis deudas ofreciendo este cuerpo, que tanto he querido y mimado, para que lo destruyan.

»Doy mi carne a los que tienen hambre, mi sangre a los que tienen sed, mi piel para cubrir a los desnudos, mis huesos como combustible para los que tienen frío.

»Doy mi felicidad a los desgraciados y mi soplo vital para reanimar a los difuntos...

»Que la vergüenza caiga sobre mí si retrocedo ante ese sacrificio. Que la vergüenza caiga sobre vosotros si no os atrevéis a aceptarlo.»

Este acto del drama se llama el *banquete rojo*. Le sigue el *banquete negro*, cuya significación mística sólo se revela a los discípulos que han recibido iniciación de grado superior.

La visión del diabólico festín rojo desaparece, las risas y los gritos de los glotones se apagan. La completa soledad de las tinieblas y el silencio suceden a la orgía siniestra, y la exaltación producida por su dramático sacrificio va decayendo, poco a poco, en el celebrante.

Debe imaginar ahora que se ha vuelto un montoncito de restos carbonizados, emergiendo de un lago de barro negro, el barro de las manchas espirituales adquiridas y de las malas acciones efectuadas durante innumerables vidas sucesivas, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos.

Tiene que comprender que la idea de sacrificio que acaba de exaltarle no es más que una ilusión, nacida de su orgullo ciego, que carece de fundamento. En realidad, no tiene *nada* que dar, porque no es *nada*.

Con la renuncia silenciosa del asceta, que rechaza la embriaguez vanidosa engendrada por la idea de sacrificio, termina el rito.

Algunos lamas emprenden viajes para celebrar *tched* en cerca de 108 lagos, en 108 cementerios, 108 bosques, etcétera. Consagran años a este ejercicio, recorriendo no sólo el Tíbet, sino el Nepal y parte de la India y de la China.

Otros se contentan con retirarse a la soledad para la celebración cotidiana de *tched* durante más o menos tiempo, cambiando cada día de sitio. El peregrino escoge el sitio donde se ha de colocar arrojando una piedra con una

honda. Antes de dar vuelta a la honda, da varias vueltas con los ojos cerrados para perder la noción de la dirección. Los abre en el instante en que la piedra se escapa de la cuerda, para saber en qué sitio cae.

Algunos usan la honda para indicar la dirección que han de tomar. Por ejemplo, arrojando una piedra a la salida del sol, caminarán todo el día hacia el punto del espacio que ha señalado, es decir, que seguirán aquella dirección todo cuanto es posible en terreno montañoso. Se detendrán al crepúsculo en el sitio que hayan alcanzado y celebrarán *tched* a la noche siguiente.

Este rito posee un lado fascinador, que no puede apreciarse al leer una descripción seca y escueta y al ignorar el medio en que se concibió.

Como tantos otros, he sufrido la atracción singular de su simbolismo austero y del fondo impresionante que le prestan los paisajes nocturnos del Tíbet.

La primera vez que marché, sola, a una de aquellas extraordinarias peregrinaciones, me paré cerca de un lago de transparentes aguas, engastado entre orillas pedregosas. El paisaje circundante, completamente desnudo, expresaba una triste impasibilidad que excluía toda impresión de miedo o de seguridad, de alegría o de tristeza. Se sentía uno zozobrar en la indiferencia infinita de las cosas.

La noche empañó el claro espejo del lago, mientras yo soñaba en la extraña mentalidad de la raza que ha inventado *tched* y tantas otras prácticas igualmente extrañas.

La fantasmagórica procesión de las nubes, iluminadas por la Luna, se desarrollaba a lo largo de las cimas vecinas, descendía hasta donde yo estaba, rodeándome de fantasmas nebulosos. Uno de ellos avanzó, siguiendo un rastro de luz repentinamente proyectada sobre el agua oscura, como un tapiz delante de sus pies.

Gigante diáfano, cuyos ojos eran dos estrellas, me hizo señas con su largo brazo, que surgía de amplia manga. ¿Me

llamaba? ¿Me rechazaba? Vacilé...

Entonces se acercó, tan real, tan viviente, que cerré los ojos para disipar aquella alucinación. Me sentí abrazada, envuelta en los pliegues de un manto flexible y frío, cuya sustancia sutil me penetraba, helándome hasta el fondo de mi ser...

¡Qué visiones contemplarán esos hijos de las soledades encantadas, esos novicios educados en la superstición, arrojados por sus padres espirituales a la noche, enfrentados con su imaginación, que el rito enloquecedor sobreexcita! ¿No oirán, en medio de los rugidos del huracán que barre las altas mesetas, voces que responden a sus retos, mientras tiemblan de terror, solos en su minúscula tienda, a muchas leguas de todo ser humano?

Comprendía perfectamente el terror experimentado por los celebrantes de *tched*. Sin embargo, lo que contaban sobre sus resultados me parecía muy exagerado y sonreía escépticamente ante el relato de los accidentes trágicos que, según los tibetanos, habían acontecido.

No obstante, como mi estancia en el Tíbet se prolongó, llegué a conocer algunos hechos que me obligaron a modificar mi opinión. Relataré uno de ellos.

En aquella época acampaban en el inmenso desierto de pasto que los tibetanos llamaban Tchang-thang, cerca de tres tiendas negras, albergue de varios pastores que pasaban el verano allí con sus rebaños.

La casualidad —término práctico para designar causas que nos son desconocidas— me había encaminado hacia allí mientras iba en busca de manteca. Los *dokpas* (pastores) eran buenas gentes. Mi presencia entre ellos como *jetsune kuchog* (dama lama), y también como comprador que paga con «dinero blanco»,[39] no parecía desagradarles. Se ofrecieron a cuidar mis caballos y mis muías con los suyos, ahorrando así mucho trabajo a mis hombres, por lo que

decidí dar una semana de descanso a los sirvientes y a los animales.

Dos horas después de mi llegada me había informado ya de lo concerniente a la región. En verdad, poco había que decir sobre ella. La inmensidad de las soledades de pastos se extendía por los cuatro puntos cardinales y sobre ellas el vasto cielo luminoso y vacío.

Pero en aquel desierto perfecto había un objeto de interés. Supe que un lama, cuya residencia estaba no sé dónde, hacia el norte, entre tribus de mongoles, se había establecido durante el verano en una caverna situada a poca distancia de donde yo había instalado mis tiendas. Dos *trapas*, discípulos suyos, le servían. Su trabajo consistía, casi exclusivamente, en hacer té, y consagraban la mayor parte del tiempo a los ejercicios religiosos. Con frecuencia vagaban por la noche a través del desierto y los pastores escuchaban el sonido del *damaru* y del *kangling* que acompañaban a los oficios nocturnos celebrados en las montañas vecinas.

En cuanto a su maestro, llamado Rabdjoms Gyatso, no había abandonado la caverna desde que llegara, tres meses antes. Por estos informes, adiviné que practicaba un *dubthab* o cualquier otro rito mágico.

Al día siguiente, al amanecer, decidí ir a su caverna. Quería llegar mientras los *trapas* estuviesen todavía en su tienda, ocupados en las devociones matutinas, con la esperanza de burlar su vigilancia y poder sorprender al lama en sus ocupaciones.

Esta manera de proceder, en lo que se refiere a los lamas, está reñida con la etiqueta tibetana, pero conociendo sus costumbres, temía que Rabdjoms Gyatso se negase a recibirme si le anunciaban mi visita.

Los *dokpas* me habían descrito el itinerario a seguir; encontré fácilmente la caverna a media altura de una vertiente que dominaba el valle donde murmuraba un arroyo. Un pequeño muro, construido con piedras, haces de

hierba y tierra, y una cortina de pelo de *yak*, cerraban la habitación prehistórica del lama y la escondían a los ojos de los que, por casualidad, cruzaban aquellos rincones.

Mi estratagema no dio resultado. Mientras trepaba a la caverna, tropecé con un individuo esquelético, de pelo enmarañado, con un hábito de ermitaño hecho jirones, que me cortó el paso. A duras penas pude convencerle de que fuese a hablar a su amo para que me otorgase una entrevista. La contestación que me trajo fue cortés, pero negativa. Rabdjoms Gyatso decía que, por el momento, no podía recibirme, pero que si volvía quince días después me vería de buena gana.

Como no quería comprometerme no sabiendo si una entrevista con el lama valía la pena de permanecer más tiempo del proyectado en aquel lugar, le contesté sencillamente que quizá volviese, pero que no era seguro.

Uno de los dos *trapas* pasaba dos veces al día por mi tienda para ir a buscar leche a los *dokpas*. El muchacho de aspecto enfermizo que me cerró el paso me preocupaba y me daba pena. Pensaba que si lograba conocer su enfermedad quizá me fuese posible aliviarla con alguno de los medicamentos que llevaba. Le aceché al paso para interrogarle. Cuando oyó hablar de medicamentos aseguró que no tenía ninguna enfermedad; y como reiterase mis preguntas sobre su extraordinaria delgadez, sus dilatados ojos, como los de un loco, expresaron un intenso terror. Me fue imposible obtener la menor explicación.

Encargué a mis criados que tratasen de hacer hablar a su compañero, pero éste eludió toda pregunta, A diferencia de la mayoría de los tibetanos, que son muy charlatanes, aquellos dos hombres eran extrañamente silenciosos. Después de mis tentativas de encuesta, no pasaban por mi campamento y daban un rodeo para ir a casa de los *dokpas*. No me volví a ocupar de ellos, porque era evidente que no querían que nadie interviniese en sus asuntos ni para protegerles.

Hacía siete días que acampaba en aquel sitio, cuando un *dokpa* de otro grupo de pastores establecidos dos kilómetros a mitad del *thang*[40] murió, y retrasé la marcha para asistir a los rústicos funerales.

A toda prisa, dos jinetes se dirigieron a una *banag gompa*,[41] a dos días de viaje de su campamento, para requerir los servicios de dos monjes que celebrasen el oficio de difuntos.

Sólo los eclesiásticos que pertenecen al monasterio con el que un laico tiene parentesco, sea como hijo espiritual, sea como bienhechor, están capacitados para subvenir a sus necesidades *post mortem*. Mientras llegaban, los discípulos de Rabdjoms Gyatso salmodiaban, a turno, libros religiosos junto al difunto.

De distintas direcciones llegaron también los amigos de este último, trayendo, según costumbre del Tíbet, pequeños regalos para consolar de su pérdida a la familia. Luego regresaron los jinetes con los dos monjes y algunos laicos conocidos. Entonces los *trapas* entonaron interminables y ruidosas recitaciones, acompañadas de tambores, timbales, campanillas, y el oficio habitual prosiguió, interrumpido por períodos de reposo, durante los cuales monjes y laicos comían y bebían glotonamente delante del cadáver, que se descomponía. Cuando terminaron debidamente todos los ritos, al cabo de ocho días, transportaron el cadáver a la montaña, y después de haberlo cortado en pedazos, fue abandonado, como dádiva suprema hecha a los buitres.

Queriendo edificar a los *dokpas*, adoptando una antigua costumbre de los *naldjorpas*, cuyo hábito llevaba, al caer la tarde me envolví en mi *zen* (toga monástica) y me dirigí al lugar donde habían depositado el cadáver, para pasar la noche, sola, en meditación.

La Luna, casi llena, iluminaba maravillosamente la estepa que se extendía del pie de las montañas que yo costeaba hasta otras cadenas lejanas, cuyas cimas se dibujaban en

sombra color pizarra sobre el gran cielo claro. Los paseos nocturnos a través de aquellos desiertos son un encanto; por mi gusto, hubiera pasado la noche entera andando, pero el objeto de la salida, el cementerio, no estaba lejos de mi tienda, a menos de una hora de camino.

Al acercarme oí, de repente, un sonido extraño, grave y agudo a un tiempo, que parecía romper la atmósfera de silenciosa quietud en la que reposaban las soledades dormidas. Se repitió varias veces, seguido por el redoble rítmico de un *damaru* (tamboril).

Aquel lenguaje era claro para mí. Alguien, sin duda uno de los discípulos de Rabdjoms, se me había adelantado y celebraba *tched* junto a los restos del cadáver.

La configuración del terreno me permitió llegar sin que me viesen hasta una grieta de la montaña, donde pude disimularme en la sombra. Desde mí escondite distinguía perfectamente al celebrante. Era el *trapa* escuálido a quien había ofrecido medicinas. Sobre su vestido de diario se había echado un *zen*, y aunque este último estuviese tan harapiento como el resto, sus pliegues prestaban a la delgada y alta figura del joven monje una nobleza singular e impresionante.

Cuando yo llegué, recitaba el *mantra* de la Prajnaparamita.

¡Oh, sabiduría que se ha ido, ido;
ido al más allá y al más allá del más allá;
swaha!

Luego el *dong, dong* monótono del *damaru* de sonido grave fue espaciándose hasta cesar insensiblemente. El asceta parecía sumido en la meditación.

Al cabo de un instante se levantó, se envolvió más estrechamente en su *zen*, permaneciendo de pie en actitud

de desafío, como dando la cara a un enemigo invisible, con el *kangling* en alto en su mano izquierda y redoblando un *staccatto* agresivo en el *damaru*.

—¡Yo, el *naldjorpa* sin miedo —gritó—, pateo al *yo*, a los demonios y a los dioses!

Después, gritando aún más, invitó a los santos lamas difuntos, a los *yidams* y a los *khadomas* a que se uniesen a él, y comenzó la danza ritual. Cada grito «yo pateo» iba acompañado de auténticos pataleos y de vociferaciones rituales; *tsem, ches, tsem*, que subían de tono hasta hacerse ensordecedoras.

Volvió a arreglarse la toga, que arrastraba por el suelo; puso a un lado su *damaru* y su trompeta macabra y, sosteniendo con una mano una estaca y con la otra una piedra, plantó su tienda salmodiando.

Aquella tienda minúscula, de algodón liviano, que habría sido blanco en tiempos remotos, parecía grisácea bajo los rayos de la Luna. Las sílabras *Aum — A — Hum*, recortadas en tela azul, adornaban los tres costados que formaban muralla, y alrededor del techo pendían volantes de los cinco colores místicos. El conjunto era raído, sucio y miserable.

El esquelético celebrante parecía nervioso. Sus miradas iban de los pedazos de cadáver esparcidos ante él, al horizonte limitado donde la luz engañadora de la Luna transformaba y disolvía las formas, reduciendo el paisaje a simple claridad pálida. Vacilaba visiblemente y dos o tres veces se pasó la mano por la frente, suspirando. Finalmente, pareció hacer acopio de valor. Cogiendo nerviosamente su *kangling*, emitió una serie de sonidos ruidosos que se aceleraban más y más, y lanzó en cuatro direcciones una llamada desesperada; luego, penetró en su tienda.

¿Qué haría yo? La segunda parte del rito se verificaba dentro. No podía ver más; sólo escuchaba un murmullo indistinto de salmodia, entrecortado, al parecer, por gemidos plañideros... Valía más marcharse.

Mientras resbalaba con precaución fuera de mi escondite, oí un gruñido sordo y un animal pasó raudo delante de mí. Era un lobo, al que molestaba. El ruido hecho por el *naldjorpa* lo había tenido alejado y ahora que el silencio reinaba de nuevo se aventuraba a acercarse al festín preparado allí para los de su especie.

Comencé a bajar por la vertiente de la montaña cuando una exclamación me retuvo.

—¡Pago mis deudas! [Saciaos conmigo! —vociferaba el *trapa*—. Venid, demonios hambrientos. En este banquete mi carne se transformará en el objeto de vuestro deseo. He aquí campos fértiles, verdes bosques, jardines florecidos, alimentos puros o ensangrentados, vestidos, medicinas bienhechoras... ¡Tomad, comed![*]

El joven exaltado sopló furiosamente en su *kangling*, dio un grito horrible y saltó, tan bruscamente que su cabeza tropezó con el techo de la tienda, que se le vino encima.

Durante algunos instantes se agitó bajo la tela; luego salió con la cara descompuesta, convulsa, de loco, aullando y gesticulando descompasamente, como presa de horribles dolores.

Entonces llegué a comprender lo que era *tched* para los que este rito hipnotiza. Sin duda alguna, aquel desgraciado sentía la mordedura de los glotones que le devoraban vivo. Miraba a todos lados y se dirigía a un auditorio invisible, como si hubiera estado rodeado por tropas de seres de otros mundos y contemplase espantosas visiones. El espectáculo no carecía de interés, pero yo no podía mirarlo fríamente. Aquel pobre loco se mataba con tan macabro deporte: ése era el secreto de su enfermedad y por ello había juzgado inútiles mis medicinas para un caso así.

Deseaba vivamente despertarle de la pesadilla en que se agitaba. Dudaba, sin embargo, porque sabía que intervenir era infringir la regla: los que han comenzado aquel adiestramiento deben proseguirlo sin auxilio.

Mientras permanecía indecida, oí al lobo gruñir otra vez. Estaba parado sobre nosotros, en la cumbre de un montículo, y petrificado allí en actitud de pánico, mirando fijamente la tienda derrumbada como si él también viese fantasmas espantosos.

El joven monje continuaba su mímica insensata y sus gritos de torturado.

No pude aguantar más. Corrí hacia él y, en cuanto me vio, me llamó con gestos vehementes.

—¡Ven, tú que estás hambriento —gritaba—, devora mi carne, bebe mi sangre!...

¡Me tomaba por un demonio!... A pesar de la compasión que me inspiraba, por poco me echo a reír.

—Cálmese —le dije—. Aquí no hay demonios. Soy la reverenda dama lama que usted conoce.

Pareció no haberme oído y persistía en ofrecerse a mí como alimento.

Pensé que, con la claridad lunar, el *zen* en el que iba envuelta me daba quizás el aspecto de un fantasma.

Le dejé caer y le hablé con dulzura.

—Míreme, reconózcame ahora...

Fue inútil. El infortunado novicio alucinaba. Extendió los brazos hasta mi inocente toga, que estaba en el suelo, y la interpeló como un individuo más de la tropa diabólica.

¿Por qué no me había marchado sin intervenir? Sólo había conseguido exaltar más a aquel desgraciado.

Mientras reflexionaba sobre lo que debía hacer, el *trapa*, que vacilaba al andar, tropezó con una de las estacas de la tienda y cayó pesadamente, permaneciendo inmóvil como si estuviese desmayado. Le vigilé para ver si se levantaba, pero sin atreverme a acercarme por temor a asustarle más. Después de un rato se movió y juzgué oportuno retirarme.

Resolví entonces informar al lama del problema. Probablemente, su discípulo padecía crisis semejantes y, muy probablemente también, Rabdjoms Gyatso no lo ignoraba, pero quizá el muchacho deliraba aquella noche

más que de ordinario. Su maestro podía enviar a por él al otro *trapa* y evitarle varias horas de sufrimiento.

Bajé, pues, hacia el *thang*. Durante mucho tiempo, mientras me alejaba a grandes pasos, continué oyendo, a intervalos, el sonido del *kangling*, al que contestaba, a veces, el aullido del lobo. El ruido decreció gradualmente, se apagó, y me sumergí otra vez con delicia en la paz silenciosa del desierto.

La débil luz de una lamparilla de altar, estrella minúscula en el repliegue oscuro del monte, indicaba la residencia del lama.

Evité pasar por la tienda donde su servidor dormía, probablemente, y subí con rapidez hacia la caverna.

Rabdjoms Gyatso yacía sentado en meditación. Sin moverse, levantó solamente los ojos al alzar yo la cortina y dirigirle la palabra. En pocas frases le describí el estado en que había dejado a su discípulo. Sonrió débilmente.

—Conocéis *tched*, a lo que parece, *jetsunma*.[42] ¿No es verdad?... —preguntó con calma.

—Sí — dije—. He practicado el rito yo misma.

No contestó.

Esperé unos instantes. Luego, como el lama parecía haber olvidado mi presencia, intenté aún despertar su lástima.

—*Rimpotché*[43] — dije—, le prevengo con toda seriedad. Poseo algunos conocimientos médicos, sé que el terror experimentado por su discípulo puede ponerle gravemente enfermo y hasta loco. Parecía verdaderamente que se sentía devorar vivo.

—Lo está, sin duda alguna —contestó el lama siempre con idéntica placidez—, pero no sospecha que se come a sí mismo. Un día quizá lo aprenderá...

Me disponía a contestar que, antes de saberlo, el pobre novicio daría a otros la ocasión de celebrar *tched* ante su

propio cadáver. Pero el lama pareció adivinar mi pensamiento. Sin darme tiempo a decir una palabra, continuó: elevando un poco la voz:

—Parece usted insinuar que está familiarizada con el «sendero directo».[44] ¿Su guía espiritual no le ha informado del peligro que se corre y no ha aceptado usted estos tres riesgos: enfermedad, locura o muerte? No es fácil —prosiguió— liberarse por completo de la ilusión, borrar el espejismo del mundo imaginario y eximir el espíritu de creencias quiméricas. El conocimiento correcto[45] es una joya preciosa y debe pagarse a precio elevado. Existen muchos métodos para alcanzar *tharpa*.[46] El suyo puede ser menos groseramente brutal que el que conviene al hombre por quien usted siente lástima, pero estoy seguro de que es también áspero. Si es cómodo, no vale nada. Ahora regrese usted a su tienda. Puede volver a verme por la tarde, si así lo quiere.

Era inútil insistir. Las ideas expresadas por el lama son corrientes entre los místicos tibetanos.

Saludé silenciosamente y regresé a mi campamento.

A la tarde siguiente volví a ver a Rabdjoms Gyatso y tuve varias conversaciones con él durante mi permanencia en aquel lugar. No era erudito, pero tenía puntos de vista profundos sobre más de un tema y me felicité por haberle encontrado.

Hay que prevenirse y no conceder demasiado crédito a las numerosas historias horripilantes a propósito de *tched* que corren entre los *naldjorpas*; sin embargo, la sensación de ser devorado durante la celebración del rito y el decaimiento de los novicios no son hechos raros. He conocido a dos o tres casos de éstos, además de lo que acabo de narrar, y lo mismo que Rabdjoms Gyatso, los maestros de los pobres aprendices *naldjorpas* se negaban a

tranquilizarlos revelándoles la naturaleza subjetiva de sus sensaciones. Por otra parte, como ya lo he dicho, muchos maestros no creen que éstas sean siempre enteramente subjetivas.

Se dice que el plan dramático de *tched* y su texto fueron concebidos por un lama llamado Padma Rigdzin, jefe de la secta del *dzogstchen* (gran terminación), que vivió hace unos doscientos años.

En 1922 me encontré junto a su sucesor, o mejor dicho, según la creencia tibetana, cerca de aquel mismo Padma Rigdzin, muerto varias veces y renacido, que ocupaba siempre el trono abacial de *dzogstchen gompa*.

El lugar salvaje y desolado donde se levanta el monasterio, en los confines del desierto septentrional, explica fácilmente que la imaginación de sus monjes se haya ejercitado sobre temas lúgubres.

Sin embargo, el amable Padma Rigdzin, que me otorgó su hospitalidad, no parecía inclinado a la melancolía. Las preocupaciones de orden comercial convivían en su espíritu con deseos infantiles. Me preguntó largamente sobre Indochina y sobre Birmania, informándose de los productos que aquellos países importaban y exportaban. Quería, especialmente, saber si podría encargar pavos reales, que deseaba incorporar a su pequeña colección zoológica.

No obstante, lejos de las suntuosas habitaciones donde vivía el gran lama, casitas aisladas cobijaban a monjes cuya faz grave y pasos misteriosos se adaptaban mejor al paisaje en que se movían.

Algunas de las viviendas, especialmente construidas para aquel uso, estaban habitadas por religiosos que observaban la más estricta reclusión y no se comunicaban con nadie. Unos aspiraban a obtener facultades supranormales o poderes mágicos, mientras otros se absorbían en contemplaciones místicas que, según las teorías más honradas por la secta, habían de conducirles a la iluminación espiritual.

Desde largo tiempo atrás, el monasterio de Dzogstchen tiene fama como centro de enseñanza de los métodos esotéricos de adiestramiento psíquico.

Los que han llegado a la meta de *tched* pueden prescindir del aparato escénico del rito. Se reduce éste para ellos, primero a una meditación silenciosa, durante la cual las diferentes fases del drama se evocan mentalmente. A poco, también se suprime este ejercicio.

Sin embargo, el recuerdo del noviciado u otras razones que sólo conocen ellos, inspiran, a veces, a ciertos *gomtchens* el deseo de reunirse para celebrar *tched* juntos. Mas en tal caso, la celebración se convierte en una especie de fiesta en la que el místico se regocija de su liberación espiritual.

He tenido la suerte de poder contemplar a algunos de estos ascetas, *kampas* de gran estatura, pintorescamente ataviados con la tenue falda de algodón de los *respas*,[47] el pelo trenzado cayendo hasta los pies, bailando bajo el cielo estrellado, en la cúspide de nuestro globo, luego sumiéndose en interminables meditaciones que los retenían hasta después de la aurora, sentados con las piernas cruzadas, el busto erecto, los ojos bajos, en absoluta inmovilidad, como estatuas de piedra.

Era un espectáculo inolvidable.

Los devoradores de «soplos vitales»

Al comienzo de este capítulo he mencionado la creencia en los demonios cazadores de *soplos vitales*. Se habla mucho de ello en el Tíbet.

Creen los tibetanos que, mientras parte de estos personajes diabólicos viven como vagabundos, siempre al acecho, y arrebatan por sí mismos el *soplo* de los vivos, otros se establecen en algunos lugares, contentándose con que les traigan el *soplo* que se escapa de los muertos.

Ciertos individuos, hombres o mujeres, son los encargados de la tarea, pero inconscientemente, en estado de trance.

¿Se limitan al papel pasivo? ¿No extirpan los *soplos* antes de la hora fatal? Nadie lo sabe, como nadie conoce con certeza a los «portadores de soplos». Generalmente, ellos mismos ignoran a qué actos se dedican con su *doble* durante los períodos de trance.

Un célebre grupo de devoradores de *soplos* —mejor dicho, devoradoras, porque se trata aquí de demonios femeninos —, ha elegido domicilio en el histórico monasterio de Samye, al sur de Lasa, cerca de la ribera del Brahmaputra.

Visitó su antro durante mi permanencia en Lasa. El viaje por sí solo está lleno de interés y es propicio para preparar el espíritu a los relatos fantásticos.

Cerca de Lasa, en la orilla izquierda del Yeru Tsangpo (Brahmaputra), se tropieza con un Sahara en miniatura, cuyas dunas blancas avanzan más cada día, invadiendo poco a poco el país. A pesar de la cadena de montañas que les cierra el paso, las arenas han llegado ya al valle del Kyi-tchu y su polvo impalpable comienza a acumularse a lo largo de los setos que rodean a Norbuling, palacio campestre del Dalai Lama.

Más allá del peculiar monasterio de Dordji-tag, aparece de repente un verdadero desierto. Primero se divisan todavía, a lo lejos, algunas escasas granjas apoyadas en las montañas, cuyos campos han sido completamente cubiertos por la arena; luego desaparece toda traza de habitación o de cultivo. Hasta donde alcanza la vista se extienden las arenas, deslumbrantes de blancura. El cielo, muy azul, sin una nube, el sol ardiente, la reverberación cegadora, me daban casi la impresión de encontrarme en Djerid, pero si el paisaje ofrecía alguna semejanza con el desierto africano, el *gusto* del aire difería bastante. Era siempre el del alto Tíbet, con la deliciosa ligereza de tres mil metros de altura.

Numerosas leyendas, antiguas las unas, otras casi recientes, se refieren a aquella región, y en muchos sitios

muestran vestigios de hechos milagrosos. Entre ellos uno de los más notables es una gigantesca roca, en píe, aislada en el lecho del río. Cuentan que, hace unos siglos, aquel coloso echó a volar desde la India y se dirigió al Tíbet por los aires. ¿Cuál era el objeto de su viaje singular? La historia no lo dice. Quizá la belleza quieta del inmenso valle, su río azul y su cielo turquesa le impresionaron, y lleno de admiración se paró, descansando su enorme mole sobre la arena. Sea lo que fuere, terminó la carrera vagabunda y, desde entonces, un éxtasis ininterrumpido lo retuvo allí, solitario, con su pie inmerso en la corriente.

Llegué a Samye por la noche.

El aspecto del país era siempre el mismo, doloroso y lleno de misterio, como el de un ser en su última hora.

Había visto en el Gobi aquella desesperación muda, impresa en la faz de las cosas que van a desaparecer, y la expresión desesperada de las florecillas, cuya corola se impregna del polvo de la muerte; pero en torno a Samye, parecían mezclarse vagas influencias ocultas con la simple acción de las cosas naturales, y la tristeza que inspiraba el paisaje melancólico tenía un tinte de inquietud, casi de pánico.

Samye es un oasis cercado a medias, plácidamente absorto en los recuerdos de su brillante pretérito, o quizá, habiendo alcanzado el desprendimiento supremo, contempla la marea fatal que avanza y está a punto de sumergirle. Las altas montañas que rodean al monasterio están ya envueltas, casi hasta la cima, en un sudario de arena y, a su misma puerta, dunas nacientes, de donde sobresalen las copas lastimosas de los árboles, invaden lo que antes fue una avenida.

La *gompa* está cercada por un muro blanqueado con cantidades de *chertens* en miniatura sobrepuestos —varios miles, sin duda— y colocados a igual distancia unos de otros. Más allá sobresalen otros *chertens* blancos o verdes y los dorados tejados de algunos templos. El golpe de vista, al

caer el sol, era original y maravilloso, vagamente irreal. El monasterio, perdido en mitad de aquel país agonizante, evocaba la idea de una ciudad mágica creada por un encantador.

De hecho Samye fue construido mágicamente por un hechicero, y milagrosamente construido según la leyenda.

Samye es uno de los lugares históricos más célebres del Tíbet. Allí se erigió el primer monasterio búdico del «país de las nieves»,[48] hacia el siglo viii de nuestra era.

Leemos en las crónicas tibetanas que los demonios del país se oponían a la construcción, y todas las noches destruían el trabajo hecho por los albañiles durante el día. El ilustre mago Padmasambhava, no sólo consiguió que cesase su obra de destrucción, sino que llegó a convertirlos en servidores obedientes. Ellos mismos terminaron el monasterio en unas cuantas noches.

Quizá esta leyenda sea la transformación fantástica de un hecho real. Basta con ver en los *demonios* empeñados en impedir la construcción del monasterio a los sectarios de la antigua religión del Tíbet, los *bempos*, contra los que Padmasambhava luchó durante su estancia en el Tíbet, y con quienes tuvo que transigir más bien que vencerlos.

Durante largo tiempo, Samye fue la sede de poderosos lamas. La fundación de la secta de los *bonetes amarillos* y la situación predominante que adquirieron, como clero oficial, disminuyó su importancia. No obstante, otras *lamaserías* que pertenecían, como Samye, a los *bonetes rojos*, han resistido mejor contra sus rivales, y la completa ruina del célebre monasterio de Padmasambhava debe de tener otras causas.

La historia las explica, en parte, pero otros lo atribuyen, como la invasión de arena, a fuerzas ocultas. Sea lo que sea, Samye está hoy casi abandonado y el número de monjes diseminados en su vasto recinto no pasa de unos treinta.

Muchas casas habitadas antes por religiosos están ahora ocupadas por sostenedores laicos de la *gompa* y convertidas en granjas. La mayor parte están en ruinas o reducidas a escombros. Pero en medio de esta desolación se mantienen algunos templos en buen estado.

Samye, obra de un mago, ha quedado impregnado del espíritu de su fundador. El sitio huele a brujería en todos sus rincones, y hasta los inocentes animales que vuelven a sus establos en la hora del crepúsculo, parecen tener no sé qué aire extraño y astuto propio de las criaturas diabólicas disfrazadas.

De hecho, el monasterio cobija a uno de los más grandes ocultistas y oráculos oficiales del Tíbet: el lama Tcheukyong, cuya sede es el templo que esconde al *Ugs khang*.

Ugs Khang significa «casa del soplo vital». Los tibetanos llaman así a un cuarto donde, según creen, se trae el soplo vital de seres que acaban de fallecer. Algunos aseguran que los *soplos* de todos los seres que mueren en el mundo llegan a Samye, pero otros, más modestos, limitan la fantástica procesión a los *soplos* de los que mueren en la región, incluyendo a Lasa.

Cierta clase particular de hombres, conocidos por ocuparse de esta tarea, se encargan de transportar a los *ugs* desde el sitio en que yace el cuerpo que han abandonado hasta Samye.

Entiéndase que el individuo ejecuta semejante transporte inconscientemente, durante el sueño o en estado de trance, sin la ayuda de su cuerpo material y sin dejar su casa. Tampoco conserva ningún recuerdo de sus viajes.

Añadiré, para los lectores dispuestos a burlarse de los tibetanos, que existen en nuestros días y en nuestros países gentes que también imaginan que viajan, algunas noches, por países lejanos y que, sin embargo, como los portadores de *soplos vitales*, jamás conservan el menor recuerdo de las peripecias de su excursión.

¿No es la superstición la comunión más universal?

La razón de que los *ugs* vayan a Samye se explica por el hecho de que los demonios hembras, llamadas *singdongmo* (faz de león), han elegido su residencia en Samye, donde ocupan un departamento en el templo habitado por el lama oráculo y el dios autóctono Pekar.

Este departamento permanece siempre cerrado. En una de sus habitaciones, completamente vacía, están depositados un tajo y el cuchillo ritual de hoja curva.

Pertrechadas con los dos instrumentos, las *singdongmos* pican los *soplos*.

Picar el *soplo* es un prodigio de primer orden, ciertamente, pero los tibetanos, a su modo, suministran pruebas.

El tajo y la cuchilla permanecen en el antro de las diablas durante un año, pasado el cual se retiran para reemplazarlos por otros nuevos. Y dicen que entonces comprueban que la hoja del cuchillo está mellada y afinada y la madera cortada y gastada por el uso.

El *ugs khang* ha provocado innumerables relatos de pesadilla. Dichas historias describen las luchas que sostienen los *soplos* presos y torturados en el *ugs khang* y relatan espantosas aventuras de evasión, durante las cuales los *soplos* que se escapan corren enloquecidos a través del país, perseguidos por las *singdongmos* hambrientas.

Cuentan los habitantes de Samye que por la noche oyen, a veces, en el *ugs khang*, gemidos, risas, gritos y el ruido de la cuchilla sobre el tajo. A pesar de la vecindad demoniaca, los buenos tibetanos, monjes o aldeanos, duermen apaciblemente en aquel extraño monasterio.

Durante mi temporada en Samye visité detalladamente cuanto se puede ver en el *ugs khang*. A la entrada de la vivienda había sacos de cuero figurando los sobres invisibles donde se traen los *soplos*. La puerta estaba cerrada con enormes candados y sellada con el sello del Dalai Lama.

Aquella puerta, en principio, debe abrirse una vez al año para que el lama Tcheukyong pueda cambiar el tajo y el

cuchillo rituales. Según me declaró uno de los dignatarios eclesiásticos del templo, la regla no se observa estrictamente, y el cambio de utensilios para uso de las *singdongmos* ya se efectúa muy de tarde en tarde.

Hace tiempo, el Tcheukyong también podía hacerse acompañar por un monje cuando penetraba en la casa de los demonios. Pero le han retirado el privilegio a propósito de un drama singular.

Se cuenta que un día, en el momento en que el lama Tcheukyong había renovado los objetos rituales y se disponía a salir del departamento de las *singdongmos* con su intendente, este último notó que cogían su *zen* por detrás, como para retenerle.

—*¡Kuchog! ¡Kuchog!* —gritó aterrorizado, dirigiéndose al lama—. Alguien tira de mi *zen*.

Los dos hombres se volvieron; vieron el cuarto vacío. Continuaron hacia la puerta y el lama atravesó el umbral; el intendente iba a seguirle, cuando cayó muerto.

Desde entonces, sólo el lama Tcheukyong está autorizado a desafiar los peligros ocultos del *ugs khang*, Suponen que la iniciación que ha recibido y las fórmulas mágicas cuyo secreto posee le permiten librarse de ellos.

Los posesos envenenadores

Si las *singdongmos* se complacen en picar *soplos vitales*, algunos de sus hermanos de la orden de malhechores usan a los posesos, envenenadores inconscientes, para procurarse víctimas.

Son conocidas en todo el Tíbet muchas historias referentes a estos envenenadores, y hacen temblar a los viajeros, quienes temen constantemente encontrarse con uno de ellos.

La extraña función de «guardián heredero del veneno» recae, sobre todo, en las mujeres.

¿Qué veneno? Nadie lo sabe exactamente. No es ningún veneno natural, vegetal o mineral, sino quizá un compuesto de ingredientes que recuerda el de los filtros de la Edad Media. Aunque es más verosímil que el veneno exista sólo en la imaginación. Dicen que la mujer lo conserva bajo sus senos, en una bolsita, pero que nadie ha visto nunca tal bolsita, aun cuando la sospechosa esté desnuda. De hecho, aseguran que es invisible, y este misterio aumenta el terror que inspira.

Cuando llega el momento de administrar el veneno, el depositario o la depositaría no puede sustraerse a dicha obligación, y obran en estado de trance.

A falta de un transeúnte que se presente en aquel momento, el poseso debe ofrecer la pócima a un amigo o a un pariente. Cuentan en voz baja casos terribles en que la madre ha envenenado al último hijo, maridos que se han visto obligados a ofrecer la taza del té fatal a una mujer amada, con quien se había casado la víspera. Y si no hay nadie cerca del envenenador o si los que reciben el ofrecimiento de la bebida o del comestible lo rechazan, el poseso mismo tiene que absorber el veneno.

He visto a un hombre que, según decía, era el héroe de una extraña historia de envenenamiento. Iba de viaje y, por el camino, entró en una granja para beber. La dueña de la casa le preparó cerveza echando agua hirviendo sobre el grano fermentado que estaba en un cuenco de madera.[49] Después, se fue al piso de arriba.

Solo ya, al viajero le extrañó mucho que la cerveza hirviese a borbotones en la escudilla de madera. Según los tibetanos, aquella ebullición insólita es señal de veneno. El caldero del que la mujer había sacado agua seguía sobre el fuego. Aquella agua continuaba bullendo; el hombre metió un cacillo y vertió el contenido sobre la cerveza sospechosa. Instantáneamente oyó el ruido de una caída en el piso de

arriba. La mujer que le había atendido acababa de caer muerta.

Este *veneno* es un perpetuo manantial de inquietud en el Tíbet para los viajeros. Más de una vez personas excelentes me advertían del peligro que podía correr aceptando hospitalidad en casas desconocidas, y me pedían que fuese muy prudente y que examinase lo que me daban de comer o de beber.

Algunos atestiguan que los envenenadores prefieren las víctimas de las órdenes religiosas, porque la muerte de un santo lama tiene mucho más mérito para su diabólico amo.

Existen tazones de madera especial que son sensibles, según dicen, al *veneno*. Nadie sabe dónde lo esconde, nadie trata de descubrirlo ni de librarla de ello. Todos están convencidos de que no hay remedio ni defensa contra semejante fatalidad.

Acechan los menores gestos de la infortunada mujer, la tienen aislada y, a menudo, ella misma acaba por creer en la existencia de su *veneno*.

La muerte del conservador del *veneno* no elimina el peligro. Aquel inagotable *veneno* se lega y el legatario no puede rehusarlo. Quiera o no, toma posesión de él y tiene que convertirse, a su vez, en envenenador.

Repito que lo mismo cuando administra el *veneno* que cuando lo lega a alguien, dicen que el poseso ejecuta el acto inconscientemente, como brazo de una voluntad desconocida.

El puñal encantado

Según los tibetanos, no sólo los seres animados son susceptibles de ser posesos; también pueden serlo los objetos no animados.

Veremos, en los siguientes capítulos, los procedimientos de los magos para inculcar en ellos la voluntad. Por otra parte, dicen que ciertos objetos que hayan servido en los

ritos mágicos no deben conservarse en las casas laicas o en las de monjes no iniciados, por temor a que los seres peligrosos que han sido subyugados por medio de ellos se venguen sobre el que los posee, si no conoce el medio de defenderse.

Tengo algunas piezas interesantes gracias a esta opinión popular. Varias veces, gentes que habían heredado objetos de tal género me han rogado, insistentemente, que los librase de ellos. Vale la pena que cuente cómo un día la fortuna se puso de mi parte. Durante un viaje tropecé con una pequeña caravana de lamas, y hablando con ellos, como es uso en caminos donde hay pocos viajeros, supe que llevaban un *purba* (puñal mágico) que causaba muchas calamidades.

Aquel instrumento ritual había sido de un lama, jefe de ellos, recién fallecido. El puñal inició sus fechorías en el mismo monasterio: de tres religiosos que le habían tocado, dos murieron y el tercero se había roto una pierna cayéndose del caballo. La pértiga de una de las grandes banderas de bendición colocadas en el patio de la *gompa* se había partido, lo que era muy mal presagio. Asustados, no atreviéndose a destruir el *purba*, temiendo mayores calamidades, los monjes lo habían metido en un armario, pero de éste salían extraños ruidos. Por fin, habían decidido ir a depositar el objeto nefasto en una pequeña caverna aislada, consagrada a una divinidad, pero los pastores que vivían bajo las tiendas en aquella región amenazaban con oponerse. Recordaban la historia de un *purba* —ignoraban la época— que, en condiciones similares, había danzado solo por el aire, hiriendo y matando a buen número de personas y de animales.

Los desgraciados poseedores del puñal mágico, cuidadosamente encerrado en una caja y envuelto en papeles impresos con encantamientos, parecían muy afligidos. Sus caras descompuestas impidieron que me

burlase. Tenía también curiosidad por ver el arma hechizada.

—Déjenme ver el *purba* —dije—; quizás encuentre medio de ayudarles.

No se atrevían a sacarlo de la caja; al fin, después de largas consultas, me permitieron que lo sacase yo misma. El objeto era muy antiguo y muy interesante; sólo los grandes monasterios poseían *purbas* así. La codicia me tentaba; lo quería, pero sabía que los lamas no lo venderían por nada del mundo. Había que reflexionar y buscar una idea.

—Acampen ustedes con nosotros esta noche —dije a los viajeros— y déjenme el *purba*, ya pensaré...

Mis palabras nada les prometían, pero el atractivo de una buena cena y de una charla con mi gente, que les distraería de sus preocupaciones, les hizo aceptar.

Al anochecer me alejé del campamento llevándome ostensiblemente el puñal, cuya presencia, fuera de la caja y sin estar yo, hubiera aterrorizado a los crédulos tibetanos. Cuando juzgué que estaba bastante lejos, clavé en tierra el instrumento causa de tanta inquietud y me senté sobre la manta, pensando qué podría explicar a los lamas para que me lo cediesen.

Llevaba ya unas horas allí cuando me pareció ver cerca del lugar donde había plantado el puñal mágico la silueta de un lama. La vi avanzar y bajarse con precaución; una mano salió lentamente del *zen* en que el personaje se envolvía, algo indistinto en la oscuridad, y avanzó para apoderarse del *purba*. De un salto me puse en pie, y más rápida que el ladrón, le cogí.

¡Ah! ¡No era sólo a mí a quien tentaba! Entre los que querían deshacerse de él había alguno, menos ingenuo que sus compañeros, que apreciaba su valor y deseaba venderlo a escondidas. Me creía dormida. Pensaba que no me enteraría. Al día siguiente se atribuiría la desaparición del puñal a cualquier intervención oculta y aquello daría lugar a

un cuento más. Era una lástima que un plan así se malograse.

Pero yo tenía el arma mágica, la tenía tan apretada en mi mano, que mis nervios, excitados por la aventura y provocados por las asperezas del mango de cobre repujado, me daban la impresión de que se movía débilmente... ¿Y el ladrón, ahora?... En torno mío, la llanura tenebrosa estaba desierta. «El malandrín —pensé— ha debido de huir mientras me inclinaba para arrancar el puñal del suelo.»

Corrí al campamento. Era muy sencillo. El que faltase o el que viniese después que yo sería el tunante. Encontré a todo el mundo en vela y recitando textos religiosos para protegerse contra las potencias malévolas. Llamé a Yongden a mi tienda.

—¿Quién de ellos ha salido? — le pregunté.

—Ni uno —me contestó—; están medio muertos de miedo; he tenido que enfadarme porque no se alejaban bastante de las tiendas para ciertos menesteres...

¡Bueno! Había soñado, pero quizá eso me fuese útil.

—Escuchen lo que ha pasado —dije a los hombres...

Francamente, les hice el relato de la ilusión que había tenido y de mis dudas respecto a su probidad.

—Es nuestro gran lama, sin duda —exclamaron—. Quería recuperar su puñal y quizá la hubiese matado si lo llega a coger, ¡Oh, *jetsunma*! Usted es una verdadera *gomptchenma, aunque algunos la llamen filing (*extranjera). Nuestro *tsawailama* (padre y jefe espiritual) era un mago poderoso y, sin embargo, no ha podido quitarle su *purba*. Quédese con él ahora; ya no puede hacer daño a nadie.

Hablaban todos juntos, excitados, horrorizados, pensando que su lama mago, más temible desde que pertenecía al más allá, había pasado tan cerca de ellos y estaban encantados de deshacerse del puñal hechizado.

Compartí su alegría, pero por diferente motivo: el *purba* era mío. Sin embargo, la honradez me impedía aprovecharme de su desorden mental para quitárselo.

—Pensadlo bien —les dije—, quizá una sombra ha sido causa de mi visión..., puedo haberme dormido sentada y haber soñado.

No quisieron escuchar nada. El lama había venido, yo lo había visto; no había podido apoderarse del *purba* y me convertía, por poder superior, en legítima propietaria de éste... Confieso que me dejé convencer fácilmente.

El cadáver milagroso

Cierta clase bastante numerosa de místicos tibetanos se complace en los sueños y en las prácticas religiosas en que los cadáveres desempeñan el papel protagonista.

El vulgar hechicero sólo ve en estos ritos un medio de adquirir poderes mágicos, pero otros, más enterados, descubren bien una enseñanza esotérica dada bajo la fórmula de signos o de parábolas, bien un particular adiestramiento espiritual. Por otro lado, no cabe duda de que la imaginación toma mucha más parte que la realidad en todas las historias que tratan de esto.

Para que estas últimas tengan sentido, hay que examinarlas a la luz de las doctrinas del tantrismo hindú y de las de los *bempos*. Es un estudio especial y que exige mucho espacio para ser tratado en un libro como éste. Señalaré, pues, por lo extraños, algunos hechos que me relataron.

El siguiente no es muy antiguo. Me lo explicó en Tcherku en 1922, pocos años después de la muerte del héroe de la historia, un hombre que le había conocido personalmente.

El lama de quien se trata era abad de Miniagpar Lhakang, no lejos de Tatchienlu; le daban, generalmente, el nombre de Tchogs tsang. Es autor de cierto número de profecías que se refieren a los acontecimientos que se preparan en el Tíbet, en China y en el mundo en general.

Tchogs tsang era excéntrico y, sobre todo, gran bebedor. Vivió mucho tiempo cerca del jefe tibetano del territorio de

Tatchienlu, que lleva el título de *gyalpo* (rey). Un día, conversando de modo familiar y bebiendo aguardiente con este último, el lama pidió por mujer a la hermana del escudero del príncipe. El escudero, que estaba presente, se negó. Tchogs tsang, entonces, se puso furioso, rompió, tirándola violentamente al suelo, la taza de jade que contenía su bebida y maldijo al escudero, declarando que para expiar su negativa moriría a los dos días.

El rey se mostró escéptico. Su escudero era joven y sano, decía, y nada presagiaba su muerte.

—Será como digo —afirmó el lama.

En efecto, dos días después falleció el hombre.

Asustados el rey y los padres de la muchacha, se apresuraron a ofrecerla al irascible lama, que la rehusó.

—Hubiera podido serme útil —dijo— para un fin que interesaba a muchos seres. Pero la razón ya no existe y de nada me sirve una mujer.

Esta historia se parece mucho a la del Dugspa Kunlegs que he contado en el capítulo 1. Es un tema frecuente en el Tíbet.

Y sucedió una tarde que el lama Tchogs tsang llamó súbitamente a su criado.

—Ensilla dos caballos —le dijo—. Nos vamos.

El hombre advirtió a su amo que la noche se venía encima y que sería conveniente esperar al otro día para ir de viaje, pero este último le interrumpió.

—No me repliques y ven —ordenó.

Marchan los dos cabalgando en medio de la oscuridad y llegan a la vecindad de un río. Echan pie a tierra y avanzan hacia la orilla. Aunque la noche es muy oscura, hay un punto en el agua que parece iluminado por los rayos del sol, y en aquella zona luminosa flota un cadáver que va *remontando* la corriente. Al cabo de unos momentos llega cerca de Tchogs tsang y de su acompañante.

—Saca tu cuchillo, corta un pedazo de carne y come —ordena lacónicamente el lama. Después añade—: Tengo en

la India un amigo que me envía todos los años comida en esta fecha.

Dicho esto, empieza a comer la carne del difunto.

El criado, aterrado, corta un pedazo de carne, pero lo esconde en su *ambag* (bolsillo que forma sobre el pecho la amplia túnica tibetana ceñida a la cintura), no atreviéndose a llevarlo a la boca.

Regresan ambos y penetran en el monasterio al amanecer. Entonces el lama le dice a su criado:

—Quería hacerte participar de la gracia y de los frutos excelentes de esta comida mística, pero no eres digno. Por eso no te has atrevido a comer el pedazo que has cortado y lo has escondido en tu ropa.

El criado, entonces, lamentó haber tenido miedo y metió la mano en su *ambag* para coger su parte y comérsela, pero el trozo de carne había desaparecido.

Añadiré a esta historia, evidentemente fantástica, detalles que me han dado con prudencia unos anacoretas de la secta Dzogstchen.

Existen, me decían, seres que habiendo alcanzado el grado máximo de perfección espiritual, han convertido la sustancia de su cuerpo en otra más sutil y que posee cualidades muy distintas a las de la materia grosera. No obstante, la mayor parte de nosotros somos incapaces de discernir el cambio operado. Consumir un bocado de esta carne transformada produce el éxtasis y la comunicación de conocimientos y poderes supranormales.

Uno de ellos añadía: ocurre que se llega a poder distinguir a alguno de esos seres fantásticos. Entonces, a veces, los que lo descubren le ruegan que les informe cuando se muera, para que puedan comer un pedazo de su preciosa carne.

¿Quién sabe si los aspirantes a esta comunión realista han tenido siempre la paciencia necesaria para esperar la muerte natural del que les debía suministrar la materia y si el ferviente deseo del progreso espiritual no les ha

empujado a acelerar el instante? Uno de los que me informaba parecía casi afirmarlo, con la atenuación de que la misma víctima se prestaba al sacrificio.

El muerto danzarín

Otra ceremonia macabra de la que hablan los hechiceros *ngagspas* se llama *ro-lang* (el cadáver que se levanta). Las crónicas antiguas dicen que lo practicaban, corrientemente, los sacerdotes *bempos* en los funerales, antes de que el budismo se introdujese en el Tíbet.

No se puede comparar, sin embargo, el leve movimiento que efectuaba el muerto con lo que ocurre en el curso de algunas ceremonias a solas, de horror grotesco, descritas por los ocultistas tibetanos. Aclararé que estas prácticas no tienen nada que ver con el budismo, ni siquiera con el lamaísmo oficial.

Existen distintas clases de *ro-langs* que no deben confundirse con el rito de *resurrección* que hace pasar el espíritu de otro ser a un muerto y lo *resucita* en apariencia, aunque verdaderamente no sea él quien anima su antiguo cuerpo. Un *ngagspa* me describió uno de los *ro-lang* lúgubres, asegurándome que lo había practicado.

El celebrante del rito se encierra solo con el cadáver en un cuarto oscuro. Debe reanimar al muerto echándose sobre él, poniendo su boca contra la suya y repitiendo continuamente una fórmula mágica, siempre la misma, sin que ningún otro pensamiento le distraiga. Al cabo de unos instantes el cadáver empieza a moverse. Se levanta y quiere escaparse. El hechicero tiene que abrazarlo entonces con toda su fuerza y mantenerlo pegado contra sí. El muerto se agita más y más, salta, con botes prodigiosos, y el hombre que lo estrecha salta al mismo tiempo, sin separar su boca de la suya. Por fin, la lengua del cadáver cuelga un poco. Es el momento crítico. El hechicero debe cogerla con los dientes y arrancada. En el mismo momento el cadáver vuelve a caer

inerte, y su lengua, cuidadosamente disecada y conservada por el hechicero, se convierte en un arma mágica.

El *ngagspa* describía con cruda realidad el despertar progresivo del cadáver, la primera mirada que se encendía en sus ojos vidriosos y sus estremecimientos, que se iban haciendo más vivos, hasta que el hechicero no podía sujetarlo, teniendo que emplear toda su fuerza para mantenerse pegado a él. Describía la sensación experimentada cuando la lengua del cadáver, saliendo de la boca, tocaba sus labios y había comprendido que el momento terrible se acercaba y que tenía que vencer, so pena de que el muerto lo matase.

¿No habría sido puramente subjetiva aquella fantástica lucha? ¿No sería efecto de una de esas visiones a las que los místicos tibetanos son tan propensos y que deliberadamente cultivan? Dudaba y quise ver la *lengua*. Naturalmente, el hechicero me enseñó una cosa negruzca y encogida que podía haber sido una lengua, pero aquello no bastaba para aclararme definitivamente el origen de la espantosa reliquia.

Fuera lo que fuese, numerosos tibetanos creen que la práctica del *ro-lang* es perfectamente real.

Me hago pasar por hechicera y aterrorizo a un ladrón «espíritu fuerte»

La hechicería tibetana se compone, afortunadamente, de manifestaciones menos repulsivas. Más de una vez me he visto obligada a usar de ellas, ya fuera para complacer a huéspedes amables, ya en interés propio. Relataré un caso cuyo recuerdo aún me divierte. Se remonta a la época en que, detenida cerca de Chobando y no pudiendo continuar mi ruta hasta Saluen, retrocedí hacia el Turquestán chino, atravesando todo el desierto de pastos de sur a norte.

Mi pequeña caravana se componía de seis personas: Yongden, tres criados —Tsering, Yeché Uandu, Senam— y un

soldado chino musulmán que regresaba a su país con su mujer tibetana y su chiquito, que no cuento.

Un día, Yongden, la mujer y yo nos habíamos quedado un poco atrás cogiendo plantas; el sol se ponía, teníamos que alcanzar a los otros y acampar. Volvimos a montar a caballo los tres, prosiguiendo lentamente nuestro camino para gozar de la tarde apacible. Acabábamos de meternos en una garganta cuando repentinamente, a la izquierda, en una especie de torrentera, vi tres hombres, fusil en bandolera, que desaparecían en silencio detrás de un repliegue del terreno.

No tuve que reflexionar demasiado para saber a qué atenerme. Ningún tibetano deja pasar a un viajero por aquella región sin saludarle con el cortés: *¡Ogyé! ¡Ogyé!* (os habéis molestado), sin preguntarle de dónde viene y a dónde va. Aquellos individuos silenciosos que se esconden a la orilla de la ruta acechan la ocasión de un golpe de mano.

Continúo mi camino como si nada hubiese visto, comprobando, únicamente, que el revólver, disimulado bajo mi amplio vestido, está al alcance de mi mano; después, reteniendo un poco mi caballo para dejar que la mujer se acerque, murmuro:

—¿Los ha visto?

—Sí, son bandoleros —contesta en voz baja, sin alterarse, como verdadera hija del Tíbet que no se sorprende por semejante encuentro.

Finjo interesarme por una planta que crece en una roca y llamo a Yongden para enseñársela. Le interrogo:

—¿Has visto a esos hombres a nuestra izquierda?

—No.

—Tres hombres armados. Probablemente se trata de ladrones; la mujer los ha visto. Ten listo tu revólver. Seguiremos el paso hasta el recodo del camino, y una vez fuera de su vista trotaremos cuanto podamos. Hay que reunirse con los otros rápidamente. ¡Quién sabe si esos tres no forman parte de una banda que merodea por aquí!

Como esta vez hablo en inglés no tomo precauciones; los tibetanos no me entienden.

Nuestros animales son buenos y avanzamos de prisa, ¡Eh!, .., ¿qué ocurre?... A lo lejos, delante de nosotros, han disparado, Nos apresuramos. El campamento aparece instalado en las altas hierbas, al borde de un río. Todo parece tranquilo.

Mi primera pregunta antes de bajar del caballo es:

—¿Han visto ustedes a tres hombres en el camino?

No, nadie ha visto nada.

—¿De dónde procedía ese disparo que he escuchado?

Mi gente parece molesta.

—Soy yo, que he matado una liebre —confiesa el soldado —. Ya no tenemos carne. Mi mujer está débil...

Hago un ademán para evitar más explicaciones. Mis hombres tienen prohibición estricta de cazar, pero el soldado no es criado mío... Paso a otro asunto.

—Hemos visto a tres hombres —dije —; no hay duda de que son ladrones. Hay que tomar precauciones especiales esta noche. Quién sabe si esos bandidos no tienen camaradas en la vecindad...

—¡Ahí hay un par! —exclama Tsering, señalando a dos individuos en pie en la cresta de la montaña que domina nuestro campamento.

Los examino con mis gemelos. Son, efectivamente, los que he encontrado por el camino. ¿Dónde está el tercero? ¿Ha ido a buscar a otros malandrines de su calaña? Los hombres nos examinan desde lo alto de su observatorio.

—No nos ocupemos de ellos —dije—; discutiremos un plan mientras tomamos el té. Colocad nuestras armas de manera que puedan verlas, pero sin hacer demasiada ostentación. Que comprendan que, si no atacan, tenemos con qué contestarles.

El té está listo; uno de los muchachos introduce el cucharón en el caldero y rocía el espacio hacia los seis puntos cardinales,[50] diciendo:

¡Dioses, bebed!

Luego llena nuestros tazones de madera y, sentados en torno al fuego, discutimos las medidas que hay que tomar.

De nada serviría levantar el campo y marcharnos a otra parte. En aquellas inmensidades despobladas no hay ningún sitio donde pudiéramos refugiarnos. Si una banda nos sigue, vuelve a encontrarnos al otro día o a la semana siguiente.

Al paso lento de los *yaks*, cargados de equipaje, necesitamos un mes para llegar al país chino y a las primeras aldeas.

Los criados proponen hacer una batida por los alrededores para cerciorarse de que no hay más ladrones en la vecindad. La idea no me parece mala, pero los bandidos podrían aprovechar su ausencia para saquear el campamento. Al soldado se le ocurre una cosa mejor.

—Quedémonos aquí todos juntos hasta la noche —dice —; luego, cuando la oscuridad impida a los ladrones observar nuestros movimientos, dos de los muchachos y yo iremos a apostarnos, por separado, en las zarzas, fuera del campamento, y el otro hombre se quedará de guardia cerca de las tiendas. Toda la noche golpeará, de vez en cuando, en alguna cosa, como hacen los vigías chinos. Si llegan los bandidos creerán que dormimos bajo su custodia. Uno de los que acechan podrá dispararles antes de que lleguen al campamento. Los otros dos saldrán a sorprenderlos por otro lado, mientras que ustedes tres, en el campamento, pueden atacarles de frente. Cogidos de improviso, entre varios fuegos, su plan fracasará y probablemente huirán, a menos que sean muchos.

En nuestra situación era la mejor estratagema. Di mi consentimiento. Atamos lo más sólidamente posible a nuestros animales porque, a veces, cuando no son muchos y temen atacar de frente a la caravana, los bandoleros tibetanos hacen salvas por la noche para asustar a las bestias. Si éstas pueden escaparse, las persiguen, y es casi seguro que logran capturarlas, para luego venderlas en sitios lejanos.

Yongden insistió también en construir una barricada con los sacos y los cajones de nuestras reservas. Nos serviría de parapeto para disparar sobre nuestros adversarios; me pareció que por muy buen letrado que fuese en su país, los conocimientos de mi hijo adoptivo no se extendían a la estrategia de la guerra.

Tal como estaba colocada y construida, en lugar de protegernos eran más bien nuestros cuerpos los que protegían la barricada.

Pocas veces he pasado noche más deliciosa que aquélla, cuando esperábamos de un momento a otro la irrupción de los ladrones en nuestro pequeño campamento. Pero no era la perspectiva de aquel ataque lo que encantaba mi velada.

Sentado a la entrada de su tienda, con un tazón de té al alcance de su mano, Tsering cantaba, marcando el compás con un palillo sobre un caldero de bronce.[51] Repetía rapsodias milenarias del país de Kham, alabando los bosques, las montañas de crestas nevadas y las hazañas de los héroes nacionales.

Bandidos eran aquellos personajes, como los que nos obligaban a velar, como el cantante mismo, que había colaborado en más de un enredo, ya lo sabía yo, como lo son todos en aquella tierra de valientes primitivos, donde el valor consiste aún en la guerra arcaica contra las caravanas.

Tsering cantaba bien, con voz grave y dulce a un tiempo, en la que las sonoridades heroicas se unían a los místicos acentos. Las canciones evocaban también figuras de diosas

y de santos lamas, y algunas coplas terminaban con aspiraciones ardientes hacia el despertar espiritual que pone término al sufrimiento y al temor: *¡Duk med, djigs med Sangyais thob parchog*![52]

El vulgar caldero también se había puesto al unísono de aquella poesía y su metal vibraba con blandas sonoridades de campana.

Mi criado era incansable; continuó hasta el alba su recitado de embrujo. Los centinelas volvieron ateridos y se precipitaron para reanimar el fuego y hacer té nuevo. Tsering había enmudecido; el caldero armonioso, vuelto a su papel utilitario, descansaba lleno de agua sobre las llamas. Yongden dormía profundamente, con la barricada por almohada.

Los ladrones no nos habían atacado, pero permanecían en nuestra vecindad. Cuando acabábamos de desayunar, vimos aparecer a los tres, cada cual con un caballo de la brida. Mis muchachos se levantaron de un salto y corrieron hacia ellos.

—¿Quiénes sois?... Os hemos visto ayer. ¿Qué hacéis por aquí?

—Somos cazadores —contestó uno de los hombres.

—¡Entonces, qué bien! Nos falta carne. Vendednos alguna caza...

Aquella petición desconcertó a los supuestos cazadores.

—No hemos matado nada todavía —confesaron.

Mis criados sabían a qué atenerse.

¿Sabéis —preguntó Tsering a los tres hombres— quién es la reverenda señora lama que viaja con una tienda tan buena y que lleva una *teuga*[53] de paño de oro?

¿Será la *jetsuna kuchog* que vivía en Jakyendo?... Ya hemos oído hablar de ella.

—Sí, es la misma. Ya comprenderéis que no teme a los bandidos. El que le robe algo está inmediatamente descubierto. Le basta con mirar en un tazón de agua y en

seguida ve la imagen del ladrón, la de la cosa robada y el sitio en que están uno y otra.

—Es verdad entonces. Todos los *dokpas* cuentan que los *filings* tienen ese poder.

Tsering conocía aquella leyenda y se valía de ella para amedrentar a los ladrones y disuadirles de que fuesen a buscar a sus compañeros para atacarnos durante los días siguientes.

Diez días más tarde escogíamos, para pasar la noche, un sitio resguardado del frío, frente a un campamento de nómadas. Me acosté antes de que oscureciese del todo y desde mi tienda oí llegar a numerosos visitantes. Traían leche y manteca como presentes y deseaban verme. Yongden les declaró que la señora lama estaba dedicada a sus devociones privadas, que no era posible molestarla, pero que recibiría a todos a la mañana siguiente. Hubo cuchicheos, y uno de los criados llamó a los *dokpas* para servirles té. Se alejaron y ya no oí nada de lo que decían.

A la mañana siguiente, muy temprano, Yongden pidió permiso para entrar en mi tienda.

—Debo explicarle, antes de que vengan los *dokpas* —me dijo—, lo que querían preguntarle anoche. Pretenden que les han robado caballos. Los ladrones les son desconocidos y desean que usted mire en un tazón de agua y les describa a los malhechores, así como el sitio donde se han llevado a los animales.

—¿Qué les has dicho? —pregunté.

—Lo siguiente —contestó el lama—: he pensado que quizá quieran tenderle una celada. Puede ser que no estén convencidos del todo de que sea cierto lo que se cuenta del poder maravilloso de los extranjeros. Puede ser que no les hayan robado nada y deseen asegurarse de que pueden saqueamos impunemente. En tal caso, si usted les dice que ve los caballos y los que los robaron, sacarán la conclusión

de que se ha dejado engañar por ellos, que en realidad no puede ver nada en el agua y que nada tienen que temer de usted.

»Entonces —continuó— les he afirmado que es usted, en efecto, capaz de descubrir lo que pretenden, pero que no basta para cumplir tal rito con el agua recién sacada del río. Que es indispensable que usted la prepare durante tres días con varias ceremonias. Añadí que no era seguro que pudiese permanecer tres días aquí. Han admitido en seguida la necesidad de las ceremonias. Después, sabiendo que la idea de condenar a muerte a sangre fría a un ladrón les repugna, he añadido que en cuanto usted descubra a los malhechores ha de conducirlos ante el juez chino para ser ejecutados. Nada puede oponerse. El *To-ouo*,[54] por cuyo poder se opera la adivinación, los reclama como víctimas, y si no los condenasen a muerte, el *To-ouo* se vengaría sobre los robados que pidieron su concurso. Parecían aterrorizados al escucharme y me han dicho que preferían buscar ellos mismos los caballos, a su manera, y poner una multa a los que los tienen. Pero van a volver y he querido informarla de todo lo que hemos hablado.

Los *dokpas* regresaron con nuevos presentes; distribuí algunos medicamentos benignos a los enfermos y la cuestión de los caballos volvió sobre el tapete. Confirmé las declaraciones de mi hijo adoptivo, lo que decidió a los pastores a prescindir definitivamente de mi adivinación, harto trágica.

Tsering había viajado hasta Tatchienlu al servicio de europeos. A su contacto se había convertido en una especie de espíritu fuerte y se complacía en jactarse de su escepticismo ante sus inocentes compañeros. Durante varios días la credulidad de los pobres *dokpas* y la facilidad con que aquellos bobos se habían dejado engañar fue objeto de sus bromas.

Poco después volví a ver con alegría las orillas del gran lago Azul, el muy santo Kuku-Nor, objeto de culto de millones de mongoles y de tibetanos, que ya había recorrido varios años antes.

Un día, al volver del lago, donde me había bañado, observé que Tsering salía precipitadamente de la tienda de Yongden y parecía esconder algo en el bolsillo de su traje. No me vio llegar y se dirigió a la cocina. La misma noche el joven lama me contó que le llamaron con urgencia para otro asunto mientras estaba contando dinero, que había olvidado la bolsa en su tienda y que, al recogerla, le faltaban tres rupias.

«Bueno —dije para mí—; conozco al ladrón.» Aconsejé al muchacho que fuese más cuidadoso y no hablé a nadie de la cuestión.

Tres días después dispuse unas briznas de hierba y un poco de arroz sobre mi mesa, encendí ramas de incienso y coloqué una taza de agua en medio de todo ello.

Esperé la hora en que los muchachos estaban acostados en la seguridad de que, en aquel momento, cada cual había colocado su bolsa bajo lo que le servía de almohada aquella noche.

Hice sonar el tamboril y la campanilla que usan los lamas para las ceremonias religiosas y después llamé a Tsering. Cuando estuvo presente, soplé en el agua, la agité ligeramente con una pajita y pronuncié con voz de oráculo:

—Tsering, han desaparecido tres rupias de la bolsa del joven lama Yongden; las he visto sobre su cabeza cuando estaba acostado; vaya usted a buscarlas.

El *espíritu fuerte* se vino abajo y no pudo decir palabra. Demudado, se prosternó tres veces a mis pies, fue hasta su tienda, tomó el dinero robado y me lo trajo.

—Noble reverenda —me dijo temblando—, ¿me hará morir el *To-ouo*?

—No —le contesté con grandilocuencia —; influiré para que le perdone.

Se prosternó otra vez y se retiró.

Entonces, sola en mi tienda, abierta sobre el desierto silencioso, volví a coger el tamboril y la campanilla de los ricos lamaístas y, guiada por su antigua canción, medité sobre el poder de las creencias ancestrales en el espíritu humano y sobre el lado profundo de la comedia que acababa de representar.

5. DISCÍPULOS DE AYER Y DE HOY

Generalmente, servirían de materia para una novela curiosa las peripecias de la admisión de un discípulo por un maestro místico, los primeros años de su noviciado, las pruebas a que se somete y las circunstancias en las que se produce su iluminación espiritual.

Circulan por el Tíbet centenares de maravillosas aventuras, antiguas o recientes, referidas por la tradición, inscritas en las biografías de los lamas célebres o relatadas por testigos vivientes. El encanto de esta extraña *leyenda dorada* lamaísta se evapora traducida en lengua extranjera, leída en países de costumbres, de pensamiento y de aspecto físico tan diferentes de los del Tíbet. Pero narrada con la patética expresión de un cuentista creyente, en el claroscuro de una celda monacal o bajo la bóveda de roca de una caverna de anacoreta, el alma tibetana se desprende de ella en su poderosa originalidad, sedienta del más allá.

Relataré, en primer lugar, la historia legendaria y simbólica del modo como Tilopa el Bengalí fue iniciado en la doctrina que, por él, ha sido importada al Tíbet y se ha transmitido, de maestro a discípulo, en la secta de los Khaguyd-pas, de quien es antepasado espiritual.

Advierto, de paso, que en un monasterio de aquella secta, el lama Yongden, mi colaborador e hijo adoptivo, comenzó su noviciado a los ocho años.

Tilopa, sentado, estudia un tratado filosófico, cuando una vieja mendiga surge detrás de él, lee o finge leer algunas líneas por encima del hombro y le pregunta bruscamente:

«¿Comprendes lo que lees?». Tilopa se indigna. ¿Cómo una vulgar mendiga se atreve a formular pregunta tan impertinente? Pero la mujer no le deja expresar sus sentimientos, sino que, de súbito, escupe sobre el libro.

El lector salta de su asiento. ¿Qué se figura aquella diabla que se permite escupir sobre las santas escrituras?

En respuesta a sus vehementes protestas, la vieja escupe por segunda vez, pronuncia un nombre que Tilopa no comprende y desaparece.

Por un efecto singular, la palabra que sólo ha sido para Tilopa un sonido indistinto, calma de repente su cólera. Se siente invadido por una penosa sensación, surgen en su espíritu dudas sobre su ciencia. Después de todo, quizá no ha comprendido la doctrina que el tratado expone..., ni aquélla, ni ninguna otra, y sólo es un estúpido ignorante...

¿Y qué ha dicho la rara mujer? ¿Qué palabra ha pronunciado que no ha podido captar? Quiere saberlo. Es necesario que lo sepa.

Tilopa marchó en busca de la vieja desconocida. Después de numerosas etapas largas y fatigosas la encontró, una noche, en un bosque solitario (otros dicen que en un cementerio). «Sus ojos rojos brillaban como brasas en las tinieblas.»

Hay que comprender que la mujer era una *dakini*. Estas hadas desempeñan un gran papel en el misticismo lamaísta, tal como enseñar doctrinas secretas a quienes las veneran o a los que saben obligarlas a revelárselas por procedimientos mágicos. Frecuentemente se tratan con el calificativo de *madre*. Se aparecen a menudo bajo la forma de ancianas, y uno de sus signos característicos es que sus ojos son verdes o rojos.

Durante la entrevista que tuvo con él, la mujer aconsejó a Tilopa que fuese al país de los *dakinis* para ver a su reina. En el camino que tenía que seguir —decía— le aguardaban muchos peligros: abismos, torrentes furiosos, animales feroces, espejismos engañosos, apariciones horribles,

demonios hambrientos. Si se dejaba llevar del miedo, si salía del sendero, estrecho como un hilo, que serpenteaba a través de aquella terrible región, sería devorado por los monstruos. Si, empujado por el hambre o por la sed, bebía en un fresco manantial o comía las frutas pendientes de los árboles del camino al alcance de su mano, si cedía a las jóvenes beldades que le invitaban a retozar con ellas en rientes bosquecillos, se atontaría y no sería capaz de encontrar su camino.

Como viático la vieja le dio una fórmula mágica. Tenía que repetirla continuamente, con el pensamiento concentrado en ella, sin pronunciar una palabra, ciego y sordo a cuanto le rodease.

Algunos creen que Tilopa efectuó realmente el fantástico viaje. Otros, más al corriente de las percepciones y sensaciones que pueden acompañar a ciertos estados extáticos, ven una especie de fenómeno psíquico. Por ultimo, los terceros consideran puramente simbólica la descripción.

Fuera como fuese, según su historia, Tilopa contempló las innumerables visiones terribles o encantadoras que le habían anunciado. Luchó sobre las pendientes rocosas y en los torrentes espumeantes. Tembló de frío en la nieve, se achicharró en los desiertos arenosos y tórridos y nunca aflojó su concentración de pensamiento en las palabras mágicas.

Finalmente, llegó a los muros de bronce blanco del castillo, que despedían una claridad cegadora. Gigantescos monstruos hembras abrían bocas enormes para devorarle; árboles cuyas ramas tenían armas afiladas le obstruían el camino. Sin embargo, entró en el palacio encantado: numerosas habitaciones suntuosas formaban un laberinto, pero Tilopa encontró su camino a través de ellas y llegó al departamento de la reina.

Allí se hallaba ésta, de una belleza divina, sentada en su trono, adornada con joyas maravillosas, y sonrió al heroico

viajero cuando atravesó el umbral de la habitación.

Pero él, sin dejarse conmover por su gracia, escaló las gradas del trono y, repitiendo siempre la fórmula mágica, arrancó los adornos rutilantes del hada, pateó sus guirnaldas de flores, rasgó sus vestidos de brocado de oro y, cuando se quedó desnuda sobre su trono saqueado, la violó.

La conquista de una *dakini*, sea violentada o mágicamente, es un tema corriente en la literatura mística de los lamaístas. Es una alegoría que se refiere a la conquista de la verdad y a cierto procedimiento psíquico de desarrollo espiritual.

Tilopa transmitió su doctrina a Narota (Narota era su verdadero nombre, pero los tibetanos lo han convertido en Naropa), y el discípulo de este último, Marpa, la introdujo en el Tíbet. El eminente discípulo de Marpa, el célebre poeta Milarespa, se la comunicó, a su vez, a su discípulo Tagpo Lhadji, y la descendencia continúa en nuestros días.

La biografía del filósofo Narota, heredero espiritual de Tilopa, describe de manera divertida, pero no tan increíble como pudiera creerse, las pruebas imaginadas por un maestro del *sendero directo* para *moldear* a su discípulo.

Entre los místicos tibetanos es clásica la historia de las doce pruebas grandes y de las doce pequeñas del sabio Narota, y se la repiten con frecuencia a los jóvenes *naldjorpas* como ejemplo. Un breve resumen dará idea de ella.

Narota nació en el siglo x, en Cachemira, era hijo de brahmanes, muy *letrado*, y *tenía* fama de experto en magia. Mientras desempeñaba las funciones de capellán de un rajá, habiéndole ofendido éste, Narota resolvió vengarse por un medio oculto.

Se encerró en un recinto aislado y construyó un círculo mágico cuya finalidad era causar la muerte del príncipe. Mientras procedía a los conjuros requeridos, se le apareció una *dakini* y le preguntó si se creía capaz de dirigir el *espíritu* del difunto hacia una esfera dichosa o bien volverlo

a introducir en el cuerpo que había abandonado para resucitar este último. El mago hubo de confesar que su ciencia no iba tan lejos. El hada, entonces, le amonestó severamente. Le hizo observar que no se debía destruir lo que no se era capaz de reconstruir, y le declaró que la consecuencia de su acción odiosa e inconsiderada sería un renacimiento en uno de los purgatorios. Aterrorizado, Narota se informó del medio de evitar aquel sino espantoso. Se le aconsejó que fuese a buscar al ilustre Tilopa y le rogara que le iniciase en la doctrina del *sendero directo*, que destruye los resultados de los actos, fueran los que fuesen, y asegura obtener el nirvana «en una sola vida». Si llegaba a empaparse del sentido de aquella enseñanza y a asimilarse el fruto, escaparía a un nuevo renacimiento, y también, por consiguiente, a los tormentos del purgatorio.

Narota abandonó su *kyilkhor*[55] y se dirigió presuroso a Bengala, donde vivía Tilopa.

Tilopa gozaba de gran reputación cuando Narota fue en su busca. Después de su iniciación, cuyas circunstancias particulares se han relatado, se había convertido en una especie de *avadhuta*, de los que se dice «que no aman nada, no aborrecen nada, no se avergüenzan de nada, no sacan gloria de nada, porque han roto las ligaduras de familia, sociedad y religión». Narota, al contrario, era un ortodoxo hindú, imbuido de su superioridad como letrado y como miembro de la casta superior de los brahmanes. La reunión de estos dos hombres de caracteres tan distintos iba a dar lugar a lo que nos parece una comedia divertida, pero que debió de ser un drama desgarrador para Narota.

Su primer encuentro con el que había de ser su guía espiritual tuvo lugar en el patio de un monasterio búdico. Tilopa, casi desnudo, comía pescados fritos y, a medida que los comía, dejaba a un lado las espinas. Por no manchar su pureza de casta, Narota iba a dar un rodeo para pasar lejos del que comía cuando un monje, saliendo de la cocina,

apostrofó a este último, reprochándole la ostentación de su falta de piedad con los seres (consumiendo una comida que había costado la vida de animales) en el recinto mismo de un monasterio budista. Al decir esto, le ordenó marcharse. Tilopa no se dignó contestar. Hizo un gesto, pronunció una *mantra* y las espinas, cubriéndose de carne, volvieron a ser pescados, que se elevaron un momento en el aire y luego se desvanecieron. De la cruel comida no quedó ni rastro y Tilopa se alejó.

El asombro petrificó a Narota, pero súbitamente, rápida como el rayo, una idea atravesó su mente. El Tilopa que buscaba debía de ser aquel singular taumaturgo. Se informó en el acto, y como las noticias que obtuvo coincidiesen con su intuición, trató de alcanzar al *yoguin*, pero éste permaneció invisible.

Y empezó para Narota una serie de peregrinaciones que sus biógrafos se han encargado de alargar y de adornar, pero cuyo fondo es, probablemente, auténtico. De ciudad en ciudad, el candidato a discípulo persigue al invisible Tilopa. En cuanto oye decir que se encuentra en un lugar corre allí, pero invariablemente Tilopa ha desaparecido cuando él llega. Después hay encuentros que a Narota le parecen fortuitos, pero que son apariciones ilusorias creadas por el mago.

Un día llama a la puerta de una casa, situada en el borde del camino para pedir de comer. Le abre un hombre y le ofrece vino, que rehúsa.[56] En seguida, el espejismo se desvanece, la casa desaparece, se encuentra solo en el camino y la voz irónica de Tilopa, invisible, ríe burlonamente: «¡Aquí estaba!».

También, otro día, ve a un hombre arrastrando por el pelo a una mujer sollozante que pide socorro. El bruto dice al viajero: «Es mi mujer, quiero matarla, ayúdame o, en caso contrario, sigue tu camino». Pero Narota, indignado, cae sobre el miserable, le deja medio muerto, salva a su víctima

y... se encuentra otra vez solo, en tanto que la misma voz le hace burla: «¡Aquí estaba!».

Más allá, un aldeano le pide ayuda para desollar a un animal muerto. Es una tarea que sólo incumbe a los parias *intocables*, cuyo contacto, y hasta el acercarse, mancha al hindú que pertenece a una de las castas puras. El brahmán Narota huye con repugnancia e irritación. Y el invisible Tilopa se burla: «¡Aquí estaba!».

La serie de sus aventuras continúa de igual modo.

Por muy hechicero que fuese, Narota no ha tenido nunca idea de tal fantasmagoría. Se vuelve loco; sin embargo, el deseo de alcanzar a Tilopa y de ser aceptado como discípulo suyo se acrecienta. Deambula al azar a través del país, llamando en voz alta al mago, y sabiendo que es capaz de adoptar cualquier forma, se postra a los pies de cada transeúnte.

Una noche llega a un cementerio; brilla una fogata en un rincón, la llama oscura se escapa aún, de vez en cuando, dejando ver entre los tizones restos humanos encogidos y ennegrecidos. Narota entrevé vagamente una forma echada en el suelo. Mira... Una risa burlona responde a su inspección. Ha comprendido, cae de rodillas, cogiendo los pies del maestro y poniéndolos sobre su cabeza. Esta vez Tilopa no desaparece.

Durante años, el ex capellán sigue a su maestro sin que éste quiera instruirle en la menor cosa. Por el contrario, pone a prueba su obediencia, su confianza, haciéndole pasar por una serie de pruebas. Sólo señalaré algunas.

Según costumbre en los ascetas de la India, Narota había ido a mendigar alimentos y había vuelto con una taza de arroz y de guiso, que ofreció a su maestro. La regla quiere que el discípulo no coma hasta que su *gurú* esté harto. Tilopa acabó toda la porción y declaró que el plato era tan bueno que con su gusto hubiera comido más. Sin esperar otra orden explícita, Narota volvió a coger el tazón y se encaminó de nuevo a la casa hospitalaria donde había

recibido los manjares que tanto gustaron a su maestro. Halló la puerta cerrada. El celoso discípulo no se apuró por aquel detalle; forzó ésta, encontró en la cocina arroz y guisado puestos al calor en la cazuela y se sirvió de lo que Tilopa había declarado que le gustaba. Los dueños de la estancia volvieron mientras tanto y le administraron una buena paliza.

Muy magullado, Narota se arrastró cerca de su maestro, que no le demostró la menor lástima.

—¡En qué aventura te has metido por mi causa! —dijo únicamente con una calma burlona—. ¿No te arrepientes de ser mi discípulo?

Narota empleó toda la fuerza que le dejaba su desastrosa situación para hacer protestas de que, lejos de lamentar el haber seguido a un *gurú* como Tilopa, juzgaba que el privilegio de ser discípulo suyo había que pagarlo muy caro, aunque fuese al precio de la propia vida.

Otra vez, pasando a lo largo de una alcantarilla descubierta, Tilopa dijo a los discípulos que le acompañaban:

—¿Quién de vosotros beberá de esta agua si se lo mando?

Hay que pensar que no se trataba sencillamente de sobreponerse a la repugnancia natural, sino de adquirir impureza ritual, cosa muy grave para un hindú que pertenece a una de las castas puras, porque trae consigo la exclusión de su casta y hace de él un paria. No obstante, mientras los otros dudaban, Narota el brahmán se abalanzó y bebió el líquido infecto.

Aún más bárbara fue la prueba siguiente:

El maestro y el discípulo vivían en aquel momento en una choza en la linde de un bosque. Un día, al volver del pueblo, Narota vio que, durante su ausencia, Tilopa había cortado cierto número de largas agujas de bambú y que las endurecía al fuego. Extrañado, indagó lo que quería hacer con ellas.

El *yoguin* sonrió de manera singular.

—¿Podrías soportar cualquier sufrimiento que yo te infligiese? —dijo.

Narota contestó que le pertenecía por completo y que podía hacer de él lo que quisiese.

—Bueno —contestó Tilopa—; alarga la mano.

Narota le obedeció. Tilopa le clavó una aguja entre cada uña y después hizo lo mismo con los dedos de los pies. Luego encerró al torturado en la cabaña, le mandó que esperase su regreso y se fue tranquilamente.

Pasaron varios días antes de que volviese el feroz *gurú*. Encontró a su discípulo acurrucado en la cabaña con las agujas incrustadas aún en la carne.

—¿En qué has pensado mientras estabas solo? —le preguntó Tilopa—. ¿No te parece ahora que soy un maestro desnaturalizado y que harías bien en dejarme?

—He pensado —contestó Narota— en la vida atroz que llevaré en los purgatorios si por vuestra gracia no alcanzo la iluminación en la doctrina del *sendero directo* logrando así escapar a un nuevo renacimiento.[57]

Citaré otra prueba, de carácter divertido para quien no sea la víctima.

Tilopa, paseando con varios discípulos suyos, tropezó con un cortejo nupcial que conducía a la recién casada al domicilio conyugal. El *yoguin* preguntó a los que le rodeaban: «¿Cuál de vosotros se apoderará de esa mujer y me la traerá? La deseo». Una vez más, antes de que Tilopa hubiese acabado de hablar, Narota echó a correr hacia el cortejo. Al reconocer a un brahmán, las gentes de la boda le dejaron acercarse, creyendo que deseaba bendecir a la novia para darle suerte. Pero cuando vieron que la agarraba y que quería arrastrarla, empezaron a tirarle cuanto tenían a mano: los palos del palanquín, los candelabros, los cofres que contenían ios regalos de la nueva esposa, cuanto servía de arma, y el celoso discípulo fue otra vez molido a golpes y allí quedó inanimado.

Cuando volvió en sí, con gran trabajo, se unió a Tilopa. Éste le recibió con la misma pregunta de siempre:

—¿No te arrepientes?...

Y, como siempre, Narota aseguró que mil muertes le parecían poca cosa por tener el privilegio de ser su seguidor.

A continuación se tiró desde lo alto de un tejado, atravesó una hoguera y ejecutó otros varios ejercicios extraordinarios que pusieron más de una vez su vida en peligro.

Narota alcanzó, por fin, la recompensa de sus largos sufrimientos, pero no en forma regular de iniciación y de enseñanza. Si hemos de guiarnos por la tradición, Tilopa empleó esta vez un método extraño, parecido al que usaban ciertos maestros chinos de la secta de Ts'an.

No cabe duda de que, durante su dinámico noviciado, Narota había aprendido muchas de las teorías que profesaba su maestro, aunque nada le enseñara directamente. No obstante, el modo de recibir la iluminación está relatado como sigue:

Se hallaba sentado cerca del fuego, al aire libre, con su *gurú*, cuando sin pronunciar una palabra, éste se descalzó y con uno de sus zapatos le aplicó un fuerte golpe en la cara. Narota *vio las estrellas*, y al mismo tiempo el sentido profundo del *sendero directo* iluminó su espíritu.

Narota tuvo numerosos discípulos a los que, según la tradición, ahorró las pruebas, no queriendo infligirles los sufrimientos cuya crueldad conocía por haberlos padecido.

Después de brillar como filósofo, consagró muchos años (doce según dicen) a la contemplación continua, y alcanzó el *mtchog gi ngos grub*) («éxito perfecto»), es decir, la condición de buda.

Ya en edad muy avanzada se retiró al Himalaya para vivir como ermitaño.

Narota es especialmente conocido en el Tíbet con el nombre de *gurú* de Marpa, que también fue el del célebre

asceta poeta Milarespa, cuyo nombre, historia y cantos religiosos son muy populares entre los tibetanos.

Si Narota fue dulce con sus discípulos no sucedió igual con Marpa. Torturó durante años al infortunado Milarespa, ordenándole construir, sin ayuda ninguna, una casa que le hacía echar abajo y volver a levantar varias veces. Milarespa, solo, tenía que desenterrar las piedras para la construcción y transportarlas a cuestas. El roce de éstas acabó por producirle horrorosas llagas, que no tardaron en infectarse. El padre espiritual del trabajador no pareció darse cuenta de su martirio, y cuando su mujer, que quería a Milarespa como a un hijo, le reprochó con lágrimas su crueldad, aconsejó a su desdichado discípulo que colocase un pedazo de fieltro agujereado sobre su espalda para aislar las llagas. Un procedimiento empleado en el Tíbet para las bestias de carga.

Todavía existe en el país de Lhobrag (Tíbet meridional) la casa construida por Milarespa.

Los tibetanos dan por auténticos los relatos de este género. Si no podemos rivalizar con su fe, no hay que considerar, sin embargo, como puras invenciones las extrañas aventuras de los novicios *naldjorpas*, ni hemos de pensar que se trata de hechos antiguos que no pueden repetirse en nuestros días.

La mentalidad de los tibetanos no ha cambiado desde la época de Marpa (siglo XI). En varios lamas he encontrado, hasta en sus menores detalles, la copia exacta de su interior y de sus costumbres tal como se describe en los libros.

El joven monje que busca un *gurú* se halla también, si no absolutamente animado por la fe y el celo de un Narota o un Milarespa —que fueron siempre excepciones—, dispuesto, por lo menos, a muchos sacrificios, y esperando los prodigios la singular novela se repite a diario en los cuatro puntos del «país de las nieves».

El candidato a las iniciaciones llega a la ermita del maestro que ha escogido, ya en un estado de espíritu

especial, influido por los temores, las angustias que le han asaltado durante el tiempo en que maduraba su resolución, por el viaje, tan largo a veces, efectuado a través de las soledades. El aspecto salvaje o lúgubre del lugar en que el maestro ha fijado su residencia y la reputación que tiene de mago, impresionan aún más profundamente al muchacho, y no hay duda de que está muy bien preparado para ver surgir milagros a cada paso.

Desde ese día, y mientras dure su aprendizaje mental y espiritual, vivirá en continua fantasmagoría. En su derredor, el Cielo y la Tierra danzarán la más pintoresca zarabanda; los dioses y los demonios le perseguirán con visiones espantosas primero, irónicas y desconcertantes luego, cuando haya vencido el miedo. Continuará durante años la sucesión enloquecedora de acontecimientos inverosímiles: diez, veinte años quizá. Martirizará al discípulo hasta su muerte, a no ser que un día despierte comprendiendo lo que debía comprender y vaya, tranquilamente, a postrarse ante su terrible maestro y a despedirse sin pedirle más lecciones.

Entre varias, que me han contado los mismos héroes, relataré, como típicamente tibetana y porque conozco los lugares donde ha acontecido, la historia de uno de esos agitados noviazgos.

Yechés Gyatzo había estado ya varias veces encerrado en *tshams*. Buscaba la solución de un problema que le atormentaba: «¿Qué es el espíritu?», se preguntaba. Inútilmente se esforzaba por fijar, por agarrar el espíritu para examinarlo, analizarlo, y la cosa fugitiva, «como el agua que un niño trata de retener en su mano cerrada», se le escapaba siempre. Su guía espiritual, uno de los lamas del monasterio a que pertenecía, le aconsejó que fuese a buscar a un anacoreta que le señaló, y que solicitase su admisión entre sus discípulos.

El viaje no era muy largo: sólo dos semanas es poca cosa en el Tíbet; pero la senda que conducía hasta la ermita atravesaba grandes espacios desiertos y gargantas de más

de 5.000 metros de altitud. Yechés Gyatzo partió, con algunos libros y provisiones compuestas de un saco de *tsampa*, un trozo de manteca y un poco de té. Era durante el segundo mes del año;[58] una espesa capa de nieve cubría las alturas y el peregrino pudo contemplar, a lo largo del camino, los espeluznantes paisajes nevados de las altas cumbres que parecen pertenecer a otro mundo.

Un día, a la puesta del sol, llegó a la morada del *gomtchen*: vasta caverna ante la cual se extendía una terracita cercada por un muro de piedras. Más abajo, a cierta distancia, algunas chozas albergaban a cuatro o cinco discípulos admitidos temporalmente cerca del lama.

Las viviendas de los anacoretas ocupaban las gradas superiores de un círculo de montaña formado por rocas negruzcas que se reflejaban desde arriba en un laguito de color esmeralda.

He llegado allí, a la misma hora del crepúsculo, y comprendo la impresión del aspirante a la sabiduría oculta al pararse en aquel lugar desolado. Se hizo anunciar al maestro, que no le recibió. Esto es cosa corriente; Yechés no se admiró y compartió la celda de un discípulo.

Pasó una semana. Tímidamente hizo recordar al ermitaño que deseaba verlo. La contestación fue categórica: el *gomtchen* le ordenó que se marchase en seguida y que volviese a su casa.

Ni las súplicas lanzadas al espacio en el área del lama, ni las prosternaciones al pie de la roca sirvieron para nada: Yechés tuvo que marcharse.

Aquella misma noche una tempestad de granizo barrió la meseta que atravesaba, distinguió fantasmas gigantescos que le amenazaban, perdió su camino y vagó a la ventura toda la noche. Abrevio. Los días siguientes pasaron miserablemente, el tiempo continuó horrible, el viajero se quedó sin provisiones, estuvo a punto de ahogarse al

atravesar un torrente y llegó a su *gompa* extenuado, enfermo, desesperado.

Sin embargo, conservó intacta la fe que por intuición había concebido de la alta ciencia espiritual del anacoreta. Tres meses más tarde volvía a emprender el camino, desafiaba las tempestades, que no podía menos de creer desencadenadas por el lama para poner a prueba su perseverancia, o provocadas por los malos espíritus que querían impedir su instrucción en la doctrina mística.

Rechazado nuevamente, hizo dos veces el viaje al año siguiente, y a la segunda vez fue admitido a presencia del maestro.

—Estás loco, muchacho —le dijo, en sustancia, este último —. ¿Por qué empeñarse en tal forma? No quiero discípulos nuevos. Por otra parte, me he informado sobre ti. Ya has estudiado filosofía y has hecho largos retiros, ¿Qué deseas de un buen hombre como yo? Si quieres instruirte en la doctrina secreta, ve a buscar al lama X., ., de Lasa. Es un sabio doctor, conoce todas las Escrituras y está plenamente iniciado en las tradiciones esotéricas. Ese es el maestro que necesita un joven sabio como tú.

Yechés sabía que aquella manera de hablar es corriente en todo maestro que desea medir el grado de confianza que el candidato a discípulo ha puesto en él. Además, tenía fe. Su tenacidad salió triunfante.

Otro monje que conocí obedeció a motivos mucho menos filosóficos al buscar un maestro, y si cito su caso es por contraste con el anterior y para mostrar un aspecto distinto de la mentalidad tibetana.

Karma Dordji nació de familia pobre, de baja condición. Muy niño, en el monasterio donde sus padres le colocaron, se vio expuesto a las burlas y al desprecio de los otros frailecillos, que pertenecían a una clase social superior a la suya. Tales vejaciones cambiaron cuando fue mayor, pero varios de sus colegas le hacían siempre sentir, hasta en silencio, la inferioridad de su origen. Karma Dordji era

orgulloso y estaba dotado de una gran fuerza de voluntad. Me dijo que no era más que un muchachito cuando juró que se elevaría sobre los que le humillaban.

Para conseguir su objetivo, su origen y su condición de monje eran tan sólo puntos de partida. Necesitaba ser un gran asceta, un mago, uno de los que someten a los demonios y los tienen como servidores. Así, aquellos de quienes deseaba vengarse, temblarían bajo su poder.

En tal disposición, nada piadosa, fue a buscar al superior del monasterio y le pidió una licencia de dos años, porque deseaba retirarse al bosque para meditar. Nunca se niega un permiso de este género. Dordji subió a lo alto de la montaña, encontró un lugar cerca de un manantial y se construyó una cabaña. En seguida, para imitar mejor a los ascetas, versados en el arte de desarrollar el calor interno, prescindió de su vestimenta y se dejó crecer el pelo. Las pocas personas que, de cuando en cuando, iban a llevarle víveres, le encontraban sentado, inmóvil, desnudo aun en pleno invierno, como abismado en la contemplación.

Se empezaba a hablar de él, pero todavía estaba muy lejos de la celebridad que deseaba. Comprendió que su ermita y su desnudez no eran suficientes para dársela. Volvió, pues, a su monasterio y esta vez solicitó permiso para abandonar el país y buscar un *gurú* en otra región. No hicieron nada por retenerle.

Sus peregrinaciones fueron más extraordinarias que las de Yechés Gyatzo, porque éste sabía siquiera a dónde iba, mientras que Karma Dordji lo ignoraba. No logrando descubrir un mago que mereciese su plena confianza, resolvió llegar a él por medios ocultos. Karma Dordji creía firmemente en los dioses y en el espíritu del mal, sabía de memoria la historia de Milarespa —que hizo caer una casa sobre sus enemigos— y recordaba muchas otras en las que tos *terribles grandes* traen al centro del *kyilkhor* formado por el mago las cabezas sangrientas que éste ha reclamado.

Dordji conocía un poco el arte de los *kyilkhors*. Construyó uno con piedras en el fondo de una garganta estrecha y comenzó sus conjuros para que las formidables deidades le dirigiesen hacia uno de los maestros a quienes sirven. A la séptima noche se dejó oír un estruendo espantoso. El torrente que corría por la garganta de la montaña creció súbitamente. Una tromba, debida quizás a la rotura de un bolsón de agua o al aluvión sobre las montañas más altas, barrió el lugar donde se encontraba el joven monje y le arrastró con su *kyilkhor* y su pequeño bagaje. Rodando entre las rocas, tuvo la suerte extraordinaria de no ahogarse, y fue a parar a la salida del desfiladero, a un valle inmenso. Cuando amaneció, vio un *riteu* resguardado contra una muralla de rocas en la estribación de la montaña.

La casita, encalada, aparecía de color blanco rosáceo, luminosa bajo los rayos del sol naciente. El salvado creyó ver haces de luz que venían a posarse sobre su frente. De seguro que allí vivía el maestro que tanto había buscado. Ya no le cabía duda de que las deidades respondían a sus invocaciones. Mientras su intención era ir remontando la garganta para atravesar la cadena de montañas, las deidades le habían obligado —muy rudamente, es verdad— a bajar hacia el valle en vista de aquel *riteu*.

Halagado por tal convicción, Karma Dordji no dio la más mínima importancia a la pérdida de sus provisiones y de su ropa, arrastradas por la corriente, y completamente desnudo, como se había puesto para imitar a Heruka[59] mientras oficiaba en su *kyilkhor*, se dirigió hacia la ermita.

Cuando llegó, un discípulo del anacoreta bajaba a sacar agua. Poco faltó para que, al ver aquella extraña aparición, no dejase caer el recipiente que llevaba. El clima del Tíbet es muy distinto del de la India, y si en esta última región los ascetas y seudoascetas desnudos forman legión y no asombran a nadie, no es igual en el «país de las nieves». Sólo algunos raros *naldjorpas* van así, viviendo fuera de los

caminos, en los repliegues de las altas cadenas de montañas, y casi nadie los ve.

—¿Quién habita este *riteu* —preguntó Karma Dordji.

—Mi maestro, el lama Tobsgyes —contestó el monje.

El aspirante a mago no quiso saber más. ¿Para qué informarse? Lo sabía de antemano: las deidades le habían guiado hacia el maestro que necesitaba.

—Ve a decir al lama que los *tcheu-kyongs*[60] le envían un discípulo —pronunció enfáticamente el hombre desnudo.

Asustado, el portador de agua fue a avisar a su maestro, y éste le ordenó que introdujese al visitante.

Después de haberse prosternado con devoción, Karma Dordji volvió a anunciarse como discípulo enviado por las deidades «a los mismos pies del maestro».

El lama Tobsgyes era letrado. Nieto de un funcionario chino casado con una tibetana, había heredado sin duda, de aquel antepasado una tendencia al agnosticismo amable. Probablemente se había retirado al desierto más bien por gusto aristocrático de soledad y por el deseo de no ser molestado en sus estudios. Así me lo figuré, al menos, por el retrato que de él me hizo Karma Dordji. Él mismo se había informado de los monjes que le servían, pues como veremos, sus relaciones con este último fueron breves.

El eremitorio de Kuchog Tobsgyes respondía, por su situación, a las reglas de las antiguas escrituras búdicas. «Ni muy cerca del pueblo ni muy lejos del pueblo.» Desde sus ventanas el anacoreta veía un ancho valle desierto, y al atravesar la montaña contra la que se apoyaba su vivienda, se encontraba un pueblo, en la vertiente opuesta, a menos de medio día de marcha.

El interior de la ermita era de una simplicidad ascética, pero tenía una biblioteca muy bien provista, y algunos bellos *thangkas*,[61] colgando de los muros, indicaban que el ermitaño no era ni muy pobre ni ignorante en materia de arte.

Karma Dordji, individuo de gran estatura, no llevando por vestimenta más que su larga cabellera en trenza, alargada aún por crines de *yak* que le llegaban a los talones, debía formar un extraño contraste con el delgado y educado sabio que me describió.

Este último le dejó contar la historia del *kyilkhor y de la crecida milagrosa* del torrente, y mientras Dordji repetía, una vez más, que había sido llevado *a sus pies*, se limitó a hacerle observar que el sitio donde las aguas lo habían depositado estaba bastante lejos de su retiro.

Después preguntó al aprendiz de mago por qué viajaba desnudo.

Cuando Dordji, lleno de importancia, le habló de Heruka y de los dos años que había pasado sin vestimenta en el bosque, el lama lo consideró un instante y luego, llamando a sus servidores, dijo sencillamente:

—Conducid a este pobre hombre a la cocina, sentadle junto al fuego y que beba té muy caliente. Buscadle también un vestido viejo de piel de cordero y dádselo. Ha tenido frío durante años.

Y con esto le despidió.

Karma Dordji sintió gran placer al ponerse la hopalanda de piel que le dieron, por muy estropeada que estuviese. El fuego y el té con manteca le reconfortaron después de su baño nocturno. Pero este placer, puramente físico, resultaba echado a perder por la mortificación de su vanidad. El lama no le había acogido como debía, como a un discípulo que le llegaba *milagrosamente*. Contaba, sin embargo, después de restaurarse, con hacer comprender al ermitaño quién era y lo que deseaba. Pero Tobsgyes no le invitó a comparecer y parecía haberse olvidado por completo de él. Dio órdenes, sin duda, respecto a él, porque le alimentaban bien y tenía su sitio fijo junto al hogar.

Los días pasaban y Dordji se impacientaba; la cocina, por muy confortable que fuese, acabó por parecerle una cárcel. Hubiera querido siquiera trabajar, sacar agua o recoger

leña, pero los discípulos del lama no lo consentían. El maestro había ordenado que se calentase y que comiese, sin añadir otra cosa.

Karma Dordji estaba cada vez más avergonzado de que le tratasen como a un perro o como a un gato familiar, a quien cuidan y de quien nada se exige. Varias veces, en los primeros días de su estancia, había rogado a sus compañeros que le recordasen al maestro su existencia, pero ellos siempre se excusaban diciendo que no podían permitírselo y que si *rimpotché*[62] deseaba verle le llamaría. Después no se atrevió a insistir. Su único consuelo era atisbar la aparición del lama, que se sentaba algunas veces en un balconcito delante de su cuarto, o ponerse a escuchar cuando aquél, a largos intervalos, explicaba un libro filosófico a sus discípulos o a algún visitante. Aparte de estos raros resplandores en su existencia, las horas transcurrían para él monótonas y vacías, mientras vivía y volvía a vivir en su pensamiento las circunstancias que le habían conducido adonde estaba.

Transcurrió así poco más de un año. Dordji se consumía. Hubiera soportado valientemente las más rudas pruebas impuestas por el lama, pero aquel completo olvido le desconcertaba. Llegaba a imaginar que Kuchog Tobsgyes, con su poder mágico, había adivinado su baja condición —aunque sin querer confesárselo— y que le despreciaba dándole hospitalidad como pura limosna. Aquella idea, que se apoderaba más y más de su espíritu, le torturaba.

Convencido siempre de que un milagro le había guiado junto al lama y que para él no había mejor maestro en el mundo, no pensaba en ir a buscar otro, pero la idea del suicidio cruzaba a veces por su mente.

Karma Dordji estaba a punto de sumirse en la desesperación cuando fue a visitarle un sobrino del anacoreta. Era un lama *tulku*, abad de un monasterio, y viajaba acompañado por un cortejo numeroso.

Resplandeciente con sus vestiduras de brocado amarillo, tocado con un brillante sombrero de madera dorada, puntiagudo como el techo de una pagoda, el lama, rodeado de su acompañamiento, paró en la llanura, al pie del eremitorio. Armaron magníficas tiendas y, después de haberse refrescado con el té que el ermitaño le envió en una enorme tetera de plata, el *tulku* se encaminó a la casita de su pariente.

Habiéndose fijado durante los días siguientes en la extraña catadura de Karma Dordji, con su harapienta piel de borrego y su cabellera que le llegaba al suelo, le interpeló, preguntándole qué hacía sentado siempre junto al fuego. Dordji aprovechó la ocasión como un nuevo favor de los dioses que al fin volvían su mirada hacia él, y presentó todos sus títulos, desde su retirada al bosque, el *kyilkhor* en la montaña, la crecida del torrente, el descubrimiento de la ermita, los rayos de luz que, partiendo de esta última, se habían posado sobre su cabeza, y terminó por el olvido en que el lama le tenía, rogando al *tulku* que intercediese en su favor.

Por lo que se desprendía de este relato, el *tulku* debía de tener parecido con el modo de ser de su tío y poca inclinación a dramatizar las cosas. Miró extrañado al hercúleo Karma Dordji y le preguntó a qué enseñanza aspiraba el lama.

Viendo, al fin, que alguien se interesaba por él, el aspirante a hechicero volvió a sentirse seguro. Quería, contestó, adquirir poder mágico, volar a través del aire y hacer temblar la tierra, pero no mencionó la razón que *le* impulsaba al deseo de obrar estos milagros.

El *tulku*, no cabe duda, se divertía cada vez más. Prometió, sin embargo, hablar a su tío a favor del demandante. Luego, durante las dos semanas que duró su visita, no le volvió a mirar.

El lama se había despedido de su tío y se dirigía a la llanura donde le esperaba el séquito. Desde el umbral de la ermita se veía a los criados teniendo de las riendas a los hermosos caballos, con gualdrapas de paño rojo y amarillo, cuyas sillas y arneses, con adornos de plata bruñida, brillaban bajo el claro sol matinal. Karma Dordji observaba el espectáculo pensando que el que debió interceder por él no le había transmitido ninguna respuesta del ermitaño y al marcharse le dejaba sin la menor esperanza.

Se preparaba a saludar al *tulku* prosternándose, según es costumbre, cuando éste le dijo lacónicamente:

—Sígame.

Karma Dordji se asombró. Nunca le habían pedido el menor favor. ¿Qué querría el lama? Las tiendas y los equipajes, empaquetados por los sirvientes, habían sido enviados al amanecer con la caravana de las bestias de carga. No veía nada que hacer. Se trataría, probablemente, de llevar a la ermita cualquier cosa que el lama había olvidado dar a su tío.

Al llegar al pie de la montaña, el *tulku* se volvió.

—He comunicado a Kuchog *rimpotché* —dijo— su deseo de adquirir los poderes mágicos. Me contestó que no poseía la colección de obras que deberá usted estudiar para eso. Ésta existe en mi monasterio y *rimpotché* ha ordenado que me acompañe para que pueda usted comenzar su educación. Hay un caballo dispuesto. Caminará usted con mis *trapas*.

Dicho esto, le volvió la espalda y se unió al pequeño grupo de dignatarios del monasterio que le acompañaban en su viaje.

Se inclinaron todos en la dirección de la ermita para saludar al lama Tobsgyes; luego montaron a caballo y se alejaron trotando.

Karma Dordji se quedó como clavado en el sitio; un criado le puso las riendas del caballo en la mano... Y se encontró a

lomos del animal, trotando a buen paso con las gentes del lama, sin darse cuenta de lo que le pasaba.

Transcurrió el viaje sin incidentes. El *tulku* no prestaba la menor atención a Dordji, que compartía la tienda y la comida de sus servidores clericales.[63]

El monasterio del *tulku* no era inmenso, como algunas *gompas* del Tíbet, pero aunque pequeño, tenía un aspecto muy confortable y la realidad coincidía con la apariencia.

Al cuarto día de su llegada, un *trapa* vino a advertir a Karma Dordji que el *tulku* había mandado a un *tshamskhang* la colección de las obras que Kuchog Tobsgyes le recomendaba estudiar cuidadosamente para alcanzar lo que deseaba. Añadía que, durante su reclusión, le enviarían con regularidad víveres del monasterio.

Dordji siguió a su guía, que le condujo un poco más allá de la *gompa*, a una casita muy bien situada. Su ventana tenía una bonita vista del monasterio, con sus tejados dorados, y más allá se percibía un valle encuadrado por pendientes llenas de arboleda. Colocados en estantes, al lado del altarcito, había unos treinta volúmenes enormes, cuidadosamente envueltos y atados por correíllas con maderitas esculpidas.

El futuro mago se sintió feliz. Por fin empezaban a tratarle consideradamente. Antes de dejarle, el *trapa* le dijo aún que el *tulku* no le prescribía un *tshams* riguroso. Era libre de regular su vida como le pareciese, de ir a buscar agua al arroyo cercano y de pasearse si le gustaba. Dicho esto le dejó, después de enseñarle las provisiones y el combustible depositados en el *tshams-khang*.

Karma Dordji se abismó en la lectura. Se aprendió de memoria una cantidad de fórmulas mágicas y se ejercitó en repetirlas, con la intención de que su *gurú*, el lama Tobsgyes, a quien esperaba volver a ver, le enseñase la entonación exacta. Construyó cantidades de *kyilkhors* según las instrucciones de los libros, gastando más harina y más

manteca en fabricar *tormas* (tortas rituales) de todas clases en mucha mayor cantidad de las que consumía para su alimento. También se dedicaba a numerosas meditaciones indicadas en sus libros.

Durante año y medio no decayó su ardor. Unicamente salía para ir a buscar agua; no dirigía nunca la palabra a los *trapas* que, dos veces al mes, venían a renovarle las provisiones, y no se acercaba jamás a la ventana para echar una mirada afuera. Luego, poco a poco, se infiltraron en sus meditaciones pensamientos que nunca había tenido antes. Ciertas frases de los libros, ciertos dibujos de los diagramas, le parecieron tener otro significado. Se paró ante su ventana abierta, contemplando las idas y venidas de los monjes. Por fin salió, recorrió la montaña, considerando largamente las plantas, las piedras, las nubes errantes en el cielo, el agua siempre corriente del arroyo, el juego de luces y de sombras. Durante largas horas permanecía sentado, con los ojos fijos en los pueblos diseminados en el valle, observando a los trabajadores en el campo, a los animales que pasaban cargados por el camino y a los que vagaban por los pastos.

Todas las noches, después de encender la lamparilla del altar, permanecía meditando, pero ya no trataba de seguir las prácticas enumeradas en los libros, ni de evocar a las deidades en sus diversos aspectos. Hasta muy tarde, hasta el amanecer a veces, permanecía inmóvil, ajeno a toda sensación, a todo pensamiento, viéndose como a la orilla de una costa y mirando avanzar la marea de un impalpable océano de luminosa blancura a punto de sumergirle.

Transcurrieron varios meses, hasta que una noche, no podía decir cuándo, Karma Dordji sintió que su cuerpo se elevaba sobre el cojín donde estaba sentado. Sin cambiar la postura de meditación, con las piernas cruzadas, traspuso la puerta y, flotando en el aire, recorrió el espacio. Al fin llegó

a su país, ante su monasterio. Era por la mañana, los *trapas* salían de la asamblea. Reconoció a muchos de ellos: dignatarios, *tulkus*, antiguos condiscípulos. Les encontraba la cara cansada, preocupada y triste, y los examinaba con un curioso interés. ¡Qué pequeños le parecían desde la altura en que se cernía! ¡Qué asombrados y asustados iban a estar cuando se dejase ver! ¡Y cómo se prosternarían todos ante él, el mago que había alcanzado poderes supranormales!

Y la idea misma le hacía sonreír de piedad; se fatigaba al considerar a aquellos pigmeos; ya no le interesaban. Pensaba en la beatitud que acompaña a la marea del extraño océano de tranquila luz, cuya tersa superficie no agita la más pequeña ola. No se dejaría ver. ¡Qué le importaban sus pensamientos, ni los suyos propios, su antiguo desprecio o el placer del desquite!

De nuevo se movía en el aire para irse... Entonces, de repente, los edificios del monasterio temblaron, se dislocaron. Las montañas circundantes se agitaron confusamente; sus cimas se desmoronaron mientras surgían otras. El sol atravesó el espacio como un bólido que parecía caer del cielo. Otro sol apareció rasgando el cielo. Y, constantemente acelerado el ritmo de la fantasmagoría, Dordji no distinguió ya más que una especie de torrente furioso, cuyas ondas espumosas estaban formadas por todos los seres y todas las cosas del mundo.

Visiones de este tipo no son raras en los místicos tibetanos. No hay que confundirlas con los sueños. El sujeto no está dormido y, con frecuencia, y a pesar de las peregrinaciones que lleva a efecto, de las sensaciones que experimenta y de los cuadros que contempla, conserva la conciencia bastante clara del sitio en que está y de su personalidad. Muchas veces también, cuando ocurren las visiones y la persona en trance se encuentra en un lugar expuesta a que la molesten, siente temor y desea, muy conscientemente, que nadie venga, ni le hable, ni llame a su

puerta, etc. Aunque se encuentre, a veces, en la imposibilidad de hablar o de moverse, oye y se da cuenta de lo que ocurre en torno. El ruido y las idas y venidas de las gentes le producen sensaciones penosas, y si la sacan del estado psíquico particular en que se halla o si, por cualquier razón, se libera ella misma con gran esfuerzo, la conmoción nerviosa le produce, generalmente, un choque doloroso, primero; después, un malestar que dura mucho tiempo.

Para evitar esta conmoción y los efectos molestos que su repetición puede tener en la salud, se han dictado reglas que conciernen al modo de terminar un período de meditación, aun ordinaria, si se ha prolongado. Conviene, por ejemplo, volver la cabeza lentamente, de derecha a izquierda, darse masaje en la frente durante un rato, estirar los brazos uniendo las manos en la espalda y echando el cuerpo hacia atrás, etcétera. Cada cual escoge el ejercicio que más le conviene.

En los miembros de la secta *Zen*, en el Japón, donde los religiosos meditan juntos en una sala común, un vigilante, ejercitado en discernir los síntomas del cansancio, alivia a los que lo padecen y reanima su energía dándoles un palo bien fuerte en el hombro. Cuantos lo han experimentado concuerdan en que la sensación sufrida es un relajamiento agradable de los nervios.

Karma Dordji, al volver de su extraño viaje, miró a su alrededor. Su celda, con los libros colocados en los estantes, el altar y el hogar, estaba lo mismo que la víspera y tal como la había visto durante los tres años que la habitaba. Se levantó y fue a mirar por la ventana. El monasterio, el río, el valle y los bosques que cubrían las vertientes de las montañas tenían su aspecto acostumbrado. Nada había cambiado y, sin embargo, todo era diferente. Muy tranquilo, Karma encendió lumbre, y cuando la leña prendió, cortó con un cuchillo su larga cabellera de *naldjorpa* y la echó al fuego. Luego hizo té, bebió y comió tranquilamente, reunió

algunas provisiones, que se echó a la espalda, y salió, cerrando cuidadosamente la puerta del *tshams-khang*.

Al llegar al monasterio se dirigió a la morada del *tulku*, encontró a un criado en el patio de entrada y le rogó que informase a su amo de su partida y que le diese las gracias, en nombre suyo, por las bondades que había tenido para con él. Luego se marchó.

Ya había recorrido alguna distancia cuando sintió que le llamaban. Uno de los jóvenes monjes de familia noble que formaba parte de la casa eclesiástica del lama corría detrás de él.

—Kuchog *rimpotché* quiere veros —le dijo.

Karma Dordji volvió sobre sus pasos.

—Nos abandona usted —dijo cortésmente el lama—. ¿A dónde va?

—A dar las gracias a mi *gurú* —contestó Karma.

El *tulku* guardó silencio un momento; luego dijo tristemente:

—Hace ya seis meses que mi venerado tío se fue más allá del dolor.[64]

Karma Dordji no pronunció una palabra.

—Si usted desea ir a su *riteu* le daré un caballo —prosiguió el lama—. Será mi regalo de despedida al huésped que me abandona. En el *riteu* encontrará un discípulo del *rimpotché* que ahora vive allí.

Karma Dordji se lo agradeció y no aceptó nada. Unos días más tarde volvió a contemplar la casita blanca de donde creyó haber visto salir luz y posarse sobre su cabeza. Penetró en el cuarto donde sólo había estado una vez, el día de su llegada; se prosternó largamente ante el asiento del lama y pasó la noche en meditación.

Por la mañana se despidió del nuevo anacoreta y éste le entregó un *zen* que había pertenecido al difunto, quien había encargado que se lo diesen cuando saliera de su *tshamskhang*.

Desde entonces, Karma Dordji llevó una existencia vagabunda, parecida a la del célebre asceta Milarespa, a quien admiraba mucho y a quien veneraba profundamente. Cuando le encontré, ya era viejo, pero no pensaba buscar ningún sitio para fijar su residencia.

Es poco frecuente que los comienzos de todos los anacoretas tibetanos sean tan singulares como los de Karma Dordji. Las circunstancias de su noviciado mismo son muy particulares y por eso las he relatado tan largamente. No obstante, el adiestramiento espiritual de todos los discípulos de los *gomtchens* se compone, casi siempre, de curiosos detalles. He oído muchas historias sobre este asunto, y mi propia experiencia, tan áspera a veces, del papel de discípula en el «país de las nieves» me convence de que buen número de ellas son auténticas.

6. ENTRENAMIENTO PSÍQUICO

Con el término colectivo *lung-gom* designan los tibetanos numerosas prácticas que tienen fines distintos, espirituales unos, físicos otros, que combinan la concentración de espíritu con gimnásticas diferentes de la respiración. Sin embargo, el nombre *lung-gom* se aplica especialmente a un género de adiestramiento mitad psíquico, mitad físico, que hace adquirir a quien lo practica ligereza y celeridad supernormales. El *lung-gom-pa* es un atleta capaz de recorrer con inusitada rapidez enormes distancias, sin alimentarse ni descansar.

Los tibetanos hablan mucho de esos *lung-gom-pas* y los ejemplos de viajes pedestres efectuados a velocidad anormal se mencionan en tradiciones antiguas.

Leemos en la autobiografía de Milarespa que en la vivienda del lama que le enseñó la magia negra vivía un monje que corría más de prisa que un caballo.

El mismo Milarespa se vanagloria de haber llegado, después de su adiestramiento, a hacer en pocos días un recorrido que antes le había costado más de un mes. La regulación hábil del «aire interno» es, dice, la causa de aquella facultad especial.

Debemos advertir, sin embargo, que la hazaña referida del *lung-gom-pa* se refiere más a una resistencia milagrosa que a la rapidez momentánea de la carrera. No se trata para él de hacer, a toda velocidad, una carrera de 12 a 15 kilómetros, como en nuestras pruebas deportivas, sino de cubrir, sin parar, distancias de varios cientos de kilómetros, sosteniendo la *marcha* a paso acelerado.

Además de los informes que he recogido sobre los métodos de aprendizaje empleados para llegar a ese fin, he tenido ocasión de ver a algunos *lung-gom-pas*. Aunque

muchos monjes se esfuerzan en practicar los ejercicios de *lung-gom* muy pocos llegan al resultado que anhelan, y los verdaderos *lung-gom-pas* deben de ser escasos.

Mi primer encuentro con un *lung-gom-pa* tuvo lugar en el desierto de pastos al norte del Tíbet.

Hacia el final de la tarde cabalgábamos sin prisas por una ancha llanura cuando observé, muy lejos, un poco a nuestra izquierda, una minúscula mancha negra que, con la ayuda de mis gemelos, pude ver que era un hombre. Me sorprendió mucho. Los encuentros no son frecuentes en aquella región y llevábamos diez días sin ver a un ser humano. Además, gentes de a pie y solos no suelen aventurarse en aquellas inmensas soledades. ¿Quién podía ser el viajero?

Uno de mis criados opinó que el hombre quizá había formado parte de una caravana atacada por bandoleros y desbandada. Podía haber huido para salvar su vida y encontrarse ahora perdido en el desierto. En caso de que fuera así le llevaría conmigo hasta un campamento de *dokpas* o a cualquier sitio de mi ruta adonde quisiera ir.

Mientras continuaba observándole con mis gemelos, noté que su paso era singular y que avanzaba con una rapidez extraordinaria. Aunque a simple vista mis gentes sólo podían ver un punto negro que se movía entre las hierbas, no pasó mucho tiempo sin que se diesen cuenta de la velocidad sorprendente que llevaba. Les pasé los prismáticos y uno de ellos, después de haber mirado unos minutos, exclamó: *Lama lung-gom-pa tchig da* («Diríase que es un lama *lung-gom-pa»)*.

Las palabras *lung-gom-pa* despertaron inmediatamente mi interés. Aún no había llegado a ver a un experto *lung-gom-pa* cumpliendo las prodigiosas hazañas de que tanto se hablaba en el Tíbet. ¿Iba a perder aquella ocasión?

El hombre continuaba acercándose y la rapidez de su marcha era cada vez más evidente. ¿Qué debía hacer si era un verdadero *lung-gom-pa*? Deseaba observarle de cerca, hablar con él, hacerle preguntas y también fotografiarle... Deseaba muchas cosas.

Pero desde las primeras palabras que pronuncié, el criado que había reconocido el paso del *lung-gom-pa* exclamó:

—Reverenda señora, no va a parar al lama, ni a hablarle, ¿verdad? Se moriría, de seguro. Estos lamas, cuando viajan, no deben interrumpir su meditación. El dios que está en ellos se escapa si dejan de repetir las fórmulas mágicas, y si los abandona antes de tiempo, les da tan violenta sacudida que les mata.

La advertencia parecía sin sentido; sin embargo, no había que desdeñarla del todo. Por lo que yo sabía de la técnica del procedimiento, el hombre caminaba en estado de trance. Era, pues, probable, no que muriese, sino que experimentase un penoso choque nervioso si bruscamente le sacaban de aquel estado. Hasta qué punto podía ser peligroso el choque no lo sabía y yo no quería hacer con el lama una experiencia, quizá cruel, de inciertos resultados. Otra razón me impedía también satisfacer mi curiosidad.

Los tibetanos me aceptaban como dama lama. Sabían que era budista y no podían adivinar la diferencia que existía entre mi concepción puramente filosófica del budismo y del budismo lamaísta. Así, para gozar de la confianza y del respeto que me proporcionaba el hábito religioso que llevaba,[65] tenía que observar las tradiciones tibetanas y, especialmente, las costumbres religiosas.

Aquella sujeción constituía para mí un serio obstáculo desde el punto de vista de algunas observaciones científicas que hubiera podido hacer, pero era el precio que me costaba mi admisión en un terreno más celosamente guardado que el territorio del Tíbet. Tuve que renunciar,

pues, al deseo de una encuesta y contentarme con ver al peculiar viajero.

Había llegado a poca distancia de nosotros. Podía distinguir claramente su faz impasible y sus ojos muy abiertos, que parecían contemplar fijamente un punto situado en alguna parte, allá arriba, en el espacio vacío. Diríase que se desprendía de la tierra a cada paso que daba y que avanzaba botando, como si hubiera tenido la elasticidad de una pelota. Vestía el hábito y la toga monástica usuales, ambos muy gastados. Su mano izquierda sujetaba un pliegue de la toga y permanecía oculta por la tela. Su mano derecha empuñaba un *purba* (puñal ritual). Al caminar, movía ligeramente el brazo derecho, al ritmo de su paso, como si el *purba*, cuya punta se hallaba muy alejada del suelo, estuviese verdaderamente en contacto con él y le sirviese de bastón.

Mis criados habían echado pie a tierra y se prosternaron hasta el suelo cuando el lama pasó por delante de nosotros; él continuó su camino sin parecer advertir nuestra presencia. Había respetado suficientemente las costumbres del país absteniéndome de parar al viajero.

Ya empezaba a lamentar mi discreción y tenía empeño en observar más tiempo al *lung-gom-pa*. Ordené, pues, a los muchachos que montasen a caballo para seguir al lama, que ya estaba lejos. Sin tratar de alcanzarle, no dejamos que se aumentase la distancia que nos separaba, y con la ayuda de los gemelos, mi hijo adoptivo y yo no le perdimos de vista.

Ya no veíamos su cara, pero siempre podíamos darnos cuenta de la regularidad asombrosa de sus pasos atléticos, que se sucedían tan exactamente como las oscilaciones de un péndulo. Le seguimos así durante tres kilómetros, hasta que el *lung-gom-pa* dejó la senda y trepó por una vertiente rápida para desaparecer en los repliegues de la cadena de montañas que bordeaba la meseta. Como no se le podía

seguir a caballo por aquellas pendientes, dimos fin a la observación y retrocedimos para seguir nuestra ruta.

Me preguntaba yo si el lama se habría dado cuenta de que le seguían. A pesar de que nos quedamos muy lejos de él, cualquiera en estado normal hubiese oído el ruido de nuestros caballos; mas, ya lo he dicho, el *lung-gom-pa* semejaba estar en trance, y por esta circunstancia particular no era posible adivinar si había fingido no vernos y había escalado la montaña para evitar nuestra curiosidad o si realmente ignoraba que le seguíamos, cambiando de dirección porque era su camino.

Cuatro días después de aquel encuentro llegamos por la mañana al territorio llamado Thebgyé, donde hay varios campamentos de pastores. No dejé de contar a aquellos *dokpas* que nos habíamos cruzado con un *lung-gom-pa* al llegar a la senda que conducía a sus pastos. Algunos hombres lo habían visto, cuando reunían sus rebaños, a la puesta del sol, la víspera del día en que nosotros le habíamos encontrado también. Aquella información me permitió hacer un cálculo aproximado. Teniendo en cuenta el número de horas que habíamos viajado al trote habitual de nuestras caballerías; restando el tiempo que habíamos acampado, llegué a la conclusión de que, para alcanzar el sitio donde lo habíamos encontrado a la caída de la tarde, el *lung-gom-pa*, después de haber pasado cerca de los *dokpas*, había tenido que andar toda la noche y el día siguiente, sin parar, a una velocidad casi igual a la que habíamos observado. La continuidad de aquella rapidez era lo maravilloso, porque andar durante un día entero sin parar no se considera una marca entre los montañeses del Tíbet.

Lama Yongden y yo hemos hecho varias veces etapas de diecinueve a veinte horas sin parar, sin comer ni beber, durante nuestro viaje de China a Lasa. Una de ellas comprendía el paso del alto desfiladero de Deo, con nieve hasta las rodillas. Pero desde luego, nuestra marcha lenta no podía compararse a la del alado *lung-gom-pa*.

Este último tampoco había partido de Thebgyé. ¿De dónde venía cuando los *dokpas* le vieron y qué distancia tenía aún que recorrer al dejar la senda y desaparecer por la montaña? No podía aventurar ninguna conjetura. Los *dokpas* creían que podía venir de Tsang, ya que ciertos monasterios de esta provincia poseían la especialidad, desde hacía siglos, de preparar a los corredores *lung-gom-pa*. Pero como en el territorio de Thebgyé se entrecruzan varias sendas y los pastores no habían hablado con el lama, estaban, como yo, condenados a meras suposiciones. Entregarse a investigaciones metódicas era casi imposible en aquel desierto. Hubieran requerido varios meses, sin la certeza de un resultado satisfactorio. No podía, pues, pensaren emprenderlas.

Ya que ha mencionado los monasterios de Tsang y su reputación como centro de adiestramiento de *lung-gom* con respecto a la velocidad, quizá sea interesante hacer un breve relato de las circunstancias que, según las tradiciones antiguas, fueron el origen de dicho adiestramiento.

Los héroes de la leyenda son dos lamas célebres: Yungton Dordji Pal y el historiador Buton (escrito, Buston).

El primero, Yungton Dordji Pal, nacido hacia 1284, se considera como el séptimo *renacimiento* de Subhuti, un discípulo del Buda histórico. Esta dinastía de *renacimientos* fue continuada más adelante por los Trachi Lamas, de los que el actual es decimosexto *renacimiento* de Subhuti, al mismo tiempo que de un *tulku* de Eupagmed. Yungton Dordji Pal era un mago célebre, cuyo poder se ejercitaba, principalmente, en subyugar a las deidades terribles. Corre el rumor de que su maestro fue un lama llamado Tzurwang Sengé, de quien sólo se sabe algo por relatos fantásticos.

Yungton Dordji Pal vivió algún tiempo en la corte del emperador de China y murió a los noventa y dos años.

Buton nació en Tjo Fug, en los alrededores de Jigatzé, en 1288. Es autor de varias obras importantes de historia y

clasificó las escrituras búdicas traducidas del sánscrito para formar la gran colección llamada Khagyur.

Sucedió que el mago Yungton había decidido celebrar un rito solemne para subyugar a Chindjé, dios de la muerte. Es un rito que ha de celebrarse cada doce años; si se faltase a ello, el dios, según creen, devoraría todos los días a un ser vivo. El resultado que se espera de la ceremonia mágica es atraer a Chindjé bajo el poder del lama y obligarle a que jure que no matará a ningún ser para alimentarse. Primero le presentan ofrendas durante el rito, y luego, diariamente, para reemplazar las vidas que perdona.

Buton se enteró de lo que preparaba Yungton, y deseando saber si su amigo poseía realmente el poder de subyugar al terrible dios, se presentó en su casa acompañado por tres eminentes lamas.

Al llegar comprobaron que Chindjé había contestado ya a la llamada del mago. Su forma horrenda, dice la historia, era «inmensa como el cielo».

Yungden anunció a sus visitantes que llegaban en el preciso momento de poder demostrar sus sentimientos compasivos, Había evocado al dios —dijo— para el bien de todos los seres; faltaba apaciguarlo con ofrendas, y sugirió que uno de los lamas debía ofrecerse como víctima. Los tres compañeros de Buton declinaron la invitación, y con distintos pretextos se despidieron apresuradamente.

Buton, al quedarse solo con su amigo, declaró que si el éxito del rito exigía verdaderamente el sacrificio de una vida humana, estaba dispuesto a entrar por su voluntad en la monstruosa boca abierta de Chindjé. El hechicero, ante aquel magnánimo ofrecimiento, contestó que encontraría el medio de que la ceremonia fuese fructífera sin que Buton muriese. Deseaba solamente confiarle a él y a sus sucesores el cargo de celebrar la ceremonia cada doce años. Buton se comprometió a hacerlo, y entonces Yungton creó innumerables *tulpas* (fantasmas) de palomas y las echó en la boca de Chindjé.

Desde entonces, los lamas que pasan por ser reencarnaciones de Buton han celebrado con regularidad en el monasterio de Chalu el rito propiciatorio al dios de la muerte. Parece que, con el tiempo, le han agregado otros compañeros, porque los lamas de Chalu hablan ahora de «demonios numerosos», evocados en esa ocasión.

Para ir a varias regiones a invitarlos es preciso un mensajero. A este mensajero le llaman *maheketang* (el búfalo que llama). El búfalo es la montura de Chindjé. Este animal es reputado por su intrepidez y se atreve a llamar a los malos espíritus. Así lo aseguran en Chalu. El mensajero se escoge, alternativamente, entre los monjes de Nyang tod kyid fug y los de Samding. Los religiosos que aspiran a desempeñar este papel han de ejercitarse primero en uno de los dos monasterios. El adiestramiento consiste en ejercicios respiratorios y de gimnástica especial, practicados en un *tshams khang*, completamente oscuro, durante un período de estricta clausura que dura tres años, tres meses, tres semanas y tres días.

Entre estos ejercicios hay uno que ha conquistado el favor de numerosos seudomísticos de inteligencia mediocre. No sólo miembros de órdenes religiosas, sino laicos, hombres y mujeres, hacen *retiros* prolongados para acostumbrarse. He aquí en qué consisten:

El estudiante se sienta, con las piernas cruzadas, sobre un grueso y ancho almohadón. Aspira el aire lenta y largamente, como si intentase inflarse. Entonces, reteniendo la respiración, tiene que saltar, conservando siempre las piernas cruzadas y sin hacer uso de las manos como punto de apoyo, y volver a caer sin cambiar de posición. Algunos lamas llegan a saltar así a gran altura.

Según los tibetanos, el que persevera asiduamente en este género de ejercicio durante años, llega a ser capaz de «sentarse sobre una espiga sin doblar el tallo, o de posarse en lo alto de un montón de trigo sin mover ni un solo

grano». De hecho, el verdadero objeto que persiguen es la levitación.

Han imaginado una prueba curiosa. Al que la supera se le considera capaz de llevar a efecto los actos singulares que indicamos a continuación, o por lo menos, no está lejos de ellos. Para la prueba se cava una fosa cuya altura es igual a la del candidato. Sobre ésta se construye una especie de cúpula con una estrecha abertura en la cúspide. La altura del techo, en su parte superior, es igual a la profundidad de la fosa. De modo que, si el hombre mide 1, 70 metros, la distancia entre el fondo de la fosa y la cúspide de la cúpula es de 3, 40 metros. El candidato, sentado, con las piernas cruzadas en el fondo de aquel nicho, debe salir, de un solo bote, por la abertura del techo.

He oído a tibetanos de Kham afirmar que habían sido testigos de casos así en su país; no obstante, los que yo he visto saltar no me han parecido capaces de hazaña semejante.

En cuanto a los aspirantes a «búfalo que llama», los informes que he recogido en los lugares donde se someten a la prueba final que consagra su éxito, la pintan de diferente modo.

Después de la clausura de más de tres años, los monjes que se creen aptos para presentarse al concurso, se trasladan a Chalu (cerca de Jigatzé). Allí se les empareda en uno de los edículos ya descritos. Sin embargo, en Chalu el boquete se abre a un lado de la celda y no en el techo. El candidato tampoco bota fuera de su tumba; se le deja un escabel para que pueda alzarse en la fosa donde ha permanecido sentado durante siete días. Luego tiene que salir por el orificio, cuyas dimensiones han sido calculadas según la distancia que existe entre el pulgar y el dedo mediano del candidato, cuando los tiene muy abiertos, o sea 20 centímetros cuadrados, poco más o menos. El que lo logra queda calificado para ser *mahe-ketang*.

No comprendemos cómo el adquirir agilidad y celeridad tan particulares pueda ser el resultado de un aprendizaje que tiene a un hombre inmóvil y en la oscuridad durante años, pero hay que pensar que el objeto que se persigue nada tiene que ver con el desarrollo físico. Existen otros métodos de ejercicios más racionales, desde nuestro punto de vista, entre ellos marchas prolongadas.

Al segundo *lung-gom-pa* que entreví no tuve ocasión de observarle en marcha.

Viajábamos por el bosque, en la región ocupada por tribus tibetanas independientes, al extremo occidental del Szetchuan. De repente, en una vuelta del camino, Yongden y yo, que íbamos a pie, divisamos un hombre desnudo con cadenas de hierro enrolladas al cuerpo. Estaba sentado sobre una roca y parecía tan absorto en sus pensamientos que ni nos había oído. Nos paramos asombrados, pero probablemente algún indicio avisó al extraño individuo de nuestra presencia. Volvió la cabeza, nos vio, se levantó de un salto y, más rápido que un gamo, se precipitó a través de la espesura y desapareció. Durante unos instantes oímos el ruido de las cadenas que la rapidez de su carrera hacía entrechocar, y luego todo quedó en silencio.

—Es un *lung-gom-pa* —me dijo Yongden—. Ya he visto algunos iguales. Llevan cadenas para hacerse más pesados, porque la práctica de *lung-gom* les aligera tanto el cuerpo que se exponen a flotar en el aire.

Mi tercer encuentro con un *lung-gom-pa* tuvo lugar en la región de Ga, en el país de Kham. El hombre apareció bajo el aspecto familiar y grosero de un *ardjopa*, un pobre peregrino con el hatillo al hombro. Millares de semejantes suyos yerran por todos los caminos del Tíbet, así que no le prestamos la menor atención.

Aquellos peatones necesitados tienen la costumbre de agregarse a cualquier caravana de mercaderes o grupos de viajeros acomodados que encuentran en su camino y les siguen mientras su itinerario coincida con el suyo. Marchan

con los criados, al lado de las bestias, y si éstas, poco cargadas, trotan con los jinetes, el pobre infeliz queda rezagado y anda hasta que se reúne con los viajeros en el campamento nocturno. Generalmente no les cuesta trabajo. En los viajes largos, los tibetanos hacen etapas cortas, poniéndose en camino al amanecer y parándose al mediodía para que los animales puedan pacer y descansar durante toda la tarde.

El trabajo que el *ardjopa* se toma apresurándose para seguir a los jinetes, y los pequeños servicios que presta ayudando a los criados, se recompensan con la cena diaria y, de vez en cuando, con tazones de té y *tsampa* que le dan de limosna.

Siguiendo dicha costumbre, el peregrino que encontramos se agregó a nosotros. Supe por él que había vivido en *Pabong gompa*, en el país de Kham, y que iba a la provincia de Tsang. Largo viaje, que a pie, y parándose para pedir limosna en los pueblos, le significaría tres o cuatro meses.

Los tibetanos no temen hacer correrías semejantes.

Nuestro compañero llevaba ya varios días con nosotros cuando, por culpa de unos arreglos de las albardas, no estuvimos listos para la partida hasta las doce. Pensando que las mulas de los equipajes llegarían tarde al otro lado de una cadena de montañas que teníamos que pasar, marché a la cabeza, con mi hijo adoptivo y un criado, para buscar, antes de la noche, una pradera cerca de algún riachuelo donde poder acampar. Cuando el amo va delante de los equipajes, el criado que le acompaña lleva siempre un utensilio para hacer el té y algunas provisiones para que el viajero pueda comer sin esperar la llegada de las tiendas y de los sacos de provisiones. Mi criado no olvidó la costumbre. Aludo a este detalle que parece insignificante, porque fue la causa del descubrimiento del *lung-gom-pa*.

La distancia para llegar al puerto era más larga de lo que pensaba. Comprendí que las muías cargadas no alcanzarían la cumbre de la montaña antes del oscurecer, y no era

posible dejarlas pasar en plena noche a la otra vertiente. Habiendo descubierto allí un arroyuelo y la hierba suficiente para que los animales comiesen, me paré.

Ya habíamos tomado té y nos dedicábamos a recoger estiércol[66] para alimentar el fuego, cuando divisé a lo lejos al *ardjopa* que subía la senda del desfiladero. A pesar de que la cuesta era muy dura, avanzaba con asombrosa rapidez, y cuando estuvo cerca, noté el parecido de su paso ligero y elástico con el del lama *lung-gom-pa* que había observado cerca de Thebgyé.

Cuando se reunió con nosotros, el hombre permaneció unos instantes quieto mirando fijamente al vacío. No estaba nada sofocado, aunque parecía medio inconsciente e incapaz de hablar o de hacer nada. Sin embargo, poco a poco volvió a su estado normal.

Respondiendo a mis preguntas, me confesó que había comenzado a ejercitarse según el método *lung-gom* bajo la dirección de un *gomtchen* que vivía cerca del monasterio de Pabong. Su maestro había abandonado el país y por eso quería continuar sus investigaciones en Chalu.

No me dijo nada más y estuvo muy triste durante todo el Testo de la noche. Al día siguiente confesó a Yongden que había entrado involuntariamente en trance por una preocupación de las más vulgares. Mientras iba caminando con los muchachos que conducían las muías, estaba muy impaciente. Sin duda pensaba que avanzaban con gran lentitud mientras se arrastraban por el camino y nosotros asábamos la carne que había visto llevar al criado que nos acompañaba. Cuando los tres hombres y él nos alcanzasen sólo tendrían tiempo de armar las tiendas, de desenjaezar a los animales y darles de comer antes de que fuese de noche. Ya sería muy tarde para preparar la cena y habría que contentarse con beber unos cuantos tazones de té con *tsampa*. Aquella idea se apoderó tan completamente de su espíritu que le provocó una especie de alucinación. Veía el

fuego, la carne sobre las brasas rojas, y embebido en la ardiente contemplación, perdió la conciencia de lo que le rodeaba. Acuciado por el deseo de participar de nuestro asado, había acelerado la marcha y, al hacerlo, su paso, mecánicamente, adquirió el ritmo que practicaba en sus ejercicios de adiestramiento. La asociación habitual de aquella manera de andar con la fórmula mística que su guía le había enseñado fue la causa del recitado mental de ella. Y esto le había llevado a regular su respiración según lo prescrito, de modo que las palabras de la fórmula, marcando el compás, habían producido el trance, porque la concentración del pensamiento en la carne asada subsistía siempre conduciendo al fenómeno.

El novicio se sentía muy culpable. La mezcla de baja glotonería, de frases místicas y de ejercicios de *lung-gom* le parecía un verdadero sacrilegio.

Mi hijo se cuidó de comunicarme aquellas confidencias. Me interesaron e interrogué al *ardjopa* sobre los ejercicios de *lung-gom* que su maestro le había hecho practicar. Le repugnaba dar explicaciones y se mostraba muy reticente; pero llegué a obtener ciertos informes que, por otra parte, confirmaban lo que ya sabía.

Su maestro le había dicho que el crepúsculo y las noches claras eran condiciones favorables para ayudar al caminante. También le había animado a ejercitarse mirando fijamente al cielo estrellado. Supongo que, según la costumbre del Tíbet, el novicio había hecho juramento de mantener secreto lo que su maestro le enseñase y que mis preguntas le inquietaban.

Al tercer día de la carrera que nos había dado como espectáculo inesperado, el *ardjopa* desapareció de la tienda de mis criados. Huyó durante la noche, recurriendo tal vez a la práctica del *lung-gom* para acelerar su marcha, pero esta vez por motivo más respetable que el de comer un buen bocado.

Según las informaciones obtenidas por distintos conductos, la práctica de esta especie particular de *lung-gom* puede esbozarse del modo siguiente:

Como siempre, el primer paso antes de comenzar el estudio es recibir la iniciación apropiada. Después hay que ejercitarse durante varios años bajo la dirección de un maestro experimentado en gimnástica respiratoria. Cuando ya el discípulo está suficientemente adelantado, se le permite emprender las caminatas. Entonces se le confiere nueva iniciación y su *gurú* le enseña una fórmula mística. El novicio concentra sus pensamientos en la repetición mental y a compás de esta fórmula que se adapta al ritmo de la respiración durante la marcha, efectuándose el paso a compás con las sílabas de la fórmula.

El caminante no tiene que hablar, ni pensar en nada, ni mirar a ningún lado. Tiene que llevar los ojos fijos sobre un punto único, alejado, sin permitirse jamás distraer su atención.

Cuando se ha alcanzado el estado de trance, aunque gran parte de la conciencia normal se halle abolida, permanece, sin embargo, bastante activa para que el caminante evite los obstáculos que se encuentran en su camino y pueda mantenerse en la dirección de su meta. Pero ambas cosas se producen mecánicamente, sin provocar ninguna reflexión en el individuo en trance.

Los grandes espacios desiertos, el terreno llano y el crepúsculo, como ahora, se consideran condiciones favorables. Aun después de una larga jornada fatigosa, se obtiene más fácilmente el estado de trance a la puesta del sol. No se siente entonces cansancio y el viajero puede continuar recorriendo gran número de kilómetros.

Las primeras horas del día son también propicias, pero en menor grado.

El mediodía, el comienzo de la tarde, los valles estrechos y tortuosos, las regiones de bosques y el terreno accidentado son condiciones adversas, y sólo los *lung-gom-*

pas de primer orden son capaces de vencer las influencias desfavorables que emanan.

De todas estas explicaciones podemos deducir que los tibetanos consideran como propicias para llegar al estado de trance la uniformidad del paisaje y la ausencia de objetos particularmente sorprendentes. Es evidente que una meseta desierta presenta menos ocasiones de distraer el espíritu de la fórmula y el ir y venir de la respiración que una garganta obstruida por rocas y matas, un torrente ruidoso, etcétera. También es difícil mantener la regularidad de las zancadas en terreno accidentado.

Aunque muy corta, mi experiencia personal en esta materia me permite añadir que si los grandes espacios desiertos son los sitios en que más fácilmente se produce el trance, una selva de altos y rectos árboles, sin maleza y con un sendero casi llano es también muy favorable. Quizás el paisaje uniforme sea la causa. No obstante, mi advertencia sólo tiene el valor de una observación personal realizada en los bosques de Poyul, en el transcurso de mis marchas prolongadas camino de Lasa.

Cualquier noche clara es buena para que se ejerciten los debutantes, pero especialmente las noches estrelladas. Los maestros aconsejan que se tengan los ojos fijos en una misma estrella, de modo análogo a lo que se hace en los procedimientos hipnóticos. Me han contado que algunos novicios se paran bruscamente cuando la estrella que miran se torna invisible, ya sea porque desciende por debajo del horizonte, o porque ascienda y pase sobre sus cabezas, o porque una montaña la oculte o que la ruta que lleva cambie de dirección. Al contrario, otros no se dan cuenta de su desaparición, porque cuando la estrella deja de ser visible ya se han formado en la mente una imagen subjetiva que permanece fija ante ellos.

Los iniciados en ciencias secretas afirman que, después de largos años de práctica, los pies del *lung-gom-pa*, cuando ha recorrido una larga distancia, no llegan a tocar el suelo y

que se desliza en el espacio con prodigiosa rapidez. Probablemente, para jactarse de haber adquirido ese grado de ligereza, algunos se lastran con cadenas.

Dejando aparte lo que pueda haber de exageración, resulta de mi experiencia, muy limitada en esta práctica, y de lo que me han dicho los lamas dignos de confianza, que se llega a no sentir el peso del cuerpo. Una especie de anestesia amortigua también las sensaciones de los choques contra las rocas y otros obstáculos que se encuentren, y se anda durante horas con desacostumbrada velocidad, con la sensación de la agradable embriaguez, bien conocida por los automovilistas que van a grandes velocidades.

Los tibetanos establecen una distinción muy marcada entre las marchas voluntariamente ejecutadas por los *lung-gom-pas* y las efectuadas por los *pawos* y las *ppamos*, médiums poseídos que entran en estado de trance involuntariamente y se ponen a andar sin conciencia de ningún fin. Gentes aquejadas por tan singular enfermedad se encuentran frecuentemente en el Himalaya. Conozco a una encantadora campesina, cuya razón está perfectamente sana, que se desespera por padecer crisis semejantes, pero que nunca ha podido curarse. Sucede, cuando está tranquilamente en casa comiendo con su marido, que se levanta de repente, sale de la casa y se lanza a través del bosque con una rapidez anormal. Nada la detiene. En la estación de las lluvias atraviesa los torrentes crecidos, hundiéndose hasta la cintura. No tiene la menor sensación, está inconsciente por completo. Generalmente, su carrera la conduce a la casa paterna. Sale entonces de su estado de trance, comprende lo que le ha sucedido una vez más y llora, presa de honda tristeza. Las gentes de la región creen que esta clase de posesos morirían si se les retuviese a la fuerza cuando entran en estado de trance y quieren andar. Pero su caso, repito, nada tiene que ver con el de los *lung-gom-pas*.

Los lamas más inteligentes, sin negar la realidad de los fenómenos obtenidos en esta categoría de prácticas de *lung-gom*, no les dan ninguna importancia. Su actitud en el asunto recuerda la que atribuyen a Buda en la siguiente historia:

Buda, viajando un día con unos cuantos discípulos, encontró a un *yoguin*, demacrado, solo, en una choza perdida en medio del bosque. El maestro se paró y quiso saber cuánto tiempo llevaba allí el asceta haciendo vida austera.

—Veinticinco años —contestó el *yoguin*.

—¿Y cuál es el resultado de tanto esfuerzo? —preguntó también Buda.

—Soy capaz de atravesar un río andando sobre el agua —declaró orgullosamente el anacoreta.

¡Pobre amigo! —exclamó el sabio compasivamente—. Has malgastado tanto tiempo en eso cuando basta un óbolo para ser transportado en la barca del barquero.

Cómo calentarse sin fuego entre las nieves

Pasar el invierno en una cueva, situada a veces entre 4.000 y 5.000 metros de altitud, con un vestido ligero o desnudo, y no perecer helado, es un problema complicado. No obstante, numerosos ermitaños tibetanos lo han resuelto, y se atribuye su resistencia al hecho de que poseen el medio de estimular el calor interno, denominado *tumo*. La palabra *tumo* (escrito *glumo*) significa calor, pero no se -emplea en el lenguaje corriente para designar el calor ordinario.

Es una palabra técnica de la terminología mística, y los efectos del calor misterioso llamado así, no se limitan a calentar el cuerpo de los ascetas capaces de engendrarlo.

Los adeptos de las ciencias secretas tibetanas distinguen diferentes especies de *tumo*.

Tumo exotérico, que surge espontáneamente durante ciertos éxtasis y gradualmente envuelve al místico en el «suave y abrigado manto de los dioses».
Tumo esotérico, que acabamos de mencionar, y asegura el bienestar de los ermitaños en las montañas nevadas.
Tumo místico, que no puede pretender más que un parentesco muy distante con la idea de *calor*, porque se describe como haciendo sentir en este mundo las «delicias paradisiacas».

En la enseñanza secreta, *tumo* es también el fuego sutil que da calor al fluido generativo y hace subir la energía latente en él a lo largo de los canales filiformes de los *tsas*[67] hasta la cabeza, dando, en vez del placer carnal, delicias intelectuales y espirituales.

La superstición y nociones fisiológicas extravagantes han creado historias extraordinarias sobre este asunto. Me aventuro a resumir una de ellas:

El célebre asceta Restchungpa, atormentado por el deseo de ser erudito, abandonó a su maestro Milarespa, contra la voluntad de éste, para ir a estudiar literatura y filosofía a Lasa.

Por su desobediencia, le fueron las cosas mal, al menos desde el punto de vista religioso.

Un hombre rico se entusiasmó con su erudición y con los poderes mágicos que ya poseía y le acosó para que se convirtiese en su heredero, casándole con su única hija. Estos hechos ocurrían antes de la reforma de Tsong Khapa, cuando todos los lamas tenían libertad para casarse. La muchacha, que en nada participaba de la admiración de su padre por Restchungpa, tuvo que aceptar el marido impuesto, pero le hizo la vida dura, y el pobre marido se arrepintió bien pronto de haber dejado a su maestro y de hacer cedido al atractivo de la opulencia.

Su dulzura no desarmó el rencor de su mujer, que llegó un día a darle una puñalada. Y he aquí el prodigio: en lugar de

sangre fue esperma lo que manó de la herida. Por la práctica del *tumo*, me dijo muy convencido el lama que me contaba la historia, el cuerpo de Restchungpa se había llenado por completo de simiente de vida. En verdad, debo decir que otro lama se burló de su inocente colega, y me explicó la cosa del siguiente modo: es exacto que con la práctica de cierto género de *tumo* se llena el cuerpo de fuerza generadora que hace al individuo capaz de creaciones psíquicas, pero es una sutil e invisible energía y no una sustancia corpórea.

De todos modos, sólo un pequeño número de lamas, aun en los medios místicos, se familiariza con todas estas categorías de *tumo*, mientras que los efectos maravillosos del *tumo* que calienta y mantiene vivos a los ermitaños que invernan en las nieves de las elevadas soledades es conocido de todos los tibetanos. No se desprende de esto que el conocimiento de los medios para que este calor se produzca esté muy extendido; al contrario, el procedimiento se mantiene secreto entre los lamas que lo enseñan, y éstos no dejan de afirmar que los informes adquiridos por lo que se oye o por la lectura de los libros no llevan a ningún resultado práctico. Son necesarias las lecciones personales de un guía que sea experto en *tumo*.

Además, sólo los calificados para emprender el aprendizaje pueden tener esperanza de alcanzar los frutos. Las condiciones más importantes son: ser ya hábil en la práctica de distintos ejercicios respiratorios, ser capaz de una concentración intensa, que llega hasta el trance en que los pensamientos se objetivan, y haber recibido la iniciación especial de *tumo* de algún lama que tenga poder para conferirlo.

Un largo período de prueba precede siempre a la iniciación. Me ha parecido que la primera tiene, entre otros fines, el de permitir que el maestro esté seguro de que el aspirante es de constitución robusta. Por mucha confianza

que me inspire el sistema de *tumo*, dudo de que puedan practicarlo los delicados del pulmón.

No sé si cediendo a mis vivas instancias, y acortando el período de espera, el venerable lama a quien importunaba con mis demandas trató de librarse de mí definitivamente: el caso es que me dijo que fuese a un lugar desierto y me bañase en un río helado, y que luego, sin secarme ni vestirme, pasase la noche inmóvil, meditando. Era en el comienzo del invierno y la altura del sitio debía de llegar a unos 3.000 metros. Me sentí orgullosísima de no haberme acatarrado.

Pese a que no lo deseaba, luego sufrí otro baño semejante, esta vez al tropezar y caer en el Mekong, que cruzaba a pie, no lejos de Rakchi, al norte del Tíbet. Al llegar a la orilla, la ropa se heló sobre mi cuerpo... No tenía con qué cambiarme.

Se comprende que los tibetanos, muy expuestos a los accidentes producidos por un clima riguroso, estimen mucho un arte que trata de protegerlos. Una vez iniciados, hay que renunciar a las prendas de lana y no acercarse nunca al fuego.

Después de haberse ejercitado durante algún tiempo bajo la dirección atenta de su maestro, el novicio se dirige a un sitio apartado, completamente solitario y alto. En el Tíbet, el calificativo de *altura* no se aplica más que a los lugares que rebasan los 4.000 metros de altitud.

Según los *respas*,[68] no hay que ejercitarse nunca en producir *tumo* en el interior de la casa ni en una aglomeración de habitaciones, porque el aire viciado por el humo, los olores y otras causas ocultas contraría los esfuerzos del discípulo y puede perjudicar seriamente a su salud.

Una vez instalado en lugar conveniente, el aspirante a *respas* no debe ver a nadie, salvo a su *gurú*, que viene de

vez en cuando para enterarse de sus progresos o que él va a visitar a su ermita.

El iniciado debe practicar todos los días antes del alba y terminar el ejercicio relativo a *tumo* antes de la salida del sol, porque otras prácticas le reclaman, generalmente, en aquel momento. Por eso, cuando sale de su choza o de su caverna falta aún mucho para que termine la noche. Ha de estar completamente desnudo o sólo con un vestido de algodón muy fino, por baja que sea la temperatura.

Los debutantes pueden sentarse sobre un pedazo de alfombra o sobre una madera. Los discípulos avanzados se sientan en el suelo desnudos, y si tienen mayor grado de capacidad, en la nieve, en el hielo de un río helado, etcétera. Hay que hacer este ejercicio en ayunas; toda clase de bebidas, especialmente las calientes, están prohibidas antes de haberlo terminado.

Se permiten dos posturas. Ya sea la postura habitual de la meditación, con las piernas cruzadas, o sentado al estilo occidental, con cada mano colocada sobre la rodilla correspondiente, el dedo pulgar, el índice y el meñique extendidos y el del corazón y el anular doblados bajo la palma de la mano.

Como preludio, hay varios ejercicios de respiración. Uno de sus fines es que pase libremente el aire por la nariz.

Después, el orgullo, la cólera, el odio, la codicia, la pereza y la estupidez se rechazan mentalmente con la espiración. Con la inspiración se atrae y se asimila la bendición de los santos, el espíritu de Buda, las cinco sabidurías, todo cuanto es noble y bueno en el mundo.

Recogiéndose un rato, hay que rechazar todas las preocupaciones, las reflexiones, y después de abismarse en una calma profunda, hay que imaginarse en el cuerpo, a la altura del ombligo, un loto de oro en el cual está de pie, brillante como el sol, o siendo ella misma un sol, la sílaba *ram*. Sobre ésta, la sílaba *ma*, de la que sale la diosa Dordji Naldjorma.

Estas sílabas místicas, que se llaman *simientes*, no deben considerarse como simples caracteres de escritura que representan simbólicamente diferentes cosas, sino como seres vivientes mantenidos en pie y con facultad de movimientos. Por ejemplo, *ram* no es un nombre místico del fuego, sino la simiente del fuego.

Los hindúes dan gran importancia a la pronunciación de estas *palabras simiente*. Creen que su poder reside en el sonido, que es creador.

En el Tíbet se emplean sobre todo estas palabras como formas esquemáticas de los elementos, de las deidades, etcétera. Sin embargo, ciertos ocultistas admiten que pueden ser utilizadas también en su calidad de *simiente*, Pero según ellos, el procedimiento no es emitir un sonido al pronunciarlas. Consiste en emplear la imagen subjetiva de la sílaba. De este modo, siendo *ram* la *simiente* del fuego, el mago instruido en este arte puede, por medio de la imagen subjetiva de esa palabra, prender fuego a cualquier cosa y hasta producir llamas sin combustible aparente. Esa es la teoría que tienen.

En cuanto se imagina a Dordji Naldjorma surgiendo de la sílaba *ma*, hay que identificarse con ella. Se contempla después la letra A en el sitio del ombligo y la letra Ha[69] encima de la cabeza. Inspiraciones lentas y profundas obran como un fuelle y reaniman un fuego que dormía bajo la ceniza. Este reside en A, tiene forma de bola diminuta.[70] Cada inspiración produce la sensación de una bocanada de aire que penetra en el vientre en el punto en que se encuentra el ombligo, y reanima el fuego. Luego, a cada inspiración profunda sucede la retención del aliento, cuyo grado aumenta paulatinamente. El pensamiento sigue el despertar del fuego subiendo por la vena *uma*, que se eleva en el centro del cuerpo.

Los tibetanos han copiado de los hindúes las tres venas místicas que desempeñan un gran papel en el

adiestramiento psíquico de los *yoguins*. Las llamadas *venas* no son consideradas como venas verdaderas que contienen sangre, sino como nervios extremadamente tenues que sirven de hilos conductores a corrientes de energía. Existen muchas otras fuera de las tres principales, que los tibetanos denominan *roma, uma*, y *kyangma*.

Los místicos avanzados consideran esta especie de *red* sin realidad física. Según ellos, es una representación imaginaria y ficticia de las corrientes de fuerza.

El ejercicio comprende diez partes o fases, que se suceden sin interrupción. Las visiones subjetivas y las sensaciones que las acompañan se encadenan por una serie de modificaciones graduales. Las inspiraciones, la retención de la respiración y las espiraciones continúan rítmicamente, y se repite sin cesar una fórmula mística.

El espíritu debe permanecer concentrado totalmente sobre la visión del fuego y la sensación de calor que sigue a ella, con exclusión de cualquier otro pensamiento o imagen mental.

Las diez *etapas* pueden describirse brevemente de este modo:

1.° Hay que imaginar la vena central *uma* y verla subjetivamente del grueso de un hilo o de un cabello. Está llena de la llama ascendente y la atraviesa la corriente de aire que produce la respiración.

2.° La vena se convierte en el tamaño del dedo meñique.

3.° Se convierte en el tamaño del brazo.

4.° Llena el cuerpo entero, o más bien el cuerpo es ya una especie de tubo que contiene fuego.

5.° Ya no se siente el cuerpo. La vena, terriblemente aumentada, engloba el universo entero, y el *naldjorpa* entra en estado de éxtasis y se siente convertido en llama azotada por el viento, entre las olas ardientes de un océano de fuego.

Los que se inician y aún no tienen el hábito de meditaciones prolongadas, efectúan las cinco etapas con

mayor rapidez que los discípulos más adelantados, que se estacionan en cada una de ellas, sumidos en la contemplación. No obstante, aun el más rápido emplea, por lo menos, una hora en llegar a la quinta.

Las visiones subjetivas se repiten después en sentido inverso.

1.° La tempestad se desencadena, las olas de fuego son menos altas y menos agitadas, el océano ardiente se retrae y el cuerpo lo absorbe.

2.° La vena sólo tiene ya la dimensión del brazo.

3.° Es del tamaño del dedo meñique.

4.° Es fina como un cabello.

5.° Desaparece. Ya no se advierte el fuego ni las demás formas o imágenes. Las ideas que se refieren a un objeto cualquiera desaparecen también. El espíritu se abisma en el *gran vacío* en que la dualidad del que percibe y el objeto percibido no existe ya.

Este trance dura más o menos, según el grado de desarrollo espiritual y psíquico que tenga el *naldjorpa*.

El ejercicio con las cinco últimas etapas, o sin ellas, puede repetirse varias veces durante el día, o en cualquier momento, cuando se sufre de frío; pero el aprendizaje propiamente dicho lo constituye el ejercicio matutino.

Milarespa recurrió a la práctica del *tumo* cuando se encontró inopinadamente prisionero en una cueva de Latch i Khang (monte Everest) por un alud de nieve, y tuvo que permanecer allí, sin suficientes víveres, hasta la primavera siguiente. Esta aventura le dio tema para una poesía, famosa en el Tíbet. Cito una parte, en traducción libre.

Hastiado de la vida del mundo,
del Latchi Khang en las pendientes busqué la soledad.
Los cielos y la tierra celebrando consejo
mandaron la tormenta como su mensajero.

Los elementos de agua y viento, asociados
a hoscas nubes del sur,
a la Luna y al Sol aprisionaron.
Soplando las pequeñas estrellas, las barrieron del cielo
envolviendo en sudario de niebla a las mayores.
Nevó entonces, seguido, nueve días y noches;
eran los grandes copos espesos como copos de lana;
descendían volando como pájaros.
Los pequeños tenían el tamaño de guisantes y granos de mostaza;
descendían rodando en torbellino.
Sobrepujaba la inmensidad de nieves a toda descripción.
En la altura cubrían la cresta de los heleros;
enterraban, abajo, los árboles del bosque hasta la cima.
Los negros montes parecían blanqueados con cal.
La helada alisaba los lagos de olas enfurecidas,
cubriendo el hielo los riachuelos de azuladas aguas.
Semejaban un llano, nivelados, los valles y la altura.
Los hombres, prisioneros en la aldea.
Los animales domésticos padecían hambre
y ayunaban los pajarillos y las fieras.
Cual tesoros, los ratones y ratas yacían bajo tierra
por la ferocidad de la tormenta.
De una parte la nieve, el huracán de invierno y mi liviano traje

en la montaña alba libraron combate.
Al tiempo que caía convertida en arroyo me anegaba la nieve;
pero mi tela fina de algodón guardaba
dentro de su recinto un fuego ardiente
donde la tempestad rugiendo se estrellaba.
Vióse allí al luchador en guerra a vida o muerte;
mas a los ermitaños legué con mi triunfo
ejemplo que demuestra la gran virtud del tumo.

Milarespa describe sus impresiones como poeta, pero no son excepcionales. Muchos anacoretas tibetanos pasan los inviernos en sitios iguales a los que describe, con la diferencia, ciertamente considerable, de que él se encontró de repente cogido entre las nieves sin provisiones suficientes y en un sitio falto de abrigo.

No soy tan presuntuosa como para comparar mis temporadas invernales en las montañas del Tíbet con las austeridades de los ascetas del temple de Milarespa, pero el paisaje que evoca me resulta muy familiar. A menudo, y hasta no lejos de ese mismo Latchi Khang, he podido contemplarlo desde lo alto de una ermita. Tenía víveres y bastante combustible para hacer fuego si lo deseaba, pero puedo medir, sin embargo, la aspereza de aquella vida singular. También recuerdo el absoluto silencio, la soledad deliciosa, la paz indecible que disfrutaba mi caverna y no creo que haya que compadecer a los que pasan sus días en esa forma. Más bien hay que envidiarlos.

Aparte del ejercicio que he bosquejado, existen algunos otros con miras a producir *tumo*. Todos se parecen. El procedimiento es siempre la combinación de retenciones prolongadas de la respiración con la objetivación de un fuego imaginario, que viene a ser práctica de autosugestión.

Las «seis doctrinas secretas» enseñadas por Narota comprendían una sección que trataba de *tumo*.

He aquí una abreviatura del método que preconizaba:

Agacharse con las piernas cruzadas, uniendo las manos por debajo de los muslos. En esta postura:

1. ° Mover el abdomen tres veces de derecha a izquierda y tres veces de izquierda a derecha.

2. ° Golpear el abdomen tan vigorosamente como se pueda.

3. ° Sacudir el cuerpo como los caballos indóciles y dar un bote con las piernas cruzadas.

Estos tres ejercicios deben repetirse tres veces y terminar por un gran bote que haga saltar al *naldjorpa* lo más alto posible.

No necesito decir que después de tal gimnástica es muy natural que se sienta calor. Este ejercicio tiene parentesco con las prácticas de *hata yoga* de los hindúes.

Hay que continuar conteniendo la respiración hasta que el vientre tome «forma de puchero».

A esto sigue la objetivación de la imagen de Dordji Naldjorma, como en el ejercicio descrito en primer lugar.

Hay que imaginar un sol en la palma de cada mano, otro en la planta de cada pie y otro más debajo del ombligo.

Frotando unos con otros los soles colocados en las manos y en los pies, se enciende el fuego; si se toca al sol que está bajo el ombligo, éste se prende a su vez y llena todo el cuerpo.

A cada espiración se ve el mundo entero ardiendo.

El ejercicio termina con veintiún saltos considerables.[71]

Aun cuando en los dos sistemas de adiestramiento que he descrito sucintamente existen puntos parecidos, la diferencia entre ambos es, sin embargo, muy grande, porque mientras el segundo se compone de muchos saltos y gesticulaciones, el primero exige inmovilidad completa.

En estos dos métodos, como en todos los otros que tienden al mismo fin, inspiraciones, retenciones y espiraciones del hálito se efectúan mecánicamente, según el orden prescrito por los más ejercitados productores de *tumo*. No interrumpen la concentración del pensamiento en el espejismo del fuego, ni la repetición mental de la fórmula mística que acompaña a la contemplación. Sin que necesiten un esfuerzo de imaginación para ver aumentar la intensidad del fuego, la visión continúa por sí misma y una sensación de calor agradable se esparce, poco a poco, por todo el cuerpo, que es a lo que tiende el ejercicio.

El período de adiestramiento de los estudiantes de *tumo* termina, a veces, con una especie de examen.

En una noche de invierno y de luna clara, quienes se creen capaces de salir victoriosos de la prueba se dirigen, con el maestro, a la orilla de un arroyo que no esté helado. Si no hay agua libre en la región se abre un agujero en el hielo. Se escoge una noche en que el viento sople con furia. Son frecuentes en el Tíbet.

Los candidatos a *respa*, completamente desnudos, se sientan en el suelo, con las piernas cruzadas.

Meten unas sábanas en el agua helada, que se hielan y salen tiesas. Cada discípulo se enrolla una al cuerpo y debe deshelarla y secarla sobre él mismo. En cuanto el lienzo se seca, lo mete de nuevo en el agua y el candidato se envuelve de nuevo. Se repite la operación hasta el amanecer. Entonces el que ha secado mayor número de sábanas obtiene el primer puesto en el concurso.

Dicen que algunos llegan a secar hasta cuarenta sábanas en una noche. Hay que tener en cuenta las exageraciones y pensar también que las sábanas pueden ser muy pequeñas, en algunos casos puramente simbólicas. Sin embargo, no cabe duda de que hay *respas* que secan varios trozos de tela del tamaño de un gran chal. He podido comprobar el hecho *de visu*.

Es preciso haber secado sábanas por lo menos durante tres años antes de ser reconocido como verdadero *respa*, digno de llevar el faldón de algodón blanco que distingue a los «licenciados en arte de *tumo*».

Ésa era la regla primitiva, pero dudo que se observe estrictamente en nuestros días.

Respa es una persona que se viste de algodón, que no lleva más que un *solo* vestido de algodón. No faltan, sin embargo, en el Tíbet, los *respas* que esconden ropa de abrigo bajo su ligera vestimenta.

Esos impostores pueden ser charlatanes que deliberadamente tienden a engañar para sacar provecho, o individuos que de verdad se han ejercitado en la práctica de *tumo*, pero con poco tiempo para obtener frutos duraderos.

Como compensación, hay ascetas tan versados en *tumo*, que pasan de *respa*, prescinden del vestido de algodón y viven completamente desnudos en las montañas solitarias durante una temporada o durante toda la vida.

Los tibetanos están muy orgullosos de tales proezas y se burlan de los *yoguins* desnudos que encuentran cuando van en peregrinación a la India. No comprenden que en ese país la desnudez simboliza el renunciamiento absoluto y no tiende a exhibir resistencia física excepcional. Yendo a Gaya,[72] por Nepal, con un amigo y un servidor laico, uno de estos *superrepas*, que se había ejercitado en la región de Khan Tisé,[73] se encontró al llegar a las llanuras de la India con un *sadhu* echado al sol sobre una esterilla. Su rostro y su postura respiraban vanidad desvergonzada y al *respa* le hizo grada.

—Amigo —le dijo—, te invito a venir a echarte, con ese traje, a la orilla del lago Mofang;[74] de seguro que harías otras muecas.

El hindú no pudo comprender lo que el lama le decía en tibetano y debió de preguntarse por qué los tres viajeros se reían de él a carcajadas.

El mismo anacoreta me contó este episodio que le divertía rememorar en su vejez.

En resumen, al comienzo del aprendizaje, el fenómeno de crecimiento del calor o la sensación de calor sólo dura mientras se practica el ejercicio. El frío se vuelve a sentir gradualmente en cuanto cesan la concentración de espíritu y la gimnástica respiratoria. Por el contrario, entre los que perseveran en el aprendizaje durante años, la producción de calor se convierte, según dicen, en función natural, que entra en acción por sí misma cuando desciende la temperatura.

Además de la prueba de secar los lienzos mojados, hay otras varias. Una de ellas consiste en sentarse en la nieve. La cantidad de ésta que se derrite debajo del *respa* y el radio más o menos extenso en el que se derrite alrededor suyo indican el grado de calor que irradia.

Es difícil tener una idea absolutamente precisa de la importancia de los resultados de *tumo*. Sin embargo, hay muchas pruebas. Los ermitaños viven verdaderamente desnudos, o con un vestido muy ligero, durante todo el invierno, en medio de la nieve, a elevadísimas altitudes. No sólo yo los he visto. Los miembros de la expedición que trató de alcanzar la cúspide del monte Everest divisaron a alguno de esos anacoretas. Por mi parte he obtenido resultados sorprendentes en mis limitados experimentos de *tumo*.

Mensajes por el aire

Los místicos tibetanos son taciturnos. Aquellos que aceptan discípulos emplean, para instruirlos, métodos en que no abundan los discursos. La descripción de esos extraños métodos no entra en el tema presente. Baste con decir aquí que los discípulos de los ermitaños contemplativos sólo ven a su maestro muy rara vez, con

intervalos que se miden según el grado de progreso del discípulo o según sus necesidades espirituales, cuyo único juez es el maestro. Meses o años transcurren de entrevista a entrevista. Pese a esta separación, maestro y discípulo pueden comunicarse, sin embargo, entre sí cuando las circunstancias lo exigen, en especial los que están más desarrollados psíquicamente.

La telepatía es una de las ramas de la ciencia oculta de los tibetanos. Parece desempeñar en las altas regiones del «país de las nieves» el papel que la telegrafía sin hilos desempeña desde no hace mucho en occidente. No obstante, mientras en nuestros países los aparatos de transmisión se encuentran a la orden del público, la expedición, más sutil, de mensajes *por el viento*[75] es privilegio de una minoría de iniciados tibetanos.

La telepatía es conocida por los occidentales. Más de una vez las sociedades que se ocupan de investigaciones psíquicas han señalado fenómenos telepáticos. Sin embargo, éstos parecen haber surgido, en general, por casualidad, sin que el causante del fenómeno haya tenido conciencia de la parte que tomaba en él.

En cuanto a las experiencias que han intentado para efectuar comunicaciones telepáticas deliberadamente, son de dudoso resultado, porque no han podido repetirse a capricho, con suficiente certidumbre de éxito.

Entre los tibetanos es distinto. Afirman que la telepatía es una ciencia que puede aprenderse como otra cualquiera recibiendo suficiente entrenamiento, y que sus iniciados son instrumentos aptos para poner en práctica la teoría.

Indican diferentes medios para adquirir poder de telepatía; sin embargo, los tibetanos adeptos a las ciencias secretas atribuyen, unánimemente, el origen del fenómeno a una intensísima concentración de pensamiento que llega al estado de trance.

Adviértase que el estudio de los fenómenos telepáticos en occidente ha atribuido a ésta la misma causa que la descubierta por los tibetanos.

Los maestros místicos declaran que el que aspira a ser hábil en el arte de la telepatía ha de ejercer un control perfecto sobre su espíritu, de manera que pueda producir a voluntad la poderosa concentración de pensamiento sobre un objeto único, del que depende el éxito del fenómeno.

El papel de *receptor* consciente, dispuesto siempre a vibrar al choque sutil de las ondas telepáticas, se considera casi tan difícil como el de *puesto emisor*. El que quiere ser *receptor*, ha de estar *conectado* primero con aquel de quien más especialmente espera mensajes.

La concentración de pensamiento sobre un único objeto hasta el punto de que todos los otros objetos desaparezcan del campo de la percepción consciente, es uno de los pilares del ejercicio espiritual de los lamaístas. Por otro lado, el entrenamiento comprende también ejercicios que tienden a desarrollar la facultad de percepción de las diferentes corrientes de fuerzas sutiles que surcan en todos sentidos el universo. Apoyándose en estos hechos, afirman algunos que la telepatía, como el *tumo* y otros talentos útiles, pero no indispensables, son resultados accesorios del adiestramiento espiritual, y que, por consiguiente, es superfluo hacerles objeto de un estudio especial.

Otros ven las cosas de distinto modo. Convienen en que las facultades adquiridas por el adiestramiento espiritual permiten practicar la telepatía y gran parte de las artes ocultas; pero añaden que los incapaces de alcanzar las etapas elevadas del sendero místico, o que no aspiran a ello, pueden legítimamente esforzarse en adquirir cualquiera de las ramas accesorias.

Los maestros místicos resultan, generalmente, de esa opinión y muchos preparan a sus discípulos en la telepatía.

Algunos anacoretas contemplativos han logrado captar los mensajes telepáticos de su guía espiritual sin haberse

adiestrado sistemáticamente. Se considera este fenómeno efecto de la profunda veneración que le han consagrado. Un número menor de místicos pasan por ser espontáneamente capaces de emitir mensajes.

En cuanto a los que cultivan la telepatía, las líneas principales de su adiestramiento pueden ser las siguientes:

En primer lugar, es indispensable practicar todos los ejercicios inventados para producir el estado de trance en la concentración de pensamiento sobre un objeto único, hasta que el sujeto se identifica con el objeto.

Hay que ejercitarse, igualmente, en la práctica complementaria de esta concentración, es decir, *vaciar* el espíritu de toda actividad mental, que el silencio y la tranquilidad sean totales para él.

Después vienen la distinción y el análisis de las diversas influencias que determinan súbitas y aparentemente inexplicables sensaciones psíquicas o físicas en los estados de espíritu particulares: alegría, melancolía, temor, y aun los recuerdos súbitos de personas, de cosas o de acontecimientos que nada parece ligar a los pensamientos o a las acciones presentes de aquel en cuya memoria surgen.

Cuando el discípulo se ha ejercitado así durante años, puede ir a meditar con su maestro.

En ese momento, aislados en una habitación sin ruidos y casi oscura, los dos concentran su pensamiento en un objeto semejante. Al final del ejercicio el discípulo informa al lama sobre las fases de su meditación, sobre las diferentes ideas, sensaciones o percepciones subjetivas que han surgido durante el curso de ella. Estos detalles se comparan con los de la meditación del maestro y se anotan semejanzas y divergencias.

Luego, sin haberse informado del objeto que su maestro ha escogido como sujeto de contemplación, esforzándose por impedir que nazcan pensamientos en su espíritu, haciendo el vacío en sí mismo, el novicio vigila la aparición inesperada de pensamientos, de sentimientos, de

percepciones que no parecen derivan de ninguna de sus propias preocupaciones o nociones. Los pensamientos y las imágenes del ejercicio se someten de nuevo al lama, que los compara con los que ha sugerido mentalmente a su discípulo.

Ahora el maestro va a dar órdenes precisas a su discípulo, mientras este último permanece atento a corta distancia. Si el novicio entiende las órdenes lo demostrará contestando a lo que se le ha dicho o cumpliendo lo que le han mandado. El aprendizaje continúa igual, aumentando, progresivamente, la distancia entre el maestro y su discípulo. Después de haberse sentado en la misma habitación, ocuparán cuartos distintos en el mismo edificio, o bien el novicio regresará a su propia choza o gruta, y más adelante se trasladará a algunos kilómetros de la residencia del lama.

Admiten generalmente en el Tíbet que los místicos avanzados son capaces, si quieren, de leer los pensamientos ajenos. Cuando se supone que un maestro tiene ese poder, se deduce que sus discípulos no pueden ejercitarse en enviarle mensajes telepáticos. Conocerá su intención antes de que tengan tiempo de recogerse para intentar la experiencia.

Verdadera o errónea, la opinión que de él se tiene obliga al lama honrado con el título de *dubtchen* (sabio mago) a conducirse como poseedor real del poder que se le atribuye. Por esta razón, sus discípulos comienzan a ejercitarse cambiando mensajes telepáticos entre sí.

Se asocian dos o más novicios para practicar este ejercicio bajo la dirección del lama, y el entrenamiento viene a ser como el descrito.

Los novicios más adelantados ensayan sus progresos enviando comunicaciones telepáticas inesperadas, fuera de los ejercicios previstos y en momentos en que el corresponsal que tratan de alcanzar está probablemente muy ocupado y no se le ocurre recibir ningún mensaje.

También tratan de sugerir, por medio de la telepatía, pensamientos o actos a personas con quienes jamás han practicado ejercicios. Hay quien ensaya sugiriendo actos a los animales.

Consagran años a estas prácticas y a otras distintas con el mismo fin. Es imposible adivinar cuántos de los que persiguen tan arduo aprendizaje alcanzan resultados verdaderos. Sería, por otra parte, un error imaginar estos círculos de estudios ocultos bajo el aspecto de escuelas frecuentadas por numerosos discípulos, como los colegios de grandes monasterios. No se parecen en nada. En tal o cual valle aislado, media docena de discípulos pueden encontrarse agrupados momentáneamente en torno a la vivienda de un ermitaño. Ése es un máximo que rara vez se alcanza. Lejos de allí, en otro hueco de la montaña, se encontrarán quizá tres o cuatro novicios más, cuyas chozas primitivas están en un radio de uno a dos kilómetros en torno a la ermita del maestro. Por eso se comprende que únicamente practica los diversos ejercicios de adiestramiento psíquico un número limitado de individuos y no todos en el mismo sitio. Sean cuales fueren los frutos que sacan los estudiantes de una preparación sistemática en la práctica de la telepatía, los maestros místicos más venerables no la alientan. Todos los esfuerzos para llegar a poseer poderes supranormales los consideran como un juego infantil, sin el menor interés.

Parece probado que esos grandes contemplativos pueden, a voluntad, comunicarse por telepatía con sus discípulos y hasta con cualquier ser animado, pero como ya se ha indicado varias veces, su poder se atribuye al resultado accesorio de su profundo conocimiento de las leyes psíquicas y a la perfección espiritual.

Se dice que, cuando por la iluminación que resulta de esas investigaciones mentales, deja uno de considerarse a sí mismo y a *otro* como entidades absolutamente distintas y desprovistas de punto de contacto, la telepatía es fácil.

Juzgo más prudente no discutir lo que haya de verdad o de imaginación en estas teorías. Todavía explicaré que las comunicaciones, por medios burdos, entre maestros y discípulos, como cartas que caen del techo o qué se encuentran bajo la almohada al despertar, son cosas desconocidas de los místicos tibetanos. Cuando se les interroga por asuntos semejantes no pueden creer que su interlocutor hable en serio y que no sea un farsante irreverente.

Recuerdo la graciosa contestación de un lama de Trashilhumpo a quien decía que algunos *filings*[76] creían en la posibilidad de comunicarse por ese medio con los espíritus de los muertos y hasta con ciertos maestros místicos tibetanos. «¡Y son esas gentes las que han conquistado la India!», exclamó asombrado por la inocencia de aquellos temibles ingleses.

Por las observaciones que he hecho a lo largo de varios años, parece deducirse que las transmisiones telepáticas, al igual que los demás fenómenos psíquicos, encuentran en el Tíbet un medio muy favorable para su producción. ¿Cuáles son, exactamente, las condiciones que las facilitan? Sería temerario contestar a esto de manera categórica cuando la naturaleza misma de los fenómenos psíquicos se nos muestra aún tan misteriosa.

Tal vez han de tenerse en cuenta ciertas influencias físicas debidas a la altitud del territorio tibetano. Quizá también el gran silencio en que está sumido todo el país. Ese extraordinario silencio, del cual diría —si se me permitiese tan extraña expresión— que se hace *oír* sobre los clamores de los torrentes más furiosos. Asimismo, es posible que favorezca la manifestación de las fuerzas psíquicas la ausencia de grandes aglomeraciones humanas, cuyos habitantes, por su actividad mental, crean múltiples torbellinos de energía psíquica que rompen las sutiles ondas a las que probablemente se deben los fenómenos.

Sean cuales fueren las causas, las transmisiones telepáticas, a voluntad o inconscientes, no son raras en el Tíbet.

Por lo que a mí respecta, tengo la seguridad de haber recibido mensajes telepáticos de los lamas con quienes había estado en relación. Hasta es posible que el número de esos mensajes fuese mayor de lo que yo imagino. Sólo he retenido, como observaciones válidas, un número muy pequeño de casos en los cuales, varios días o varios meses después de su transmisión, el lama autor se ha informado, por sí mismo, de los resultados.

Aparte de las comunicaciones que se refieren a asuntos de orden espiritual que no pueden ser atribuidas exactamente a una transmisión telepática, sino a cierta identidad entre la naturaleza de las ideas del maestro y de su discípulo, puedo referir dos casos completamente diferentes. Uno de ellos se produjo en el valle del río de Denchine, durante mi viaje a Lasa. El lama autor de lo que me pareció un fenómeno de telepatía muy característico pertenecía al monasterio de Tchedzong.

Yongden y yo habíamos pasado la noche al aire libre, en un foso natural cavado por las aguas en la estación de las lluvias y seco y endurecido por la helada en aquel momento. Por falta de combustible para hervir el té con manteca, que era nuestro desayuno habitual, partimos en ayunas para emprender nuestra etapa cotidiana. Hacia el mediodía, encontramos sentado en la alfombra de su silla de montar,[77] cerca del camino, a un lama de aspecto respetable que terminaba su almuerzo. Con él se encontraban tres monjes jóvenes, de fisonomía distinguida, que tenían más aire de discípulos acompañando a su maestro que de criados vulgares. Alrededor del grupo, cuatro caballos trabados pugnaban por pacer algunas briznas de hierba seca. Los viajeros, que tenían un haz de

leña, habían encendido fuego, y una tetera humeaba todavía sobre las brasas.

Como es costumbre entre los peregrinos mendigos,[78] saludamos muy cortésmente al lama. Probablemente, el deseo que la vista de la tetera nos inspiraba se leía en nuestro rostro. El lama murmuró: *Nying-djé*[79], y en alta voz nos invitó a sentarnos y a presentar nuestros tazones[80] para recibir té y *tsampa*.

Uno de los jóvenes *trapas* vertió el resto del té en nuestros tazones, colocó un saquito de *tsampa* a nuestro lado y fue a ayudar a sus compañeros a ensillar y a cargar a las bestias para la partida. Entonces uno de los caballos se asustó de repente y huyó. Es un incidente muy común; otro de los monjes cogió una cuerda y marchó en busca del animal.

El lama era callado; siguió con los ojos, sin decir palabra, al caballo que corría por los campos desnudos. Continuamos comiendo en silencio. Mirando en torno mío vi una escudilla de madera que había tenido leche cuajada. Adiviné que el lama la había encontrado en una granja que veía a cierta distancia del camino. Murmuré al oído de Yongden:

—Cuando el lama se vaya iremos a mendigar leche cuajada a la granja.

Hablé muy quedo; no obstante, el lama parecía haberse enterado de mis palabras. Me contempló largamente con escrutadora mirada y repitió en voz baja: *Nying-djé*; luego volvió la cabeza.

El caballo no había ido muy lejos, pero estaba en plan juguetón. Al *trapa* le costó acercarse. Por fin se dejó echar la soga al cuello y siguió dócilmente al monje.

El lama permanecía siempre quieto, con los ojos fijos en el hombre que venía hacia nosotros.

De repente éste se paró, permaneció quieto unos instantes en actitud atenta y condujo a la bestia a una roca, donde la ató. Entonces volvió sobre sus pasos y, dejando el

camino, se dirigió a la granja. Poco después le vi volver junto al caballo llevando *algo* que yo no atinaba a distinguir. Cuando llegó a nuestro lado vi que aquel *algo* era una escudilla de madera llena de leche cuajada. No la puso ante su maestro, sino que la retuvo interrogando al lama con la mirada, como diciendo: «¿Era esto lo que pedíais? ¿Qué debo hacer ahora con el cacharro?».

A estas preguntas silenciosas el lama inclinó la cabeza afirmativamente ordenando al monje que me diese la cuajada.

El segundo hecho que voy a relatar no tuvo lugar en el Tíbet propiamente dicho, sino en el territorio fronterizo que forma parte de las provincias chinas del Kansu y del Szetchuan.

En la linde del inmenso bosque que se extiende entre Tagan y el puerto de Kunka, se habían agregado a mi pequeña caravana seis viajeros. Esta región es conocida por hallarse infestada de atrevidos saqueadores tibetanos, y los que han de atravesarla procuran tener ocasión de formar un grupo lo más numeroso y bien armado posible.

Cinco de mis nuevos camaradas eran mercaderes chinos y el sexto un *ngagspa benpo*, especie de gigante cuya larga cabellera, envuelta en un pedazo de tela roja, formaba un enorme turbante. Siempre a la caza de informes sobre las doctrinas y las prácticas religiosas, invité al viajero solitario a compartir mi comida, con la esperanza de hacerle charlar sobre temas que me interesaban. Supe así que se trasladaba cerca de su maestro, mago *benpo* que cumplía un gran *dubthab* (rito mágico) en una montaña de los alrededores. El objeto del rito era subyugar a un demonio que se obstinaba en hacer maldades a una de las pequeñas tribus del país.

Después de numerosos preámbulos diplomáticos, declaré mi deseo de visitar al mago, pero su discípulo declaró inmediatamente que era imposible. Su maestro no podía ser

molestado durante todo el mes lunar que duraría la celebración de la ceremonia.

Comprendiendo que era inútil insistir, proyecté seguir al *ngagspa* cuando se despidiese de nosotros después de pasar el desfiladero. Llegando así, de improviso, cerca del mago podría echar una ojeada sobre el círculo mágico y demás accesorios rituales. Como el plan me parecía bueno, encargué a mis sirvientes que vigilasen al *ngagspa* para que no se nos escapase.

Probablemente los criados hablaron entre sí de lo que yo había intuido. El *ngagspa* se dio cuenta de la jugarreta que me proponía hacerle a su *gurú* y me advirtió que era inútil intentarlo. Contesté que no tenía ninguna mala intención, que únicamente deseaba hablar amistosamente con el hechicero para instruirme. Ordené a mis hombres que vigilasen más a nuestro compañero de camino.

Este último se dio cuenta de que era mi prisionero, pero como comprendía también que no se le haría ningún daño y que estaba bien alimentado, cosa que los tibetanos aprecian mucho, tomó la aventura alegremente.

—No temáis que me escape —dijo —; pueden atarme si quieren. No necesito adelantarme para informar a mi maestro de vuestra llegada. Ya está prevenido. *Gnais lung gi teng la len tang tsar* («le he enviado *un mensaje por el aire*»).

Los *ngagspas* suelen ser fanfarrones y presumen de tantos poderes extraordinarios que no tomé sus palabras en mayor consideración que la que le prestaba, generalmente, a sus cofrades en magia negra. Pero esta vez me equivoqué.

Después de haber pasado el desfiladero entramos en una región de alpacas. En aquellas extensas planicies de terreno poco propicio a las emboscadas ya no eran tan temidos los bandoleros. Los mercaderes chinos, que día y noche habían seguido los pasos de mi gente en el bosque, recobraron su aplomo y se alejaron, arreando sus muías. El *ngagspa*, que

ya se iba a apartar de la ruta, nos seguía aún, cuando una tropa de media docena de jinetes surgió de una ondulación del terreno dirigiéndose a galope hacia nosotros.

Al llegar cerca, se apearon, me saludaron y me ofrecieron *khadags*[81] y algunos trozos de manteca. Terminadas aquellas muestras de cortesía, un hombre de edad me dijo que el mago *benpo* les había enviado para rogarme que desistiese de ir a visitarle. No debía ver a ninguna persona, y nadie, excepto uno de sus discípulos iniciados, podía ser admitido en el sitio donde había erigido su círculo mágico.

Tuve que renunciar a mi plan. Parecía que, en efecto, el *ngagspa* había prevenido a su maestro enviándole *un mensaje por el aire*.

No hubiera servido de nada insistir. Si a pesar de la prueba que el discípulo me había dado de sus facultades poco corrientes dudase aún de que el poder oculto de su maestro fuese suficiente para impedirme llegar hasta él, no podía considerar como inexistentes a los robustos montañeses bien armados que me rodeaban. Se mostraban muy corteses y, ciertamente, no abrigaban ningún sentimiento hostil hacia mí, pero su actitud podía cambiar si mi obstinación llegaba a comprometer el éxito de un rito que interesaba a toda la tribu.

Entregué, pues, un *khadag* y algún dinero al *ngagspa* para que lo ofreciese a su maestro. Felicité a los tibetanos por la suerte de tener entre ellos a un mago de primer orden y nos separamos amistosamente.

La telepatía visual parece existir también en el Tíbet. Si creyésemos las historias de los lamas célebres tal como las cuentan los tibetanos, encontraríamos en ellas numerosos ejemplos de fenómenos de tal género. Pero verdad y ficción van tan mezcladas en esas biografías tradicionales, que se

siente uno más cerca de la duda que de la fe en los incidentes anormales que se relatan.

Sin embargo, gentes de nuestra época afirman haber tenido visiones transmitidas por una especie de procedimiento telepático.

Estas visiones no se parecen en nada a los sueños. A veces la visión acontece durante el período consagrado a la meditación, pero otras, también, cuando el que las percibe está ocupado en cualquier cosa.

Un lama *tsipa* (matemático y astrólogo) me ha contado que un día, mientras comía, vio a un *gyud* lama (graduado de una escuela de ritual mágico) amigo suyo, con el que no había tropezado desde muchos años atrás. Aquel lama estaba en pie delante de la puerta de su casa, con un joven *trapa* que llevaba una mochila a la espalda como para marchar de viaje. El muchacho se prosternó a los pies del lama para despedirse, y este último le dijo algunas palabras sonriendo, e indicó, con el dedo, la dirección norte. El *trapa* se volvió entonces hacia aquel lado y se prosternó de nuevo tres veces. Al levantarse, se arregló el *zen*, que se había escurrido cuando se prosternaba, y el *tsipa* se fijó en que uno de los extremos del manto estaba roto. Luego desapareció la visión.

Una semana más tarde, el mismo muchacho llegó enviado por el *gyud* lama que deseaba que su amigo le enseñase diferentes cálculos astrológicos.

El *trapa* contó que en el momento de dejar al lama, después de haberse prosternado, este último le había dicho: «Ya que vas ahora hacia un nuevo maestro, bueno es que le saludes también», y con el dedo señalando al norte, porque la morada del *tsipa* estaba en aquella dirección. El *tsipa* vio también en el *zen* de su discípulo el pedazo roto que había observado en su visión.

Pregunté si el *gyud* había tenido la intención de advertir a su amigo de la visita del discípulo, pero el *tsipa* no pudo

contestarme. El incidente era reciente y no había tenido ocasión de comunicarse con su amigo.

Debo decir que los tibetanos no se apresuran, en general, a indagar sobre un fenómeno psíquico, y esta actitud, por su parte, es un obstáculo para el investigador. Los fenómenos psíquicos se consideran en el Tíbet como hechos poco corrientes, en efecto, pero no lo bastante extraordinarios para suscitar en los que son testigos o escuchan la narración el deseo imperioso de examinarlos críticamente. En realidad, no trastornan en su espíritu, como en el de los occidentales, nociones fijas que interesan a las leyes naturales, ni lo *posible* ni lo *imposible*. La mayoría de los tibetanos, sabios o ignorantes, admiten implícitamente que todo es posible para quien sabe arreglárselas y, por consiguiente, los prodigios que presencian sólo despiertan en ellos sentimientos de admiración por la habilidad del hombre capaz de producirlos.

7. TEORÍAS MÍSTICAS Y ENTRENAMIENTO ESPIRITUAL

El mundo religioso tibetano se reparte, de manera general, en dos grandes divisiones. La primera comprende a los que preconizan la observación de los preceptos morales y las reglas monásticas como medio de salvación; la segunda engloba a cuantos prefieren un método puramente intelectual, librando, al que lo sigue, de toda ley.

Los adherentes a estos dos sistemas distan de estar separados por un tabique estanco. Pocos son los religiosos pertenecientes al primero que no reconozcan que la vida virtuosa y la disciplina de las observancias monásticas, por muy excelentes e indispensables que sean en tantos casos, no constituyen, sin embargo, más que una sencilla preparación para la senda superior. En cuanto a los partidarios del segundo sistema, todos, sin excepción, creen plenamente en los efectos benéficos de la estricta fidelidad a las leyes morales y a las decretadas por los miembros de las órdenes religiosas. Además, todos declaran unánimemente que el primero de los dos métodos es el mejor para la mayoría de la gente. Una conducta pura, la práctica de buenas obras, especialmente la caridad, el desprendimiento de intereses materiales, la paz de espíritu, hacia los cuales la vida monástica inclina al monje, deben conducirle lentamente, pero con gran seguridad, a la iluminación que es la salvación.

El otro método, el que llaman *camino directo*, se considera aventurado en sumo grado. Dicen los maestros que lo enseñan que es como si en lugar de seguir el sendero que rodea una montaña, elevándose gradualmente hasta la cumbre, se intentase llegar hasta ella en línea recta, escalando las rocas a pico y atravesando los abismos en

una cuerda tirante sobre ellos. Sólo un equilibrista excepcional, dotado de inmensa fuerza y refractario en absoluto al vértigo podría tener esperanza de cumplir tal proeza deportiva. Hasta los más aptos pueden temer un desfallecimiento súbito, y entonces sobreviene la caída, el rodar terrible en que el alpinista fanfarrón se rompe los huesos. Por esta imagen entienden los tibetanos una caída espiritual espantosa que conduce a los últimos grados de perversidad y desvarío, a la condición de ser endemoniado.

Tales son las enseñanzas de las dos escuelas según los letrados y los místicos. Pero eruditos y pensadores forman en el Tíbet, como en otras partes, ínfima minoría, y mientras que entre los partidarios de la *regla* se encuentran individuos que llevan una vida vegetativa, en los monasterios, bajo la capa de libertad completa, se cobijan multitud de hombres nada propicias a escalar cimas, pero que son eminentemente pintorescas. Toda la escala de hechiceros, adivinos, nigromantes, ocultistas y magos, desde los más miserables hasta los que ocupan altos puestos sociales, se encuentra entre ellas y nada es más divertido que las originales interpretaciones que conciernen a la *liberación integral* nacidas en aquellos extraños cerebros.

El clero oficial, es decir, los monjes de la secta de *gelups-pas*, comúnmente llamados *bonetes amarillos*, fundada por el reformador Tsong Khapa, es partidario del método de reglas.

Entre las sectas no reformadas o semirreformadas, llamadas *bonetes rojos*, la mayoría de los religiosos regulares pertenecientes a monasterios, sobre todo a los de Sakya-pas y Khagyud-pas, prefieren también, hoy en día, el camino prudente de las reglas. No siempre ha sido así, porque los fundadores de los Khagyud-pas, el lama Marpa y, sobre todo, el célebre asceta poeta Milarespa, eran netamente adeptos del *sendero directo*.

En cuanto a los Sakya-pas, que comenzaron por el mismo período, fueron en su origen magos y en sus monasterios cultivaban especialmente las ciencias ocultas. Aún las cultivan, pero la filosofía les hace ahora competencia entre la flor y nata de los religiosos.

Sin embargo, los verdaderos adeptos del *sendero directo* se encuentran, por lo general, fuera de los monasterios. Son ellos los que pueblan los *tsham-khangs*[82] y viven como anacoretas en los desiertos y en las altas cimas nevadas. Los motivos a que obedecen quienes se vuelven hacia ese sendero de reputación peligrosa son de orden distinto:

Unos esperan hallar la solución de problemas filosóficos que los libros resuelven mal o incompletamente, según ellos. Otros sueñan con poderes mágicos. Algunos presienten que más allá de todas las doctrinas existe un conocimiento más completo, que nuevos aspectos de la existencia pueden ser descubiertos por el que ha desarrollado órganos de percepción más adecuados que nuestros sentidos corrientes, y tratan de adquirirlos. Otros llegan a comprender que todas las buenas obras del mundo son impotentes para librar de la prisión del mundo y del *yo*, y buscan el secreto del nirvana.

Finalmente, un pequeño número de curiosos, medio incrédulos, son empujados por el deseo de experimentar lo que puede haber de cierto en las historias singulares cuchicheadas con motivo de ciertos fenómenos que producen los grandes *naldjorpas*.

Todos esos aspirantes con fines casi siempre imprecisos pertenecen, en su mayoría, a las órdenes religiosas. Sin embargo, no es indispensable. Las ordenaciones monásticas apenas cuentan entre los sectores de doctrinas místicas; para ellos sólo tienen valor las iniciaciones.

Hay una diferencia notable entre el simple monje y el debutante. El primero, llevado al monasterio por sus padres a la edad de ocho o diez años, se queda más bien por

costumbre que por verdadera vocación. El segundo tiene, casi siempre, más de veinte años y obedece a un impulso personal, cuando insatisfecho por la vida monástica ordinaria, solicita su admisión como discípulo de un maestro de la senda mística. Estos comienzos diferentes dejan visible huella en la carrera de los dos tipos de religiosos tibetanos.

La elección de un tutor espiritual, de un *gurú*, como dicen los hindúes, es una cosa de las más serias, porque de esa elección depende la dirección de la vida del joven aspirante a la ciencia secreta. ¡Cuántos, por haber llamado a una puerta que hubieran debido evitar, se han visto arrastrados a aventuras que ni siquiera habían imaginado!

Si el joven monje se contenta con solicitar la dirección espiritual de un lama que habita en el monasterio o en vivienda particular en un lugar apartado, y que no es ni anacoreta ni *extremista* del *camino directo*, su noviciado no será trágico en absoluto.

Durante un período preparatorio, más o menos largo, su maestro tanteará la materia de que está hecho. Puede ser que se contente, más adelante, con explicarle ciertos libros filosóficos, con indicarle el sentido de algunos *kyilkhors* (diagramas simbólicos), enseñándole las meditaciones metódicas a las que sirven de base.

Si el lama lo juzga capaz de ir más adelante, le indicará el programa del desarrollo espiritual.

Los tibetanos lo resumen en tres palabras que indican las etapas:

Tawa (escrito *ltwa*): mirar, examinar.
Gompa (escrito *sgompa*): reflexionar, meditar;
Tcheyeupa (escrito *spyodpa*): consumación y fruto de las dos prácticas anteriores.

Otra enumeración menos corriente repite la misma idea en términos ligeramente distintos:

Teune (escrito *don*): buscar el significado, la razón de ser de las cosas;

Lab (escrito *bslabs*): estudiar ésta en sus detalles;
Gom (escrito *sgom*): reflexionar, meditar sobre lo que ha descubierto;
Togs (escrito *rtogs*): comprender.

Con el fin de que su discípulo pueda dedicarse tranquilamente a las meditaciones y a los otros ejercicios del programa, es casi seguro que el lama le ordenará encerrarse en *tsham* (escrito *mtshams*).

Algunos matices son imprescindibles debido a que esta práctica tiene un papel indiscutible en la vida religiosa de los tibetanos. Primero, conviene indicar que mucha gente recurre a este género de retiro por motivos bastante menos intelectuales que los enumerados más arriba. Júzguese por lo siguiente:

La palabra *tsham* significa barrera, frontera, línea de demarcación. En estilo religioso, *tsham* quiere decir aislarse, rodearse de una barrera que no se debe franquear. Esta barrera es de muchas clases. En lo que se refiere a los grandes místicos, pasa por ser puramente psíquica, sin que ningún obstáculo material necesite elevarse en torno a ellos.

Existen varias especies de *tsham*, y cada una de éstas comprende un número de variedades. Desde el grado de reclusión más suave hasta el más severo, encontramos las formas siguientes:

Un lama, y hasta un piadoso laico, se encierra en su cuarto o en su habitación privada. No sale o sale únicamente para cumplir un acto de piedad, por ejemplo, dar una o más veces la vuelta a un edificio religioso. Según la regla que haya adoptado, el *tsham-pa* puede departir brevemente con miembros de su familia (si es laico o lama casado), con sus criados y con algunos pocos visitantes, a los que se deja ver y que tiene derecho a recibir.

O bien sólo debe ver a las gentes que le sirvan, y si admite un visitante, éste permanece fuera de la pieza

ocupada por el *tsham-pa* y le habla a través de una cortina, sin verle ni ser visto.

Progresando hacia una reclusión más severa, nos encontramos con el *tsham-pa* que no ve más que una persona dedicada a su servicio, con la que no cambia una sola palabra, y escribe las órdenes que da a su sirviente. Con el que renuncia a ver el paisaje que le rodea, o lo que sea, salvo el cielo, y cubre, en parte, la ventana. Con el que la tapa por completo para no ver ni siquiera el firmamento, aunque deja penetrar la luz por la cortina o por el papel colocado tirante sobre el marco. Con el que no ve a nadie; en tal caso, la comida o lo que necesite se deja en una pieza contigua a la suya; el servidor hace una señal al marcharse; el *tsham-pa* entra después, come o coge lo que ha pedido, luego indica, con otra señal, que ha vuelto a su cuarto; o si no, se lleva los alimentos para comerlos en el sitio que le está reservado. En esta categoría, unas veces el *tsham-pa* da sus órdenes por escrito, otras se lo prohíbe a sí mismo, y entonces, sea cual fuere lo que necesite, no puede reclamarlo. Si se olvidasen de llevarle su alimento se resolvería a ayunar.

El *tsham* que se practica en la propia casa no se prolonga generalmente demasiado, sobre todo si la regla es severa. Un año suele ser el máximo de estos retiros. La mayor parte de las veces sólo se trata de tres meses, de un mes y hasta de sólo unos días; los laicos, en particular, no suelen encerrarse más de un mes.

Las reclusiones serias no se realizan en la vivienda habitual, donde, a pesar de todo, el ruido y el movimiento de las gentes dedicadas a sus menesteres profanos atraviesan la delgada *barrera* de la puerta cerrada.

Los monasterios construían casitas especiales para ese uso. Hay diferentes modelos. En unas los reclusos pueden disfrutar por la ventana de la vista del paisaje, mientras que otras están rodeadas de muros que impiden toda visión. Se forma así un pequeño patio, y el *tshampa-pa* puede pasear

y sentarse al aire libre sin ver nada del exterior y sin ser visto.

Frecuentemente, en esta clase de viviendas, el sirviente del *tsham-pa* habita la cocina de la casita, ve a su amo y le habla. En otros casos, vive aparte, en una choza, no ve al recluso ni le habla nunca. Construyen un torno en el muro del *tsham-khang* y por allí el *tsham-pa* recibe su alimento. Generalmente, se limita a una comida diaria, pero le sirven té varias veces.

Sólo los religiosos usan tales viviendas especiales, y con frecuencia viven allí varios años. Tres años y tres meses es un período clásico. Muchos renuevan los períodos varias veces en la vida y algunos se encierran en el *tsham* hasta la muerte.

Existe un grado de severidad mayor que el descrito: el aislamiento en completa oscuridad.

Meditar en las tinieblas es una práctica conocida en la India y en la mayoría de los países budistas. Los birmanos construyen para ello cuartos especiales —he visto diferentes modelos durante mi permanencia en las montañas Saghain—, pero los religiosos no los ocupan más que algunas horas. En el Tíbet, al contrario, hay personas que pasan varios años en tinieblas y algunas hasta se emparedan para toda la vida en esa especie de tumbas.

Algunos de esos *tsham-khangs* especiales son sencillamente muy oscuros y se ventilan corrientemente, pero cuando se quiere oscuridad completa escogen una caverna o edifican una habitación subterránea, donde el aire entra por chimeneas construidas en tal forma que no dejan atravesar la luz.

Cuando la reclusión termina, el *tsham-pa* vuelve a habituar gradualmente sus ojos a la luz. Cuanto más larga haya sido la reclusión tanto más pausadamente dejará ir entrando la claridad. Pueden consagrarse varios meses a esta operación que, de ordinario —no necesariamente—, la hace el mismo recluso. Para ello se abre en la pared del

tsham-khang un agujero como la cabeza de un alfiler, y se va ensanchando, poco a poco, hasta convertirse en una ventanita.

El nombre *tsham-khang* se aplica más especialmente a las casitas construidas en la vecindad de los monasterios; cuando están aisladas en las montañas, en sitios alejados, llevan el nombre de *riteu*. Por poco que se circule en el Tíbet, en los caminos menos frecuentados, se descubren a menudo pequeñas colonias de *riteu-pas*, cuyas minúsculas viviendas se agrupan en el bosque o cuelgan en las vertientes rocosas. El *riteu* no se construye nunca en el fondo de un valle, se encarama siempre alto, en las laderas de la montaña, y la elección del lugar está sometida a reglas especiales. Dos versos tibetanos describen las grandes líneas de la colocación que ha de ocupar:

Gyab rii tag,
Dune rii tso.[83]

O sea, debe apoyarse en la vertiente de la montaña y dominar un lago, o siquiera una corriente de agua. Conviene, también, que desde la ermita pueda contemplarse la salida y la puesta del sol. Aún hay que observar otras reglas, según el fin que persiga el ermitaño.

Los *riteus* formados por cierto número de viviendas ascéticas están ocupados por religiosos que se dedican a la vida contemplativa, o que siguen un entrenamiento espiritual que exige mayor tranquilidad que la que ofrecen los monasterios. Los monjes no viven siempre como reclusos. Van a sacar agua a la fuente o al arroyo cercano, recogen combustible, se pasean en torno a la ermita y se sientan fuera para meditar. La soledad en ciertos lugares es tan grande que no hay razón para aislarse.

No todos los *riteu-pas* son adeptos del *sendero directo*, pero casi todos son, en cierto modo, místicos u ocultistas. Sin embargo, hay entre ellos algunos letrados retirados al desierto, para leer, estudiar o escribir un libro.

En cuanto a los *naldjorpas* convencidos, a los que escalan las pendientes escarpadas del *camino directo* o reinan sobre las cumbres del misticismo tibetano, no se agrupan nunca, viven en cavernas que apenas son viviendas, de difícil acceso, y las soledades más agrestes les parecen poco para satisfacer su sed de aislamiento.

Una idea normal en occidente es la de que el hombre no puede acomodarse a la reclusión y a la soledad completa, porque, al prolongarse en exceso, producen graves trastornos cerebrales que llevan al idiotismo y a la locura.

Esta opinión se funda, probablemente, en lo que concierne a las categorías de individuos sobre quienes se han estudiado los efectos del aislamiento prolongado: guardianes de faros, náufragos o viajeros extraviados en regiones despobladas, presos sometidos al régimen celular, etcétera.

No obstante, las observaciones hechas con este motivo no pueden aplicarse de ninguna manera a los ermitaños del Tíbet. Éstos emergen de su voluntario secuestro perfectamente sanos de espíritu. Pueden discutirse las teorías concluyentes de sus largas meditaciones, pero es imposible poner en duda su lucidez.

El hecho no tiene nada de fantástico. Son gentes preparadas para el aislamiento. Antes de encerrarse en el *tsham-khang* o de marchar a la ermita, han almacenado en su espíritu buen número de pensamientos que les acompañan. Además, el período de retiro, por largo que parezca, no pasa inactivo. Las horas que han dejado de contar, ignorando incluso la división del tiempo en día y noche, se llenan con ejercicios diversos, con trabajo metódico de adiestramiento espiritual, con indagaciones sobre el conocimiento oculto o con meditaciones sobre

problemas filosóficos. En suma, absorbidos por sus investigaciones, por sus inspecciones internas que a veces les apasionan, esos hombres están lejos de hallarse ociosos y no se dan cuenta de su aislamiento.

No he oído decir a un solo ermitaño o *tsham-pa* que hubiese sufrido por la falta de compañía humana, ni siquiera en los comienzos de su retiro, y, generalmente, los que han gozado esa existencia no pueden volver a acostumbrarse a vivir en lugares habitados ni a entablar relaciones sociales.

Contra lo que parece, aun descartando toda idea religiosa, la vida de ermitaño tiene sus satisfacciones. El sentimiento experimentado cuando se cierra la puerta del *tsham-khang*, o cuando desde lo alto de la ermita se contempla la primera nevada en el valle pensando que va a bloquear todo acceso hasta allí, es de una dulzura casi voluptuosa. Pero es preciso haber hecho la experiencia para comprender el atractivo que ejerce ese género de existencia sobre muchos orientales.

Las prácticas de los reclusos en el secreto de sus *tsham-khangs* son muy diversas. No se podría hacer una lista completa, porque son considerables y con toda seguridad nadie las conoce todas.

Aquí y allí se encuentran, en la literatura mística tibetana, descripciones, más o menos extensas, de algunas de ellas; pero la mayoría de las veces son muy reticentes sobre los puntos capaces de interesarnos, es decir, sobre el significado y el objeto de las prácticas. Es indispensable, para informarse convenientemente, oír las explicaciones de los maestros que poseen la enseñanza oral tradicional. Sobre todo, es preciso no contentarse con interrogar a uno solo, porque las interpretaciones varían mucho, no ya según las sectas, sino de un maestro a otro.

Las prácticas recomendadas a los debutantes en la vía mística están, en gran parte, tomadas del tantrismo[84] hindú, importado en el Tíbet por los misioneros de sectas

búdicas tántricas, *Ngags kyi thegpa* y *Dordji thegpa*. Sin embargo, se descubren otros elementos, y el espíritu del sistema parece, de hecho, distinto del que emana del tantrismo tal como nuestros conocimientos, muy rudimentarios aún, nos permiten entrever.

He oído a un sabio lama sostener que las atrevidas teorías sobre la libertad absoluta intelectual y la liberación de todas las reglas que profesan los adeptos más avanzados del *sendero directo*, son un eco debilitado de cierta enseñanza existente desde tiempo inmemorial en el Asia central y en el Asia septentrional. Aquel lama creía firmemente que las doctrinas enseñadas en el transcurso de altas iniciaciones por los adeptos más *extremistas* del *sendero directo* concuerdan perfectamente con las de Buda y que éste las ha preconizado claramente en ciertos pasajes de sus discursos. Sin embargo, añadía, Buda ha comprendido también que, para la mayoría de los hombres, es mejor limitarse a observar las reglas calculadas que contrarrestan los malos efectos de su ignorancia y los conducen por caminos donde no han de temer ninguna catástrofe moral. Por este motivo ha decretado códigos de observancia para uso de laicos y del común de los monjes.

Aquel lama parecía dudar mucho de que Buda fuese verdaderamente de raza aria, suponiendo que tenía antecesores entre los amarillos. En cuanto a su sucesor, el futuro Buda Maitreya estaba convencido de que saldría del Asia septentrional.

¿De dónde había sacado esas ideas? No pude darme cuenta claramente. La discusión es casi imposible con los místicos orientales. Cuando contestan: «He visto eso en mis meditaciones», ya no se les puede sacar más. No obstante, aquel letrado, que había viajado mucho, pretendía que ciertos lamas mongoles participan de su opinión sobre Buda y de su esperado sucesor. No todos los que se enclaustran en los *tsham-khangs* tienen inteligencia superior ni se dedican a meditaciones trascendentales. Muchos se limitan

a repetir millares, y hasta millones de veces, la misma fórmula, un *mantra* sánscrito, la mayor parte de las veces, cuyo sentido no comprenden. Otras el recluso recita un texto tibetano, pero a menudo el significado viene a ser tan oscuro para él como si lo recitase en lengua desconocida.

Una de las fórmulas más populares es la llamada *kyabdo* (escrito *akyabs hgro*), que significa «ir al refugio». Por mi parte, la he salmodiado un millón de veces, cuando recorría el Tíbet disfrazada de peregrina mendiga. La escogí porque, siendo tan conocida, no llamaba nada la atención. Me permitía, absorta en un piadoso ejercicio, esquivar conversaciones pesadas y embarazosas sobre el país de donde venía, el objeto de mi viaje y otros temas peligrosos para guardar el incógnito. El sentido no es nada vulgar. Hela aquí:

> *Me refugio en todos los refugios puros*,
> *¡oh, vosotros padres y madres (antecesores) errantes en la ronda de renacimientos sucesivos, que adoptáis formas distintas de seis clases de seres animados!*
> *Para alcanzar el estado de Buda, libre de temor y de sufrimiento*,
> *dirigid vuestro pensamiento a la iluminación (conocimiento)*.

Otra forma muy conocida de *tsham* consiste en encerrarse en una choza cualquiera, o hasta en su propio cuarto, para repetir cien mil veces esas palabras, prosternándose igual número de veces. Los tibetanos las tienen de dos clases. Una, llamada *te hags tsal*, se parece al *kotu* de los chinos, con la diferencia de que, antes de arrodillarse, se elevan los brazos sobre la cabeza, uniendo las manos al modo hindú, y se bajan otra vez a la altura del talle, con tres pausas

simbólicas. El gesto rápido impide darse cuenta de las pausas. Así saludan —siempre tres veces— a las estatuas en los templos, a los grandes lamas, a los libros y edificios sagrados.

La segunda, llamada *kyang tchags*, se cumple al uso de la India, con el cuerpo completamente echado en el suelo. La reservan para los actos de gran devoción. Es el *kyang tchags* que hay que efectuar al recitar la fórmula mágica arriba mencionada. Como la ceremonia exige que la frente toque el piso o el suelo desnudo, según las condiciones del lugar, la carne se magulla, produce una buena hinchazón y a veces hasta llagas. Todo esto ha de tener un aspecto especial, que reconocen los expertos en la materia para saber si el fruto del *kyabdo* se ha logrado o no.

Si de estos piadosos benditos pasamos a una categoría de *tsham-pas* que se consideran muy por encima de ellos, los vemos adiestrarse en ejercicios de respiración según el sistema del yoga. Consisten en tomar ciertas posturas mientras practican varias maneras de aspiración, de retención de aliento y de espiración.

Los *tsham-pas* hacen estos ejercicios muchas veces completamente desnudos, y la inspección de la forma que toma el vientre durante la retención de aliento es uno de los indicios que permite juzgar el grado de habilidad que adquiere el estudiante.

Además de los resultados físicos que le atribuyen, descritos algunos en el capítulo anterior, los tibetanos aseguran que por la maestría de la respiración se triunfa sobre las pasiones, la cólera y los deseos carnales, dando serenidad, preparando al espíritu para la meditación, despertando energía espiritual.

«El aliento es la cabalgadura y el espíritu el jinete», repiten los místicos del Tíbet, y es importante que una cabalgadura sea dócil. Pero el aliento dirige también la actividad del cuerpo e influye en la del espíritu, de donde se deducen los métodos: el más cómodo es el que aplaca el

espíritu, reglamentando la respiración, y el otro, más arduo, consiste en reglamentar la respiración por medio de la paz de espíritu.

El recluso añade, generalmente, a los ejercicios respiratorios, que repite varias veces al día, la meditación contemplativa, con la ayuda de los *kyilkhores* (escrito *dkylkhor*: círculos).

El *kyilkhor* es una especie de diagrama dibujado en papel o en tela, o grabado sobre metal, piedra o madera. Algunos *kyilkhores* se construyen también con ayuda de banderas minúsculas, lámparas, palos de incienso, *tormas*, recipientes que contienen varias cosas, etc., que forman un microcosmos. Sin embargo, los personajes que figuran en ellos y los accesorios que los rodean no suelen aparecer bajo su aspecto real. Las deidades y los lamas están representados por una pequeña pirámide de pasta llamada *torma*.

Los *kyilkhores* se dibujan también sobre tablas o en el suelo con polvos de colores.

Una de las cuatro escuelas de enseñanza superior de los grandes monasterios (la escuela de *Gyud*) instruye a los monjes en el arte de trazar distintos *kyilkhores*, de los que existe gran variedad. Los *Sakya-pas* tenían algunos con tres metros de diámetro, lo menos. Los dibujaban con polvos de color sujetos por delgadas varillas, que permitían amontonarlos en capas de diferente espesor, formando un dibujo que recordaba los mapas en relieve. Aquellas enormes ruedas estaban cercadas por murallas de madera o cartón de color, con puertas. En los sitios convenientes había lámparas de altar y banderitas.

Los *trapas* que desean llegar a ser guías en esta clase de arquitectura pasan años estudiando las reglas. El menor error en el trazado, en los colores, en el lugar de los personajes o accesorios que los rodean, puede acarrear terribles consecuencias, según los lamas, porque el *kyilkhor* es un instrumentó mágico, un arma que hiere a quien la

maneja torpemente. Hay que advertir que nadie puede construir o dibujar un *kyilkhor* si no posee la iniciación especial que le otorga el derecho, y cada variedad de *kyilkhor* exige su iniciación correspondiente. El *kyilkhor* construido por un no iniciado es cosa muerta, imposible de animar y sin poder. En cuanto al conocimiento del significado simbólico de los *kyilkhores* y el arte de manejarlos sólo pertenecen a una minoría de lamas admitidos a iniciaciones máximas.

Sin necesidad de ahondar en este tema, se comprende que los *kyilkhores* de formas complicadas y de grandes dimensiones no tienen acceso en los *tsham-khangs*. Las construcciones y los dibujos se simplifican mucho; por otra parte, los *kyilkhores* secretos de los místicos son diferentes de los que se ven en las *gompas*.

Al comenzar su educación espiritual, el novicio recibirá, probablemente, de su lama, las instrucciones necesarias para establecer un diagrama destinado a lo que los tibetanos llaman *ten*, es decir, un soporte, un objeto sobre el cual reposa la atención, se fija.

En medio del *kyilkhor* se representa una figura central: deidad o *bodhisatva*; el mundo que se supone habita y los habitantes de este último se imaginarán en torno y estarán materialmente representados por algunas figuras o símbolos que facilitarán la contención.

El debutante tiene que llegar a percibir las distintas imágenes con toda nitidez. Primero se ayudará con descripciones que encuentre en los libros sobre el aspecto de la deidad, su vestido, su actitud, la apariencia de su morada, el lugar que ocupa, etc. Después, poco a poco, la imagen se formará por sí misma cuando el *tsham-pa* se siente enfrente del *kyilkhor*, sin que necesite recordar esos detalles.

Al llegar a ese punto, muchos estudiantes se paran, satisfechos de sí mismos, y el maestro no hace el menor

esfuerzo por retenerlos y demostrarles que apenas han vuelto la primera página del abecé del misticismo.

El estudiante que persevera comienza entonces a animar el *kyilkhor*, que hasta ese momento sólo ha sido una cosa inerte, un sencillo recordatorio.

Los hindúes animan los diagramas mágicos, como a las estatuas de las deidades, antes de rendirles culto. Este rito se llama *prana pratishtha* y tiene por objeto transmitir, por medio de efluvios psíquicos, la energía del adorador al objeto inanimado. La vida infusa en este último se mantiene con el culto diario que le otorgan. De hecho se alimenta por la concentración de pensamiento a que ha dado lugar. Si este alimento de orden sutil llega a faltarle, el alma viviente colocada en él languidece de inanición y el objeto vuelve a ser materia inerte. Es una de las razones por las cuales los hindúes juzgan culpable no cumplir los ritos cotidianos ante las efigies que han animado, a menos que sólo hayan recibido vida limitada para la duración de una ceremonia particular, después de la cual las consideran como muertas y son arrojadas con gran pompa al río sagrado.

Con idéntico método, los tibetanos animan sus *kyilkhores*, mas no para que sean objeto de culto; prescinden de la representación material del *kyilkhor* después de algún tiempo, y éste se convierte en pura imagen mental.

Uno de los ejercicios que se practican generalmente —con ayuda de un *kyilkhor* material o sin ella— durante el período de adiestramiento es el siguiente:

Se evoca la forma de una deidad. La observan primero sola; luego surgen de su cuerpo otras formas, tan pronto idénticas a la suya como diferentes. Los personajes son, a veces, cuatro, pero en algunas meditaciones su número llega a ciento, o más bien son innumerables.

Cuando estas diversas deidades aparecen rodeando por completo a la figura central, poco a poco, una a una, se

reabsorben en ella. Ésta permanece al principio sola, luego comienza a borrarse. Los pies desaparecen primero, y así, lenta y gradualmente, se va borrando todo el cuerpo, hasta que la cabeza se desvanece y queda un solo punto. Puede ser oscuro, de color o luminoso, y los maestros místicos hallan en esta particularidad un indicio que revela el grado de progreso espiritual de sus discípulos. Finalmente el punto se acerca al discípulo en meditación y se absorbe en él. Al llegar a esto hay que observar también la parte del cuerpo por la que parece penetrar.

Sigue a este ejercicio un tiempo de meditación; luego el punto sale del *naldjorpa* y hay que hacer la misma observación anterior. Algunos maestros indican a sus discípulos el sitio en que el punto debe obrar su unión con el cuerpo y salir de él. Este sitio se encuentra, generalmente, entre las cejas. Otros aconsejan, al contrario, que no traten de dirigir la marcha de aquella ilusión y que la observen, sencillamente. También, según los sujetos, preconizan uno u otro de los dos métodos.

Una vez arrojado el punto, se alejará, se convertirá en una cabeza, luego en un cuerpo entero, de donde saldrán otros personajes que se reabsorberán en él, y la fantasmagoría se desarrolla así para volver a empezar tantas veces como el místico lo considere necesario.

En otros ejercicios aparece un loto. Se abre pétalo por pétalo y sobre cada uno de ellos está sentado un *bodhisatva*. Una figura central ocupa el corazón de la flor. Después de abrirse, ésta se vuelve a cerrar, y cada pétalo, al replegarse, lanza un rayo de luz que va a perderse en el corazón del loto. Por fin, cuando este último, a su vez, se cierra, la luz que brota penetra en el religioso que medita. Hay muchas variedades de ese ejercicio.

Otra práctica consiste en imaginar numerosos dioses colocadas en todas las partes del cuerpo, sentadas en la espalda, en los brazos, etcétera.

Muchos aspirantes a las cimas místicas se complacen en esta etapa, y se quedan divirtiéndose con sus visiones en lugar de proseguir el camino. Descritas secamente, como acabo de hacerlo, estas visiones sólo pueden parecer extravagantes, pero acaban por convertirse en un juego atractivo por la diversidad imprevista de las combinaciones que llegan a presentar después de algún tiempo de adiestramiento.

Proporcionan al recluso encerrado en su *tsham-khang* espectáculos muy superiores a los de las maravillas representadas en nuestros teatros. Aun el que conozca su naturaleza ilusoria puede encontrarles encanto; en cuanto al hombre que cree en la realidad de los distintos actores no es raro que permanezca sumergido en su magia.

Pero los ermitaños no han inventado los ejercicios para su recreo. Su verdadero objeto es procurar que el religioso llegue a comprender que el mundo y todos los fenómenos que se nos aparecen sólo son espejismos nacidos en nuestra imaginación.

Del espíritu emergen
y en el espíritu se anegan,

como canta el poeta asceta Milarespa.

Resumiendo, ahí está la enseñanza fundamental de los místicos del Tíbet.

Antes de seguir más adelante en nuestro estudio, bueno será echar una mirada sobre los reclusos que persiguen la obtención de poderes mágicos. Se les puede clasificar en dos grandes categorías.

Una de ellas, la más numerosa, abarca a cuantos desean subyugar a seres poderosos, deidades o demonios, para obligarles a obedecer. Estos aprendices de brujo creen,

desde luego, que las personalidades de los otros mundos, cuyo poder quieren emplear para servir sus deseos, son completamente diferentes de la suya propia.

Hay que estudiar los diferentes tipos, casi siempre muy pintorescos, entre los *ngags-pas*, los hombres de *palabras secretas*. En estos últimos también se pueden estudiar algunos fenómenos psíquicos cuyos protagonistas inconscientes son las propias víctimas trágicas.

Los simples *tsham-pas* de quienes nos ocupamos aquí no se aventuran mucho en el camino de la magia. Su ambición se limita a convertirse en «lama que hace caer o parar, a voluntad, la lluvia y el granizo». Esta profesión goza de fuertes censos anuales que pagan los campesinos para proteger sus cosechas y, además, de un contingente apreciable. Por esa razón, muchos sueñan con ello, se diestran y practican. A pesar de eso, sólo un número limitado de monjes son verdaderamente célebres y gozan de prosperidad brillante.[85]

Los *tsham-pas* que por cualquier motivo aspiran al poder de someter seres de otro mundo, se ejercitan por el método de los *kyilkhores*, aunque existen otros. Aprenden la manera de atraer a estos personajes a la construcción o al dibujo imantados con procedimientos mágicos, para retenerlos prisioneros. Cuando lo han logrado, procuran arrancar al preso, a cambio de su libertad, la promesa de su obediencia y su concurso en la obra que quieren realizar.

Nuestros hechiceros en la Edad Media, y probablemente los hechiceros de todos los países, han empleado procedimientos similares, y debían de conocer, como los del Tíbet, la furia de caer en sus redes, las luchas que habían de sostener contra ellos y los accidentes a que está expuesto el hechicero torpe que deja escapar a su prisionero sin haberle dominado.

La segunda categoría comprende a los que están más o menos convencidos de que sólo su propio poder obra en el

trabajo de magia y crea las formas especiales que momentáneamente necesita, así como fabricamos los instrumentos necesarios para ejecutar cualquier género de esfuerzo.

Los magos de este orden no niegan la autenticidad de los accidentes que sufren sus colegas menos ilustrados y lo explican científicamente. Respecto a ellos, no bastan sus conocimientos de la ciencia de esa hechicería para protegerles completamente.

Podría dar mil detalles sobre los *tsham-pas*, pero tengo que limitarme. Indicaré, finalmente, que la costumbre quiere que el dueño del *tsham-pa* lo instale, cumpliendo ciertas ceremonias, en el lugar donde ha de transcurrir el tiempo de la reclusión. Si ésta es de la especie rigurosa y el religioso recibe su alimento por el torno, la puerta de su celda permanecerá cerrada para su preceptor espiritual, que estampará su sello en ella. En otros casos, el lama instructor visitará de vez en cuando a su discípulo, para averiguar los resultados de su trabajo espiritual y aconsejarle. Por último, si el *tsham* es de clase menos severa, se coloca en la puerta del recluso una bandera en la que están inscritos los nombres de las personas admitidas a verle, para su servicio o para otros motivos conocidos y aprobados por el *gurú*. En el muro del *tsham-khang* donde el monje se encierra para toda la vida plantan, a veces, una rama seca.

Si volvemos ahora la mirada hacia el joven iniciado que en lugar de solicitar la dirección espiritual del lama, miembro regular de monasterio, desea la de un anacoreta contemplativo, el cuadro cambia de aspecto.

Los métodos de enseñanza se tornan extraños y duros hasta la barbarie. Ya hemos visto ejemplos en el capítulo anterior.

La trilogía: examinar, meditar, comprender, que ya he indicado, adquiere fuerza especial en los verdaderos

adeptos del *camino directo*, y el discípulo dirige por completo su actividad intelectual a tales fines. A veces, los medios que se usan parecen extravagantes, pero mirando más de cerca, vemos que el fin que se persigue es perfectamente razonable. También es probable que los inventores de estos métodos conociesen a fondo la mentalidad de su clientela y hayan obrado en consecuencia.

Según Padmasambhava, las etapas del progreso espiritual son las siguientes:

1.ª Leer gran cantidad de libros sobre las diferentes religiones y filosofía. Escuchar discursos de muchos letrados y maestros que profesan teorías diversas. Experimentar por sí mismo numerosos métodos de toda especie.

2.ª Escoger una doctrina entre todas las que se han examinado y rechazar las otras, lo mismo que un águila escoge su presa entre el rebaño.

3.ª Permanecer en situación modesta, tener aspecto humilde, achicarse, no intentar ser uno de los grandes de este universo. Pero detrás de esa fachada de insignificancia, elevar el espíritu muy alto y planear por encima de los honores y de la gloria terrestre.

4.ª Ser indiferente a todo. Obrar como el perro o el cerdo, que comen cuando se les presenta la ocasión. No hacer ningún esfuerzo para obtener o para evitar; admitir lo que venga, riqueza o pobreza, alabanzas o desprecio. No distinguir entre virtud o vicio, gloria o vergüenza, bien o mal. No afligirse, arrepentirse o lamentarse, hágase lo que se haga y, por otra parte, no felicitarse, ni alegrarse, ni enorgullecerse de nada.

5.ª Contemplar sin emoción alguna, con espíritu libre, el conflicto de opiniones y las diversas actividades de los seres. Pensar: «Tal es la naturaleza de las cosas, la manera de ser de las diferentes individualidades». Mirar al mundo como el hombre mira, desde la montaña más alta de la región, los valles a sus pies y las cimas menos elevadas que la suya.

6.ª La sexta etapa no puede describirse: equivale a la comprensión del vacío.[86]

A pesar de esta clase de *programas*, se esforzaría uno en vano por establecer la regular graduación de los múltiples ejercicios educativos inventados por los *padres del desierto* tibetanos. En la práctica esos ejercicios se combinan, y no solamente cada maestro místico tiene su método particular, sino que es raro que dos discípulos del mismo maestro sigan igual camino.

Hay que orientarse en un caos, que es, en suma, la consecuencia del caos de tendencias y de aptitudes individuales que los partidarios de la *vía directa* rehúsan meter en idéntico molde. Libertad es el lema de las altas planicies del «país de las nieves», pero por singular paradoja, los novicios lo aprenden con la más estricta obediencia a sus guías espirituales. Sin embargo, la obediencia exigida sólo comprende las prácticas y la manera de vivir ordenada por el maestro. No hay doctrina impuesta; el espíritu del discípulo permanece libre, dueño de creer, de negar, de dudar, según las inclinaciones que posea.

Oí decir a un lama que el papel de maestro de la *vía directa* consiste, en primer lugar, en *desmontar*, Debe animar a su discípulo a deshacerse de creencias, ideas, costumbres adquiridas y tendencias innatas, de todo lo que ha crecido en su espíritu por efecto de causas cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos.

A falta de poder catalogar ordenadamente los diversos ejercicios espirituales en uso entre los discípulos de los anacoretas, y también porque es imposible conocerlos todos, hemos de contentarnos con considerar algunos, tratando de discernir nosotros mismos cómo cada uno de ellos tiende al objeto final, que es *la completa emancipación*.

Dos ejercicios tienen particular preferencia.

Uno consiste en considerar con atención el movimiento perpetuo del espíritu, sin tratar de ponerle ligaduras. Otro, en parar, al contrario, su vagancia y fijarle para concentrar el pensamiento en un objeto único.

Los dos están prescritos en la iniciación. A veces, exclusivamente uno; después, exclusivamente el otro; más tarde, alternados uno y otro. Por último, los dos ejercicios pueden practicarse en el mismo día o hasta sucederse sin intervalo.

El entrenamiento para adquirir la concentración mental perfecta es preliminar indispensable en todo género meditativo. La razón es obvia, no hay que explicarla. Todos los novicios se ejercitan en ella. Respecto a la observancia del ir y venir del espíritu, sólo se recomienda a los *intelectuales*.

Todos los budistas practican los ejercicios de concentración. En las sectas de los países del sur (Ceilán, Birmania, Siam) usan a veces diferentes aparatos llamados *kasinas*, que son o bien círculos de arcilla cuyo color varía, o una superficie redonda cubierta de agua, o una hoguera que hay que mirar, a través de una pantalla, por un agujero redondo. Se contempla en cualquiera de estos círculos hasta que su imagen se ve tan clara con los ojos cerrados como abiertos. Este procedimiento únicamente tiende a acostumbrarse a concentrar el espíritu y no trata de producir estados hipnóticos como varios autores han creído. Los *kasinas* no son más que un medio entre muchos otros. Los tibetanos consideran perfectamente indiferente la naturaleza del objeto para adiestrarse. El principiante debe preferir el que atrae y retiene más fácilmente su atención.

La siguiente anécdota, conocidísima en el Tíbet, ilustrará el hecho. Un muchacho ruega a un anacoreta que le guíe en la vía espiritual. El último desea que se ejercite primero en la concentración de espíritu. «¿Cuál es tu ocupación ordinaria?», preguntó al aspirante *naldjorpa*. «Guardo los

yaks», contestó. «Bueno —dijo el *gomtchen*—, medita acerca de un *yak*.» El nuevo discípulo se instaló en una caverna acondicionada para vivienda, como tantas del Tíbet, en las regiones frecuentadas por los pastores, y comenzó su aprendizaje. Al cabo de algún tiempo el maestro se dirigió al lugar donde le había dejado en meditación, le llamó y ordenó que saliese. Su discípulo le oye, se levanta y quiere salir del refugio. Pero su *meditación* ha llegado a ser lo que se pretendía: se ha identificado tanto con el objeto al que ha dirigido sus pensamientos, que ha perdido la conciencia de su propia personalidad, y contesta, mientras lucha en la salida de la gruta, como si algún obstáculo lo retuviese: «No puedo salir; *mis cuernos* no me dejan». Se sentía *yak*.

Una de las variedades de los ejercicios de concentración consiste en escoger cualquier paisaje; por ejemplo, un jardín.

Lo miran, lo observan en todos sus detalles. Anotan en el pensamiento las diferentes especies de flores que se encuentran, el modo de estar agrupadas, los árboles, su altura, la forma de las ramas, la diferencia de las hojas, y así sucesivamente, todas las particularidades que se pueden observar. Cuando llegan a formarse una idea tan clara de este jardín que se pueda ver tan claramente con los ojos cerrados como abiertos, se empiezan a eliminar, uno a uno, los distintos detalles del conjunto que representa el jardín. Las flores pierden gradualmente sus colores y sus formas se deshacen; hasta su mismo polvo desaparece. Los árboles se despojan de las hojas, sus ramas se achican, parecen penetrar en el tronco, que se adelgaza y llega a ser una simple línea cada vez más tenue, hasta que se hace invisible. Sólo queda el suelo desnudo, y de éste hay que sustraer también las piedras, la tierra. El suelo desaparece a su vez, etcétera.

Con ejercicios de este género, se llega a eliminar la idea del mundo, de la forma y de la materia; a concebir, sucesivamente, la idea del espacio puro e infinito, luego la de la infinidad de la conciencia, para llegar, después, a la esfera del vacío y a aquella donde no existe ni conciencia ni ausencia de conciencia. Estas cuatro clases de meditaciones son clásicas en budismo; se les da el nombre de meditaciones *sin forma*.

Han elaborado muchos sistemas para conducir a estos estados de espíritu particulares. Tan pronto son éstos fruto de la contemplación o del razonamiento, como, al contrario, se producen otras veces después de una serie de introspecciones minuciosas o por investigaciones y reflexiones que conciernen al mundo exterior. Por último, dicen los tibetanos, hay gentes que llegan a lograrlo de repente, sin la menor preparación, mientras están en un sitio cualquiera y ocupados en cualquier menester.

Otro ejercicio acostumbrado en el adiestramiento místico consiste en considerar cualquier objeto concentrando el pensamiento únicamente en él, de tal modo que no sólo no se vea nada más, sino que tampoco se tenga idea de ninguna otra cosa. Perdiendo, poco a poco, la noción de la propia personalidad, se llega a revestir la personalidad del objeto contemplado, como, en la cita anterior, el hombre que se sentía *yak*. Pero no hay que detenerse ahí. Cuando uno ha llegado a *convertirse* en el objeto que se contempla, es decir, que se sienten las sensaciones especiales que su forma, su dimensión y sus particularidades pueden producir, trata de contemplarse a sí mismo como un objeto externo. Así, quien tome un árbol como objeto de contemplación, olvidará su personalidad humana, tendrá que *sentir* su tronco rígido, sus ramas, el movimiento de éstas, la vida escondida en sus raíces, la subida de la savia, etcétera. Luego, *como árbol* convertido en sujeto, tendrá que contemplar al ser humano convertido en objeto; sentado ante él, considerarlo y examinarlo minuciosamente.

Volviendo a colocar su *conciencia* en el hombre sentado, mirará otra vez el árbol; luego, *como árbol*, contemplará de nuevo al hombre, y este movimiento alternativo de transposición del sujeto y del objeto lo repetirá cuantas veces quiera.

Es un ejercicio que se practica en el interior por medio de una estatuilla, de un bastón llamada *gomching* (madera de meditación) o con una varita de incienso. Encender esta última en la oscuridad más absoluta o en una habitación muy oscura es favorable también para prepararse a la meditación. Esta meditación se llama *niam par jagpá*. Y consiste en conducir el espíritu a una calma absoluta, y la contemplación del minúsculo punto de fuego de la varita de incienso contribuye a proporcionar la paz.

Entre los budistas este uso cuenta con muchos años. Budhagosha, en una de sus obras llamada *Manoratha Purani* habla de la religiosa Utpalavarna, «que tiene el espíritu fijo en la contemplación de su lámpara, cuya contemplación le sirve de peldaño para llegar al conocimiento perfecto».

Las personas que practican la meditación metódica y regularmente, suelen experimentar, después de sentarse en el sitio reservado para ello, la sensación de dejar caer un fardo, de despojarse de un manto pesado y de penetrar en una región silenciosa. Los místicos llaman a esta impresión de liberación y calma *niam per jag pa*, unificar, nivelar, es decir, apaciguar cualquier agitación que levanta olas en el espíritu.

Otro ejercicio, que se practica menos, consiste en desplazar la conciencia en el cuerpo mismo. La explicación es la siguiente:

Sentimos nuestra conciencia en nuestro corazón. Sólo nuestros brazos parecen anexos de nuestro cuerpo; pensamos en los pies como formando parte *alejada* de nosotros; en suma, como *objeto* de un *sujeto* que está al otro lado.

El discípulo se esforzará por sacar a la *conciencia-sujeto* de su domicilio habitual, transportándola, por ejemplo, a su mano. Debe *sentirse* luego una cosa que tenga la forma de cinco dedos y de la palma de la mano, colocada al extremo de una larga atadura (el brazo) que la une a una gran masa moviente (el cuerpo).

Es preciso que sienta la sensación que podríamos experimentar si en lugar de tener los ojos colocados en la cara los tuviésemos en la mano, y ésta, provista de ojos y sede del pensamiento, se levantase y se bajase al final del brazo para examinar la cabeza y el cuerpo, en vez de dirigir los ojos a la mano cuando queremos mirarla, como se hace habitualmente.

¿Cuál es el fin de estas singulares gimnasias? La respuesta que con frecuencia me daban no satisfará probablemente a nadie y, sin embargo, es tal vez la única correcta. Me dijeron los lamas: «El fin es casi imposible de explicar, porque quien no ha obtenido el fruto de los ejercicios no puede entender las explicaciones. Por esta práctica se llegan a experimentar otros estados psíquicos aparte del habitual; se sale de los límites ficticios que asignamos al *yo* y, por consiguiente, se percibe netamente que el *yo* no existe. Uno de ellos aprovechó una observación que le hice como argumento favorable a sus ideas. Mientras hablaba del «corazón como sede del pensamiento y del espíritu», le dije que los occidentales señalaban más bien como tal al cerebro. Mi interlocutor replicó inmediatamente: «Ya ve usted que se puede sentir el espíritu en varios sitios. Puesto que estos hombres tienen la sensación de *pensar en su cabeza* y yo la tengo *en mi corazón*, podemos creer que es posible también sentir *en el pie* la impresión de pensar. Por otra parte, no son más que sensaciones engañosas sin sombra de realidad. El espíritu no está en el corazón ni en la cabeza. Para aprender eso, para no tenerlo prisionero en el cuerpo, son útiles estas prácticas».

En el fondo, estos ejercicios y tantos otros que todavía parecen más extravagantes, tienden, sobre todo, a prescindir de nociones corrientes y rutinarias, a hacer comprender que otras pueden sustituirlas y que nada hay absolutamente cierto en las ideas que formamos según unas sensaciones que se pueden reemplazar por otras.

Una concepción de orden análogo dicta a los adeptos de la secta china *ts'an*[87] frases tan enigmáticas como la siguiente:

«He aquí que una nube de polvo se eleva del mar y el bramido de las olas se oye en la tierra.» Se ha dicho que la doctrina de *ts'an* es «el arte de percibir la estrella polar en el hemisferio austral».

Aquí aparece lo que el ermitaño tibetano me decía del papel del maestro que preside el *desmonte* del espíritu de su discípulo. Con ayuda de las paradojas desarraiga en éste la fe que concedía a las ideas, a las percepciones, a las sensaciones generalmente reconocidas por verdaderas, y no le permite reemplazar éstas por una nueva fe en las nociones paradójicas que le propone. Unas y otras no son más que *relatividad* o pura ilusión.

La pregunta acostumbrada en el Tíbet, que místicos, anacoretas y contemplativos habitantes de los monasterios realizan a los iniciados es la siguiente:

«Una bandera flota al viento: ¿qué es lo que se mueve, la bandera o el viento?»

La respuesta que se considera correcta es que ni el viento ni la bandera se mueven, sino el espíritu.

Los adeptos de la secta *ts'an* remontan el origen de esta pregunta al sexto patriarca de la secta. Según la tradición, éste vio a dos monjes que contemplaban una bandera flotando al viento.

Uno sostenía: «La bandera se mueve», y el otro afirmaba: «El viento es el que se mueve». Entonces, el maestro les explicó que el movimiento no pertenecía, en verdad, ni al

viento ni a la bandera, sino a algo que existía en ellos mismos.

¿Se han introducido estas maneras de pensar en el Tíbet por la India o por la China? Juzgo prudente aplazar la contestación, pero relataré la que me dio un lama de Kham: «Los *benpos* enseñaban esto antes que Padmasambhava viniese al Tíbet». Afirmaciones semejantes nos llevan a la hipótesis de que existía en cierta doctrina filosófica del Tíbet antes de la introducción del budismo. Pero ¿qué crédito hemos de concederlas?...

Dejando a un lado los resultados más trascendentes del ejercicio que consiste en colocar el *espíritu* en cualquier parte del cuerpo, señalaré, además, que se produce un crecimiento notable del calor en dicho sitio, o por lo menos, que se experimenta esa sensación.

Es muy difícil registrar lo que realmente ocurre, porque la idea misma de dedicarse a una investigación cualquiera rompería la concentración y daría lugar a que el *espíritu* volviese a su domicilio ordinario, destruyendo así la causa del calor. Por otra parte, dedicarse a un análisis sobre otra persona es imposible. Los ermitaños y sus discípulos no tienen nada de la mentalidad de los *médiums* que dan sesiones en los países occidentales por una remuneración y admiten que se examinen de manera crítica los sucesos producidos por su intermediario.

El menos importante de los discípulos de un *gomtchen* tibetano se extrañaría mucho si le propusieran semejante cosa. Me parece oír su respuesta: «Me interesa muy poco que crea o no en estos fenómenos —diría—; no tengo el menor deseo de convencerle a usted. Eso está bien para los malabaristas que se exhiben, pero yo no doy representaciones teatrales».

El hecho es que los orientales no hacen gala de sus conocimientos misticofílosóficos o psíquicos. Es sumamente difícil obtener su confianza en este punto. Un viajero a la caza de observaciones puede perfectamente recibir

hospitalidad de un lama, tomar té familiarmente con él durante meses y marcharse creyendo que su huésped es un perfecto ignorante, cuando éste hubiese podido no solamente contestar a todas sus preguntas, sino enseñarle muchas otras cosas en las que ni siquiera había pensado.

Sea cual fuere la historia del calor y de la *sensación de calor* producida por el ejercicio descrito anteriormente, más de una vez, acostada en mi tienda bajo la nieve, me ha calentado los pies y proporcionado un buen sueño. Pero cuando no se está habituado, esta práctica exige tal esfuerzo que resulta fatigosísima.

Para terminar el asunto haré observar que los términos traducidos por *conocimiento, conciencia, espíritu*, no tienen exactamente la misma significación en tibetano que en lenguas romance.

Los tibetanos distinguen hasta once tipos de *conocimiento-conciencia*, y poseen tres términos que precisamos traducir por *espíritu*, aunque cada uno tenga un sentido propio.

Una de las prácticas corrientes empleadas para darse cuenta del grado de concentración del espíritu durante la meditación consiste en colocar una lámpara encendida sobre la cabeza del novicio que va a meditar. Los que viven solos la colocan ellos mismos sobre su cabeza. Por lámpara se entiende un pequeño utensilio de cobre, algunas veces de barro, en forma de copa, montado sobre un pie de ancha base. Llenan estas copas de manteca derretida, después de haber colocado una mecha. La manteca enfriada forma una especie de torta, de donde sale la mecha.

La lámpara se sostiene con facilidad sobre la cabeza mientras se conserva una inmovilidad completa, pero al menor movimiento se cae. Como la concentración perfecta produce esa inmovilidad, su ausencia se prueba al caer la lámpara.

Cuentan que un maestro que había colocado una lámpara sobre la cabeza de un iniciado volvió al día siguiente y le

encontró sentado meditando, pero sin su lámpara, que estaba junto a él, vacía de manteca. Contestando a la pregunta de su maestro, el novicio, que no se había enterado muy bien del objeto del ejercicio, dijo: «La lámpara no se ha caído; sencillamente, la he quitado cuando se apagó sola».

«¿Y cómo ibas a saber que estaba apagada, o que tenías una lámpara sobre la cabeza, si realmente hubieras alcanzado la concentración de espíritu?», replicó el maestro.

A veces, una tacita de agua sustituye a la lámpara. Otras el lama ordena a su discípulo, ya sea en el período de concentración, o antes de éste, o en cualquier momento, que lleve de un lado a otro una taza de agua llena hasta los bordes. El éxito de la prueba consiste en que durante el trayecto no caiga fuera ni una sola gota. Es una manera de registrar el grado de tranquilidad de espíritu. El más mínimo movimiento que se produce en éste determina un movimiento del cuerpo, y la taza, llena hasta el borde, vacila aun con un sencillo estremecimiento de los dedos, dejando caer el agua. La mayor o menor cantidad de agua vertida y el número de veces que se produce determinan el mayor o menor grado de desazón. Tal es la teoría de esta práctica, muy conocida en todo oriente, según creo. Los hindúes cuentan algunas lindas historias acerca de esto. He aquí una:

Un *gurú* tenía un alumno a quien consideraba muy avanzado en la perfección espiritual. Sin embargo, deseando que pudiese recibir un complemento de instrucción de Janaka, el sabio real de gran renombre, le envió a él. Este último dejó al viajero a la puerta de su palacio durante varios días, sin permitirle entrar, y el muchacho, aunque pertenecía a la nobleza, no manifestó el menor disgusto por aquella falta de atención. Cuando, al fin, lo condujeron ante el soberano, se le entregó una taza llena de agua hasta el borde, diciéndole que tenía que dar la vuelta a la sala del trono llevándola en la mano.

Janaka estaba rodeado de un fausto oriental: el oro y las piedras preciosas refulgían en los muros del amplio vestíbulo; los señores de la corte, ostentando espléndidas joyas, se encontraban reunidos en torno a su señor, y las bailarinas de palacio, maravillosamente hermosas y muy ligeramente vestidas, sonreían al joven extranjero mientras pasaba entre ellas. No obstante, recorrió el trayecto sin verter ni una sola gota. No le había conmovido aquel espectáculo que se presentaba ante sus ojos. Janaka le devolvió a su *gurú* diciéndole que nada tenía que enseñarle.

Los tibetanos conocen la teoría de los *khorlos* (ruedas), familiar a los hindúes, de quienes, verosímilmente, la han tomado, aunque en este caso intervienen algunos *benpos* y declaran que una doctrina análoga, «pero sin mezcla de superstición» (estas palabras son de un *benpo* letrado), era conocida por sus antepasados antes de que llegasen misioneros del budismo tántrico.

Sea como fuere, la interpretación de los habitantes del Tíbet difiere en muchos puntos de la clásica en los sectarios del tantrismo hindú.

Los *khorlos* son, según los místicos, centros de energía situados en diferentes partes del cuerpo. Están representados por lotos, cuyo número de pétalos y de color varía. El loto mismo es un mundo que contiene diagramas, deidades, etc. El loto es puramente simbólico, se entiende, y representante de las fuerzas diversas. Las teorías que se refieren a los *khorlos* y las prácticas a que han dado lugar, forman parte de la enseñanza oral ultraesotérica. El principio general del adiestramiento, en el que estos *khorlos* desempeñan un papel, es el de dirigir una corriente de energía hacia el loto superior, el *dab tong* (loto de los mil pétalos), situado encima de la cabeza. Las diferentes prácticas de este adiestramiento tienden a que se utilicen para el desarrollo de la inteligencia facultades espirituales o

poderes mágicos, la suma de energía que, abandonada a su corriente natural, produce manifestaciones animales de orden sexual principalmente.

Los maestros tibetanos que pertenecen a la secta llamada *dzogstchen* (gran cumplimiento) tienen, casi exclusivamente, el monopolio de las prácticas relacionadas con los *khorlos*.

Aun reconociendo cierta utilidad a los diversos ejercicios arriba mencionados y a otros muchos, los adeptos iluminados del *camino directo* no les dan la importancia que se les concede en el adiestramiento yóguico hindú.

Leyendo las obras que tratan de estos temas, o escuchando las explicaciones orales que dan sobre ellos, se nota, a veces, una especie de impaciencia en el maestro que nos instruye. Parece que el lama quiere decir: «Sí, todo eso puede ser muy útil para muchos, probablemente para la mayoría de los estudiantes, pero sólo como gimnástica preparatoria; el objeto está en otro lado; acabemos rápidamente el ejercicio».

La sensación que se recibe así es curiosa y difícil de definir. El dominio del misticismo tibetano se presenta como un campo de batalla en el que luchasen las tendencias de razas, no sólo compuestas de mentalidades diferentes, sino a veces completamente antagónicas.

Un género de adiestramiento espiritual clásico, por decirlo así, entre los místicos tibetanos, es el siguiente:

El maestro, después de haber interrogado al joven monje que solicita su admisión como discípulo, y de haberse asegurado, sometiéndolo a varias pruebas, de que su resolución es sincera y firme, le ordena encerrarse en *tsham* para meditar, tomando como tema de su meditación su *yidam*, es decir, su dios tutelar. Si el neófito no ha escogido aún un *yidam*, le designa uno, y, en general, se celebra un rito para poner en relación al *yidam* y a su nuevo protegido.

Como ya hemos descrito, es necesario que el meditador concentre su pensamiento en el *yidam*, representándoselo

bajo su propia forma y pertrechado de los accesorios que constituyen sus atributos personales, como flor, rosario, sable, libro que se tiene en la mano, collar, peinado, etcétera.

Pertenecen al rito la repetición de ciertas fórmulas y un *kyilkhor* apropiado, cuyo objeto consiste en obtener que el *yidam* se aparezca. Al menos así presenta el maestro el ejercicio al principiante.

Éste no interrumpe su meditación más que en las horas estrictamente necesarias a las frugales comidas (generalmente una sola al día) y al sueño, muy somero. (Normalmente, el *tsham-pa* no se acuesta.

Gran número de lamas *riteu-pas* siguen esta última práctica habitualmente o en períodos de meditaciones extraordinarias.

Existen en el Tíbet unos asientos especiales llamados *gamti* (asiento de cajón) o *gomti* (asiento de meditación); son cajones que miden sesenta centímetros por cada lado, aproximadamente, uno de cuyos lados forma respaldo. En el fondo del cajón se coloca un almohadón donde el lama toma asiento con las piernas cruzadas. Con objeto de permanecer fácilmente en esta postura cuando se duerme, o durante los largos períodos de meditación, el ermitaño usa la *cuerda de meditación* (*sgom thag*). Es una banda de tela que pasa por encima de las rodillas y detrás de la nuca, o sobre las rodillas y la cintura, de manera que sostenga el cuerpo. Para muchos ermitaños transcurren los días y las noches sin acostarse nunca. Dormitan de vez en cuando, sin llegar a dormirse profundamente, y aparte de esos breves momentos de somnolencia, no interrumpen su contemplación.

Meses y hasta años pueden pasar de este modo. De vez en cuando, el maestro se informa de los progresos de su discípulo. Por fin, un día, éste le anuncia que ha llegado al término de su labor. La deidad se ha dejado ver. Generalmente, la aparición ha sido breve, nebulosa. El

maestro declara que es un estímulo, pero no un resultado definitivo. Desea que el novicio pueda gozar de la compañía de su protector más largamente.

El aprendiz *naldjorpa* es de la misma opinión y prosigue sus esfuerzos. Pasa otro largo período. Luego el *yidam* queda *fijo*, si puedo expresarme así. Vive el *tsham-khang* y el joven monje lo contempla constantemente en medio del *kyilkhor*.

«Excelente —contesta el maestro cuando le anuncian esto —, pero hay que merecer mayor favor y poder tocar con la cabeza los pies de la deidad, recibir su bendición, oír palabras de su boca». Las precedentes etapas del adiestramiento han sido fáciles de alcanzar, pero las siguientes son duras. Sólo una pequeña minoría tiene acceso.

El *yidam* acaba por cobrar vida. El recluso que lo venera siente sus pies sobre la frente cuando se prosterna ante él, siente el peso de sus manos sobre la cabeza cuando le bendice, ve que sus ojos se mueven, que sus labios se entreabren, que habla.,, Y he aquí que sale del *kyilkhor*, que se mueve en el *tsham-khang*. Es el momento peligroso. Cuando se trata de los *to-ovos*, los irascibles semidioses o demonios, nunca deben permitir que se escapen del *kyilkhor* cuyas murallas mágicas los retienen cautivos. Libres, se vengarían del que les había obligado a entrar. Ahora bien: se trata de un *yidam*, cuya forma es, a veces, terrible, y que posee un poder temeroso, pero cuya benevolencia consiguen sus fieles. Este personaje puede estar libre en el *tsham-khang*. Más aún: debe salir y por consejo de su maestro el novicio tiene que probar si el dios le acompañará a pasear afuera.

Es otro paso difícil. La forma que aparece y que hasta se mueve y habla en la tranquilidad del *tsham-khang*, normalmente sumido en la penumbra, perfumado de incienso, donde flota la influencia de la concentración del pensamiento que el recluso ha efectuado quizá durante

largos años, esa forma, ¿podrá subsistir en pleno aire, al sol, en un medio tan diferente y expuesta a influencias que en lugar de alimentarla tratarán de disolver?...

Hay nueva eliminación entre los discípulos. El *yidam* de la mayor parte de éstos se niega «a salir con ellos». Se queda agazapado en su sombra o se desvanece y, a veces, se irrita y se venga de las bromas irrespetuosas a que quieren someterle. Algunos discípulos sufren accidentes raros, pero otros triunfan y conservan a su amado compañero, que les acompaña por todas partes.

«Has llegado al fin que anhelabas —dice el maestro al *naldjorpa*, feliz de su éxito—, ya no tengo nada que enseñarte. Has adquirido la protección de un instructor más poderoso que yo.»

Unos dan las gracias y vuelven satisfechos y orgullosos a su monasterio, otros se establecen en una ermita y juegan con su fantasma durante el resto de su vida. Otros, por el contrario, temblorosos y angustiados, se prosternan a los pies del lama y le confiesan una falta espantosa... Han tenido dudas que no han podido reprimir, a pesar de sus esfuerzos. En presencia misma del *yidam*, mientras les hablaba, mientras lo tocaban, han pensado que contemplaban una pura fantasmagoría creada por ellos mismos.

El maestro parece apesadumbrarse por esta confesión. Si es así, el discípulo debe volver a su *tsham-khang* y empezar otra vez el adiestramiento para castigar una incredulidad que no responde al favor insigne que el *yidam* le ha demostrado.

En líneas generales, la fe atacada por la duda no se recupera. Si el respeto inmenso que los orientales tienen por su guía espiritual no contuviese al discípulo, quizá cedería a la tentación de marcharse, porque su larga experiencia lé llevaría a una especie de materialismo. Pero casi siempre se queda. Duda del *yidam*, no de su guía.

Después de varios meses o de varios años, le renueva su confesión. Ésta es más decidida que la anterior. Ya no se trata de ninguna duda; está *convencido* de que el *yidam* ha nacido en su pensamiento, que lo ha creado él.

«Precisamente, eso es lo que había que ver —le dice entonces el maestro—. Los dioses, los espíritus del mal, el universo entero son un espejismo que existe en el espíritu: de él surge y en él se disuelve.»

8. REFLEXIONES

En los capítulos anteriores he señalado ya varios hechos que pueden colocarse en la categoría de los fenómenos psíquicos. Quizá antes de terminar este libro sea conveniente reanudar el tema, porque la fama del Tíbet se debe especialmente a la creencia de que los prodigios florecen allí como las flores del campo en otros lugares.

¿De qué proviene tan singular reputación? Examinémoslo rápidamente, veamos la opinión de los tibetanos frente a los *prodigios* y destaquemos algunos de ellos. Piensen lo que piensen ciertas gentes, estos hechos raros no son muy corrientes, y es bueno recordar que las observaciones condensadas en estas páginas comprenden un período de más de diez años.

La fascinación que ejerce el Tíbet sobre los pueblos vecinos es muy antigua. Mucho antes del nacimiento de Buda, los hindúes se volvían con religioso terror hacia el Himalaya, y circulaban historias extraordinarias sobre la comarca, velada por las nubes, asentada sobre los hombros de sus montañas nevadas.

China parece haber sentido también la atracción de las extrañas soledades tibetanas. La leyenda de su gran místico Lao-tse relata que, al fin de su larga carrera, el maestro, cabalgando en un buey, partió para el «país de las nieves», cruzó la frontera y no volvió a aparecer. Cuentan la misma historia de Bodhirama y de algunos de sus discípulos chinos.

Aun ahora, por los senderos que conducen a los puertos por donde se penetra en el Tíbet, se tropieza con peregrinos hindúes arrastrándose como en sueños, hipnotizados por una visión irresistible. Cuando se les pregunta por la causa de su viaje, la mayoría responde que anhelan morir en suelo tibetano. Con frecuencia, ¡ay!, el clima duro, la altitud, la

fatiga y la falta de alimentación se unen para concederles lo que desean.

¿Cómo explicar el poder magnético del Tíbet? No cabe duda que la reputación de taumaturgos de que gozan los lamas ermitaños es la causa fundamental. Pero falta saber por qué el Tíbet ha sido reconocido especialmente como tierra elegida de las ciencias ocultas y de los fenómenos supranormales.

Se presta mucho, ante todo, la situación geográfica del país, cercado entre cadenas de formidables montañas y de inmensos desiertos.

Los hombres obligados a abandonar amados sueños, incompatibles con el medio prosaico en el que se mueven, se apresuran a transportarlas a regiones ideales más en armonía con ellas. Como último recurso, edifican para ellas jardines en las nubes y paraísos más allá de las estrellas. ¡Pero cuánto mayor aún será su afán de poder alojarlas a su alcance aquí abajo, entre los humanos! El Tíbet ofrece esa ocasión. Presenta todos los caracteres de las tierras maravillosas descritas en los cuentos. No creo exagerado que sus paisajes sobrepasen desde todos los puntos de vista a los que han surgido en el espíritu de los arquitectos fantásticos, constructores de mundos para dioses o para demonios.

Ninguna descripción puede dar idea de la serena majestad, de la grandeza astuta, del aspecto feroz y del encanto hechicero de los distintos paisajes tibetanos. Al recorrer aquellas altas tierras solitarias, siente uno la impresión de ser un intruso. Inconscientemente se acorta el paso, se baja la voz y suben palabras de excusa a los labios, dispuestas a dirigirse al primero que encontremos de los dueños legítimos de aquel suelo que se pisa sin derecho.

La costumbre no ha atenuado entre los indígenas la influencia particular que ejercen las condiciones físicas del Tíbet. Traducidas por su espíritu primitivo, sus impresiones toman las formas de los fantasmas con los que de manera

tan densa han poblado las grandes soledades de su país vecino.

Por otro lado, así como los pastores caldeos echaron las bases de la astronomía observando el cielo estrellado, desde hace largo tiempo los ermitaños tibetanos y los *chamanes* vagabundos han meditado sobre los misterios de las regiones extrañas donde vivían y han observado los fenómenos que encontraban terreno favorable. De su contemplación nació una ciencia extraña y su posesión dio a los iniciados del «país de las nieves» la fama de que gozan desde hace tiempo.

Sin embargo, pese a su situación natural tan bien defendida, el Tíbet no es inaccesible. Puedo hablar con conocimiento de causa. He llegado varias veces a sus mesetas meridionales por diferentes puertos del Himalaya, he viajado durante años por sus provincias orientales y por sus desiertos de hierba del norte, y en mi último viaje he atravesado totalmente el país, desde su extremo sudeste hasta Lasa. Cualquier viajero robusto podría hacer lo mismo, si no fuese por la política que cierra el país a los extranjeros.

Es cierto que, sobre todo desde la introducción del budismo, gran número de hindúes, de nepaleses y más aún de chinos, han visitado el Tíbet, han visto sus parajes extraordinarios y han oído hablar de los poderes supranormales atribuidos a sus *dubthobs* (sabios que poseen poder supranormal). Entre estos viajeros, algunos se han acercado, seguramente, a los lamas y a los *benposmagos* y han oído exponer las doctrinas de los ermitaños contemplativos. Sus relatos, amplificados, como siempre, conforme circulan, sumados a las causas físicas que acabo de mencionar, y quizá a otras menos aparentes, han debido de tejer en torno al «país de las nieves» la atmósfera de magia en que aparece hoy envuelto.

¿Debemos deducir que la fama del Tíbet como tierra donde florecen los milagros, es usurpada? Sería, probablemente, un error tan grande como el de aceptar, sin

controlar, todos los cuentos de los indígenas o los que han surgido más recientemente sobre este asunto del cerebro ingenioso de algunos occidentales bromistas. El mejor camino que debemos seguir es el de inspirarnos en la opinión, más bien inesperada, defendida por los tibetanos en lo que se refiere a los incidentes anormales. Nadie niega en el Tíbet que semejantes hechos acontecen, pero nadie los tiene por milagrosos, en el sentido que el término milagro representa en occidente, es decir, un acontecimiento suprahumano.

Los adeptos avanzados de las doctrinas místicas tibetanas consideran fenómenos psíquicos los hechos que en otros países se han considerado milagrosos o se han atribuido a la intervención arbitraria de seres que pertenecen a otros mundos.

De manera general, los tibetanos distinguen dos clases de fenómenos:

1.° Los fenómenos que se producen *inconscientemente*, ya sea por una persona, ya sea por varios individuos. Si el autor o los autores del fenómeno obran inconscientemente, cae de su peso que este último no tiende a un fin determinado de antemano por quienes lo producen.

2.° Los fenómenos producidos a sabiendas, con el fin de obtener un resultado preciso. Éstos son, casi siempre, aunque no necesariamente, obra de una sola persona. Esta persona puede ser un hombre o bien pertenecer a otra de las seis clases de seres que los tibetanos reconocen como existiendo en nuestro universo. Cualquiera que sea el autor, el fenómeno se produce por los mismos procedimientos. No hay milagro.

Será útil observar de paso que los tibetanos son deterministas. Creen que cada acto de voluntad está condicionado por numerosas causas, cercanas las unas, infinitamente lejanas las otras. No he de extenderme sobre este punto, que está fuera de mi objeto, pero es preciso comprender que, consciente o inconscientemente

producido, el fenómeno se debe a múltiples causas. Primero, a las que han creado en su autor la voluntad de ejecutarlo, o que, sin que se dé cuenta, han puesto en acción fuerzas latentes en él; luego, a las que, independientes del autor del fenómeno, han favorecido la producción de éste.

Las causas lejanas están representadas, generalmente, por su *descendencia*, si puedo emplear ese término que algunos tibetanos usaban durante nuestras conversaciones. Esta *descendencia*[88] se refiere a los efectos que encarnan, por el momento» actos materiales ejecutados en el pasado o a pensamientos antiguos.

Cuando hable de la concentración del pensamiento, será, pues, necesario recordar que, según el sistema que estudiamos, ésta no es absolutamente espontánea, y que el fenómeno del que es causa directa[89] tiene tras sí, en la retaguardia, un sin fin de causas secundarias[90] igualmente indispensables.

El secreto del adiestramiento psíquico, según los tibetanos, consiste en desarrollar una fuerza de concentración de pensamiento muy superior, naturalmente, a la que poseen los hombres mejor dotados.

Los tibetanos aseguran que por medio de esta concentración se han producido ondas de energía. Entiéndase que la palabra *onda* es mía. La empleo para que la explicación resulte más clara y porque, como veremos, se trata de corrientes de fuerza en el pensamiento de los tibetanos. Sin embargo, éstos emplean, sencillamente, la palabra *energía* (*Chugs* o *rtsal*). Enseñan que esta energía se produce cada vez que una acción mental o física tiene lugar. Acción del espíritu, del verbo o del cuerpo, según la clasificación budista. De la intensidad de esta energía y de la dirección que se le da depende la producción de los fenómenos psíquicos.

He aquí diferentes maneras de utilizar la energía engendrada por una potente concentración de pensamiento, según los magos maestros del Tíbet:

1. Un objeto puede *cargarse* con estas ondas como con un acumulador eléctrico, y rendir luego la energía que contiene bajo la forma de cualquier manifestación. Por ejemplo, aumentará la vitalidad de quien entra en contacto con él, le comunicará valentía, etcétera.

Basándose en esta teoría los lamas preparan píldoras, agua bendita y encantamientos de especies diferentes, que se supone protegen contra los accidentes o que conservan la salud. El lama tiene que purificarse, primero, con un régimen alimenticio particular y con la meditación en el retiro; después concentra su pensamiento en los objetos que quiere cargar de fuerza bienhechora. Emplean varías semanas o varios meses en esta preparación. No obstante, cuando se trata solamente de chales o de cordones hechizados los anudan y consagran en unos minutos.

2. La energía transmitida al objeto infunde en él una especie de vida, y se torna capaz de moverse y puede ejecutar actos dictados por quien le ha animado. Recordemos la historia de las *tormas* (tortas rituales) que el lama hechicero de Tranglung envió por los aires a las casas de los aldeanos que le desobedecían.[91]

Dicen que los *ngags-pas* emplean igual medio para perjudicar a otro. He aquí un ejemplo de lo que hacen:

Después de una concentración de pensamiento que dura, quizá, varios meses, el hechicero infundirá en un cuchillo la voluntad de matar a tal individuo. Cuando el *ngags-pas* supone que el instrumento está en estado de cumplir su oficio, lo colocará al alcance del hombre a quien quiere matar, de modo que, infaliblemente, éste se vea obligado a hacer uso de él. Los tibetanos creen que entonces, en cuanto el contacto se establece entre el hombre y el cuchillo, el último se mueve, imprime un movimiento

irresistible en la mano que lo tiene y mata o hiere a la persona contra la que se ha preparado. De este modo la herida parece tener un motivo natural: torpeza o deseo de suicidarse.

Se asegura que cuando el arma está animada es peligrosa para el mago mismo, que si no tiene la ciencia y la habilidad necesarias para protegerse, puede convertirse en su víctima.

No es extraño que el hechicero se sugestione a sí mismo en el transcurso de los ritos tan largos que tal práctica exige y que se produzca un accidente. Según los tibetanos, dejando a un lado las historias de demonios, puede ser un fenómeno parecido al que sucede cuando el mago crea un fantasma y éste se independiza de su autor.

Algunos lamas y *benpos* consideran equivocado creer que el cuchillo se anima matando al hombre que le señalan. Dicen, al contrario, que el hombre sufre la sugestión producida por la concentración de pensamiento del mago y se suicida inconscientemente. Aunque el *ngags-pa*, explican, sólo tiende a animar el cuchillo, el pensamiento del individuo contra quien dirigen el rito y la escena de su muerte futura están siempre presentes en su espíritu. Y como esta víctima puede ser un *receptor* propicio para acoger las ondas psíquicas engendradas por el mago, mientras que el cuchillo inerte no lo es, es ella la que sufre la influencia del *ngags-pa*. Resulta, pues, que cuando el hombre cuya muerte se desea entra en contacto con el cuchillo preparado por el hechicero, se sugestiona, a pesar suyo, y obedece a la sugestión, hiriéndose.

He hecho la narración de esta explicación tal como me la han contado.

Los tibetanos creen además que, aun sin emplear ningún objeto material como intermediario, los adeptos avanzados en ciencias ocultas pueden sugerir, a distancia, la idea de matarse, o cualquier otra idea, a hombres, bichos, demonios, genios, etc. Todos están de acuerdo, sin

embargo, en afirmar que semejante tentativa no puede tener éxito contra el que ha practicado asiduamente el adiestramiento psíquico, porque es capaz de reconocer la naturaleza de las *olas* de fuerzas dirigidas hacia él y rechazar las que juzgue nefastas.

3. Sin la ayuda de un objeto material la energía emitida por la concentración de pensamiento transmite fuerza a distancia, y esta fuerza da lugar a manifestaciones diversas en el sitio adonde ha sido dirigida. Puede, por ejemplo, producir un fenómeno psíquico en ese lugar. Ya se ha dicho algo sobre esto al hablar de los *tulkus*.[*]

Puede penetrar también en el objeto que se le ha designado y verter en él fuerza especial. Es el sistema que emplean los maestros místicos al conferir las iniciaciones a sus discípulos. Las iniciaciones no consisten, para los tibetanos, en la comunicación de una doctrina o de un secreto, sino en una transmisión de poder o de fuerza psíquica, que capacite al discípulo para llevar a efecto la cosa especial en vista de la cual recibe la iniciación. El término tibetano *angkur*, que traducimos por *iniciación*, significa, literalmente, «comunicar el poder».

Esta transmisión de fuerza psíquica a distancia dicen que permite también al maestro sostener y reanimar, en caso necesario, la fuerza física y mental de sus discípulos lejanos.

El procedimiento no tiende siempre a enriquecer el objeto hacia el que la *onda* va dirigida. A veces, al contrario, después de haberlo tocado, vuelve al lugar de donde fue emitida,[92] mas al tomar contacto con el objeto, le saca una parte o la totalidad de su propia energía y, cargada, vuelve a su punto de partida para reabsorberse en el autor del fenómeno. Por eso dicen que algunos magos negros y algunos seres demoniacos llegan por tal medio a prolongar eternamente su vida, a adquirir fuerza física extraordinaria, etcétera.

4. Los tibetanos aseguran que, por la concentración de pensamiento, los hombres ejercitados son capaces de proyectar las formas concebidas en el espíritu y de crear todo género de fantasmas: hombres, deidades, animales, objetos diversos, paisajes, etcétera.*

Estos no siempre aparecen como espejismos impalpables. Pueden ser tangibles y dotados de todas las facultades y cualidades que pertenezcan, naturalmente, al ser animado o a la cosa que representan. Por ejemplo, un caballo fantasma trota y relincha; el caballero fantasma que lo monta puede bajar de su cabalgadura, hablar con un transeúnte en el camino, hacer una comida compuesta de alimentos verdaderos. El perfume de un rosal de rosas fantasmas se extenderá a lo lejos; una casa fantasma cobijará a viajeros de carne y hueso, etcétera. A primera vista, parece que todo lo que precede debe ser catalogado en la categoría de los cuentos de hadas, y se obra cuerdamente tomando como tales el noventa y nueve por ciento de las historias tibetanas que relatan hechos de este género. No obstante, a veces se tropieza con casos que turban; se producen fenómenos que no podemos negar. Queda uno reducido entonces a buscar por sí mismo la explicación, si no se quiere admitir la de los tibetanos. No obstante, las explicaciones tibetanas, por la fuerza vagamente científica que adoptan, constituyen un atractivo más y son, por sí mismas, campo de investigación.

Los viajeros occidentales que se han aproximado a la frontera tibetana y se han formado una opinión superficial sobre las supersticiones de las masas populares, quedarán quizá sorprendidos al saber que ideas tan extrañamente racionalistas y hasta escépticas alimentan a aquellos benditos crédulos en las profundidades de su espíritu.

Nos servirán para ilustrar el tema dos relatos populares del Tíbet. Poco importa que los hechos sean o no auténticos.

Lo que hay que retener es la interpretación del milagro y el espíritu que impregna los relatos.

Un mercader viajaba con su caravana un día de mucho viento. La borrasca le arrebató el sombrero, que fue lanzado entre los espinos.

Los tibetanos creen que trae mala suerte recoger la prenda que cae así durante un viaje; obediente a la idea supersticiosa, el mercader abandonó su sombrero. Era éste de fieltro blando con orejeras de piel. Aplastado entre la maleza y medio oculto por ella, apenas se reconocía su forma. Unas semanas después, al caer la noche, un hombre, al pasar por allí, distinguió una forma imprecisa que parecía escondida. No siendo muy valiente, apresuró el paso y se alejó. Al día siguiente, en la primera aldea por donde pasó, dijo que había visto *una cosa extraña* escondida entre las zarzas a corta distancia del camino.

Pasó el tiempo y otros viajeros percibieron también, en el mismo sitio, un objeto singular que no pudieron definir y hablaron de él en la misma aldea. Y así, sucesivamente, otros más entrevieron al inocente sombrero y llamaron sobre él la atención de las gentes del país.

Entretanto, el sol, la lluvia y el polvo, haciendo de las suyas habían cambiado el color del fieltro y las orejeras tiesas se parecían vagamente a las orejas peludas de algún animal. El aspecto del harapo era, por lo tanto, mucho más peculiar.

Ya se advertía a los viajeros y a los peregrinos que paraban en aquella aldea que en el linde del bosque una *cosa*, que no era ni hombre ni animal, estaba emboscada y que convenía precaverse. Algunos sugirieron que podía ser un demonio, y pronto el objeto anónimo ascendió al rango de diablo. Todo el mundo acabó comentando lo del *demonio* agazapado en el bosque ya que cuantas más personas veían el viejo sombrero, más se extendía el rumor.

Y sucedió un día que unos viajeros vieron que el harapo se movía; otro día pareció querer librarse de las zarzas que lo

aprisionaban y, finalmente, persiguió a los que pasaban, que, locos de terror, huyeron velozmente.

El sombrero se había *animado* por efecto de tantos pensamientos concentrados en él.

Aseguran que esta historia es verídica y la dan como ejemplo del poder de concentración de pensamiento, aun efectuado inconscientemente y sin tender a un fin.

La segunda historia tiene todo el aire de haber sido inventada por un burlón descreído para mofarse de los devotos. Sin embargo, no es cierto. En el Tíbet nadie encuentra motivo para reírse o indignarse. El hecho se acepta como expresión de la realidad que concierne a todos los cultos, donde el objeto venerado no vale más que por la veneración que le demuestran y no tiene más poder que el que sus mismos fieles le han adjudicado con la concentración de sus piadosos pensamientos y de su fe.

La anciana madre de un mercader que iba todos los años a la India, pidió un día a éste que le trajese una reliquia de tierra santa (la India, cuna del budismo, es la tierra santa de los tibetanos). El mercader prometió cumplir el encargo, pero preocupado con sus asuntos, lo olvidó. La vieja tibetana tuvo un disgusto, y al año siguiente, cuando la caravana de su hijo se puso de nuevo en marcha hacia la India, le hizo prometer una vez más que le traería la reliquia. Éste lo prometió y no se acordó. Y lo mismo pasó un año después. Mas la tercera vez el mercader recordó el deseo de su madre antes de llegar a su casa y se afligió realmente al pensar en el disgusto que tendría la piadosa mujer. Mientras reflexionaba sobre cómo arreglaría el asunto, sus ojos se posaron en un trozo de mandíbula de perro que yacía en la orilla del camino. Tuvo una inspiración súbita. Arrancó un diente de la osamenta reseca, le quitó el polvo que lo cubría y lo envolvió en un trozo de seda. En su casa presentó aquel hueso a su madre como un diente del gran Sariputra,[93] reliquia preciada.

Loca de alegría y llena de veneración, la buena mujer colocó el diente en un relicario sobre un altar. Todos los días le rendía culto, encendiendo lámparas y quemando incienso. Otros devotos se unieron a ella y, después de algún tiempo, el diente del perro, proclamado santa reliquia, despidió rayos luminosos. De esa historia ha nacido este refrán tibetano:

Meu gus yu na
Khyi so eu toung.

O sea, de la veneración surge la luz hasta de un diente de perro.[94]

Como se ha podido ver en la presente obra, las teorías de los lamaístas que se relacionan con cualquier fenómeno son, en el fondo, idénticas. Todas se basan en el poder del espíritu, y esto no es más que lógica, por parte de las gentes, que, en su mayoría, consideran al universo, tal como lo vemos, como una visión subjetiva.

El poder de volverse invisible a voluntad, exhibido por numerosos magos en los cuentos de todos los pueblos, los ocultistas tibetanos lo atribuyen, finalmente, al cese de la actividad mental. No es que las leyendas omitan citar los medios materiales que produce esa invisibilidad. Entre ellos está el famoso *dip ching*, madera fabulosa que esconde en su nido una especie particular de cuervos. El más pequeño fragmento de ésta asegura la invisibilidad perfecta al hombre, al animal o al objeto que lo lleva, o del que está cerca. Pero los grandes *naldjorpas*, los *dubtchens* eminentes, no necesitan ningún instrumento mágico para obtener este resultado.

Por lo que he llegado a comprender, los novicios en el adiestramiento psíquico no consideran el fenómeno como los profanos. Si hemos de hacerles caso, parece que no se

trata en modo alguno de escamotearse, aunque el vulgo imagine en esa forma el prodigio. Lo que hace falta es conseguir no despertar la menor sensación en los seres animados que estén próximos. De ese modo se pasa inadvertido, y aun cuando haya menos perfección en el fenómeno, apenas se dan cuenta de su paso, llegan a no provocar reflexiones y no dejan la menor impresión en la memoria de aquellos con quienes tropiezan.

Las explicaciones que he conseguido sobre el tema pueden traducirse del modo siguiente: cuando se avanza haciendo mucho ruido, muchos gestos, tropezando con las personas y las cosas, se determinan muchas sensaciones en gran número de individuos. Se despierta la atención en los que las sienten y las dirigen hacia el autor. Al contrario, si se anda despacio, en silencio, apenas se despiertan sensaciones, éstas no son fuertes, no llaman la atención en aquellos que las experimentan y, como consecuencia, se pasa inadvertido.

Sin embargo, por inmóviles y silenciosos que permanezcan, el trabajo del espíritu engendra una energía que se derrama en torno del que la produce, y esta energía es sentida de distintas maneras por quienes entran en contacto con ella. Logrando suprimir todo movimiento del espíritu, no despiertan sensaciones en derredor y son como invisibles.

Pareciéndome esta teoría demasiado arriesgada, insinué que, a pesar de todo, el cuerpo material tendría que verse. La contestación fue la siguiente: *vemos* en cada instante un número considerable de objetos, pero aunque todos esten a nuestra vista, sólo *notamos* un número restringido de ellos. Los otros no producen ninguna sensación en nosotros; ningún *conocimiento-conciencia* sigue al contacto visual; no recordaremos que ese contacto ha tenido lugar. De hecho, aquellos objetos han permanecido invisibles para nosotros.

Si hubiésemos de creer todas las historias o dar fe a los relatos de cuantas personas aseguran haber presenciado materializaciones, éstas serían frecuentes en el Tíbet, pero conviene siempre, en materia semejante, conceder amplio margen a la exageración y a las habladurías. Muchos han de ser los que al oír hablar de un milagro no puedan resistir a la tentación de jactarse de haber contemplado otro más extraordinario aún. También hay que tener en cuenta la sugestión colectiva y la autosugestión. Sin embargo, a pesar de todas las reservas respecto a la frecuencia de estos fenómenos, me sería difícil negarles por completo la existencia.

Las materializaciones,[95] como los tibetanos las describen y como yo misma he podido verlas, no se parecen a las que, según dicen, han sido observadas en las sesiones espirituales. En el Tíbet, los testigos de fenómenos no han sido especialmente convocados para tratar de obtener éstos; no tienen, pues, el espíritu preparado y dispuesto a verlos. No hay mesa donde los presentes pongan las manos, no hay *médium* en trance, ni cuarto oscuro en el que el *médium* se encierre. La oscuridad no es precisa: el sol y el aire libre no perjudican a las apariciones.

Como ya hemos dicho, algunas de estas apariciones se crean voluntariamente, sea de manera instantánea —si el autor del fenómeno tiene suficiente fuerza física—, sea por un procedimiento muy lento del género descrito en el capítulo anterior a propósito de la objetivación de un *yidam*.

En otros casos, el autor del fenómeno produce éste involuntariamente y no tiene conciencia de la aparición que otros contemplan. A veces, la aparición consiste en una forma idéntica a la del autor de la materialización, y en este caso los que de una manera u otra creen en la existencia de un *doble* etéreo verán una manifestación de este último. Pero múltiples *dobles* del autor del fenómeno aparecen, a veces, simultáneamente y, en ese caso, es difícil atribuir las

apariciones a la existencia de un *doble* único. Otras veces la forma o las formas creadas no tienen ninguna semejanza con quien las produce.

Relataré unos cuantos fenómenos de que he sido testigo con otras personas:

1. ° Un muchacho que estaba a mi servicio se fue a ver a sus padres. Le había dado tres semanas de permiso, después de las cuales tenía que comprarme provisiones y contratar porteadores para transportar los fardos por la montaña. El que se divertía entre los suyos, prolongó la ausencia. Habían transcurrido cerca de dos meses sin que apareciese. Creí que me había dejado definitivamente. Una noche soñé con él. Le vi vestido de una manera que no le era habitual y con un sombrero de forma europea que nunca había llevado. Al día siguiente uno de mis criados vino corriendo: «Uangdu llega —me dijo—; acabo de verlo».

Curiosa coincidencia. Salgo para ver llegar al viajero. El sitio en que me encontraba dominaba un valle. Vi claramente a Uangdu vestido exactamente como en mi sueño. Estaba solo y subía el camino en zigzag sobre la vertiente de la montaña.

Hice la observación de que no traía equipaje, y el sirviente que estaba a mi lado dijo:

—Uangdu se habrá adelantado a los porteadores.

Otros dos hombres vieron también a Uangdu subiendo la montaña. Mi criado y yo continuábamos mirando cómo se acercaba, cuando llegó cerca de un pequeño *cherten*. Formaba la base de éste un cubo de albañilería de 80 centímetros, aproximadamente, de lado, e incluyendo su parte superior hasta la cúspide de la aguja final, todo el monumento no medía más de dos metros. Estaba construido, en parte, de piedra, en parte apisonado y completamente macizo, sin ningún hueco.

El chico pasó por detrás del *cherten* y no volvió a salir.

No había en aquel lugar ni árboles, ni casas, ni repliegues del terreno, sólo aquel *cherten* aislado. Primero, el criado y

yo supusimos que Uangdu se había sentado a la sombra del pequeño monumento. Luego, viendo que el tiempo pasaba sin que reanudase la marcha, exploré los alrededores con mis gemelos. No vi a nadie.

Por orden mía, dos de mis criados fueron en busca de Uangdu. Seguí su marcha con mis prismáticos. No descubrieron anadie.

El mismo día, a las cinco de la tarde, Uangdu apareció en el valle a la cabeza de su pequeña caravana. Traía el traje y el sombrero que le había visto primero en sueños y luego en la aparición.

Sin mencionarles esta última, sin darles tiempo a hablar con mis criados, interrogué a los mozos y a Uangdu. Resultó del interrogatorio que todos habían pasado la noche en un sitio demasiado alejado para que ninguno de ellos hubiese podido llegar a mi casa por la mañana, y que, por otro lado, Uangdu había caminado continuamente con los aldeanos.

En las semanas siguientes al incidente pude comprobar la exactitud de las declaraciones que me habían hecho, procediendo a una encuesta en los últimos pueblos donde tuvo lugar el relevo de los porteadores. Se pudo comprobar que los hombres dijeron la verdad, habiendo hecho la última etapa entera acompañados de Uangdu.

2. ° Un artista tibetano que se complacía en pintar deidades terribles y les rendía asidua veneración, entró una tarde en mi casa.

Detrás de él distinguí la forma un tanto nebulosa de uno de los personajes fantásticos que figuraban con frecuencia en sus lienzos.

La estupefacción me obligó a hacer un gesto brusco y el pintor se adelantó extrañado para preguntarme el motivo. Observé que el fantasma no seguía su movimiento. Rápidamente aparté a mi visitante y di algunos pasos hacia la aparición alargando el brazo. Tuve la impresión de tocar algo sólido que cedía a la presión. El fantasma desapareció.

Contestando a mis preguntas, el artista me confesó que evocaba desde hacía varias semanas al personaje que había entrevisto y que ese mismo día acababa de trabajar largamente en un cuadro que lo representaba.

Resumiendo, todos sus pensamientos se concentraban en el dios a quien quería convertir en siervo. El propio tibetano no había visto al fantasma.

3. ° El tercer incidente singular parece pertenecer a la categoría de los fenómenos producidos de modo voluntario.

En aquella época acampaba cerca de Punang un *riteu*, en el Kham. Una tarde estaba con mi cocinero en una choza que me servía de cocina. El muchacho pedía provisiones. Le dije: «Ven conmigo a mi tienda, tomarás de los cajones lo que necesites».

Salimos, y al acercarnos a mi tienda, cuyas cortinas estaban abiertas, vimos los dos al lama superior del *riteu* sentado en una silla plegable, junto a la mesa. No nos extrañó, porque aquel lama me visitaba con frecuencia. El cocinero me dijo en seguida: «*Rimpotché* está ahí, tengo que volverme a hacer té para él, cogeré las provisiones más tarde».

Contesté: «Es verdad, prepara té rápidamente».

El sirviente se fue y yo continué avanzando. Al llegar a pocos pasos de mi tienda me pareció que un velo de bruma diáfana, extendido ante ella, se apartaba dulcemente. El lama había desaparecido.

Poco después, el sirviente volvió trayendo el té. Se sorprendió al no encontrar al lama, y para no asustarlo, le dije: «*Rimpotché* sólo tenía que decirme dos palabras, está ocupado y no ha tenido tiempo de quedarse».

No dejé de hablar al lama de esta visión, pero se limitó a sonreír burlonamente sin querer darme explicaciones.

La creación de un fantasma, como hemos visto en el capítulo anterior a propósito del *yidam*, tiene dos objetos: el objeto elevado, que consiste en enseñar al discípulo que no

existen más dioses que los creados por su pensamiento, y el objeto, más interesado, de crear la propia protección.

¿Cómo protege el fantasma a su propio creador? Apareciéndose en su lugar. Es una práctica corriente. Todas las mañanas el lama que está iniciado se reviste de la personalidad de su dios tutelar (podría revestirse de otra si lo desease) y suponen, entonces, que los seres malévolos, en vez de verlo como hombre, lo ven como un dios de aspecto terrible que los pone en fuga.

Es difícil que quienes practican muy seriamente todas las mañanas el rito que consiste en revestir la forma de su *yidam*, sean capaces de exhibir ésta. No sé si logran engañar a los demonios, pero ciertamente no engañan a los humanos. Sin embargo, me han contado que algunos lamas se habían aparecido de repente bajo el aspecto de ciertos personajes del panteón lamaísta.

En cuanto a los magos, sólo ven en la creación de un *tulpa* (fantasma) un medio de proveerse de un instrumento que ejecute sus voluntades. Y en ese caso el fantasma no es necesariamente un dios tutelar, sino cualquier ser u objeto inanimado propicio a sus designios.[96]

Una vez formado, dicen los ocultistas tibetanos, este fantasma tiende a liberarse de la tutela del mago. Viene a resultar un hijo rebelde y cuentan que se producen luchas entre el mago y su criatura, dramáticas a veces.

Citan también casos en los que el fantasma va a cumplir una misión, no vuelve y continúa sus peregrinaciones como un títere semipensador y semiinconsciente. Otras veces es un drama la operación de disolverlo. El mago trata de destruir su obra y el fantasma se empeña en conservar la vida que le han infundido.

Todos estos cuentos dramáticos de *materializaciones* en rebeldía, ¿son pura imaginación sólo? Es posible. No aseguro nada, me limito a relatar lo que he sabido por

gentes que me han merecido fe en otras ocasiones, aunque ellas mismas pueden ilusionarse.

En cuanto a la posibilidad de crear y de animar un fantasma, casi no puedo ponerlo en duda. Incrédula de ordinario, quise ensayar la experiencia yo misma, y para no dejarme influir por las formas impresionantes de las deidades lamaístas, que tenía casi siempre ante mis ojos en cuadros y en estatuas, escogí un personaje insignificante: un lama bajo y rechoncho, de tipo inocente y jovial. Al cabo de unos meses el buen hombre había tomado forma. Poco a poco se *fijó* y vino a ser una especie de comensal. No esperaba a que pensase en él para aparecer, sino que se dejaba ver en el momento en que mi espíritu estaba ocupado en otra cosa. La ilusión era, sobre todo, visual, pero llegué a advertir como si la tela de un traje me rozase y a sentir la presión de una mano sobre mi hombro. En aquel momento no estaba encerrada, montaba a caballo todos los días, vivía bajo mi tienda y gozaba de excelente salud, según mi feliz costumbre.

Gradualmente se operó un cambio en mi lama. Los rasgos que le habían adjudicado se modificaron: su cara, mofletuda, adelgazó y tomó una expresión vagamente burlona y perversa. Se volvió más inoportuno. En una palabra, se me escapaba. Un día, un pastor que me traía manteca, vio al fantasma y le tomó por un lama de carne y hueso.

Debía de haber dejado que el fenómeno siguiese su curso, pero aquella presencia insólita empezaba a enervarme. Se convertía en una pesadilla. Me decidí a disipar una alucinación de la que no era plenamente dueña. Lo conseguí, pero después de seis meses de esfuerzo. Mi lama era de vida recia.

No es sorprendente que haya llegado a alucinarme voluntariamente. Lo interesante en esos casos de *materialización* es que otros ven la forma creada por el pensamiento. Los tibetanos no están de acuerdo sobre la

explicación de este fenómeno. Unos creen que existe realmente la creación de una forma material, otros únicamente ven un caso de sugestión: el pensamiento del creador del fantasma se impone involuntariamente a otro y le hace ver lo que él mismo ve.

A pesar de la ingeniosidad desplegada por los habitantes del Tíbet en su deseo de encontrar una explicación racional a todos los prodigios, algunos de éstos permanecen ininteligibles, ya porque sean puras invenciones, ya por otras causas.

Así admiten, generalmente, que los místicos avanzados no deben necesariamente morir de modo ordinario, sino que pueden, siempre que lo deseen disolver su cuerpo sin dejar rastro. Cuentan que Restchungpa desapareció de esa manera, y que la esposa de Marpa, Dagmedma, se incorporó a su marido durante una meditación particular.

No obstante, estas tradiciones cuyos héroes vivían hace siglos se nos aparecen como puras leyendas. El hecho siguiente, de fecha relativamente cercana, despertará nuestro interés, tanto más cuanto que, en lugar de haberse producido en una ermita solitaria, el prodigio aconteció, según dicen, en pleno día y ante centenares de testigos.

Me apresuro a declarar que no me encontraba entre ellos y es fácil imaginar cuánto lo lamento. Mis informes proceden de personas que aseguran haber visto el fenómeno. El único lazo que me liga con el prodigio es que he conocido al que dan por héroe del mismo.

Éste era, como anteriormente he contado, uno de los guías espirituales del Trachi Lama. Le llamaban Kyongbu *rimpotché*. Durante mi estada en Jigatzé estaba ya viejo y vivía como ermitaño a algunos kilómetros de la ciudad a la orilla del Yesru Tsangpo (Brahmaputra). La madre del Trachi Lama le veneraba mucho, y mientras estuve con ella escuché varias historias extraordinarias sobre él.

Decían que, a medida que los años pasaban, el sabio y santo asceta disminuía de talla.

Es signo de alta perfección espiritual, según los tibetanos, y hay muchas leyendas sobre los místicos magos que, habiendo sido hombres de gran estatura, fueron reduciéndose gradualmente a proporciones diminutas y finalmente desapareciendo.

Cuando se empezó a hablar de la consagración de la nueva estatura de Maitreya, el Trachi Lama manifestó el deseo de que Kyongbu *rimpotché* procediese a la ceremonia, pero éste declaró que moriría antes que terminasen el templo donde estaba la estatua. El Trachi Lama pidió al ermitaño que retratase su muerte para poder consagrar el templo y la estatua.

Tal ruego puede parecer extraño a un occidental, pero concuerda con la creencia tibetana de que los grandes místicos tienen el poder de escoger la hora de su muerte.

El ermitaño, cortés con el afán del Trachi Lama, prometió que oficiaría cuando llegase el momento de la consagración.

Al año de dejar yo Jigatzé, terminaron el templo y la estatua y fijaron entonces la fecha para la solemnidad de su consagración. Llegó el día y el Trachi Lama envió una estupenda silla de manos y una escolta a Kyongbu *rimpotché* para traerle a Trachilhumpo.

Los hombres de la escolta vieron que el ermitaño se metía en la silla de manos, la cerraron y emprendieron la marcha.

Entretanto, miles de personas se habían reunido en Trachilhumpo para asistir al ritual. Cuál no fue su sorpresa cuando vieron llegar a Kyongbu *rimpotché* solo y a pie. Atravesó el templo en silencio, avanzó hacia la gigantesca estatua, se acercó hasta tocarla y, lentamente, penetró en ella.

Poco después llegó la silla de manos rodeada de su escolta. Abrieron la portezuela... Estaba vacía.

Aseguran muchos que no han vuelto a ver al lama desde ese momento.

Cuando me relataron el prodigio en Lasa me pareció que sobrepasaba a toda imaginación. Me interesaba particularmente, porque había conocido al ermitaño, había visto el lugar donde se operó el fenómeno y había sido informada, de modo directo, de las circunstancias que le habían precedido; es decir, el ruego del Trachi Lama y la promesa de Kyongbu *rimpotché* de retrasar el momento de su muerte.

Ardía en deseos de trasladarme a Jigatzé para informarme de los últimos días del lama y tratar de encontrar su tumba, si verdaderamente había muerto.

Pero Yongden y yo vivíamos en Lasa disfrazados y no podíamos esperar conservar aquel incógnito en Jigatzé, donde uno y otro éramos muy conocidos. Ser desenmascarados equivalía a ser conducidos inmediatamente a la frontera, y tenía empeño, después de mi estada en la capital del Tíbet, en visitar las tumbas de los antiguos reyes y otros monumentos en la provincia de Yarlung. Tuve que renunciar, pues, a mi encuesta.

Pero antes de abandonar el Tíbet, Yongden halló ocasión de hacer algunas preguntas sobre el milagro de Jigatzé a hombres que parecían capaces de hacer luz sobre el tema.

Por desgracia, el acontecimiento databa de cerca de siete años. Se habían producido desde entonces muchas mudanzas en la provincia de Tsang y se habían registrado distintos prodigios relacionados con el Trachi Lama en el momento de su fuga del Tíbet. Además la atmósfera no era favorable a las gentes y a las cosas de Tsang. Los hombres que ocupaban una posición social privilegiada se habían vuelto de una extremada reserva, sobre todo en lo que pudiese exaltar la personalidad del gran lama desterrado o favorecer el prestigio de la estatua cuya construcción, según rumor público, había despertado la envidia de la corte de Lasa.

Reunimos las siguientes opiniones:

Kyongbu *rimpotché* había creado un fantasma idéntico a sí mismo, el que, entrando en la silla de manos, se había comportado conforme al relato en el templo de Maitreya. Aquel fantasma se desvaneció al tocar la estatua, según la combinación del mago lama, que durante ese tiempo, quizá, no se había movido de su ermita.

O bien, desde su retiro, el lama había sido capaz de provocar una alucinación colectiva en el gentío reunido lejos de él.

Otros insinuaron que Kyongbu *rimpotché* estaba ya muerto cuando se produjo el milagro, pero había dejado tras sí un *tulpa* (fantasma), creación suya, para trasladarse a Trachilhumpo.

Esto me hizo recordar lo que un discípulo de Kyongbu *rimpotché* me había dicho un día: que por medio de cierto género de concentración de espíritu podían prepararse fenómenos con vistas a futuros acontecimientos. Si la concentración tenía éxito, la serie de acciones requeridas se desarrollaba mecánicamente, sin que la cooperación del mago fuese ya necesaria. Hasta en muchos casos, añadía el lama, el mago es incapaz de deshacer su obra y de impedir que el fenómeno se produzca en el tiempo determinado, porque la energía que ha engendrado y dirigido está fuera de su control.

Mucho más podría decirse sobre los fenómenos psíquicos del Tíbet.

Las conclusiones, difíciles de extraer en «el país de las nieves», de un solo observador son incompletas.

Lejos de mi pensamiento la idea de hacer un curso de magia o de predicar cualquier doctrina sobre los fenómenos psíquicos. Mi objeto ha sido, sencillamente, dar una idea de la manera como se enfocan, en un país de los menos conocidos del mundo, ciertos hechos que pertenecen al campo de los estudios psicológicos.

Me alegraré mucho si el presente libro puede inspirar a algunos sabios, más calificados que yo para semejante tarea, el deseo de emprender serias investigaciones acerca de los fenómenos que he mencionado brevemente.

Me parece que el estudio de los fenómenos debe inspirarse en el mismo espíritu que cualquier otra investigación científica. Los descubrimientos que puedan hacerse en este campo no tienen nada milagroso, nada que pueda justificar las creencias supersticiosas y las divagaciones a que, por parte de tantos, han dado lugar. Este estudio pretende desentrañar el misterio de los supuestos milagros, y un milagro explicado, deja de ser un prodigio.

---

notes

Notas a pie de página

1 En el libro *Viaje de una parisiense a Lasa*.

2 El *Gyatcher rolpa*, traducido por Eduardo Foucaux, profesor del Collège de France.

3 Literalmente, «el que ha alcanzado la serenidad perfecta», pero en términos generales, un asceta místico.

4 Indígena de Bután.

5 Lama de estirpe superior, al que los extranjeros llaman «buda viviente» (véase pág. 114).

6 El bardo *Tod tol*.

7 Deidades femeninas de las que hay varías categorías. Los tibetanos les dan el título de *madres*. Enseñan a sus fíeles las doctrinas místicas.

8 Apóstol del Tíbet en el siglo viii. Padmasambhava era un mago que perteneció a la secta de aquel budismo degenerado llamado budismo tántrico; pero nada prueba que fuese intemperante, como algunos quieren hacer creer para justificar su borrachera.

9 Situada en Jigatzé, capital de la provincia de Tsang.

10 «Señor», con cierto matiz de mayor respeto, que lo hace, más bien, equivalente al *sir* de los ingleses, indicando un rango social superior al de *mister*.

11 *Tse hdas kyi rnamches thog grang*.

12 Los *tisas* son semidioses que se nutren con olores. Unos se sacian con perfumes suaves, mientras otros prefieren olores que juzgamos nauseabundos.

13 Sobre los *tulkus* véase pág. 114.

14 El *dubtob* es un mago sabio.

15 Más adelante supe que aquellas rodajas eran de cráneos humanos.

16 Los puertos de Kovu y de Sepo, a 5.000 metros de altura.

17 Altitud, 8.480 metros. La altitud del Everest, el pico más alto del globo, es de 8.850 metros.

18 Ir hacia el Sur es acercarse a Gangtok o a Kalimpong, donde residen algunos extranjeros, y seguir el camino que, a veces, recorren los turistas.

19 Aquellos a quienes los extranjeros denominan, equivocadamente, «budas vivientes».

20 Francos viejos, de 1940.

21 Harina hecha de cebada tostada, principal alimento de los tibetanos. Ocupa allí el lugar del pan en Occidente.

22 En aquella época el dólar chino estaba casi a la par del dólar de los Estados Unidos.

23 Fuera del Tíbet, el lamaísmo se extiende por toda Mongolia, parte de Siberia y de Manchuria, y tiene adeptos hasta en la Rusia europea.

24 «Servidor de la virtud» o «servidor por virtud».

25 Las rentas consisten en el producto de la tierra y en el ganado, que pertenecen al monasterio, y que son administrados por laicos. Los tres monasterios del Estado, Sera, Galden y Depung, situados cerca de Lasa, y algunos otros, reciben también una ayuda anual del Gobierno. En fin, todos los monasterios trafican por medio de vendedores que controlan, o, más directamente, por el de funcionarios eclesiásticos, miembros elegidos del monasterio, encargados de sus asuntos temporales.

26 El poeta asceta Milarespa, siglo XI, el más conocido de los santos tibetanos, es un ejemplo.

27 Se le llama, comúnmente, Jampeion; su nombre en sánscrito es Manjuzri.

28 *Llamado Zambara en sánscrito*.

29 Me refiero a la edición original de su relato de viaje.

30 *Bhagavad gita*.

31 El lama que hacía esta comparación decía «olor a fuego». Los tibetanos que cruzan las montañas o los desiertos de pastos del norte son muy hábiles en percibir,

desde muy lejos, el olor que esparce una hoguera, aunque no se vea el humo.

32 Los autores tibetanos mencionan frecuentemente esa energía. Se denomina *Chugs* o *Tsal*.

33 Véase los detalles sobre la huida del Trachi-lama en *Viaje de una parisiense a Lasa*.

34 No hay que confundirlo con Aghia-Tsang, gran señor *tulku* mencionado anteriormente.

35 La palabra está escrita *gtchod* en caracteres tibetanos.

36 *Véase Viaje de una parisiense a Lasa*.

37 Un *geché* es un «doctor en filosofía». Dirgi es una ciudad de la provincia de Kam, al este del Tíbet.

38 Imaginar (tibetano, *migspa*) se entiende como una concentración de pensamiento llevada al extremo de producir la objetivación de la imagen subjetiva que se ha imaginado. Es un estado de trance en el que los hechos y los lugares imaginados sustituyen completamente a los que se advierten en estado de conciencia normal.

39 Expresión corriente tibetana señalando que no se trata de un cambio de mercancías, sino de pago en dinero, sea en moneda o en lingotes.

40 *Thang*, vasta extensión de terreno más o menos llana.

41 *Banag gompa* significa, en dialecto de los *dokpas* del Tíbet septentrional, monasterio que se compone de tiendas en lugar de estar formado por construcciones de piedra.

42 *Reverenda señora*. Término muy cortés empleado al dirigirse a una mujer que ocupa alto rango en el orden religioso lamaísta.

43 *Preciado*, término muy respetuoso.

44 La vía mística.

45 *Yandag pai Itaba*, literalmente, «visión exacta».

46 Liberación suprema, iluminación espiritual.

47 *Respas*, los que han adquirido el poder de desarrollar el calor interno llamado *tumo* (véase pág. 216.).

48 La tradición pretende que unos religiosos budistas, procedentes de la India, fundaron un monasterio en el Tíbet hacia el año 2 de nuestra Era, pero no hay pruebas que lo confírmen.

49 Así acostumbran hacer los tibetanos del Himalaya que consumen cerveza caliente.

50 Los tibetanos incluyen, también, el cénit y el nadir.

51 Calderos que fabrican al este del Tíbet y se venden en todo el país.

52 «¡Ojalá pueda alcanzar el estado de buda carente de sufrimiento y de temor!»

53 *Teuga*, corpiño sin mangas que forma parte de la vestidura monástica lamaísta.

54 *To-ouo*, irritado. Nombre de una categoría de divinidades terribles.

55 Círculo o diagrama mágico.

56 Es una mancha, para un brahmán, tomar bebida fermentada.

57 Estas teorías y estas prácticas no están conformes con el budismo original y ortodoxo. Al contrario, se hallan muy alejadas de él.

58 El año nuevo tibetano corresponde a los primeros día de nuestro mes de febrero.

59 Personaje del panteón lamaísta que se representa bajo los rasgos de un asceta desnudo.

60 «Protectores de la religión», deidades o demonios que, según los lamaístas, se han comprometido, por juramento, a defender la doctrina budista contra sus enemigos.

61 Cuadros pintados en tela que pueden arrollarse como los *kakemonos* japoneses.

62 *Rimpotché*, precioso. Título muy honorífico que se emplea al dirigirse a un lama de alto rango o al hablar de él.

63 Los servidores de un lama son también monjes. Los laicos no pueden residir en los monasterios.

64 *Nya nien tes des song*. Expresión devota que significa que ha fallecido un santo lama y que quiere decir que ha

alcanzado el nirvana.

65 Con legítimo derecho. No me hubiese permitido este género de disfraz.

66 Es sabido que, en los lugares del Tíbet donde no existen bosques, el estiércol se emplea normalmente como combustible. En las regiones frecuentadas por pastores, los viajeros recogen el que deja el ganado para alimentar la lumbre del campamento.

67 *Tsa* (escrito *rtsa*) significa vena, arteria y nervio.

68 «Que se viste de algodón»: ras. Así llaman a los expertos en el arte de producir *tumo*.

69 *Ha* es una de las letras del alfabeto tibetano.

70 La comparación tibetana es: «Redonda como *rima* (deyección de cabra) y de su tamaño».

71 *Extracto del tchos drug bsdus pahi zin bris. Tratado de las seis doctrinas, que se atribuye a Narota*.

72 Ciudad de Gaya, en la India, cerca de la que se encuentra el sitio donde Buda alcanzó la iluminación. Es lugar de peregrinación para los budistas de todo el país.

73 Nombre tibetano de los montes Kailas, en el Tíbet occidental.

74 Lago sagrado cerca de los montes Kailas.

75 La misma palabra *rlung*, pronunciada *lung*, quiere decir, a la vez, aire y viento, y, hasta algunas veces, el soplo de la respiración. También se puede interpretar *rlung gi teng la* en el sentido de «llevado por el aire», «a través del aire», etc.

76 Extranjero, en general, aunque los tibetanos llaman así, en particular a los ingleses, únicos extranjeros de raza blanca que conocen, aparte de los rusos. Llaman a estos últimos *urosos* y *no filings*.

77 Los tibetanos montan a caballo sobre sillas de madera forradas. Se coloca una alfombra de manera especial sobre la silla.

78 Efectuamos aquel viaje disfrazados. Véase *Viaje de una parisiense a Lasa*.

79 Exclamación corriente que expresa piedad, lástima. Puede traducirse, poco más o menos: «¡Qué pena!», «¡Qué triste!», «¡Pobre gente!».

80 Los viajeros pobres llevan siempre un tazón de madera en la bolsa que forma delante la amplia túnica ceñida por el cinturón.

81 Chales que los tibetanos ofrecen como prenda de cortesía en todo momento.

82 *Tsham-khang*, casita especialmente construida para habitación de un recluso.

83 Detrás, la roca de la montaña; delante, el lago de la montaña.

84 Forma de religión que sucedió, en la India, al vedismo.

85 Los lamas que pertenecen a la secta de *sakya-pas* son considerados como los más hábiles en el arte de mandar en la lluvia y en el granizo y puede decirse que tienen la exclusiva.

86 De un modo general, puede entenderse *vacío* como desprovisto del yo, según la fórmula tibetana: «Los seres animados están desprovistos de yo; todas las cosas están desprovistas de yo».

87 Más conocida bajo el nombre de *Zen-chu* que se le da en el Japón, donde cuenta con gran número de adeptos entre lo más selecto de la intelectualidad. Su nombre significa «secta de la meditación».

88 En tibetano, *rigs*. De este modo, la leche está presente en la manteca y en el queso. La semilla está presente en el árbol que ha nacido de ella, etc. Los tibetanos usan mucho estos ejemplos.

89 *Gyu*.

90 *Ryken*, que se pronuncia *kyene*.

91 Véase pág. [73].

92 Utilizo términos muy poco tibetanos, pero que hacen comprender, lo más exactamente posible en lengua extranjera, las ideas de mis interlocutores.

93 Uno de los más eminentes seguidores de Buda.

94 *Literalmente: Si hay veneración, despide luz un diente de perro*.

95 Se llaman *tulpa*, escrito *sprulpa*: «creaciones mágicas», «fantasmas ilusorios».

96 Véase lo que se ha dicho de los *tulkus* en el capítulo 3.

97 Véase capítulo 3: Los «budas vivientes».

98 Véase pág. 262.

99 Tortas o bollos de forma cónica o piramidal que se emplean en los ritos místicos y mágicos.

100 Versos de un poema compuesto por el asceta Milarespa (siglo XI, que se había retirado a una cueva. Son muy conocidos en el Tíbet y significan: «Si soy capaz de permanecer en esta ermita hasta la muerte, sin sentir la tentación de volver al mundo, estimaré que he llegado a la meta espiritual que me había propuesto».

101 Son las palabras litúrgicas.

Table of Contents

PRÓLOGO
INTRODUCCIÓN
1. HIMALAYA
2. EL MONASTERIO DE PODANG
3. MONASTERIO DE KUM-BUM
4. LOS «DEMONIOS»
5. DISCÍPULOS DE AYER Y DE HOY
6. ENTRENAMIENTO PSÍQUICO
7. TEORÍAS MÍSTICAS Y ENTRENAMIENTO ESPIRITUAL
8. REFLEXIONES
Notas a pie de página